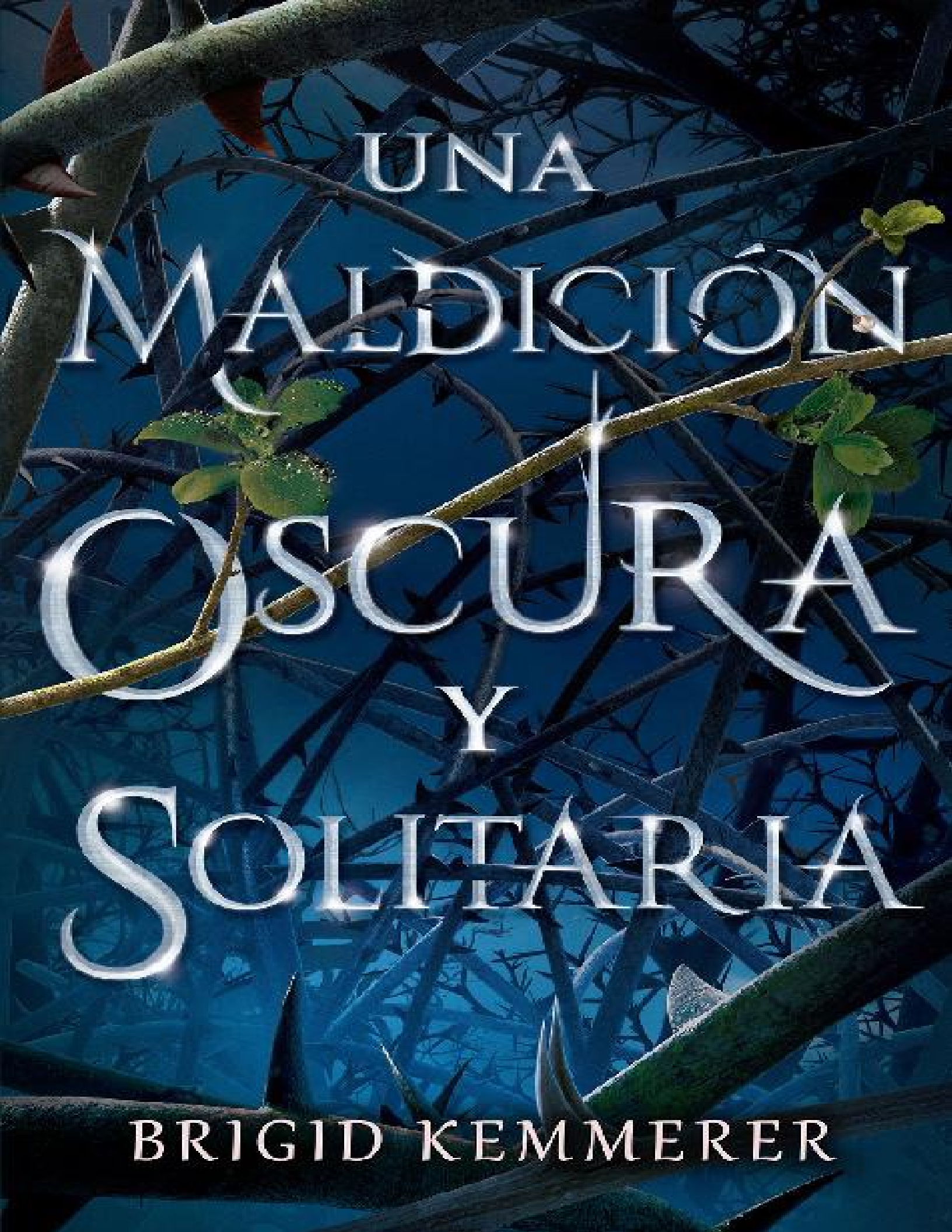

UNA
MALDICIÓN
OSCURA
Y
SOLITARIA
BRIGID KEMMERER

UNA MALDICIÓN OSCURA Y SOLITARIA

BRIGID KEMMERER

UNA MALDICIÓN OSCURA Y SOLITARIA

Traducción de Julieta María Gorlero

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: A *Curse So Dark and Lonely*
Editor original: Bloomsbury
Traductora: Julieta María Gorlero

1.ª edición: junio 2019

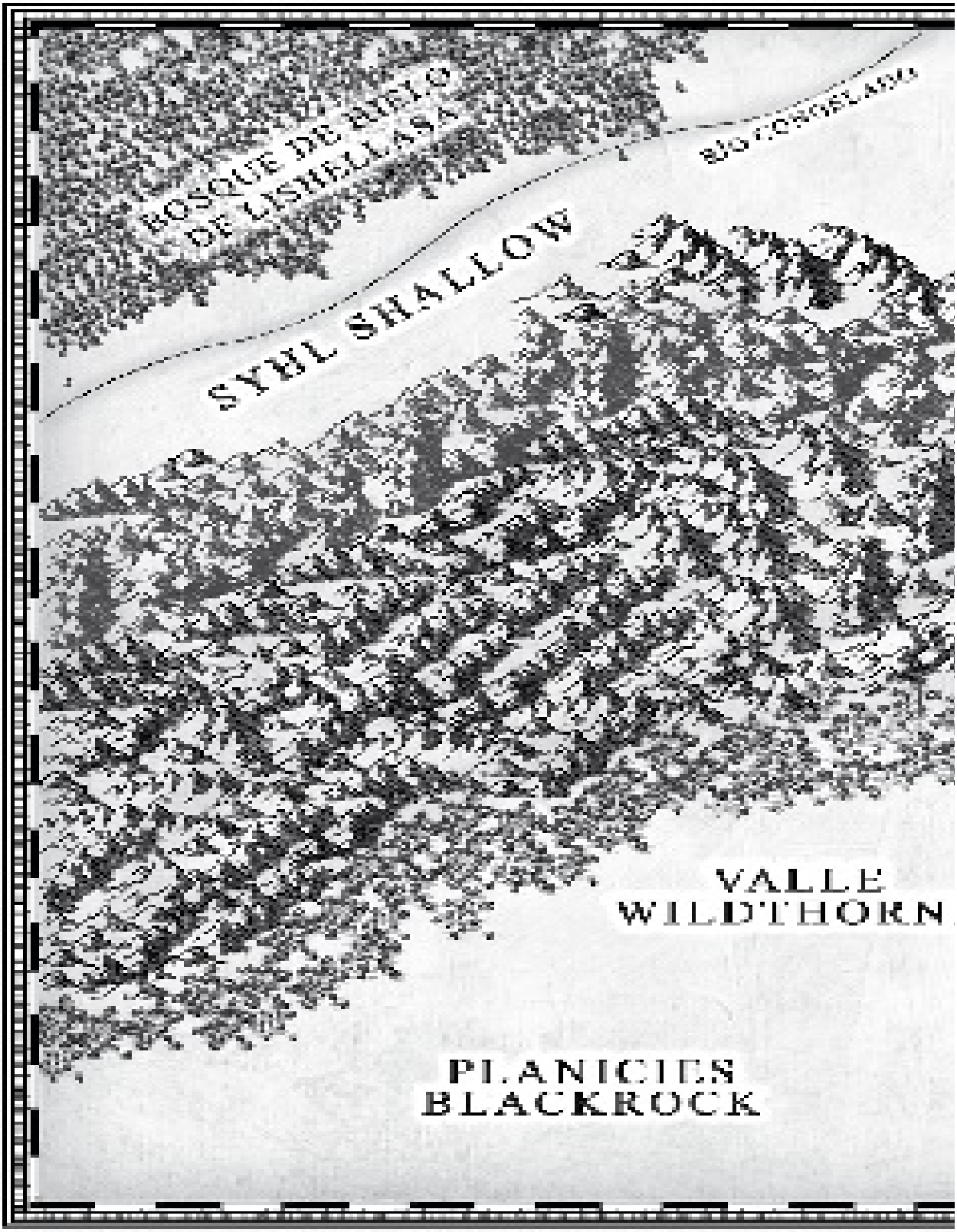
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2018 *by* Brigid Kemmerer
All Rights Reserved
© de la traducción 2019 *by* Julieta María Gorlero
This translation of A Curse so Dark and Lonely is published by EDICIONES URANO by arrangement with Bloomsbury Publishing Inc.
© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17545-34-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mi nueva familia en Stone Forge CrossFit.
Gracias por enseñarme lo fuerte que puedo ser.


BOSQUE DE ANGLO
DE LISHELLASA
SYHL SHALLOW
VALLE
WILD'THORN
PLANICIES
BLACKROCK

Capítulo uno

Rhen

Hay sangre debajo de mis uñas. Me pregunto a cuántos de mis súbditos habré matado esta vez.

Meto las manos en el barril que hay a un lado de los establos. El agua helada muerde mi piel, pero la sangre se aferra. No debería tomarme la molestia. Después de todo, en una hora habrá desaparecido, pero odio esto. La sangre. La incertidumbre.

Suenan cascos contra el empedrado en algún sitio detrás de mí, seguido del tintineo de la brida de un caballo.

No necesito echar un vistazo. El Comandante de la Guardia siempre se mantiene a una distancia prudente hasta que la transición está completa.

Comandante de la Guardia. Como si a Grey le quedaran hombres que dirigir.

Como si no hubiese ganado el título por defecto.

Escurro el agua de mis manos y doy media vuelta. Grey se encuentra a un metro de distancia, sosteniendo las riendas de Ironwill, el caballo más rápido de los establos. El animal está agitado: tiene el pecho y los flancos mojados de sudor, pese al frío de la mañana.

Durante el tiempo que hemos estado atrapados aquí, la apariencia de Grey ha sido, de alguna manera, una sorpresa constante. Parece tan joven como el día que ganó un puesto en la selecta Guardia Real, con su pelo ligeramente despeinado y su cara tersa. El uniforme aún le queda bien, cada hebilla y correa ajustadas a la perfección; cada arma, brillante en la penumbra.

Tiempo atrás llevaba un destello de entusiasmo en los ojos, una chispa para

la aventura. Para los desafíos.

Pero el destello se ha apagado hace tiempo. Es el único aspecto de su apariencia que la maldición nunca restablece.

Me pregunto si mi apariencia invariable también lo sobresalta.

—¿Cuántos? —pregunto.

—Ninguno. Toda su gente está a salvo esta vez.

Esta vez. Debería sentir alivio. No lo siento. Mi pueblo volverá a estar en riesgo demasiado pronto.

—¿Y la joven?

—Desapareció. Como siempre.

Vuelvo a mirar la sangre que mancha mis manos y una opresión familiar envuelve mis costillas. Me giro otra vez hacia el barril y sumerjo las manos en el agua. Está tan fría que casi me quita el aliento.

—Estoy cubierto de sangre, Comandante. —Un dejo de ira se arremolina en mi pecho—. He matado *algo*.

Como si percibiera peligro, su caballo taconea y baila al final de sus riendas. Grey alarga una mano para calmar al animal.

Tiempo atrás un mozo de cuadra se hubiese apresurado a sujetar al caballo, especialmente al escuchar mi tono. Tiempo atrás habría un castillo lleno de cortesanos, historiadores y consejeros que hubiesen ganado una moneda a cambio de un cotilleo sobre el príncipe Rhen, el heredero al trono de Emberfall.

Tiempo atrás, una familia real hubiese mirado con malos ojos mis excentricidades.

Pero ahora estoy yo, y está Grey.

—Dejé un rastro de sangre humana en el camino hacia el bosque —responde, invulnerable a mi enfado. Está acostumbrado a esto—. El caballo lideró la persecución hasta que usted cayó sobre una manada de ciervos en el extremo sur de sus tierras. Nos mantuvimos bien lejos de los pueblos.

Eso explica el estado del animal. Hemos viajado mucho esta noche.

—Llevaré el caballo —digo—. El sol saldrá pronto.

Grey me entrega las riendas. Esta hora final es siempre la más difícil. Llena de remordimientos por haber fallado una vez más. Como siempre, solo quiero que esto termine.

—¿Algún pedido especial, *milord*?

Al principio, solía ser lo suficientemente frívolo para responder que sí. Especificaba si rubia o castaña, pechos grandes o piernas largas o cintura pequeña. Les daba vino y las conquistaba y, cuando no me querían, era fácil encontrar a otra. La primera vez, la maldición parecía un juego.

«Trae una que te guste a ti, Grey», le respondía, riendo, como si encontrar mujeres para su príncipe fuese un privilegio.

Después me transformé, y el monstruo arrasó el castillo y dejó un baño de sangre.

Cuando la estación volvió a comenzar, ya no tenía familia. Ni sirvientes. Solo seis guardias, dos de los cuales estaban gravemente heridos.

Para la tercera estación, solo tenía uno.

Grey sigue aguardando mi respuesta. Encuentro su mirada.

—No, Comandante. Cualquiera estará bien. —Suspiro y comienzo a llevar al caballo hacia los establos, pero entonces me detengo y doy media vuelta—. ¿De quién era la sangre de los rastros?

Grey levanta un brazo y aparta la manga. Una larga herida de cuchillo aún sangra hacia su mano en un lento hilo carmesí.

Le ordenaría que la cierre, pero la herida habrá desaparecido en una hora, cuando el sol esté bien arriba en el cielo.

También se desvanecerá la sangre de mis manos y el sudor de los flancos del caballo. Los adoquines adquirirán el calor del sol de principios de otoño, y mi respiración ya no nublará el aire matutino.

La chica se habrá ido y la estación comenzará otra vez.

Volveré a tener dieciocho años recién cumplidos.

Por tricentésimo vigésimo séptima vez.

Capítulo dos

Harper

Hace tanto frío en Washington D. C. que debería ser ilegal.

Levanto la capucha de mi sudadera, pero está tan deshilachada que no provoca demasiada diferencia. Odio estar aquí fuera, vigilando, pero mi hermano se lleva la peor parte de este trabajo, así que intento no quejarme.

En algún sitio de la calle, un hombre grita y retumba el claxon de un coche. Reprimo un escalofrío y me apretujo bajo las sombras. Antes encontré una vieja palanca para cambiar ruedas cerca de la acera y ahora retuerzo los dedos alrededor del metal oxidado, pero quien sea que ha gritado parece estar lejos.

Un vistazo al temporizador del teléfono de Jake me dice que le faltan otros trece minutos. Trece minutos y habrá terminado, y podremos ir a pedir una taza de café.

En realidad, no tenemos dinero para gastar, pero Jake siempre necesita desahogarse un rato y dice que el café lo ayuda. A mí me acelera de tal forma que no puedo dormir, lo que significa que hasta las cuatro de la mañana no caigo, y después falto a clases. He perdido tantas clases en mi último curso que probablemente ya no importe. De todas maneras, no tengo amigos que vayan a echarme de menos.

Así que Jake y yo nos sentaremos en una mesa con butacas en un rincón de la cafetería, que está abierta toda la noche, y sus manos temblarán contra la taza durante algunos minutos. Después me contará lo que tuvo que hacer. Nunca es bueno.

Tuve que amenazarlo con romperle el brazo. Se lo retorcí hacia atrás. Creo que

casi se lo disloco. Sus hijos estaban ahí. Ha sido horrible.

Tuve que darle un puñetazo. Le dije que iba a golpearlo hasta que se le cayeran los dientes. Enseguida encontró el dinero.

Este hombre era músico. Lo amenacé con romperle un dedo.

No quiero escuchar cómo los intimida para sacarles dinero. Mi hermano es alto y tiene la complexión de un jugador de fútbol americano, pero siempre ha sido amable, dulce y compasivo. Cuando mi madre todavía no estaba muy enferma, cuando mi padre se involucró con Lawrence y sus hombres, Jake cuidaba de mí. Me dejaba dormir en su habitación o salíamos a escondidas de la casa por un helado. Eso era cuando mi padre aún estaba con nosotros, cuando era él quien recibía amenazas de los «cobradores» de Lawrence, hombres que venían hasta nuestra puerta a reclamar el dinero que mi padre había pedido prestado.

Ahora se ha ido. Y Jake hace de «cobrador» para que nos dejen en paz.

La culpa carcome mis entrañas. Si fuera solo yo, no dejaría que lo hiciera.

Pero no soy solo yo. También está mi madre.

Jake cree que podría hacer más cosas para Lawrence. Ganar más tiempo. Pero significaría realmente *hacer* las cosas con las que ahora solo amenaza. Significaría hacer daño en serio a la gente.

Eso lo haría pedazos. Ya puedo ver cómo esto lo está cambiando. A veces desearía que se bebiera el café en silencio. Una vez se lo dije y se enfadó.

—¿Crees que es difícil *escucharlo*? Yo tengo que *hacerlo*. —Su voz estaba tensa y áspera, casi rota—. Tienes suerte, Harper. Tienes suerte de solo tener que *escuchar* todo esto.

Sí. Soy súper suertuda.

Pero después me siento egoísta, porque tiene razón. No soy ni rápida ni fuerte. Ser la que vigila es lo único que puedo hacer para ayudarlo. Así que ahora, cuando necesita hablar de estas atrocidades en potencia, mantengo la boca cerrada. No puedo pelear, pero puedo escuchar.

Miro el teléfono. Doce minutos. Si se termina el tiempo quiere decir que el trabajo ha salido mal, y entonces debo salir corriendo. Marcharme con mi madre. Escondernos.

Ha habido ocasiones en las que estuvimos a solo tres minutos. Dos minutos. Pero siempre aparece, agitado y, a veces, salpicado de sangre.

Todavía no estoy preocupada.

El óxido se descascara bajo las yemas de mis dedos cuando hago girar la palanca helada en mi mano. No falta mucho para el amanecer y, para entonces, seguramente esté demasiado congelada para notarlo.

El viento trae una risa femenina desde algún sitio cercano y espío desde el umbral. Dos personas están en la esquina, justo al borde del círculo de luz que arroja un poste cercano. El pelo de la chica brilla como en los anuncios de champú, y se mece cuando ella se tambalea un poco. Todos los bares cierran a las tres de la mañana, pero es evidente que ella ha continuado. Su diminuta minifalda y su chaqueta de mezclilla abierta hacen que mi jersey parezca un abrigo.

El hombre está vestido más acorde, con ropas oscuras y un chaquetón largo. Estoy intentando decidir si es un policía que está arrestando a una prostituta o un cliente que la está pasando a buscar cuando el hombre gira la cabeza. Vuelvo a retroceder en el umbral.

La risa de la mujer resuena de nuevo a través de la calle. Una de dos: o él es graciosísimo, o esta chica está completamente borracha.

Un sonido de ahogo interrumpe la risa. Como si alguien hubiese arrancado un tapón.

Contengo la respiración. El silencio es repentino y absoluto.

No puedo arriesgarme a echar un vistazo.

No puedo arriesgarme a *no* echar un vistazo.

Jake se enfadaría. Tengo que limitarme a hacer mi trabajo. Lo imagino gritando: ¡*No te metas, Harper! ¡Tú ya eres vulnerable!*

Tiene razón, pero tener parálisis cerebral no implica que mi curiosidad sea menor. Echo un vistazo desde el borde del umbral.

La mujer rubia se ha desplomado en los brazos del desconocido como si fuera una marioneta, con la cabeza caída hacia un lado. El hombre la levanta pasando un brazo bajo sus rodillas y no deja de echar un vistazo de un lado a otro.

Jake se volverá loco si llamo a la policía. Lo que él está haciendo tampoco es demasiado legal. Si viene la policía, lo pondré en riesgo. Yo estaré en riesgo. Mi madre estará en riesgo.

No dejo de mirar el pelo rubio que se mece, el brazo sin fuerzas que se arrastra por el suelo. El desconocido podría ser un traficante. Ella podría estar muerta... o al borde de la muerte. No puedo no hacer *nada*.

Me quito el calzado para que mi estúpido pie izquierdo no haga ruido al arrastrarse por la acera. Me puedo mover con rapidez cuando quiero, pero es difícil hacerlo silenciosamente. Voy a toda prisa y levanto la barra.

Él da media vuelta en el último instante, lo que probablemente salva su vida. La barra da contra su hombro en vez de contra su cabeza. Gruñe y trastabilla hacia adelante. La joven cae despatarrada en la acera.

Levanto mi arma para golpearlo otra vez, pero el hombre contraataca más rápido de lo que estoy preparada. Bloquea mi golpe y me da un codazo en el pecho mientras engancha mi tobillo con el suyo. Caigo antes de poder evitarlo. Mi cuerpo se estrella contra el concreto.

De pronto, el desconocido está justo aquí, casi encima de mí. Comienzo a lanzar golpes con la barra. No puedo llegar a su cabeza, pero le doy en la cadera. Después en las costillas.

Sujeta mi muñeca y empuja mi brazo contra la acera. Chillo y me retuerzo para alejarme de él, pero siento que está arrodillado sobre mi muslo derecho. Su brazo libre se clava en mi pecho. Duele. Mucho.

—Suelta el arma. —Habla con acento, pero no logro adivinar de dónde. Y

ahora que su cara está delante de la mía, me doy cuenta de que es joven. No debe ser mucho mayor que Jake.

Aprieto los dedos contra la barra con más fuerza. Mi respiración forma enormes nubes de pánico entre los dos. Lo golpeo con mi mano libre, pero es como si estuviese pegándole a una estatua. Sostiene mi muñeca con más fuerza, hasta que en serio creo que mis huesos están frotándose entre sí.

De mi garganta escapa un quejido, pero aprieto con fuerza mis dientes y resisto.

—Suéltala —vuelve a decir; su tono de voz endurecido por la ira.

—¡Jake! —grito, con la esperanza de que haya pasado suficiente tiempo como para que esté volviendo. La acera me clava dagas de hielo en la espalda. Todos mis músculos están doloridos, pero sigo resistiéndome—. ¡Jake! ¡Que alguien me ayude!

Intento arañar sus ojos, pero como respuesta, el hombre estruja con más fuerza mi muñeca. Su mirada encuentra la mía y no veo vacilación alguna. Va a romperme los huesos.

Comienza a sonar una sirena en algún sitio cercano, pero será demasiado tarde. Intento arañarle la cara otra vez, pero en vez de eso doy con su cuello. Debajo de mis uñas brota sangre y sus ojos se vuelven feroces. El cielo se va aclarando poco a poco detrás de él, volviéndose rosa con franjas anaranjadas.

Alza su mano libre y no sé si va a golpearme o a estrangularme o a romperme la cabeza. No importa. Se acabó. Lo último que veré es un amanecer maravilloso.

Pero estoy equivocada. Su mano nunca me golpea.

En lugar de eso, el cielo desaparece por completo.

Capítulo tres

Rhen

La luz del sol cubre de dorado los adornos en las paredes de la sala de estar y arroja sombras sobre los tapices tejidos a mano y las sillas de terciopelo que alguna vez ocuparon mis padres. En ocasiones, si me quedo sentado aquí lo suficiente, puedo imaginar su presencia. Puedo escuchar la voz áspera de mi padre, llena de reprimendas y sermones. El silencio reprobatorio de mi madre.

Puedo recordar mi propia arrogancia.

Quiero salir caminando de este castillo y arrojarme desde un acantilado.

Pero eso no funciona. Lo he probado. Más de una vez.

Siempre despierto aquí, en esta habitación, esperando bajo la luz del sol. El fuego siempre arde bajo, como ahora; las llamas crepitan en un patrón familiar. El suelo de piedra parece recién barrido, hay copas apoyadas en una mesa auxiliar y un vino listo para ser servido. Las armas de Grey se encuentran en la silla, delante de mí, aguardando su vuelta.

Todo es siempre igual.

Excepto los muertos. Ellos nunca regresan.

El fuego restalla. Un trozo de leña ha rodado hacia la base de la chimenea. Justo a tiempo. Grey aparecerá pronto.

Suspiro. Palabras practicadas esperan en mi lengua, aunque, a veces, las jóvenes necesitan un momento para despertarse del éter somnífero que Grey les da. Siempre están asustadas al comienzo, pero he aprendido a calmar sus miedos, a cautivarlas y persuadirlas para que confíen en mí.

Solo para destruir esa confianza cuando el otoño da paso al invierno. Cuando ven que me transformo.

El aire fluctúa y enderezo mi postura en la silla. Por mucho que odie la maldición, la infinita repetición de mi vida en este instante, las jóvenes son el único foco de cambio. A mi pesar, siento curiosidad por ver qué belleza inmóvil colgará de los brazos de Grey.

Sin embargo, cuando aparece está sujetando a una chica contra el suelo.

No es una belleza inmóvil. Es escuálida y está descalza, y tiene las uñas clavadas en el cuello de Grey.

Este maldice y quita la mano de un golpe. Líneas de sangre escapan en su cuello.

Me levanto de la silla, tras casi perder un instante en la completa novedad de todo esto.

—Comandante, ¡suéltela!

Grey se lanza hacia atrás y se pone de pie. La joven se aleja a gatas, con una especie de arma oxidada en la mano. Sus movimientos son trabajosos y torpes.

—¿Qué es esto? —Apoya una mano en la pared y se pone de pie tambaleándose—. ¿Qué has hecho?

Grey agarra su espada de la silla, la desenfunda con una fiereza que no he visto en… en *años*.

—No se preocupe, milord. Quizás esta estación termine siendo la más corta de todas.

La chica alza la barra oxidada como si eso fuera a brindarle algún tipo de defensa contra un espadachín entrenado. De la capucha que lleva puesta se desparraman rizos oscuros. Su cara muestra cansancio, está cubierta de polvo y tiene ojeras. Me pregunto si Grey la ha herido, ya que no apoya su peso en la pierna izquierda.

—Solo inténtalo. —Su mirada va de él a mí—. Conozco un buen sitio que

todavía no he golpeado con esto.

—Eso haré. —Grey levanta su arma y da un paso adelante—. Yo conozco un buen sitio que aún no he golpeado con *esto*.

—Suficiente. —Jamás había visto a Grey atacando a una de las jóvenes, pero cuando veo que no tiene intenciones de detenerse, endurezco mi tono—. Es una *orden*, Comandante.

Se detiene, pero su espada permanece en su mano y no aparta la mirada de la chica.

—No creas —le dice, con ferocidad—, que eso significa que voy a dejar que vuelvas a atacarme.

—No te preocupes —espeta ella—. Estoy segura de que tendré otra oportunidad.

—¿Ella te atacó a ti? —Levanto una ceja—. Grey... tiene la mitad de tu tamaño.

—Lo compensa con temperamento. Ciertamente no fue mi primera elección.

—¿Dónde estoy? —Los ojos de la joven no dejan de ir y venir de mí a la mano de Grey que sostiene la espada y después a la puerta que se halla detrás de nosotros. Tiene los nudillos blancos de sujetar con fuerza la barra—. ¿Qué has hecho?

Echo un vistazo a Grey y bajo la voz.

—Baja tu espada. La estás asustando.

La Guardia Real está entrenada para obedecer sin dudar, y Grey no es la excepción. Desliza el arma adentro de su funda, pero enhebra el talabarte alrededor de su cintura.

No logro recordar la última vez que estuvo completamente armado el primer día de una estación. Probablemente desde que ya no hubo hombres que dirigir ni amenazas que detener.

Al guardar la espada se dispersa algo de la tensión que inunda la habitación. Extiendo una mano y mantengo la voz suave, de la misma forma en que hablo

a los caballos inquietos de los establos.

—Estás a salvo aquí. ¿Me darías tu arma?

Sus ojos se deslizan hasta Grey, al sitio donde su mano se apoya en la empuñadura de la espada.

—Ni loca.

—¿Le temes a Grey? Se soluciona con facilidad. —Lo miro—. Comandante, le ordeno que no haga daño a esta joven.

Grey da un paso atrás y se cruza de brazos.

La chica observa el intercambio. Después deja salir un largo respiro y da un tímido paso adelante, sosteniendo la barra frente a ella.

Al menos se la puede sosegar con tanta facilidad como a las otras. Estiro la mano y le dirijo una mirada de aliento.

Da otro paso... pero entonces su expresión se transforma, sus ojos se oscurecen y ataca.

El duro metal se estrella contra mi cintura, justo debajo de mis costillas. Infierno de plata, *duele*. Me doblo hacia adelante y apenas tengo tiempo para reaccionar antes de que ella lance un garrotazo hacia mi cabeza.

Por suerte, mi entrenamiento es casi tan riguroso como el de Grey. La esquivo y sujeto la barra antes de que haga contacto.

Ahora comprendo por qué Grey buscó su espada.

Los ojos de la chica arden, desafiantes. Tiro de ella bruscamente hacia adelante, listo para quitarle la barra a la fuerza.

En lugar de eso, la suelta y caigo hacia atrás. Ella va hacia la puerta dando tropezones y sale renqueando al pasillo, con la respiración agitada.

Dejo que se vaya. La barra de hierro cae en la alfombra y sujeto mi costado con una mano.

Grey no se ha movido. Está quieto, cruzado de brazos.

—¿Aún desea que no le haga daño a la joven?

Hubo una época en la que no se hubiera atrevido a cuestionarme.

Hubo una época en que quizás me hubiese importado.

Suspiro y me sobresalto con el dolor que produce la expansión de mis pulmones en mi torso, donde ya se está formando una magulladura. Lo que comenzó como una novedad ahora simplemente duele. Si lucha por huir con tanta ferocidad ahora, hay pocas esperanzas para más adelante.

Las sombras se han desvanecido un poco, trazando su recorrido habitual. Las he observado cientos de veces.

Cuando esta estación termine en fracaso, volveré a observarlas.

—Está herida —dice Grey—. No puede ir muy lejos.

Tiene razón. Estoy perdiendo tiempo.

Como si no tuviera *tiempo* de sobra.

—Ve —digo—. Tráela de vuelta.

Capítulo cuatro

Harper

Corro por un pasillo largo, tan agitada que mi respiración ruge en mis oídos. Esto tiene que ser un museo o algún tipo de edificio histórico. Mis calcetines luchan por aferrarse a la alfombra aterciopelada que cubre el suelo de mármol. Las paredes están revestidas con paneles de madera y con mampostería de piedra que llega hasta el altísimo techo abovedado. Hay pesadas puertas de madera con picaportes de hierro forjado a intervalos irregulares a lo largo de pasillo, pero ninguna está abierta.

No me detengo a probar si alguna está sin llave. Solo corro. Necesito encontrar a alguien o salir de aquí.

Al doblar en una curva del pasillo, me encuentro con una escalinata enorme, iluminada por el sol, que desciende hasta un elegante vestíbulo. El espacio tiene el tamaño del gimnasio de mi instituto, con suelos de losa oscura, imponentes vidrieras y un par de puertas de hierro. Hay tapices colgados en las paredes, con hilos violetas, verdes y rojos, atravesados por hebras doradas y plateadas que brillan con la luz. También pueden verse mesas colocadas a lo largo de un lateral, cubiertas de pasteles, dulces y decenas de copas de champán. Media docena de sillas recubiertas con tela blanca esperan en una esquina; sobre ellas se apoyan instrumentos musicales listos para tocar.

El sitio parece preparado para una boda. O para una fiesta. Definitivamente no para un secuestro.

Estoy muy confundida, pero al menos he encontrado una puerta.

Un súbito pitido perfora el silencio.

El temporizador de Jake.

Saco el teléfono de mi bolsillo y miro fijamente los ceros titilantes. Siento un nudo en la garganta. No sé si pudo salir.

Necesito concentrarme. Estoy expuesta y las lágrimas no harán más que mojar mi cara. En cuanto encuentre un sitio seguro, llamaré a la policía.

Sujeto el pasamanos y bajo los escalones deprisa. Mi pierna izquierda es torpe y está a punto de ceder, pero la amenazo mentalmente con que voy a amputarla si no me saca de aquí. Me hace caso.

Al pasar la esquina, los instrumentos se levantan de las sillas al unísono.

Me sobresalto y me lanzo hacia la derecha, preparada para que alguno venga volando en mi dirección. Pero entonces, sin advertencia alguna, los instrumentos comienzan a tocar. Una música sinfónica llena el vestíbulo: una canción sofisticada con flautas y trompetas y violines.

Debe ser un truco. Una ilusión óptica. Como en un parque de atracciones, desencadenada de alguna forma con el movimiento.

Estiro la mano y sujeto una flauta esperando que esté fija en el sitio por medio de alambres finos o un plástico sutil.

Pero no hay nada. Mi mano se cierra alrededor del metal como si estuviera alzándolo de un estante. El metal vibra como si alguien estuviera tocando. No tiene peso, no tiene baterías. No hay un altavoz. Nada.

Cuando acerco la oreja, el sonido viene desde el interior del tubo.

Doy un paso atrás y la arrojo lejos de mí.

La flauta regresa rápidamente a su lugar y se queda levitando sobre la silla como si un músico invisible estuviera ahí, sosteniéndola. Las llaves se pulsan y se levantan.

Trago con fuerza. Esto es un sueño. Estoy drogada. Algo.

Y estoy perdiendo tiempo. Necesito salir de aquí.

Voy rápidamente hacia la puerta, preparada para que esté cerrada con llave... pero no lo está. Salgo a trompicones a una plataforma de mármol y un aire

cálido se arremolina a mi alrededor. Las paredes de piedra se prolongan hacia ambos lados y unos escalones llevan hacia un sendero empedrado. Hectáreas de césped podado se extienden tan lejos como alcanzo a ver, salpicadas de árboles aquí y allá. Macetas con flores. Una enorme fuente que lanza agua al aire. En la distancia hay un bosque denso, con un follaje espeso y vibrante.

No hay calles pavimentadas a la vista.

La puerta se cierra detrás de mí, rechinando, y apaga la música. No hay pasamanos aquí, así que bajo con cuidado los escalones hasta el suelo empedrado. La edificación se eleva sobre mí; grandes ladrillos de color crema separados por bloques de mármol y piedra.

No es un museo. Es un castillo. Un enorme castillo.

Y, sin embargo, no hay gente. No hay nadie en *ningún lado,* y puedo ver a una gran distancia. El silencio es abrumador. No hay coches. No hay red eléctrica zumbando.

Saco con brusquedad el teléfono de mi bolsillo y comienzo a marcar el 911.

El móvil comienza a pitar, protestando. *Sin servicio*.

Lo sacudo, como si eso fuera a ayudar en algo. Todo lo que figura en la parte superior está deshabilitado.

No hay torres de telefonía. Ni Wi-Fi. Ni Bluetooth.

De mi pecho escapa un gemido.

Esos instrumentos sonaban por su propia cuenta.

No logro encontrar una razón legítima. Todo está demasiado enmarañado con mi enorme preocupación por mi hermano.

Me golpea un nuevo pensamiento, que se suma a mis preocupaciones. Si algo le ha pasado a Jake, no hay nadie para ayudar a mi madre. La imagino acostada en la cama, con su tos húmeda por el cáncer que le inunda los pulmones. Sin comida. Sin medicamentos. Necesitando que alguien la lleve hasta el baño.

Sin advertencia alguna, mis ojos se nublan. Limpio mis mejillas y obligo a mis

piernas a correr. El sudor se acumula bajo mi abrigo.

Espera un momento. Sudor. Hace calor.

Hacía mucho frío en D. C.

Todo mi sudor se vuelve frío.

Deja el pánico para después. Necesito huir.

Hay un enorme anexo detrás del castillo, apenas más allá del extenso patio, cubierto de más adoquines. Las flores crecen por todos lados, se derraman sobre construcciones de madera, rebosan desde enormes maceteros, asoman desde setos y forman jardines. Aún no hay gente a la vista.

Mis músculos están tensos y fatigados y el sudor cae en línea recta por el lado de mi cara. Rezo para que esto sea algún tipo de garaje, porque necesito un medio de transporte. No puedo seguir corriendo indefinidamente. Me dejo caer contra la pared posterior del castillo, respirando agitada. Espero. Escucho.

Al no oír nada, me dirijo al edificio que se encuentra en el otro lado del patio, arrastrando el pie izquierdo y suplicando un descanso. Cruzo la puerta con torpeza al resbalarme un poco sobre mis calcetines mojados.

Tres caballos alzan la cabeza y resoplan.

Madre mía. No es un garaje. Es un *establo*.

Esto es casi mejor. No *sé* cómo arrancar un coche sin llave, pero *sí sé* montar.

Antes de que nuestras vidas se fueran a la mierda, cuando mi padre tenía trabajo y una reputación, yo solía montar a caballo. Comenzó como una actividad terapéutica después de todas las cirugías relacionadas con la parálisis cerebral, pero se convirtió en una pasión. En una forma de libertad, porque las patas equinas me prestan fuerza y potencia. Trabajé en establos a cambio de montar, hasta que tuvimos que mudarnos de ciudad.

De todas las cosas a las que tuve que renunciar, la que más echo de menos son los caballos.

Treinta compartimentos flanquean ambos lados del pasillo, hechos con tablas lujosamente pintadas que llegan a medio camino del techo y están coronadas con barras de hierro. Caballos bien cuidados resplandecen bajo los rayos del sol que se filtran por los tragaluces. Hay bridas colgadas a intervalos regulares en la pared, sus hebillas y bocados brillantes, el cuero reluciente. No hay una sola pizca de heno en el pasillo, ni moscas reunidas revoloteando por granos caídos. Cada centímetro de estos establos es perfecto.

Un caballo cervuno estira la nariz para resoplar contra mi mano. Está amarrado a una anilla dentro de su compartimento, y ya está ensillado. No se ha sobresaltado cuando he entrado resbalando al pasillo, e incluso ahora me observa con tranquilidad. Es grande y sólido, su pelaje es de color canela y su crin y su cola, negras. Un cartel de oro clavado en el frente de su compartimento dice IRONWILL.

Acaricio su cabeza con la mano.

Te llamaré simplemente Will.

Un pequeño armario detrás de su compartimento guarda botas y capas… y una daga guardada en un cinturón.

Un arma de verdad. *Genial.*

Engancho el cinturón alrededor de mi cintura y lo ajusto bien. Las botas son demasiado grandes, pero las agujetas las ciñen a mis pantorrillas hasta la altura de las rodillas, dándoles protección extra a mis tobillos.

Entro con cuidado al compartimento y atasco la puerta detrás de mí. Will acepta una brida sin problema, pese a que mis manos temblorosas tiran con brusquedad de su boca al ajustar las hebillas.

—Lo siento —susurro, acariciándole la mejilla—. Hace mucho que no practico.

Entonces escucho unos pasos, el ruido áspero de unas botas que raspan las piedras.

Me quedo helada; después me escabullo hacia el lado más lejano del caballo

y lo llevo hasta una esquina oscura del compartimento. Las riendas se han vuelto resbaladizas en mi mano, pero las sujeto con fuerza para que él bloquee la vista.

Alguien chista a cada uno de los caballos mientras se abre paso por la caballeriza. Una palabra suave, una palmada en el cuello. Otra pausa, después más pasos.

Sea quien sea, está revisando los compartimentos.

Hay un estante de madera a lo largo de uno de los lados del cubículo, probablemente para el heno o el pienso. Doblo el cuerpo sobre él, subo y me pongo en cuatro patas. Es una posición extraña para montar el caballo, pero no hay manera de que pueda hacerlo desde el suelo. Tengo que concentrarme para maniobrar el pie de forma que entre en el estribo. Cae sudor por mi espalda ahora, pero sujeto con fuerza la montura.

Hago uso de toda mi fuerza de voluntad para no lloriquear. Este es el animal con más paciencia del mundo, porque se queda absolutamente quieto mientras me arrastro sobre su lomo.

Pero estoy aquí arriba. Estoy montada.

Tan exhausta que estoy lista para llorar. No. *Estoy* llorando. Lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas. Tengo que salir de aquí. *Tengo* que hacerlo.

Pasos, seguidos de una suave inhalación de sorpresa. El cerrojo se abre. Llego a ver el pelo oscuro y el destello del metal cuando el hombre desenfunda una espada. La puerta del compartimento comienza a abrirse.

Estrello mis talones contra los flancos de Will y lanzo un grito de furia por si acaso. El caballo está aterrado… y tiene razones para estarlo. Yo misma me estoy dando miedo. Pero Will salta hacia adelante, la puerta termina de abrirse con el golpe y derriba al hombre lejos del camino.

—¡Vamos! —grito—. ¡Por favor, Will! ¡Vamos! —Clavo mis talones en sus flancos.

Will salta a través del corredor, encuentra un buen agarre y sale a toda

velocidad.

Las lágrimas nublan mi vista, pero mis ojos no me ayudarán a permanecer montada. Ya he perdido ambos estribos y estamos galopando sobre el suelo empedrado. Los dedos de mi mano izquierda se enredan en la crin de Will y mi otra mano le envuelve el cuello. Cuando alcanzamos el césped, el caballo es como una plataforma de bombeo de petróleo que me vapulea hacia arriba y hacia abajo con cada salto de galope.

Un silbido agudo rompe el aire detrás de mí. Tres estallidos cortos.

Will clava sus cascos, resbala hasta detenerse y se vuelve. No tengo ninguna posibilidad. Salgo volando por encima de su hombro y choco contra la hierba.

Durante un momento, no entiendo dónde es arriba y dónde es abajo. Mi cabeza da vueltas.

Tan cerca. He estado *tan cerca*.

Esos hombres vienen por mí. Son un borrón bajo los rayos del sol, ya sea por las lágrimas o por el golpe en la cabeza. Necesito ponerme de pie. Debo huir.

Me las ingenio para levantarme, pero mis piernas no quieren funcionar con rapidez. El hombre rubio ya está ahí, estirándose para sostenerme. El espadachín de pelo oscuro está apenas detrás.

—¡No! —Un breve sonido sale chillando de mi pecho. Me alejo tambaleándome y saco la daga.

El espadachín comienza a desenfundar su arma.

Retrocedo aún más, pero me tropiezo con mi propio pie y caigo sentada en el césped.

—Comandante. Suficiente —dice el hombre rubio, alzando las manos—. Tranquila. No te haré daño.

—Me estáis *persiguiendo*.

—Es lo que hacemos con los ladrones de caballos —espeta el espadachín.

—Grey. —El hombre rubio le lanza una mirada cortante, y después extiende

la mano hacia mí—. Por favor. No tienes nada que temer.

Debe estar de broma.

No pude echarle una buena mirada antes, pero ahora lo hago. Su perfil es impactante, con pómulos marcados y mandíbula angulosa. Ojos de color marrón intenso. No tiene pecas, pero ha pasado suficiente tiempo bajo el sol para que nadie pueda describirlo como pálido. Lleva una camisa blanca debajo de una chaqueta azul de cuello alto, con ribetes de cuero e intrincadas costuras doradas. Cruzan su pecho hebillas de oro, y lleva una daga amarrada a su cintura.

Está mirándome como si estuviera habituado a enfrentarse a chicas al borde de la locura.

Mantengo la daga blandida delante de mí.

—Dime dónde estoy.

—Estás en los terrenos del Castillo de Ironrose, en el corazón de Emberfall.

Exprimo mi cerebro tratando de pensar en algún parque de atracciones con esos nombres que pueda estar razonablemente cerca de D. C. Este castillo es *enorme*. Tendría que haber oído hablar de él. Y el temporizador de Jack es la pieza que se niega a entrar en el rompecabezas. No hay *ningún lugar* al que el espadachín pueda haberme traído con tanta rapidez. Humedezco mis labios.

—¿Cuál es la ciudad más cercana?

—La ciudad portuaria de Silvermoon Harbor. —Titubea, acercándose un poco—. Estás desconcertada. Por favor… permíteme ayudarte.

—No. —Impulso la daga hacia él y se detiene—. Me largo de aquí. Me voy a casa.

—No encontrarás el camino a casa desde aquí.

Miro con furia al hombre armado detrás de él.

—Él me ha traído. Tiene que haber una forma de regresar.

El gesto del espadachín es indescifrable, carece de todo el encanto del hombre que tengo enfrente.

—No la hay.

Lo miro con furia.

—Tiene que haberla.

Su rostro no cambia.

—No. La. Hay.

—Suficiente. —El chico rubio vuelve a extenderme una mano—. No discutiremos esto en el jardín. Ven. Te llevaré a una habitación. ¿Tienes hambre?

No logro decidir si son ellos los que están locos, o si soy yo. Sujeto la daga con más fuerza.

—No iré a *ningún sitio* con vosotros.

—Entiendo tu reticencia, pero no puedo permitir que abandones los terrenos del castillo. Es peligroso. No tengo soldados que puedan patrullar la Carretera del Rey.

—La Carretera del Rey —repito, aturdida. Todo lo que dice parece tan *lógico*. No da la sensación de estar intentando engatusarme para que lo siga. Es como si estuviera sorprendido de que piense hacer otra cosa.

No logro encontrarle sentido a nada de esto.

—Por favor —dice más amablemente—. Estoy seguro de que sabes que podríamos llevarte a la fuerza.

En mi pecho, mi corazón se frena un momento. Eso lo sé. No sé qué es peor: si ser llevada a la fuerza o ir voluntariamente.

—No me amenaces.

—¿Amenazarte? —Alza las cejas—. ¿Crees que pretendo *amenazarte* cuando te ofrezco refugio, comodidad y comida?

Suena ofendido. Conozco hombres que consiguen lo que quieren. No actúan de esta forma.

No sé dónde estoy, pero mi cuerpo ya está dolorido. No estoy del todo segura de poder levantarme del suelo sin ayuda. No puedo correr de nuevo.

Tiene razón: *podrían* llevarme a la fuerza. Debería conservar mi energía.

Puedo descansar. Comer. Encontrar una salida.

Contengo la respiración y deslizo la daga en su vaina. Espero que los hombres me exijan que les entregue el arma, pero no lo hacen.

Pese a mi determinación, siento como si me estuviera rindiendo. Me pregunto qué diría Jake.

Ay, Jake. No sé si él está bien. No sé qué hacer.

Puedo sobrevivir a esto. Tengo que hacerlo.

Así que aprieto los dientes, bloqueo mis emociones, y me estiro para sujetar su mano.

Capítulo cinco

Rhen

Después de regresar a Ironwill a los establos, la joven camina a mi lado en silencio. Su andar es lo bastante irregular como para darme a entender que está realmente herida. Pone distancia tanto entre ella y yo como entre ella y Grey. Sus brazos sujetan su abdomen con fuerza, y tiene una mano apoyada en la empuñadura de su daga.

Estoy impresionado de que haya encontrado un arma y mucho más de que se haya dirigido a los establos para escapar. La mayoría de las chicas que Grey trae de su mundo no tocarían un arma ni una brida y, en lugar de eso, gravitan hacia las vestimentas elegantes que se encuentran dentro de los vestidores lujosamente guarnecidos del Castillo de Ironrose. A tan temprana altura en la estación, las otras chicas estarían sentadas frente a la chimenea, mirándome por encima de las copas de cristal, mientras les sirvo vino y les cuento historias con la picardía justa para hacerlas sonrojar.

Si pongo una copa de cristal en manos de esta, probablemente la estrelle contra algo y use el cristal roto para cortarme.

—Puedo sentir que me miras —dice. La luz del sol brilla contra sus rizos oscuros como la noche—. Deja de hacerlo.

Media docena de galanterías surgen en mi lengua, pero no es del tipo de joven que vaya a tragarse mentiras bonitas.

—Me preguntaba si me dirías tu nombre. —Dudo, como si estuviera sopesando las ramificaciones de la pregunta.

—Harper.

Ah. Por supuesto. Nada de Anabela o Isabela. Un nombre afilado.

—Harper. —Inclino la cabeza hacia ella—. Me alegra mucho conocerla, *milady*.

Me mira como si pensara que me estoy burlando de ella.

—Y tú, ¿quién eres?

—Me llamo Rhen. —A mi izquierda, Grey me lanza una mirada, pero lo ignoro. En otra época hubiese usado mis títulos a mi favor para deslumbrar damiselas con la promesa de riquezas y poder. Pero ese tiempo ha pasado y mi reino ha caído en la pobreza y en el terror, así que ya no siento demasiado orgullo de quién soy.

—Vives en un castillo —señala Harper—. Creo que debe haber algo más que simplemente «Rhen».

—¿Te interesaría un listado de títulos? —pregunto con una estudiada intriga en mi voz, que requiere más esfuerzo del que solía necesitar—. Estoy seguro de que hay más que simplemente «Harper».

Ignora el comentario y aparta la mirada, sus ojos encuentran a Grey.

—¿Y él?

—Grey del Valle Wildthorne —respondo—. Comandante de la Guardia Real.

Grey la saluda inclinando la cabeza.

—Milady.

—Comandante. Eso implica que tiene que haber gente a la que dirigir. —Sus ojos están entrecerrados, haciendo cálculos. No sé de dónde la habrá sacado Grey, pero su recelo llega más lejos comparado con las otras jóvenes que ha traído aquí—. ¿Dónde están?

Muchos huyeron y muchos más murieron, pero no respondo eso.

—No hay nadie más. Estamos solos.

—¿No hay nadie más aquí?

—Suenas escéptica. Te aseguro que no encontrarás a otra persona en la propiedad.

Espero que haga más preguntas, pero parece retraerse. Está tan determinada a poner distancia entre nosotros que prácticamente camina sobre el estrecho canto del camino.

—No te molestes en poner distancia —le digo—. No hay nada que temer de mí.

Bueno... no hay nada que temer *ahora*.

—Ah, ¿no? —La furia en su mirada es afilada—. ¿Por qué no me cuentas qué pensabas hacer con esa mujer que el Comandante Grey *iba* a secuestrar?

—No le habría hecho daño. —Al menos no al principio, y no intencionalmente. Grey tiene mucha práctica en mantenerlas a salvo una vez que la transformación me somete y la violencia es inevitable.

—Ella estaba inconsciente. No venía voluntariamente. —Sus palabras son feroces—. Y para que quede claro, tampoco yo.

Tengo que apartar la mirada. Tiempo atrás, esta opresión enredada en mi pecho habría sido arrogancia. Ahora es vergüenza.

Recuerdo la época en que mi pueblo temía el día en que yo comenzara a gobernar: era visto como un malcriado y un egoísta, y ni la mitad del hombre que era mi padre.

Ahora soy malcriado y egoísta en otro sentido, y sigo sin estar calificado para gobernar.

Hemos llegado a los escalones del castillo. Le ofrezco una mano, pero ella me ignora y sube por su cuenta, renqueando. Grey la deja atrás con largos pasos y sujeta el picaporte de oro ornamentado. Abre la puerta por completo y una música alegre brota desde el Gran Salón.

Harper se detiene en seco.

—Solo es música —le digo—. Admito que hubo un tiempo en que también me parecía asombrosa.

Ahora la odio.

Normalmente, las jóvenes se quedan encantadas, cautivadas incluso, pero

Harper parece querer dar media vuelta y salir corriendo otra vez.

Pero debe de armarse de valor, porque entra en la habitación y observa los instrumentos. Pone un dedo sobre las cuerdas vibrantes de un violín.

—Esto tiene que ser un truco.

—Puedes lanzarlos contra la chimenea. Golpearlos hasta que no queden más que astillas. Nada detiene la música. Créeme, lo he intentado.

Alza las cejas.

—Has lanzado instrumentos musicales... ¿a la *chimenea*?

—Así es. —La verdad es que he incendiado el castillo entero hasta la destrucción. Más de una vez. La música sigue sonando entre cenizas y escombros.

Para ser sincero, fue bastante fascinante la primera vez.

Señalo la escalinata antes de que pueda hacer más preguntas.

—¿Le enseño su habitación, milady?

Grey espera detrás mientras Harper me sigue por las escaleras principales y el pasillo occidental. Siempre las llevo a los aposentos de Arabella porque los gustos de mi hermana mayor eran tranquilos y acogedores: flores, mariposas y encajes. Arabella podía dormir la mitad del día si sus tutores se lo permitían, así que siempre hay comida esperando en su mesa auxiliar: galletas de miel, jalea y queso feta, una tetera llena y una jarra de agua. Habrá un poco de mantequilla a medio derretir junto a las galletas.

Giro la llave de la puerta y la abro por completo. Señalo la habitación con la cabeza.

—Detrás de esa puerta, encontrarás un baño caliente. Detrás de aquella otra, un vestidor. —Echo un vistazo a su vestimenta rasgada y empapada de sudor —. Podrás encontrar vestidos, si... es lo que quieres.

—¿Y me dejaréis sola?

Suena escéptica, pero asiento.

—Si eso es lo que deseas.

Harper atraviesa lentamente el umbral, mirándolo todo. Su dedo traza la extensión de la mesa auxiliar y se detiene un instante cerca de la comida, pero no prueba nada.

Frunzo el ceño y miro sus pies. Tiene las piernas enfundadas en botas demasiado grandes, botas del mozo de cuadra. Su tobillo izquierdo parece torcido, lo que hace que sus pasos sean desiguales.

—¿Estás segura de que no hay ninguna clase de asistencia que pueda proporcionarte?

Ella se gira, sorprendida.

—¿Qué?

—Claramente estás herida de alguna forma.

—No lo estoy… —Duda—. Estoy bien.

No logro determinar si se trata de orgullo, miedo o una combinación de ambos. Mientras intento descifrarlo, ella dice:

—Dijiste que podía quedarme sola.

—Como desee, milady. —Inclino la cabeza.

—Espera.

Me detengo con la mano en la puerta, sorprendido.

—¿Sí?

Muerde sus labios, echando una mirada alrededor, a las lujosas ofrendas de los aposentos de Arabella.

—Este lugar. Esta música. ¿Es todo esto algún tipo de…? —Su voz se apaga y su expresión se transforma en un gesto avergonzado—. Olvídalo.

—¿Hechizo? —sugiero, y levanto una ceja.

Toma aire, casi esperanzada, pero después su expresión se oscurece y frunce el ceño.

—Te estás burlando de mí. No importa. Déjame sola.

—Como desees. Regresaré al mediodía. —Cierro la puerta, pero me quedo inmóvil frente a esta. Esta estación ha comenzado terriblemente mal. Nunca

confiará en mí.

Fracasaré otra vez.

Pongo una mano contra la puerta. Al otro lado, ella tampoco se ha movido.

—No me estaba burlando, milady. —Hago una pausa, pero ella no dice nada —. Ironrose no está hechizado.

Ella habla justo al otro lado de la madera.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué?

—Está maldito.

Después de eso, hago girar la cerradura y me llevo la llave.

Como siempre, descargo mis frustraciones en Grey.

O quizás él las descargue en mí. Soy bueno con la espada, pero él es mejor.

Estamos en la sala de entrenamiento y el choque de los metales resuena contra el techo. Veo una oportunidad y apunto a su abdomen, pero se aleja de la trayectoria de la espada, girándose para bloquear y desviar el golpe. Sus ataques son rápidos y casi letales, lo que es bueno, porque necesito algo que requiera toda mi atención.

La espada de Grey se estrella contra la mía, obligándome a retroceder un paso. Hemos estado haciendo esto durante una hora y el sudor recorre mi cabellera. Me recupero lo suficiente para contraatacar, mis botas barren el polvo de la sala con destreza. Embisto con dureza y rapidez, con la esperanza de ponerlo a la defensiva.

Al comienzo funciona y cede terreno, alejándose. Pero sé lo suficiente para no creer que tengo la ventaja. No se está rindiendo: está esperando una oportunidad.

Su paciencia siempre es infinita. Envidio eso.

Recuerdo el día en que lo asignaron como mi guardia personal, aunque no estoy seguro de por qué. En aquel entonces, casi no miraba a ninguno de ellos. Se trataba de un súbdito más que juraba dar su vida. Si algo le pasaba a

uno, enseguida aparecía otro.

Pero Grey había estado entusiasmado por demostrar su valor. Creo que eso es lo que recuerdo con mayor claridad: el entusiasmo.

Destruí eso con rapidez, tal como he destruido todo lo demás.

En la sala, Grey realiza una finta. Creo ver una abertura y ataco con fuerza. El hierro traza un amplio arco. Grey lo esquiva y se lanza hacia adelante para clavar la empuñadura de su espada en mi estómago. Continúa el movimiento con un hombro.

Caigo. Mi espada se desliza por el suelo.

—Gran demostración, Su Alteza. —Una voz femenina habla desde el pasamanos que hay a un lado de la pista de esgrima, acentuada por un aplauso lento. Por un disparatado, loco instante, creo que Harper debe haber encontrado el camino hasta aquí abajo.

Pero no es Harper. Es Lilith. La última —la única— hechicera en Emberfall. Mi padre las expulsó del reino hace mucho tiempo.

Fui demasiado estúpido como para darme cuenta de que debía hacer lo mismo.

Busco mi espada y doy una voltereta para ponerme de pie, al tiempo que Lilith entra en la pista. Ni el polvo se atreve a aferrarse a su falda.

Me obligo a enfundar mi arma, en vez de esgrimirla y clavársela en el pecho.

Lo he intentado. Nunca termina bien.

Hago una profunda reverencia cuando ella se acerca y sujeto su mano para rozar sus nudillos con un beso. Lleno mi voz de falsa simpatía.

—Buenos días para ti también, Lady Lilith. La luz de la mañana te favorece, como siempre.

Al menos eso es verdad. Piel suave y mejillas rosadas. Labios del color de las rosas, que siempre dan la impresión de estar guardando un secreto. Su pelo es del color de las alas de un cuervo, sus rizos perfectos caen sobre sus hombros. Un vestido de seda esmeralda se aferra a cada curva y acentúa su angosta

cintura y la suave cuesta de su pecho. El color resalta el verde de sus ojos. Bajo los rayos del sol que se filtran por las elevadas ventanas, es exquisita. Dio vueltas en mi cabeza una vez, por motivos equivocados.

—Qué modales —dice ella, con un leve dejo de burla en su voz—. Una creería que te han educado como a un príncipe.

He aprendido lo suficiente como para caer en sus trampas, pero es un desafío cada vez más difícil.

—Uno lo creería —concuerdo—. Quizás se necesite más tiempo para aprender algunas lecciones que otras.

Lilith echa una mirada a Grey, quien se encuentra en silencio detrás de mí.

—¿En serio creyó el Comandante Grey que ese desperdicio de joven podría ser quien rompa el maleficio?

—Por lo que entiendo, no fue su primera elección.

—Y, sin embargo, echas a perder una oportunidad dejando que languidezca sola.

—Rehusó mi compañía. No voy a forzar a una chica renuente.

—Qué galán. —Aunque su expresión dice lo contrario.

—He participado en tu juego durante más de trescientas estaciones. Si permito que una *languidezca*, como dices, tarde o temprano aparecerá otra.

Frunce el ceño.

—Eso no es *jugar*. Eso es rendirse. ¿En serio estás tan agotado de nuestro pequeño baile?

Sí. Lo estoy. Terriblemente agotado.

—Nunca —respondo—. Cada estación me resulta más entretenida que la anterior, milady.

No es tan fácil engañarla.

—Durante cinco años, tu reino ha empobrecido. Tu pueblo vive aterrado de la criatura feroz que roba vidas con horrenda regularidad. ¿Y aun así desperdicias una oportunidad para salvarlos a todos?

Cinco años. De algún modo, es más tiempo y, a la vez, menos tiempo del que pensaba… no es que tenga forma de registrar los entresijos de su magia. Sabía que el tiempo había pasado fuera de los terrenos de Ironrose. Sabía que mi pueblo estaba sufriendo. Pero no me había percatado de cuánto.

La furia afila mis palabras en contra de mi voluntad.

—No asumiré todo la culpa de que mi pueblo haya sido arrojado a la pobreza y al terror.

—Deberías, mi príncipe. Uno debe preguntarse cuántas oportunidades de salvarlos te daré. —Echa una mirada a Grey—. ¿Te has agotado de tu don, Comandante? Quizás la habilidad de cruzar al otro lado al comienzo de cada estación es un desperdicio para ti.

Me quedo helado. Sus palabras siempre conllevan una amenaza. Una vez fui lo bastante estúpido para no darme cuenta, pero ahora puedo leer muy bien entre líneas.

—Nunca me cansaré de tener la oportunidad de servir al príncipe, milady. —Su voz carece de toda emoción. Grey tiene mucha práctica en no responder nunca más de lo que se le pregunta, en no ofrecer nunca la oportunidad de comenzar un problema.

Probablemente lo haya aprendido mientras me servía.

—El Comandante Grey aprecia tu generosidad —afirmo, intentado apelar a su vanidad. Si ella le quita el brazalete, él no tendrá forma de cruzar. Mis posibilidades de romper esta maldición serán incluso más desesperantes que ahora—. Con frecuencia lo he oído hablar sobre tu magnanimidad y tu elegancia.

—Eres un mentiroso adorable, Rhen. —Se estira para palmear mi mejilla.

Me contraigo y ella sonríe. Vive para momentos como este, el espacio entre el miedo y la acción. Pero contengo la respiración, preparado para que mi piel se rompa y mi sangre se derrame.

Sus ojos se mueven más allá de mí y frunce el ceño al girarse para mirar de

frente a Grey.

—¿Qué le ha pasado a tu cuello? —Levanta una mano, pero vacila, sus dedos a un centímetro de la garganta de Grey.

Él se queda completamente quieto.

—Un desafortunado malentendido.

—¿Un malentendido? —Pasa un dedo a lo largo del rasguño más profundo y, a medida que avanza sobre la piel, el corte se vuelve rojo intenso. Un hilo de sangre cae por el cuello del Comandante—. ¿La joven ha hecho esto?

Él no se mueve, ni siquiera una contracción del músculo de su mandíbula.

—Sí, milady.

Estoy lívido. Quiero detenerla, pero sé que eso probablemente terminaría empeorando las cosas para él.

Ella se desliza más cerca.

—Si ha derramado la sangre del gran Comandante Grey, creo que me gusta un poco más. —Traza otra línea, esta vez su dedo se empapa de rojo. Surge más sangre.

Aun así, Grey no se mueve, pero tampoco respira. Sus ojos la miran con dureza.

Aprieto la mandíbula. Hace tiempo creía que la transformación monstruosa era la peor parte de la maldición, pero he aprendido que no lo es. Es esto, el castigo y la humillación constantes. La impotencia para reclamar lo que es mío. Estar forzado a ver cómo cada parte de nuestra dignidad es arrebatada.

Pasa el dedo a lo largo de su cuello una tercera vez. Su expresión es de intriga.

Grey se contrae y deja escapar el aire entre los dientes cerrados. Huelo a piel quemada.

Lilith sonríe.

Doy un paso adelante y la sujeto por la muñeca.

—Detente.

Alza las cejas y parece encantada.

—¡Príncipe Rhen! Qué espíritu. Podría llegar a creer qué poco te *importan* tus súbditos.

—Me dejaste con un solo hombre al que dirigir, y no lo quiero herido. Si necesitas jugar, juega conmigo.

—Muy bien. —Pasa su mano libre a lo largo de mi abdomen.

No siento sus uñas. No siento nada.

Y entonces siento dolor, como si me hubiese atravesado con fuego puro. Pequeños puntos invaden mi vista y caigo de rodillas al suelo sucio. Tengo la vaga conciencia de que Grey intenta sostenerme. Con un brazo sujeto mi estómago con fuerza, pero esta herida ha sido hecha con magia y no hay nada que pueda hacer para contenerla. El fuego arde en mis venas ahora. El techo da vueltas sobre mí.

Deseo que la oscuridad me lleve. Deseo el olvido. Deseo *morir*.

Me arrodillo. Grey apenas me mantiene erguido al sujetarme por los hombros. Lava fundida recorre mis venas.

Desenfunde su espada, Comandante, quiero decirle. *Acabe con esto*.

Pero no funcionaría. Volvería a despertarme en esa habitación maldita, esperando la vuelta de Grey con una nueva chica.

Lilith habla desde arriba.

—¿En serio estás tan agotado mi querido príncipe? ¿Deseas que ponga fin a tu tormento?

—Sí, milady. —Mi voz es apenas un susurro. Las palabras son una súplica. Una plegaria. Aun si el fin de mi tormento significa el fin de *mi* vida, sería el fin del sufrimiento que ha padecido mi pueblo. Significaría la libertad de Grey.

—*Soy* generosa, príncipe Rhen. Tendré misericordia contigo. Esta será tu última estación. Tus días marcharán a la par del resto de Emberfall. Una vez que esta estación finalice, Ironrose regresará a su estado anterior.

Un alivio comienza a escapar de mi pecho, un pequeño hormigueo de

tranquilidad en mitad del dolor implacable. Mi última estación, al fin. Soportaré estos tres meses y seré libre. Quiero soltarme del agarre de Grey para besarle los pies a Lilith y llorar de agradecimiento.

—¿Qué sucederá —pregunta Lilith entonces— cuando fracases con esta joven y estés condenado a pasar la eternidad como un monstruo?

La pregunta hace que mi corazón casi se detenga.

—No te dejé con solo un hombre al que dirigir —dice ella, y su voz se ha convertido en la estridencia de mil cuchillos frotándose entre sí—. No sumergí a Emberfall en la pobreza y el terror. No seré yo quien destruya tu pueblo.

Mi garganta produce un sonido ahogado. Quiero llorar por una razón completamente nueva. El dolor abrasador llega a mi cabeza y mis ojos comienzan a nublarse de estrellas.

—Tú eres el responsable —afirma. Su voz horrible se va desvaneciendo—. Tú, Rhen. Tú solo los destruirás a todos.

Capítulo seis

Harper

Estoy planeando huir.

No está saliendo bien.

La habitación es deslumbrante y tan lujosa como el resto del castillo, pero bien podría ser una prisión de acero. No hay nada aquí que pueda usar para forzar la cerradura... si supiera cómo hacerlo. Aun así, estoy bastante segura de que «encontrar cosas puntiagudas de metal» es el primer paso, y ya he fracasado en eso. No hay ninguna horquilla en el tocador, pero si quiero hacerme un cambio de imagen, está lleno de cosméticos, moños y botes llenos de lociones aromatizadas.

Quizás más tarde.

La cama con dosel es enorme, tendida con sábanas de satén y una manta con relleno de plumas. Todo es rosa y blanco, con florcitas bordadas por todos lados, pequeñas joyas forman pétalos a lo largo del borde del cubrecama. He gateado alrededor de los zócalos, pero no hay ningún tomacorriente oculto en ningún lado. La luz brilla por las ventanas, pero también hay apliques para lámparas de aceite a lo largo de las paredes. El cuarto de baño tiene agua corriente —gracias al cielo—, pero requiere una polea. Una bañera colmada y humeante parece recién preparada, aunque el vapor ha estado saliendo hace ya más de una hora, así que o es parte de esta «maldición» o hay un calentador en algún lado.

Para otra chica, la mejor parte de este dormitorio sería el vestidor. Es lo bastante grande para ser una habitación aparte y cuenta con cientos de

vestidos que van de pared a pared. Seda, tafetán y encaje llenan el espacio, telas de todos los colores del arcoíris. Al final del vestidor, debajo de una pequeña ventana, hay un tocador con cinco cajones. Esperaba encontrar horquillas o incluso un juego de llaves de repuesto, pero no.

Me topo con montones de joyas.

Diamantes, zafiros y esmeraldas que brillan bajo la luz del sol, cada pieza descansa sobre una pequeña almohadilla de satén que me hace recordar las tiendas de lujo. Pendientes. Pulseras. Collares. Anillos. En todos los estilos, desde grandes y llamativos hasta simples y delicados.

Pienso en mi madre cuando tuvo que empeñar su anillo de compromiso para que mi padre no tuviera problemas, y la furia me inflama el pecho.

Rhen no tiene nada que ver con la enfermedad de mi madre, ni con las pésimas decisiones de mi padre, ni con sus «socios», pero de todas formas siento esta habitación como una bofetada.

Tengo que tragarme mi enfado antes de que robe mi capacidad de pensamiento.

Sigue adelante, Harper.

En la segunda gaveta encuentro tres diademas, cada una adornada con más joyas. Tiaras. Claramente.

Suspiro y abro la tercera. Ropa, pero esta es más práctica que los vestidos colgados en perchero tras perchero. Pantalones de montar forrados con piel de ante, jerséis de punto trenzado, camisetas finas y ligeras.

Observo mis vaqueros gastados y mi sudadera raída. Si quiero salir de aquí a caballo, necesitaré ropa en mejor estado.

Saco unos pantalones de montar, después una camiseta y un jersey fino de color verde oscuro. El jersey tiene cintas de cuero a lo largo de los lados y en los extremos de las mangas, y las ajusto bien.

La cuarta gaveta tiene largos calcetines de lana gruesa. Los deslizo sobre mis pies, me ciño las botas prestadas y vuelvo a abrochar la daga alrededor de

mi cintura.

La daga. Otra pieza que no encaja en el rompecabezas. Si pretenden hacerme daño, ¿por qué dejarían que tenga una daga?

Si *no* tienen la intención de hacérmelo, ¿por qué me encierran en esta habitación?

No lo comprendo. Da igual, tengo que salir de aquí.

Pero la única forma de hacerlo es a través de la ventana. Hay una deslumbrante vista de los establos y del bosque soleado… y una clara vista del suelo, dos pisos abajo. A menos que quiera amarrar los vestidos entre sí para hacer una cuerda solo para darme cuenta de que mi cuerpo no puede afrontar semejante tarea, no iré a ningún lado.

He estado evitando la comida toda la mañana, pero el aroma de las galletas y la miel caliente se ha extendido por toda la habitación. No he comido nada desde anoche, pero el miedo a que la comida contenga droga me detiene. Me recuesto en la cama, con botas y todo, y pienso.

No puedo pensar en otra cosa que en comida.

Finalmente pruebo un bocado.

La galleta se deshace en mi boca. La miel está tibia y es una caricia en mi lengua. El queso se derrite. Es la mejor comida que he saboreado jamás.

No sucede nada, así que como hasta saciarme.

Mi pánico previo se ha desvanecido y ha dejado en su lugar una fría determinación. En cuanto pueda salir de esta habitación, podré huir lejos de estos hombres.

Saco el teléfono de Jake de mi bolsillo. He comprobado la señal una decena de veces y el resultado ha sido constante: nada funciona.

Según la pantalla, es casi mediodía. Rhen dijo que regresaría a esta hora.

Mis músculos están agarrotados y tensos, así que no podré correr rápido, pero quizás pueda tomarlo por sorpresa. Pongo una silla cerca de la puerta y me dejo caer en ella.

Esta soledad no hace más que preocuparme. Si Jake consiguió salir del trabajo sin problemas, para esta hora sabrá que hay algo mal.

Si *no* ha salido sin problemas...

—Ay, Jake —susurro a la pantalla—. Me gustaría verte.

El teléfono responde con un silencio absoluto.

Pero supongo que *hay* una forma de comprobarlo. Abro la aplicación de fotos. No es exactamente el tipo de personas que se hace selfies... creo que ni siquiera tiene una cuenta en redes sociales, pero se saca fotos con mi madre cuando ella se lo pide.

«Quiero que me recordéis», suele decir ella. No hay forma de negarse después de eso.

Como era de esperar, la foto más reciente es de Jake y ella. Mi madre ya casi no sale de la cama, así que él está acostado a su lado y le está dando un beso en la mejilla. El pelo oscuro y rizado de Jake está muy largo y se arremolina sobre sus ojos. Ella apoya su frágil mano en la barbilla de Jake. Sus ojos miran a la cámara, su propio cabello oscuro cae lacio y débil sobre la almohada.

Ansío saber. Ansío saber si están bien. Trago con fuerza por el nudo en mi garganta y deslizo el dedo con rapidez para pasar a la próxima imagen. Otra foto con mi madre. Y otra. Después una de mi madre y yo; la envuelvo con mis brazos y estoy acurrucada contra su hombro. Estamos viendo la televisión y un brillo rosado salpica nuestros rostros. No logro recordar cuándo hizo Jake esta foto.

Siguiente. Jake y yo ponemos caras a la cámara. Estaba intentando levantarle el ánimo.

Siguiente. Jake y yo le dedicamos gestos obscenos a la cámara. Cuánta clase, hermanito.

Siguiente. Jake apoya la cara en el cuello de un chico. Tiene los ojos cerrados, los labios un poco separados, lo justo para darme a entender que se trata de algo más que una amistad.

Mis dedos se quedan congelados sobre la pantalla. El chico es afroamericano, de piel morena y pelo muy corto. Su sonrisa a cámara es apacible. Feliz. Por el ángulo, sé que es quien hace el selfie.

No lo conozco.

Lentamente, deslizo la pantalla a la siguiente foto.

Están otra vez juntos, con la misma ropa. Jake tiene una gorra de béisbol puesta al revés, un brazo alrededor del cuello del chico.

Parece contento. No puedo recordar la última vez que vi a mi hermano contento.

Pulso la foto para ver la fecha en que se realizó.

La semana pasada. Jake no me mencionó a nadie, así que quizás esto sea un asunto de una sola noche. No puedo enfadarme con mi hermano porque tenga un poco de acción. Probablemente necesite descargar su estrés.

De todas formas, parece raro que no me haya dicho *nada* sobre esto.

Siguiente. Otra foto de ambos, otro día. Mi hermano ríe, se cubre los ojos. El chico sonríe.

Sigo deslizando el dedo. Más fotos. Muchas más.

Continúan durante *meses*.

Mi corazón palpita con fuerza. Jake jamás mencionó una relación con nadie. Ni una sola vez. Nunca.

No sé qué significa esto. No sé si es importante siquiera. Sigo encerrada en esta habitación. Jake podría estar herido. Jake podría estar…

Se me corta el aliento. No puedo pensar en esto. Necesito distraerme con algo.

Con la respiración temblorosa, presiono el dedo sobre los mensajes de texto de mi hermano. Nunca antes había revisado sus pertenencias, pero no tengo otra cosa que hacer.

Aparecen cuatro conversaciones en la pantalla.

Lawrence, el «jefe» de Jake. Frunzo el ceño.

Mi madre.

Yo.

Noah.

Noah. No debería seleccionar ese nombre.

Lo selecciono.

El último intercambio de mensajes se llevó a cabo una hora antes del trabajo.

Noah: Mi turno termina a las 7. ¿Estás bien?

Jake: Sí. Saldré antes de esa hora.

Noah: Por favor, cuéntame qué estás haciendo.

Jake: Lo haré. Pronto.

Noah: Por favor, prométeme que tendrás cuidado.

Jake: Lo prometo.

Noah: Te quiero.

Jake: Y yo a ti.

Te quiero. ¿Jake ama a alguien? ¿Mi hermano está enamorado?

Me hubiese gustado saberlo. Quisiera saber más. Quisiera saber qué significa esto. Siempre nos hemos contado todo. O por lo menos, yo lo he hecho. Ha sido imposible tener amigos desde que mi padre se enredó con Lawrence. Y ahora mi madre pasa la mitad de su vida durmiendo. Hemos sido solo Jake y yo durante tanto tiempo...

Un repiqueteo de llaves contra la cerradura.

Contengo la respiración. Ha regresado.

La cerradura cede. La puerta se abre con un crujido.

Saco mi daga y me lanzo hacia adelante. No tengo otro plan más elaborado que *apuñalar y huir*, pero ni siquiera llego a eso. Una mano aparta mi brazo, un pie golpea mi tobillo y, antes de encontrar mi equilibrio, me estrello con fuerza contra el suelo de madera. La daga cae ruidosamente hacia un lado. El

teléfono de Jake sale volando hacia el otro.

Levanto la vista. No estoy mirando a Rhen. Estoy mirando a Grey.

Ruedo para sujetar la daga y la sostengo en alto delante de mí. pero él no se abalanza contra mí. No se ha movido del umbral de la puerta. Mi corazón es una estampida salvaje en mis oídos, pero él apenas está agitado.

—Vuelve a apuntarme con un arma —dice— y estoy seguro de que no te gustará el resultado.

Aferro la daga con más fuerza.

—Me las arreglé bien con la palanca.

—Ah, sí. Esa barra. —Señala la habitación—. Dime, ¿estás contenta con el *resultado*?

—¿Qué quieres? ¿Dónde está Rhen?

—Se encuentra indispuesto. —Sus ojos se disparan hacia la izquierda, detrás de mí, al teléfono de Jake, en el suelo, a dos metros de donde estoy.

Mi corazón se detiene. Es mi única conexión con Jake y mi madre. En cierto modo.

Me lanzo a por él, pero Grey está más cerca que yo y, realmente, no tengo ninguna oportunidad. Antes de que yo pueda recorrer la mitad del camino hasta el teléfono, Grey ya está mirando la pantalla con el ceño fruncido.

Me pongo de pie con esfuerzo, para enfrentarlo con la daga.

—Devuélveme eso. Ahora mismo.

Mi voz está llena de furia y miedo, más de lo que creía. Sus ojos se mueven para encontrar los míos. Así de cerca, puedo ver que los arañazos que le dejé en el cuello se han puesto muy rojos. Han empeorado desde entonces. Bien. Ojalá se infecten.

Echa un vistazo al cuchillo que hay entre ambos y sus cejas se alzan una fracción.

—¿Estás dispuesta a luchar por él?

El tono de Grey es frío como el hielo y está respaldado por acero. Rhen

parece estar hecho de puras cortesías y contemplaciones reflexivas. Este hombre no. Este es un hombre de violencia.

Sujeto la daga con más fuerza.

—Sí. Lo estoy.

Sin advertencia alguna, su mano se dispara hacia adelante y sujeta mi muñeca. Me atraganto con mi propia respiración y me arrojo hacia atrás. Me sujeta con fuerza.

—Ya he aprendido que es mejor no subestimarte.

Lucho como un pez contra un anzuelo, pero es imposible moverlo. Mi respiración hace eco en mis oídos. Soy tan *estúpida*. Me retuerzo y llevo una rodilla hacia atrás para poder darle un rodillazo directamente en la entrepierna.

Se mueve junto a mí, así que no me da espacio para hacer nada, y levanta mi brazo para sujetarme en el sitio. Justo cuando estoy segura de que va a golpearme en la cara o va a decapitarme, dice:

—Tranquila. No es necesario. Ten.

Su voz es serena, completamente contraria a nuestras posiciones relativas. Mis pulsaciones estallan en mi cabeza y necesito un segundo para darme cuenta de que me está ofreciendo el teléfono.

Lo sujeto con mi mano libre y lo guardo con brusquedad en mi bolsillo. Quiero llorar de alivio.

También quiero llorar por la forma en que sujeta con fuerza mi brazo sobre mi cabeza.

Lo baja despacio, pero no afloja la sujeción.

—Esos aparatos no funcionan aquí.

—No me importa. Suéltame.

No lo hace. En lugar de eso, comienza a levantar mis dedos de la daga.

—Detente. —Intento sujetar su muñeca, forzarlo a apartarse—. No puedes llevártela.

—No voy a llevármela. —La libera de mi agarre, la hace girar en su mano y la

vuelve a presionar en mi palma con la punta en ángulo hacia el suelo—. Así.

Lo miro a los ojos.

—¿Qué? —pregunto tontamente.

—Continúa esgrimiendo la daga como si fuese una espada y probablemente pierdas la mano.

—¿Que *qué*?

Grey habla como si estuviera en mitad de una conversación informal y como si yo no fuese un peso muerto contra su sujeción.

—Sueles arrojarte al ataque. Creí que un poco de técnica te sería útil.

No me matará. Mi corazón comienza a aquietarse.

Gira mi muñeca y pone la empuñadura contra el centro de mi pecho, la punta dirigida hacia el suyo.

—¿Ves? Ahora cuentas con una defensa cuando un oponente te sujete. Si tuvieras suerte, podrías clavarme tu arma con solo jalar de mí.

Mi boca no funciona, no sale sonido alguno. No puedo decidir si sentirme impresionada o furiosa.

—¿Puedo hacerlo ahora?

Sonríe y sus ojos se iluminan con verdadera diversión.

—Quizás la próxima.

Entonces da un paso atrás y me suelta. Estoy sin aliento y atrapada en este espacio entre el horror y la euforia. Es un milagro que la daga no se haya caído de mi mano.

Grey señala la ventana con la cabeza, el sol del mediodía se abre paso.

—La cena estará servida cuando esté completamente oscuro. Su Alteza vendrá por ti entonces.

Me obligo a asentir. Trago. Hablo.

—De acuerdo. Está bien.

Se marcha y, una vez más, la puerta se queda cerrada con llave.

Capítulo siete

Rhen

Me despierto con el estómago lleno de fuego. Siento el cuerpo destruido.

Paso una mano por mi abdomen. No hay vendas ni ninguna tirantez punzante. Lilith no desgarró la piel. A veces eso es peor, cuando el dolor es producto solo de la magia. Se necesita más tiempo para recuperarse.

Un fuego crepitante arroja sombras sobre la pared. Llega música desde el Gran Salón, una lenta melodía de flauta me avisa de que tenemos una hora hasta la cena. Estoy en mi dormitorio. Una brisa de principios de otoño entra por la ventana y me acaricia la cara.

También estoy solo.

Me esfuerzo por enderezarme, pero el dolor rebota por todo mi cuerpo. Dejo escapar un suspiro entre dientes y recuerdo el dictamen de Lilith. Dijo que esta sería la última estación… eso debería ser un alivio. Sin embargo, ella lo transformó en una clase de tortura más oscura.

Sostengo mi abdomen con un brazo y consigo sentarme.

—Grey. —Mi voz suena a que he estado comiendo cenizas de la chimenea.

El Comandante aparece por la puerta.

—¿Sí, milord?

Paso una mano por mi cara.

—¿Qué ha ocurrido?

Se dirige a una mesa auxiliar y descorcha una botella. Un líquido rojo resplandece bajo la luz mientras lo sirve.

—Lilith apareció en la sala de entrenamiento.

—Eso lo recuerdo. —Me desplazo hacia adelante. El dolor cede un poco con mis movimientos. Las marcas en su cuello se han oscurecido un poco y han formado costras—. ¿Te hizo daño tras mi caída?

—No. —Extiende el vaso y lo agarro. El primer sorbo quema mi garganta y después mi estómago, pero doy la bienvenida a este dolor, porque atenuará el otro.

Grey no se sirve nada para sí. Nunca lo hace. Hace mucho tiempo estaba prohibido para la Guardia Real, pero ahora no hay nadie aquí a quien le importe.

Aun así, si le ofreciera un poco, él rehusaría. Ya he pasado por esto.

—¿Has ido a ver cómo está la chica?

Asiente.

—Así es.

Después de cerrar su habitación con llave, creí que golpearía la puerta con furia. En lugar de eso, me encontré con un silencio que parecía cargado de furiosa resignación.

—¿Quiso hablar contigo?

—Desenvainó una daga y estaba dispuesta a luchar por uno de esos aparatos que todas traen consigo.

Suspiro. Por supuesto.

—¿Algo más?

—Ella es interesante.

Mis ojos se disparan hacia arriba. Esa no es una palabra que haya escuchado de Grey para describir a ninguna de las chicas.

—¿Interesante?

—Es impulsiva, pero creo que pelearía a muerte si se encontrara acorralada; si hubiese algo que ella quisiera.

Eso *es* interesante.

Teniendo en cuenta que no quiere nada más que regresar a su casa, también es desalentador.

Me tiene miedo *ahora*. Vaya, qué irónico. Ya veremos cuando vea al monstruo.

Estos pensamientos no son productivos. Termino mi bebida. Grey se dirige a rellenar el vaso, pero le hago un gesto para que no lo haga. Necesito moverme.

Da un paso atrás para quedarse contra la pared, su mano derecha sujeta su muñeca izquierda. Hay algo distinto en él, y tardo un momento en darme cuenta de qué. Lleva puestas todas sus armas, desde la daga larga hasta sus cuchillos de lanzamiento y los brazaletes forrados de acero que protegen sus antebrazos.

Grey no ha estado completamente armado desde hace años. Rara vez dejamos los terrenos del castillo, y ciertamente no hay nadie aquí que sea una amenaza. Sonrío mientras me sirvo.

—¿Lo tiene asustado la chica, Comandante?

—No, milord.

Su voz es tranquila, inmutable. Nunca deja que lo provoque.

Como cuando se niega a beber, esto es parte del compromiso inquebrantable con el deber. Es algo que envidio, pero que también odio. No es ni un amigo ni un confidente. Quizás podría haberlo sido alguna vez, si la maldición hubiese comenzado de otra manera. Si no hubiera fallado en cumplir con mis obligaciones… y él no hubiese fallado en las suyas.

Termino el segundo vaso. Podría ordenarle que beba. Obedecería entonces.

Pero ¿qué gracia tiene un compañero de copas que está obligado a serlo?

Grey ya era así en un principio, antes de que la maldición nos atrapara juntos en este infierno. En aquel entonces, él sentía que tenía algo que demostrar. Habría llevado carbones encendidos entre los dientes si yo se lo hubiera ordenado. Tiene suerte de que no se me haya ocurrido antes, o podría haberlo

hecho.

El solo pensarlo me hace estremecer. No me gusta pensar en *antes*, porque demasiados recuerdos inundan mi mente, hasta que el peso de la pérdida y la tristeza hacen que quiera arrojarme desde los muros. Pero Grey está mezclado en muchos de ellos.

Grey, tráeme agua fresca.

No, he dicho agua fresca. Tráela de la cascada si es necesario.

Grey, mi comida está fría. Ve a buscarme otra cosa a la cocina.

Grey, mi comida está demasiado caliente. Dile al cocinero que haré que me traigas sus manos si no puede hacerlo mejor. Haz que lo crea.

Grey, el duque de Aronson dice que su hombre de armas puede cabalgar un día completo sin comida ni agua, y después ganar un duelo de espadas al atardecer. ¿Tú puedes hacerlo? Demuéstramelo.

Grey podía hacerlo. Lo hizo. Observé cómo casi muere en el intento.

Me sirvo un tercer vaso y bebo un trago.

—Grey, tengo órdenes para ti.

—Sí, milord.

—Cuando comience a transformarme, quiero que me mates mientras puedas.

Le he ordenado esto antes. A veces funciona. A veces no.

Esta vez es diferente.

Lo he observado suficientes veces como para saber que está sopesando sus palabras.

—Si Lady Lilith ha declarado que esta es nuestra última oportunidad, matarlo implicaría una verdadera muerte, no un nuevo comienzo.

—Lo sé.

—Hice un juramento para protegerlo —dice—. No puede ordenarme que lo rompa.

—Sí puedo —estallo y me encojo de dolor, mi cuerpo protesta contra este

movimiento—. Y lo haré.

—Dejará a su pueblo sin nadie que lo gobierne.

Quiero estrellar el vaso contra algo.

—No hay nadie que gobierne ahora, Grey. Si esta es nuestra última estación, no me arriesgaré a destrozar a más gente. Me niego.

No dice nada.

—Lo harás —le digo.

—Puedo llevar al monstruo a través del bosque. Puedo mantener a la criatura alejada de la gente. He tenido éxito en eso durante muchas temporadas.

Monstruo. *Criatura*. Como si no supiésemos ambos en qué me transformo. Lo que puedo hacer.

—Maldición, Grey. ¿Estás preparado para alejarme de la gente *eternamente*? —Señalo la ventana, a los establos detrás, iluminados por el sol—. ¿Estás preparado para montar un caballo *todas las noches* hasta que este caiga rendido, durante el resto de tu vida?

No dice nada.

—¿Estás preparado para morir, Grey? —pregunto con ímpetu—. Porque eso es todo lo que hay al final de este camino. Estoy seguro. Esta nunca fue una maldición que pudiera romperse. Esto fue una sentencia de muerte. La verdadera maldición ha sido creer que podíamos encontrar una salida.

Sus ojos muestran un destello casi desafiante.

—Aún podemos encontrarla.

—Si no he tenido éxito para cuando comiencen a aparecer las señales de la transformación, harás lo que te pido, Grey. Puede ocurrir con rapidez, así que te estoy dando la orden ahora. Te liberaré de tu juramento.

—Entonces va a limitar su última estación a… ¿qué?… ¿seis, ocho semanas?

—Si no he roto esta maldición para entonces, no habrá esperanza alguna cuando desaparezca en la criatura.

Su voz ahora es fría, irritada.

—¿Y una vez que lo haga? ¿Tiene más órdenes?

—Encuentra una nueva vida. Olvídate de Emberfall.

—Una tarea fácil, sin duda.

—¡Grey! —Estrello el vaso contra la mesa de noche con tanta fuerza que la base se astilla y el cristal repica contra el suelo de mármol—. Esta es mi última oportunidad. No tengo nada para ofrecerte aquí. Casi no tengo un reino que gobernar. No me queda una vida por vivir. *Nada*. Solo puedo ofrecer terror y dolor y muerte, o bien puedo ofrecerte libertad. ¿Entiendes?

—Entiendo. —Grey no se inmuta con mi exabrupto—. Pero usted no me debe nada. Usted es todo lo que importa aquí. Solo usted puede romper esta maldición. Debe encontrar una mujer que lo quiera. *Usted*, no yo. Si Lady Lilith quiere romperme otra vez, le pediré que la deje.

—No me quedaré observando cómo causa más daño, Grey.

—Una y otra vez, Lilith encuentra su punto más débil.

Aparto la mirada. Hace tiempo, lo hubiese castigado por hablar de mi vulnerabilidad.

Ahora lo único que siento es vergüenza.

La oscuridad comienza a inundar el cielo. Encuentro sus ojos.

—Obedecerá, Comandante.

—Sí, milord. —No titubea. Ya ha dicho lo que pensaba.

Suspiro. Estoy tan harto de esto.

Una última temporada.

Arrojo el vaso astillado al fuego de la chimenea. Restalla entre miles de chispas que resplandecen y mueren.

—Me vestiré para cenar. Juguemos a este juego una última vez.

Capítulo ocho

Harper

Voy a salir por la ventana.

Estoy intentando no pensar demasiado en ello, porque si lo hago me asustaré y cambiaré de opinión.

Desde el exterior del castillo, las espalderas de madera no parecían tan altas, pero desde aquí arriba lo único que veo es mi futuro con el cuerpo completamente enyesado. O en un ataúd.

Flores y enredaderas trepan por cada espaldera, que están colocadas a intervalos regulares entre las ventanas. La mayoría de las ventanas están demasiado separadas para que esto importe... no mido tres metros. Pero las del baño y el vestidor están bastante juntas y el espaldar está colocado casi lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlo.

Me desplazo sobre el alféizar y no miro el suelo. Esto es lo más temerario que he hecho jamás.

No. Lo más temerario que he hecho fue atacar a un desconocido en la calle con una palanca. Así que supongo que esto no está tan mal.

He encontrado un bolso en el vestidor y lo he llenado con un jersey de más y todo lo que había en la bandeja de comida, pero nada de eso será de ayuda si no puedo salir de esta habitación.

Y si no salgo, será dolorosamente obvio que estaba planeando hacerlo y quizás me encierren en otro lugar la próxima vez, un lugar en donde no tenga la oportunidad de escapar.

Mi corazón palpita y me dice que no puedo saltar quince centímetros. Dice

que caer al suelo desde cinco metros de altura dolerá. Dice que soy una idiota por solo considerar hacer esto.

Si Jake pudiera verme, perdería por completo la cabeza.

Pero entonces pienso en mi madre y en la posibilidad de que muera sola en su habitación.

Sin advertencia alguna, mis ojos se llenan de lágrimas. Ha sido un día largo. Mis oportunidades no parecen incrementarse.

Bueno, necesito aclarar mi mente. Seco mi cara con la manga de mi jersey. Esos quince centímetros podrían ser el único hueco que necesite cruzar para ver a mi hermano y a mi madre ¿y estoy sentada aquí *llorando*? Faltarán unos quince minutos para que se ponga oscuro. Necesito darme prisa.

Compruebo la correa de mi bolso, me armo de coraje y salto.

Mis manos se cierran alrededor de la madera y de las vides enredadas en ella. El bolso se columpia salvajemente desde mi hombro, y mi pie derecho lucha por encontrar un apoyo.

¡Sí! Un alivio me recorre, dulce y puro. Presiono la cara contra la hiedra y casi dejo escapar un sollozo. *Gracias*.

La madera se rompe bajo mi peso.

Caigo.

Y lucho.

Y grito.

Pero entonces mi pie encuentra asidero. Una moldura decorativa de piedra que sobresale algunos centímetros de la pared del castillo. He frenado unos tres metros debajo de la ventana y me aferro a la espaldera. Mis dedos arden como si los hubiese prendido fuego y mis rodillas se han estrellado contra la roca expuesta, pero sentir dolor significa que estoy viva.

Veo estrellas revoloteando por encima de mi cabeza y, durante un momento aterrador, creo que voy a desmayarme.

No. No puedo desmayarme. *No tengo tiempo que perder*, así que mi cuerpo

tiene que funcionar.

La madera cruje. El espaldar cede otra vez.

No dejo de intentar aferrarme, lucho por sujetarme a algo, pero mis músculos no responden con rapidez. La madera no deja de romperse. Nudillos en carne viva. Bíceps ardiendo. La madera se astilla por todas partes. La hiedra raspa mis mejillas. Chocaré contra el suelo y moriré.

No. Choco contra el suelo y *duele*. No puedo respirar.

Ah, esta ha sido una idea espectacularmente mala.

Me quedo tendida en el césped durante un rato muy largo, debatiendo conmigo misma sobre qué sería peor: la muerte o que esos jóvenes me encuentren así.

Después de un rato, la respiración vuelve a entrar en mis pulmones y, con ella, regresa mi claridad mental. Estoy dolorida, pero no siento nada roto. El espaldar astillado amortiguó mi caída. Es como caerse de un caballo, y hoy ya lo he hecho.

Finalmente logro rodar sobre mí misma y me coloco a cuatro patas. Ya casi está completamente oscuro. El tiempo no está a mi favor. Debo entrar en los establos antes de que descubran que he escapado.

Encuentro el camino hacia allí. Will resopla contra mi mano cuando se la ofrezco.

—Hola, amiguito —susurro, y me siento mejor cuando su aliento cálido hace cosquillas contra la palma de mi mano—. ¿Qué te parece si damos otra vuelta?

Lo estoy ensillando en la penumbra de su compartimento cuando veo algo que no había notado antes: un enorme mapa que abarca la pared del fondo. En la parte superior dice EMBERFALL con enormes letras cursivas. Apoyo la brida por encima de mi hombro y cruzo el pasillo. Paso los dedos sobre la superficie del mapa. La pintura seca es impecable donde marca las ciudades. VALLE WILDTHORNE, FORTALEZA HUTCHINS. PLANICIES BLACKROCK. En el centro del mapa, cerca de Silvermoon Harbor, hay un castillo pintado con muchos

detalles.

El mapa no se parece al de los Estados Unidos, de eso no cabe duda.

Detrás de mí, Will taconea el suelo. Tiene razón. Debemos irnos.

Es fácil encontrar el camino al bosque, en especial porque el caballo parece conocerlo. La oscuridad cubre los rastros, pero una brisa helada susurra entre los árboles. No dejo de lanzar cautelosas miradas al castillo, pero no he visto ningún movimiento ni he escuchado grito alguno detrás de mí. Una descarga de adrenalina se dispara en mi pecho y necesito toda mi fuerza de voluntad para mantener al caballo en un ritmo sosegado. Lo conseguimos. *Nos estamos escapando*.

Sin advertencia alguna, nieva.

Me sorprendo y tiro de las riendas, lo que hace que Will se detenga. Copos de nieve caen por el aire alrededor de nosotros y de mi respiración emanan nubes de vapor. Mi cerebro no quiere procesar este cambio, pero no puedo negar el repentino frío gélido en mis mejillas o los copos de nieve que se acumulan en la crin del caballo. La nieve cubre los árboles a nuestro alrededor y, delante, el camino está tapado de blancos cristales de nieve que destellan bajo la luz de la luna.

Miro hacia atrás y el sendero que acabamos de atravesar está igualmente cubierto de nieve. Grandes copos se filtran por entre los árboles.

Esto no puede estar pasando.

Hago que Will dé media vuelta y lo urjo a regresar al castillo. De inmediato, la nieve se desvanece. El calor alivia mi cara congelada. Los copos de nieve se convierten en gotitas de agua en la crin del animal.

El castillo se cierne, enorme, en la distancia; sus ventanas parpadean, iluminadas por el fuego de lámparas y chimeneas.

Maldición.

Mi respiración se vuelve agitada y superficial. Los instrumentos musicales pueden haber sido un truco elaborado, pero no conozco forma alguna de

hacer que el tiempo cambie tan repentinamente como acaba de ocurrir. Ni siquiera una máquina de nieve podría hacer que la temperatura del aire bajara cinco grados de golpe.

Will sacude la cabeza y lucha contra las riendas, rogándome que tome una decisión.

Maldición o no, esos hombres me secuestraron. Hacia la nieve.

El cambio me quita el aire otra vez, sobre todo al darme cuenta rápidamente de que no estoy vestida para esto. El viento sube por debajo de mi fino jersey y me da escalofríos. Después de que Will avanzase arduamente a través de las lomas de nieve durante un minuto, tiro de sus riendas y busco el jersey más pesado en el bolso. Mis dedos tiemblan de frío.

Los árboles disminuyen gradualmente antes de dar paso a campos abiertos. La luna se eleva inmensa y blanca y transforma las amplias e intactas lomas en una maravilla invernal. La nieve se extiende durante kilómetros y no hay signo alguno de luz de origen humano en ninguna dirección. No hay rastro alguno de civilización.

La nieve está más compacta aquí, lo que indica que ha pasado gente en algún momento. Impulso a Will a un trote, pero mi cuerpo ya está semicongelado, y el ritmo me sacude fuera de la montura. Lo presiono para que vaya a medio galope.

El frío comienza a poner tensos mis músculos y, mientras avanzamos a una velocidad media, sigo sin ver señales de… nadie. He escapado de dos hombres armados y un castillo maldito, y voy a morir por congelación.

Justo cuando comienzo a pensar en regresar, un resplandor anaranjado brota en la distancia. Mi nariz percibe el olor a humo.

Como mínimo, es una señal de vida después de incontables kilómetros de nieve iluminada por la luna. La esperanza produce una ráfaga de calidez dentro de mí. Impulso a Will hacia adelante, pero me persiguen las advertencias de Rhen sobre maldiciones, y sobre que no hay soldados patrullando la Carretera

del Rey. Mientras continuamos a un galope medio, mis pensamientos comienzan a susurrar advertencias sobre el fuego fatuo, sobre personas que persiguieron las luces de las hadas y nunca más volvió a saberse de ellas.

El resplandor se ha convertido en columnas de llamas que, sin embargo, llenan el cielo de negrura. Por un instante, creo que debe ser una enorme hoguera.

Entonces escucho los gritos. El llanto de un bebé.

Es una casa. Una casa que se incendia.

Acorto las riendas e impulso a Will al galope.

La nieve se arremolina en el cielo, se derrite y cae como gotas de lluvia por el calor de las llamas. Frente a la estructura ardiente hay tres niños tratando de esconderse detrás de una mujer que sostiene a la criatura que llora. Están todos vestidos con ropa de dormir. Los pequeños están descalzos en la nieve.

Un hombre de mediana edad se encuentra frente a ellos, su espada apunta a la mujer.

Tiro de las riendas y patinamos hasta detenernos, mientras seguimos camuflados por la oscuridad.

El hombre mira con desdén a la mujer. Tiene un fuerte acento en la voz, distinto al de Rhen y al de Grey. Apenas puedo oírlo por encima del rugido de las llamas.

—¿Crees que puedes negarnos la entrada? En poco tiempo esta tierra será propiedad de la corona.

Desde algún lugar cercano a la casa devorada por el fuego, otro hombre grita:

—Mata a los niños, Dolff. Llévate a la mujer.

—¡No! —grita ella, mientras retrocede y abraza a los pequeños.

El hombre la sigue hasta que la punta de su espada le toca el pecho, justo sobre el bebé, que sigue llorando. La mujer no deja de retroceder mientras dice:

—No pueden hacer esto. No pueden *hacer esto*.

—Hago lo que me ordenan. ¿Quién sabe? Quizás te guste.

Otro hombre grita:

—¡Nos llevaremos a la niña también! ¡Me gustan pequeñas!

La niña debe tener siete años.

La mujer escupe a Dolff.

—Espero que el monstruo devore a tu familia.

El sujeto mueve su espada y el llanto del bebé se transforma en un grito muy agudo.

Clavo los talones en los flancos del caballo cervuno. No tengo ni idea de qué voy a hacer, pero Will responde inmediatamente. Sus cascos se levantan del suelo. Los ojos de la mujer se abren cuando nos lanzamos sobre ellos y lejanamente escucho cómo un niño pequeño dice: «¡Mirad! ¡Un caballo!».

Entonces nos estrellamos contra el hombre.

El impacto casi me arroja del lomo del animal, pero tengo el placer de verlo caer. Su espada sale volando en un arco de acero resplandeciente y cae al suelo en algún lugar a mi izquierda. Me siento con fuerza sobre la montura y me giro para arremeter una vez más.

El hombre ya se está levantando del suelo. Le cae sangre de una herida en la sien. Se tropieza. *Bien*.

Desenvaino mi daga, apunto hacia abajo con la intención de rebanar al hombre al pasar. Todo lo que escucho en mi cabeza es la estúpida voz de Grey: «Continúa esgrimiendo la daga como si fuese una espada y probablemente perderás la mano».

Es probable que pierda mucho más que eso. Rozo los costados de Will con los talones, pero ya está galopando.

El hombre está más preparado. Cuando me estiro para rebanar con el filo, se lanza sobre mi pierna y me tira del caballo. Agradezco que haya medio metro de nieve en el suelo para amortiguar mi caída… hasta que salta sobre mí.

De alguna manera, aún tengo la daga en la mano. La levanto, lista para clavarla en su...

Zas. Veo estrellas. Tardo un momento en darme cuenta de que me ha golpeado con fuerza con el dorso de la mano.

Necesito un momento más para registrar el dolor. Tengo sangre en la boca. La mano del hombre se aleja para volver a golpearme.

Bajo de golpe el brazo para darle en la espalda. Se sacude un poco y su mano cae.

Lo he apuñalado. *Lo he apuñalado*.

Parte de mí quiere romper en llanto.

Una parte de mí, más oscura, quiere celebrarlo. *Lo he logrado. Me he salvado*.

La cara del hombre se afloja, su cuerpo se desliza hacia un lado y aterriza en la nieve.

Levanto la vista. La mujer está delante de mí, mechones de su pelo rubio se han desprendido de su trenza y su respiración agitada niebla el aire nocturno. Ha alzado la espada del hombre y parece lista para acabar con él si sigue vivo. La niña sostiene al bebé. Hay manchas de sangre en la manta que lo envuelve.

Quizás sea la sangre o quizás el cadáver en la nieve. Quizás sea el terror en las caras de estos niños. Pero la realidad, de golpe, me alcanza.

Esto es real.

—¿Está bien el bebé? —pregunto.

La mujer asiente.

—Las mantas son gruesas. Solo es un arañazo.

Hay hombres gritando, parece que se acercan.

—Hay más —dice la mujer a toda prisa—. Lo verán. Debemos huir. —Extiende una mano.

La sujeto y me pongo de pie.

O al menos eso intento. Todo está helado y mi pierna izquierda se niega a cooperar. Apenas puedo ponerme de rodillas.

—Huid —digo agitada—. Corred.

—¡Ey! —grita un hombre. El humo espesa el aire, pero suena muy cerca.

La mujer alza al pequeño en brazos y se pone delante de mí, bloqueándome junto a sus niños.

Si esta mujer puede ser feroz con un niño en brazos, entonces mi cuerpo puede levantarse. Obligo a mi pierna a *funcionar* y me muevo para pararme a su lado.

Cuatro hombres nos enfrentan, todos con espadas, todos vestidos con ropas ribeteadas con verde, negro y plateado. Dos de los hombres son más jóvenes, más o menos de la edad de Rhen y Grey. Los otros dos son mayores.

Uno tiene mi caballo, que esta medio encabritado y agita la cabeza para liberarse.

Detrás de nosotras, los niños tiemblan y lloran.

El hombre mayor me mira y sus ojos se entrecierran.

—Y *tú*, ¿de dónde has salido?

—De tu peor pesadilla —ladro.

Se ríe como si realmente le pareciera divertido, después alza su espada.

—Puedo arreglar eso.

Mi corazón ruge en mi cabeza. Esto es todo. Voy a morir ahora mismo.

El viento silba y escucho un *chas*. Una flecha emplumada aparece en el pecho del sujeto.

Luego otra, justo debajo de la primera.

El desconocido cae a mis pies. La sangre se derrama sobre mis botas, hacia la blanca nieve. Se me escapa un pequeño grito de sorpresa y doy un pequeño salto atrás.

—Abandonarán esta propiedad —exclama una voz que ya es familiar—. Por orden del príncipe heredero de Emberfall.

Rhen y Grey. Están montados a caballo, justo detrás de mí. Rhen tiene un arco en la mano y ya tiene otra flecha lista.

La mujer inhala con fuerza por la boca y se acerca más a mí. De pronto, su mano se aferra a la mía, sus dedos tiemblan.

Todos los hombres gritan y se mueven como si fuesen a atacar con sus espadas.

La flecha de Rhen sale volando. Da en el hombro del desconocido que está en el medio. Después otra se entierra en su pierna, tan rápido que es casi un borrón. El sujeto grita y cae.

Los otros titubean.

—Tengo suficientes flechas para matar a todos dos veces —exclama Rhen. Ya tiene otra apoyada en su cuerda.

Uno de los hombres aprieta los dientes y da un paso adelante, directo hacia la mujer. Ella suelta un pequeño grito y trastabilla hacia atrás, empujando a los niños con ella.

Chas. Chas. El hombre recibe dos flechas en el pecho y cae.

Eso da resultado. El último que queda sale corriendo.

El silencio cae sobre nosotros como una guillotina, roto solo por la respiración agitada, aterrorizada, de los niños.

Y la mía.

Me quedo mirando a Rhen y a Grey. Sobre sus rostros parpadea el reflejo dorado del fuego que aún arde. Están furiosos.

Hay cadáveres a mis pies y los niños lloriquean en la nieve. En cualquier momento, mi cerebro se pondrá al día y romperé en llanto.

En lugar de eso, digo lo único que mi mente desconcertada puede producir:

—Gracias.

Capítulo nueve

Rhen

Me pregunto qué camino habría tomado la maldición si hubiésemos llegado un minuto después y encontrado a Harper muerta.

Estoy tan furioso que estoy tentado de preparar otra flecha y descubrirlo.

Las llamas se agitan hacia el cielo, contra el viento y la nieve que se baten alrededor de todos nosotros. Miro a Grey.

—Revisa a los hombres. Averigua quiénes son.

Baja del caballo de un salto.

Engancho mi arco en la montura, y después desmonto mi caballo con más cuidado que él. Aún tengo los costados doloridos y la ardua cabalgata para alcanzar a Harper no ha sido de mucha ayuda.

El dolor tampoco ha hecho nada por mejorar mi humor.

Eso y el hecho de que Harper me mira con furia como si yo hubiese provocado todo esto.

Grey se detiene al lado de uno de los hombres caídos, lo golpea en la espalda.

—Este hombre lleva un escudo de armas —me dice—. Pero no lo reconozco. —Casi no hemos salido de Ironrose, así que no me sorprende. Bueno, Grey sí sale, pero solo para guiar al monstruo *lejos* de la gente.

Grey se acerca al otro hombre y empuja la solapa de su chaqueta hacia un lado para sacarle un cuchillo del cinturón.

—Son armas decentes. Mejores que las de un ladrón común, podría decirse.

A mi derecha, un bebé protesta y, cuando la miro, la mujer descalza palidece

e intenta acallarlo. Parece estar aferrando la mano de Harper. Teniendo en cuenta sus ropas y la delgadez de la mujer, esta familia tiene poco que valga la pena tomar... y mucho menos ahora.

Cuando me acerco, la mujer inhala con fuerza y se arrodilla en la nieve.

—Niños —susurra en voz baja y todos la imitan de inmediato, aunque se acercan a su madre. El bebé se aferra a su hombro, sus grandes ojos oscuros me miran.

La mujer tira de la mano de Harper.

—Es el príncipe heredero —susurra—. Debes arrodillarte.

Los ojos de Harper encuentran los míos. Los de ella están llenos de recelosa rebeldía.

—No es mi príncipe.

Me detengo frente a ella. La nieve se está acumulando en sus rizos oscuros y no tiene la ropa apropiada para esta excursión. Tiene las manos manchadas de sangre seca.

También hay sangre en sus labios y su mejilla está hinchada. La miro con ojos entrecerrados y estiro la mano para levantar su mejilla.

—¿Sigue sosteniendo que no está herida, milady?

La mujer inhala con fuerza y suelta la mano de Harper.

—Milady —susurra—. Discúlpeme.

Harper aparta mi mano.

—Estoy bien.

A nuestro lado, la respiración del niño más pequeño se entrecorta mientras tiembla bajo la nieve, apoyado contra su madre. Miro a la mujer.

—Levántense. No quiero que los niños se arrodillen en la nieve.

La mujer duda, después se levanta del suelo, pero mantiene la cabeza inclinada. Cada vez que sus ojos van hacia la estructura en llamas a mis espaldas, su respiración se entrecorta.

—Estamos en deuda con usted —dice—. Tome todo lo que tenemos.

—No tomaré nada de aquellos que nada tienen —le digo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Freya. —Traga. Sus ojos están tan abiertos que parecen dos platos—. Su Alteza.

—Freya. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué querían?

—No lo sé. —Le tiembla la voz—. Los rumores hablan de una invasión desde el norte, pero... —Su voz se rompe—. Mi hermana y su marido han muerto. Esto es todo... esto es todo lo que teníamos...

Dos de los niños comienzan a llorar, aferrados a la falda de su madre.

Harper se acerca a Freya.

—Está bien —dice con suavidad—. Lo resolveremos.

Sus ojos reprobatorios se dirigen a mí.

Está claro que el que tiene que resolverlo soy yo.

—Solía haber una posada al norte de aquí —digo—. ¿La conoces?

La mujer se arriesga a levantar la vista.

—¿Crooked Boar? Sí, por supuesto, pero... —Vuelve a echar un vistazo a las llamas—. No tengo nada. No tengo dinero, no tengo con qué pagar. —Coloca al bebé más cerca de ella. Limpia su mejilla con una mano temblorosa.

La niña mayor se acerca y habla entre lágrimas.

—Pero estamos juntos. Siempre dices que todo irá bien mientras estemos juntos.

Por lo que se puede ver, juntos morirán congelados. Aunque lograra llevarlos hasta la posada, no pueden quedarse allí para siempre. Pienso en las amenazas de Lilith y me pregunto si no sería más piadoso matarlos a todos ahora, antes de que el monstruo pueda perseguirlos eternamente.

La mujer y sus hijos están demasiado delgados. Mi reino ha caído en la pobreza y no puedo hacer nada al respecto. Es un recordatorio de que, aunque lograra romper esta maldición, no me quedaría nada de todas formas.

Harper me mira con furia.

—Que te quedes mirando no ayuda en nada.

La imagino criticando de esta forma a mi padre.

Después lo imagino a él abofeteándola con el dorso de la mano.

Si estuviera aquí ahora, seguramente me abofetearía a *mí* por no hacer lo mismo.

Ha estado aquí menos de un día y ya estoy agotado.

—Milady —digo con severidad—. Quisiera hablar con usted a solas un momento.

—Está bien. —Se aleja dando pisotones, con su renquera pronunciada. No me deja otra opción más que seguirla.

A los diez pasos, la sujeto del brazo y la hago girar. La miro enfurecido, incrédulo.

—Solo quiero saber quién te crees que eres.

—¿*Tú* quién te crees que eres? —espeta—. Tienes un castillo inmenso con cientos de habitaciones. ¿No puedes darle uso a alguna?

Levanto las cejas.

—Ah, así que huyes del castillo, pero ¿sometes a otra mujer a tu suerte?

—¿Preferirías dejarlos morir de frío en la nieve? Vaya príncipe que eres.

Se da la vuelta para irse, pero atrapo la manga de su abrigo de lana y la mantengo en su lugar.

—¿Acaso sabes por qué iban tras ella esos hombres? —Señalo los cuerpos en la nieve—. ¿Te das cuenta de que iban a *matarte*? ¿Quieres invitar a más?

Tensiona la mandíbula.

—Sé que habrían asesinado a esos niños si yo no hubiera aparecido. Sé que estaban intentando invadir su tierra en nombre de la corona. ¿Qué tienes para decir sobre eso?

—Habrían asesinado a esos niños si *Grey y yo* no... —Me quedo helado, mis pensamientos irritados acaban de captar su segunda afirmación—. ¿Qué has dicho?

Sacude el brazo para soltarse.

—He dicho que esos hombres intentaban hacerse con su tierra en nombre de la corona. Eso eres *tú*, ¿o no?

—Si han dicho eso, *estaban mintiendo*.

Uno de los niños ríe con ganas, con alegría pura. Giro la cabeza con rapidez.

Grey ha puesto su capa en la nieve para que los niños estén sobre ella. Parece estar haciendo muecas ridículas frente a ellos. Un niño pequeño, de unos cuatro años, ha encontrado el coraje para alejarse de su madre y el bebé. Ríe entre escalofríos y dice: «Otra vez, otra vez».

Cuando Grey ve que lo estoy mirando, se endereza y se pone serio inmediatamente.

Harper ha perdido la paciencia conmigo.

—Se están congelando —dice—. O los ayudas o te vas de aquí. *Yo* voy a ayudar.

Vuelve al lado de Freya y se quita el bolso del hombro.

—Hay comida aquí dentro —señala Harper, reprimiendo un escalofrío—. Quizás esté un poco aplastada, pero es algo.

Los ojos de la mujer van de la cara de Harper al bolso varias veces.

—Milady —susurra—, no puedo…

—Claro que sí. —Harper da una sacudida a la bolsa—. Agárrala.

La mujer traga y sujeta la bolsa como si esta contuviera algo venenoso, pero los niños comienzan a revisarla.

—¡Mami! —dice el pequeño—. ¡Dulces!

—Crooked Boar no está lejos —digo—. Nos adelantaremos a caballo y ordenaremos una habitación para ti y los niños.

Harper parece asustada.

—¿Nos van a dejar solos?

La ignoro y desabrocho mi capa.

—Grey, divide a los niños en dos caballos. —Me detengo frente a Freya y

paso la capa alrededor de sus hombros.

Ella se tensiona, sorprendida, y retrocede, negando con la cabeza.

—Su Alteza… no puedo…

—Estás helada. —Miro a Grey, quien está montando al mayor de los niños en su caballo—. El comandante los mantendrá a salvo en la carretera.

Harper observa todo con una expresión de desconcierto.

—Acabas de decir que tú y Grey ibais a adelantaros.

—No, milady. —Me giro para mirarla—. Me refería a ti y a mí.

Abre la boca. La cierra.

Jaque mate.

Pero entonces sus labios se estiran en una línea.

—No queda ningún caballo.

—Hay uno. —Giro la cabeza y silbo. Tres estallidos atraviesan el aire nocturno. Suena el redoble de los cascos contra el suelo. Ironwill aparece entre el humo. El animal se detiene con suavidad delante de mí y apoya la cabeza contra mi hombro de manera afectuosa. Sujeto su brida y acaricio su lugar preferido, justo debajo de su crin.

Los ojos de Harper se abren mucho y entonces su cara se ilumina con una sonrisa.

—¡No ha huido! —Acaricia el puente de la nariz de Ironwill, después abraza su cabeza—. Ese es un excelente truco. ¿Todos los caballos vienen cuando silbas?

—No todos —respondo con facilidad—. Solo el mío.

Su sonrisa desaparece.

—El tuyo…

—Elegiste bien. —Enderezo las riendas, sujeto el borrén delantero y me columpio para montar. Después extiendo una mano hacia ella.

Se queda mirándome. La indecisión se muestra claramente en su cara.

Señalo a Freya y a los niños con la cabeza.

—No están entrando en calor, milady. No deberíamos demorarnos más. —Vuelvo a mirarla—. Por otro lado, me olvido de que partiste desde Ironrose para hacer tu propia travesía. ¿Preferirías seguir por tu cuenta?

Eso capta la atención de Freya, porque duda antes de alzar al bebé para colocarlo frente a la niña. Sus ojos bailan, van de mí a Harper, preocupados.

Harper también lo ve. Su mandíbula se tensa.

—No. Voy con vosotros.

Entonces, estira su mano y agarra la mía.

En otra época, en otro lugar, me habría gustado montar en pareja en la nieve, el peso de una joven contra mi espalda mientras avanzamos a un galope medio por un camino silencioso. El aire es vigorizante y helado, y no he sentido nieve sobre la piel desnuda en años.

Pero esta noche me duelen las heridas mágicas en el abdomen, que punzan con cada zancada. Harper se aferra al cinturón de mi espada en lugar de poner sus abrazos alrededor de mí, un claro rechazo a acercarse más de lo necesario. Un silencio helado nos envuelve, roto solo por los cascos de Ironwill al chocar contra el suelo con una cadencia familiar.

Finalmente, el dolor apagado se transforma en un cuchillo ardiente, y el sudor comienza a acumularse bajo mi ropa. Llevo al caballo a un ritmo de caminata.

—¿Qué sucede? —pregunta Harper—. No hay nada aquí.

Un tono de alarma se esconde en su voz y giro la cabeza solo lo suficiente para ver su perfil.

—El caballo está agitado.

—Suena a que el que está agitado eres *tú*.

Es cierto. Pero ella también, me percato. Su respiración nubla el aire igual de rápido que la mía. Me pregunto si su terquedad ha evitado que pidiera que nos detuviésemos.

Exactamente como mi propia terquedad ha hecho.

—Pareces tener un don para encontrar problemas —le digo.

Se queda en silencio durante un momento, pero sé que está pensando, así que espero.

Finalmente, dice:

—Estaba intentando encontrar el camino de vuelta a casa. O al menos... a alguien que me ayude.

—No hay nadie en Emberfall que pueda ayudarte a regresar a casa. —Levanto la mano para señalar—. Aunque deberías dirigirte al sur si deseas otra compañía. Viajar hacia el oeste desde Ironrose lleva a tierras de cultivo dispersas, como puedes ver.

—Lo único que veo es nieve, Rhen. —Hace una pausa—. *Príncipe* Rhen.

Lo dice como si quisiera usar la palabra como un ataque, pero no muerdo el anzuelo.

—La nieve se ha acumulado bastante durante esta estación —concuerdo.

—¿Se supone que ahora debo llamarte «Su Alteza»?

—Solo si puedes hacerlo sin tanto desdén.

—Todavía no entiendo por qué no puedo ir a casa.

—Hay un velo entre nuestros mundos. No tengo el poder para cruzarlo.

—Pero Grey puede.

—La maldición le otorga esa habilidad una hora por estación. Ni más ni menos. —Giro la cabeza para volver a echarle un vistazo—. La magia fue prohibida en Emberfall hace tiempo. No encontrarás a nadie que pueda ayudarte.

Se queda callada otra vez. El viento silba entre nosotros y encuentra el camino para meterse bajo mi chaqueta. A mi espalda, Harper tiene escalofríos. Sus dedos tiemblan contra mi cinturón.

Con rapidez, desabrocho las correas que cruzan mi pecho y retiro los brazos de las mangas, después sostengo la chaqueta hacia atrás para ofrecérsela.

—Por favor, milady. Está pasando frío.

Permanece en silencio durante un momento, pero el frío debe ser bastante convincente, porque la arranca de mi mano. Cuando habla, su voz es diminuta.

—Gracias. —Pausa—. Tú también debes estar congelándote.

Con suerte, moriré congelado.

—He sobrevivido a cosas peores.

—¿En serio no enviaste a aquellos hombres a quemar la casa de esa mujer? ¿No pretendías invadir su tierra?

—No. —Ni siquiera consigo indignarme. Recuerdo una época en la que me hubiera enfurecido sin pensarlo. Sinceramente, no debería sorprenderme que haya vándalos exclamando tales cosas en mi nombre.

—¿Por qué hace tanto frío aquí cuando en el castillo hace calor?

—Ironrose, el castillo y sus terrenos, están bajo una maldición que repite la misma estación una y otra vez, hasta que... —Busco las palabras correctas. Rara vez soy tan franco sobre el maleficio—. Hasta que complete una tarea. El tiempo por fuera del castillo pasa con más lentitud, pero pasa.

Harper está callada como un fantasma detrás de mí, salvo cuando un escalofrío hace que su respiración se estremezca. La nieve se pulveriza en mis manos y se acumula en la crin del caballo.

—Milady —digo—, aún tiembla. No es necesario que mantenga la distancia.

Una ráfaga de viento pasa entre nosotros, acentuando su silencioso rechazo.

—No es largo el viaje que nos queda —agrego—. No sería...

Ella se mueve hacia adelante y desliza los brazos alrededor de mi cintura de forma tan repentina que inhalo con fuerza de la sorpresa. Su cabeza cae contra el centro de mi espalda. Temblores le recorren el cuerpo y tira de la chaqueta para que nos envuelva a ambos.

Se sujeta con suficiente fuerza para que duela, pero no me muevo.

Esto tiene más que ver con el tiempo que con haberme ganado su

confianza, sin duda. Pero a medida que su cuerpo entra en calor y se relaja contra mí, percibo que alguna clase de confianza debe haber. El pensamiento alimenta mi esperanza, paso a paso.

Acomoda su sujeción. Dejo escapar aire por entre mis dientes y sujeto su muñeca.

—Unos centímetros más arriba, milady, si no es molestia.

Mueve las manos.

—¿Por qué? ¿Te han hecho daño?

—No —contesto—. Es una vieja herida.

Acepta la mentira sin reparos, pero no me gusta. Ganar este momento parece mil veces más satisfactorio que llenar a las mujeres de falsos halagos y promesas vacías. En la oscuridad, al estar juntos sobre el caballo, me siento tentado de olvidar la maldición y fingir que mi vida no existe más allá de este momento.

—¿Qué habrías hecho —pregunto en voz baja—, si no hubiésemos llegado?

—¿Viste sus espadas? —dice contra mi espalda—. Estoy bastante segura de que habría muerto.

Su voz es tan sincera que me río.

—Estoy comenzando a preguntarme si no hubieses encontrado una forma de huir incluso de eso. ¿Cómo lograste escapar de Ironrose sin que Grey se diera cuenta?

—Supongo que no habéis visto la espaldera.

—¿Bajaste por la *espaldera*? —Apenas puede montar a caballo. Está loca, sin duda—. ¡Ni siquiera está debajo de tus ventanas!

—Créeme, me di cuenta cuando me estrellé contra el suelo.

Con razón la encontré afrontando a un cuadro de espadachines frente a una casa en llamas. La próxima vez, probablemente sea un ejército.

—Herida como estás, eliges *saltar*…

—¡No estoy *herida*!

—Entonces, ¿qué? —cuestiono—. Hay una diferencia entre el orgullo y la negación, milady.

No dice nada, pero percibo su silencio como resignación en lugar de enfado. Casi que espero que se aleje de mí, pero no lo hace.

—Tengo parálisis cerebral —dice en voz baja—. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Cuando nací, algo salió mal. El cordón se enredó alrededor de mi cuello y me quedé atascada en el canal de parto. No recibí suficiente oxígeno. Eso causa problemas en el cerebro. Algunos músculos no se desarrollan de la forma correcta.

Se detiene, pero siento que hay más, así que espero.

—Afecta a cada persona de forma diferente —dice—. Algunas personas no pueden caminar o no pueden hablar o tienen que usar una silla de ruedas. Yo estaba mucho peor cuando era más pequeña, así que me sometí a una cirugía para corregir mi pierna izquierda. Todavía tengo problemas de equilibrio y camino renqueando, pero tengo mucha suerte.

Frunzo el ceño.

—Tienes un concepto inusual de la *suerte*.

Se tensiona.

—Dicho por alguien que vive en un castillo con un suministro infinito de comida y vino, pero se dice a sí mismo *maldito*.

Me enfurezco; mi orgullo está herido.

—No sabes nada sobre mí.

—Y *tú* no sabes nada sobre mí.

Un silencio irritante se posa sobre nosotros ahora.

—¿Has recuperado el aliento?

—Sí. ¿Tú?

—Sí. —Sin agregar una palabra más, azuzo al caballo para que avance a galope medio.

No es hasta más tarde, cuando llegamos a la posada, que me doy cuenta de que no me ha soltado pese a sus palabras mordaces.

Capítulo diez

Harper

Por alguna razón, creí que una «posada» estaría compuesta por más que una casa de dos pisos con contraventanas bien cerradas y una delgada columna de humo que escapa por la chimenea. Si hay un cartel, la oscuridad y la nieve lo mantienen oculto.

Cuando Rhen hace que el caballo se detenga, me enderezo y suelto su cintura. Hemos formado un pequeño capullo de calor y su chaqueta —de cuero forrado en piel— huele a naranjas y a clavos. Mi cuerpo quiere quedarse *aquí mismo*.

Y es exactamente por eso que debo soltarlo. Él puede ser atractivo y caballeroso y educado, pero debajo de todo eso es un secuestrador. Cerró con llave esa puerta esta mañana.

El aire entre nosotros se ha vuelto incómodo de pronto.

—¿Estás seguro de que este es el lugar correcto?

Es lo primero que digo desde que nos enfadamos y me mira por encima de su hombro. No puedo leer su expresión, así que no sé si está enfadado o si hemos llegado a una tregua o si voy a tener que encontrar la forma de huir otra vez.

—Sí, milady.

—¿Podrías dejar de llamarme así?

—Lo digo en señal de respeto. Cuando viajas conmigo, la gente asumirá que o bien eres una dama, o bien una sirvienta o una prostituta. —Levanta las cejas —. ¿Prefieres esos oficios?

Ahora quiero golpearlo.

—Baja del caballo, Rhen.

Pasa una pierna por encima del cuello de Will y se deja caer al suelo. Da media vuelta para ofrecerme una mano.

No la sujeto.

—¿Le darías la mano a una sirvienta o a una prostituta?

No se mueve.

—Has hecho una pregunta. La he respondido. No he tenido la intención de insultarte.

—¿Qué hay de «prisionera»? ¿Y si les digo que me has secuestrado?

Su mano permanece extendida.

—Soy su príncipe. Probablemente se ofrezcan a amarrarte y encerrarte en los establos.

Es tan *arrogante*. Ignoro su mano y deslizo la pierna sobre la grupa del caballo. Lo hago demasiado rápido, solo para fastidiarlo.

Me fastidio a mí misma. Mi rodilla izquierda cede cuando aterrizo.

Da un paso adelante para atraparme.

Eso nos deja cerca, con sus manos suaves sobre mi cintura. En la oscuridad, parece más joven de lo que es, como si la vida le hubiese inyectado edad a sus ojos, pero el resto de su cuerpo no les hubiera seguido el ritmo. Su piel bronceada está pálida bajo las penumbras que arroja la luz de la luna. El primer indicio de una barba se asoma en sus mejillas.

—¿Puedes estar de pie? —pregunta con suavidad.

Asiento. Durante el transcurso de un latido el mundo parece cambiar, como si estuviera a una respiración de descifrar todo esto. Quiero que espere, que se quede ahí, que me dé un segundo más.

Pero se aparta, va hacia la puerta de la posada y le da un golpe enérgico.

No sucede nada. Tiemblo. Mi cuerpo extraña su calor y necesito seguir convenciéndome de que esta compañía forzada es falsa, de que él es el

enemigo aquí.

Levanta un puño para tocar de nuevo la puerta y esta se abre de golpe. Un hombre fornido, de mediana edad, aparece con un farol en la mano y un cuchillo corto en la otra. Barba y bigote espesos enmarcan su boca y lleva un delantal de cuero manchado amarrado a la cintura.

—¡Largaos de aquí! —grita. El gesto que hace con el farol tiene la suficiente fuerza para obligar a Rhen a dar un paso atrás—. ¡Esta es una morada tranquila!

—Me alegra oírlo —responde Rhen—. Estamos buscando un lugar tranquilo donde albergarnos.

El hombre blande su cuchillo.

—Nadie que tenga buenas intenciones busca albergue cuando ya está oscuro. *Largaos*.

Detrás de él se perciben movimientos. Una mujer espía desde una esquina. Sus dedos están blancos de aferrar la moldura con fuerza.

Rhen da un paso adelante, su voz se desliza a un tono peligrosamente cercano a la furia.

—¿Es esta una posada o no?

Me pongo al lado de él.

—Rhen —digo en voz baja—, tienen miedo. Dejémoslos en paz.

—¿Rhen? —El rostro del hombre se pone blanco. Lleva el farol hacia adelante para mirar a Rhen de arriba abajo, para después dejar caer la mano con el cuchillo—. Su Alteza —exclama—, discúlpeme. No hemos visto… no hemos… —Sus rodillas golpean el suelo con tanta fuerza que me sobresalto—. No lo reconocí. Discúlpeme.

—Está disculpado. Con creces si tiene habitaciones disponibles.

—Sí, tenemos —balbucea el hombre—. Tenemos. Mi familia puede dormir en el establo, Su Alteza. —Se apresura a salir del camino, haciendo una especie de reverencia al mismo tiempo—. Tenga nuestra casa. Tenga…

—No necesito su casa —lo interrumpe Rhen—. Una mujer y sus hijos han sido víctimas de un incendio. El Comandante de la Guardia debería llegar con ellos pronto.

—Por supuesto. Por supuesto. Por favor, entren. —El hombre gesticula, echando un vistazo por encima de su hombro, para gritar hacia las escaleras que están al fondo de la habitación—. ¡Bastian! ¡Ven aquí! ¡Encárgate de sus caballos!

Atravesamos la puerta y el calor es tan acogedor que quiero acostarme aquí mismo, en la alfombra.

—Caballo —le aviso al hombre—. Solo uno.

Él asiente con rapidez, como si fuera lo más normal del mundo.

—Sí. Sí, por supuesto.

Rhen sujeta mi chaqueta con suavidad y me hace girar para quedar cara a cara.

—Me encargaré de arreglar el hospedaje. Refúgiese al calor del fuego, *milady* —dice, con un ligero énfasis en la palabra.

Abro la boca para protestar, pero Rhen se inclina hacia adelante para quedar más cerca. Susurra bien bajo junto a mi cuello.

—Jamás viajaría solo con una sirvienta. La elección es tuya.

Donde su aliento toca mi piel, esta se eriza. «Milady» será.

—¡Bastian! —vuelve a gritar el hombre—. ¡Los caballos! —Me mira con vergüenza—. ¡El caballo!

Un niño que no puede tener más de nueve años baja la escalera dando tropezones, frotándose los ojos, con su pelo castaño rojizo despeinado.

—Estaba durmiendo, padre. ¿Qué caballos? ¿Qué?

—Bastian. —La voz del hombre es brusca y habla entre dientes—. Tenemos invitados de la realeza. Te ocuparás de su caballo.

El niño todavía se está frotando los ojos. Nos mira a mí y a Rhen. Su cara apenas está despierta.

—Pero la familia real huyó hace años.

Al lado mío, Rhen se pone rígido.

—Bastian —bufa el hombre.

—¿Qué? Tú siempre dices que son demasiado importantes o están demasiado muertos para preocuparse por gente como…

—¡Suficiente! —El hombre levanta las manos de forma apaciguadora frente a Rhen—. Discúlpelo, por favor, Su Alteza. Es pequeño, aún no está despierto…

—No somos ni demasiado importantes ni estamos demasiado muertos. —Rhen cruza la mirada hacia el chico, que palidece un poco ante la severidad de su tono—. Pero ahora *estamos aquí*.

—¡Ve! —le ladra el hombre a su hijo.

Bastian baja a toda prisa el resto de los escalones para lanzar sus pies dentro de sus botas. Pasa a nuestro lado corriendo y agarra una capa de un gancho cerca de la puerta.

—Pondré a calentar sopa, Su Alteza —dice la mujer apresuradamente, como para compensar la falta de educación de su hijo—. Tengo pan fresco también, si es de su agrado. —Ni siquiera espera una respuesta, simplemente desaparece al doblar la esquina.

Me quedo cerca de Rhen y mantengo la voz baja.

—¿La gente siempre hace todo lo que quieres?

—No siempre. —Da media vuelta para mirarme, con expresión indescifrable —. *Claramente*.

Mis mejillas se sonrojan antes de que pueda evitarlo. Tengo que apartar la mirada.

—Ve —dice, con un tono un poco más amable—. Siéntate.

Sentarse suena mejor que estar quieta aquí, ruborizada por lo que dice. Cruzo la habitación para sentarme en el borde de un sofá cerca de la chimenea. El fuego es tan cálido y el asiento está tan mullido que termino recostada hacia atrás contra mi propia voluntad.

La mujer reaparece con dos tazones humeantes. Primero le ofrece uno a Rhen, después me trae el otro.

—Hidromiel de manzana, milady —explica, con orgullo en la voz—. Obtuvimos una buena cosecha esta estación.

—Gracias. —El calor del tazón es agradable sobre mis dedos maltrechos. Bebo un buen trago. Por alguna razón, estaba esperando algo como sidra caliente, pero el hidromiel sabe como si hubiesen sumergido un montón de manzanas en un barril de cerveza y miel—. Esto sabe increíble.

La mujer hace una reverencia.

—Mi hijo se ocupó de su caballo —dice—. Está encendiendo las chimeneas en las habitaciones del piso de arriba. Su Alteza dijo que ha tenido un largo día de viaje.

Paso una mano por mi rostro.

—Podría decirse que sí. —Parpadeo hacia ella—. Lo siento, ¿le puedo preguntar cómo se llama?

—Mi nombre es Evalyn, milady. —Hace otra reverencia—. Mi marido se llama Coale. Y ya ha conocido a nuestro hijo, Bastian.

—Me llamo Harper.

—Ah, Lady Harper. Nos sentimos muy honrados. —Hace una pausa—. Por favor, dígame si estoy siendo demasiado atrevida. Pero nos enteramos de muy pocas cosas sobre la realeza estos días. No estoy familiarizada con su nombre o su acento. ¿Es originaria de una tierra lejana de Emberfall?

Parpadeo.

—Podría decirse que sí.

—Oh, ¡qué maravilloso! —La mujer une las manos—. El rey ha mantenido nuestras fronteras cerradas durante años y muchos creen que nuestras ciudades han sufrido por no tener oportunidades para el comercio. Hemos tenido pocos viajeros en los últimos años. —Su rostro palidece—. Aunque jamás cuestionaría al rey, milady.

—Por supuesto que no —concuerdo. Su expresión se relaja.

—Pero usted está aquí con el príncipe, lo que significa que hay cambios en marcha. Dígame, ¿cuál es el nombre de su tierra?

Miro a Rhen, quisiera que dejara de hablar con Coale y viniese a ayudarme a encontrar una salida de esta conversación.

—D. C. —digo sin confianza.

—Lady Harper de Dese —dice Evalyn, su voz apagada por la deferencia—. ¡Qué buenas noticias! —De pronto, inhala con fuerza—. ¿Es *princesa* Harper? ¿Acaso habrá una boda?

Quizás el frío haya congelado mis neuronas.

—No soy... ¿Ha dicho *boda*?

Evalyn se acerca y me mira con complicidad.

—Sí, milady. ¿Habrá boda?

Necesito un segundo para comprender a qué se refiere.

—¡No! —Me siento derecha de golpe y casi vuelco el tazón—. No. Ninguna boda.

—Ah. Aún están en negociaciones. —Evalyn asiente, con aires de entendida —. Comprendo. —Hace una pausa—. La gente se alegrará. Hemos estado muy preocupados. Los rumores sobre una invasión en el norte son realmente terribles. Hemos tenido que atrancar la puerta de noche.

¿De qué demonios lleva Rhen *hablando* durante tanto tiempo? Estiro el cuello en su dirección.

No quiero ni pensar en lo rápido que ha pasado de ser secuestrador a carcelero, y después a salvador.

—Milady —susurra Evalyn, con voz muy baja—. ¿Se cayó durante la cabalgata? Le puedo ofrecer un remedio herbal para que se frote la magulladura de su mejilla. Si necesita retener sus atenciones, quizás ayude...

—Sí. Seguro. Gracias. —Da igual, verdaderamente da igual, con tal de que se terminen las preguntas de esta mujer.

Después de que se ha ido, alguien golpea con fuerza la puerta. Cuando Coale abre, un viento helado recorre la casa, hace que el fuego fluctúe y provoca que otro escalofrío recorra mi cuerpo. Grey está en el umbral de la entrada, con un niño sobre los hombros, a medio cubrir por la capa. Tiene otro pequeño en los brazos, que, profundamente dormido, le babea la parte frontal del uniforme. Los tres están cubiertos de nieve. Detrás de Grey, Freya tiene al bebé en brazos, seguida por su hija mayor. Ella y los niños parecen rendidos, agotados, exhaustos.

Me estiro y me levanto del sofá.

—Venid —digo—. Dejadme que os ayude.

Evalyn es más veloz y llega antes desde el rincón.

—¡Freya! Ay, Freya, pobre chica. Cuando mencionó niños, tuve miedo de que se tratara de vosotros. Venid, hay habitaciones listas. Os ayudaré a instalaros en el piso de arriba. Hay sopa en el fuego. —Con rápida eficiencia y labor, aparta a los niños de las manos de Grey y los lleva hacia las escaleras, Freya la sigue de cerca.

Grey sacude la nieve de su capa y se la ofrece a Coale, quien la cuelga cerca de la puerta.

—Por favor, recuperen el calor junto al fuego —dice Coale—. Traeré comida. Bastian se ocupará de los otros caballos.

Los hombres se sientan delante de mí al lado de la chimenea y bloquean la mayor parte de la luz del fuego. El pelo y la ropa de Grey se han mojado con la nieve derretida y tiene las mejillas rojas del frío, pero sus ojos oscuros brillan, alertas. Al contrario de lo muy agotada y herida que me siento, Grey se ve casi vigorizado.

Algo pesado golpea la puerta de entrada y casi doy un salto sobre mi asiento. Grey está de pie, ya con la espada a medio desenfundar. Pero la puerta se abre de golpe y entra el niño, sacudiéndose la nieve de la cabeza.

—Los caballos están en los establos. —Arroja su capa a uno de los ganchos

que hay al lado de la puerta.

Grey deja que la espada se deslice de vuelta en su funda, después se acomoda de nuevo en una de las piedras de la chimenea.

Si no fuese porque no lo creo posible, diría que parece decepcionado.

—¿Qué ocurre? —pregunto—. ¿Es que *quieres* pelear?

Sus ojos encuentran los míos.

—¿Es una oferta?

—Comandante. —La voz de Rhen es cortante; su tono, de advertencia.

Pero la expresión de Grey no es hostil. Más bien tiene un destello de humor negro en los ojos. Recuerdo su voz tranquila en el dormitorio, cuando yo estaba lista para pelear con él por mi teléfono móvil. «Tranquila. No es necesario».

Pienso en cómo hizo reír a los niños en la nieve.

O en la forma en que los ha traído hasta aquí dentro.

—Está bien —digo en voz baja—. Él está bien.

Esto se parece a ese momento en el que crucé un límite en mi cabeza y envolví la cintura de Rhen con los brazos. Una voz de advertencia en el fondo de mi mente dice que esto es peligroso. Todo esto. Ellos me secuestraron. Me encerraron.

Pero entonces pienso en esos hombres que atacaron a los hijos de Freya. En cómo uno de ellos estaba dispuesto a usar su espada contra un bebé. En cómo el otro dijo: «¡Nos llevaremos a la niña también! ¡Me gustan pequeñas!». Pienso en cómo Rhen disparó una lluvia de flechas para salvar mi vida.

En cómo Rhen podría haber guiado ese caballo para que nos llevara a cualquier lado y yo no me habría dado cuenta hasta que fuese demasiado tarde… pero ha mantenido su palabra y nos ha traído hasta aquí.

Rhen está mirando a Grey con enfado.

—No deberías desear que haya violencia.

En la forma en que hace declaraciones como *esa*.

—Violencia, no —explica Grey, su expresión ha perdido todo halo de diversión—. Casi había olvidado cómo era esto.

Rhen no responde nada ante esto, así que pregunto:

—¿Cómo era *qué*?

—Ser útil.

Coale reaparece desde la cocina con una bandeja cubierta por tres cuencos humeantes, otro tazón y una cesta llena de pan. Me sirve a mí primero y bajo la vista para observar una especie de guiso oscuro con grandes trozos de queso que comienzan a derretirse.

Rhen y Grey sujetan sus cuencos, pero Grey rechaza el tazón que Coale le ofrece.

—Es té caliente —dice Coale—. Sé que la Guardia Real renuncia al licor.

Grey asiente y lo alza.

—Tiene mi más sincero agradecimiento.

Interesante. Miro a Coale.

—También el mío.

—No hay de qué. —Los ojos de Coale se quedan mirando mi cara durante un momento y algo se tensiona en su expresión—. Mi esposa añadió algunas hierbas para calmar el dolor en su mejilla. —Echa una fría mirada a Rhen y a Grey antes de irse.

Necesito un minuto para descifrar por qué... y teniendo en cuenta mi vida fuera de este lugar, no debería haberme tomado nada.

Arranco un trozo de pan y lo hundo en la sopa.

—Coale cree que me golpeas —digo en voz baja.

La cabeza de Rhen se levanta de golpe.

—¿Quién cree *qué*?

—El hombre. —Con los ojos, señalo la cocina, hacia donde se ha ido Coale —. Cree que has hecho esto. —Hago un gesto vago hacia mi cara y arranco

otro trozo de pan—. Su mujer cree que nos vamos a casar como parte de una negociación entre naciones rivales.

Rhen deja el cuenco de sopa a un lado.

—¿Exactamente qué le has dicho a esta gente?

—¡Nada! —El calor inunda mis mejillas—. Estabas hablando con ese hombre y... ¡no supe qué decir!

—No estamos solos —dice Grey, en voz muy baja. Mira intensamente hacia el rincón más lejano de la habitación, donde Bastian está sentado.

Bajo la voz.

—¡No sé nada sobre esto! —siseo—. ¿Cómo esperas que responda a sus preguntas?

—Ah. Entonces, decidiste que un acuerdo de matrimonio entre dos reinos adversarios era el mejor camino. —Rhen vuelve a sujetar su sopa—. Suena perfectamente razonable.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué susurramos? ¿No puedes decirles simplemente que no es verdad?

—*Ahora* no es el momento. ¿No sabes cómo funcionan los cotilleos?

No logro darme cuenta de si está enfadado o no.

—¿Me estás diciendo que, si intentas decirles que no es verdad, lo creerán aún más?

Asiente, después arranca un trozo de pan para él.

Siento que he estropeado algo sin proponérmelo.

—Bueno. Casi no me has dicho nada sobre ti, así que no hay forma de que sepa qué decir.

Sumerge el pan en la sopa.

—Quizás te hubiese contado más cosas si hubieses venido a cenar conmigo en vez de bajar trepando por la espaldera.

Grey me mira fijamente.

—¿Así fue como escapaste? ¿Trepaste por la *espaldera*?

—Caí —corrijo—. Caí por la espaldera. Y la mayor parte de ella cayó conmigo. —Miro a Rhen y luego echo una mirada a Bastian, en su rincón—. Ha dicho que la realeza era o demasiado importante o estaba demasiado muerta. ¿Qué significa eso?

—Preguntémosle. —Rhen deja el cuenco de sopa a un lado otra vez—. ¡Niño! —lo llama—. Ven aquí.

Bastian da un salto y mira alrededor, claramente buscando a sus padres. Coale aparece en el umbral de la cocina, lanzándole una mirada a su hijo. El niño se acerca despacio, pero se queda a cierta distancia, jugueteando con el dobladillo de su camisa. Su mirada va de Rhen a Grey, pero no dice nada.

—¿Has cuidado bien de los caballos? —pregunta Rhen.

Bastian asiente.

—Les froté los lomos y las piernas, como mi padre me enseñó.

—¿Y agua?

Asiente otra vez.

—Quite el hielo del bebedero.

Rhen se mueve para meter una mano en su bolsillo, de donde saca una moneda de plata.

—Tienes mi agradecimiento.

Los ojos del niño se agrandan, pero la moneda lo trae más cerca y ahora se encuentra entre los hombres y yo. La sujeta y la hace dar vueltas entre sus dedos.

—Jamás había sostenido una de plata. —Echa un vistazo a su padre, que sigue en el umbral de la cocina, y después regresa a Rhen—. ¿Me la puedo quedar?

Rhen asiente.

—Cepíllalos y dales de comer por la mañana, y conseguirás otra.

—Lo haré. —Bastian sonríe.

—Cuando llegamos, hablaste de la familia real. ¿Qué sabes sobre ellos?

La sonrisa se borra de la cara del niño. Coale ahora sale de la cocina y se queda cerca de la puerta, claramente divido entre el sentido de la obediencia y la necesidad de proteger a su hijo. Con una pregunta, Rhen ha triplicado la tensión en el aire.

Debe saberlo, porque levanta una mano.

—No tienen nada que temer, en lo que a mí respecta, si hablan con sinceridad.

Bastian traga y vuelve a echarle un vistazo a su padre.

—Yo… yo no sé.

—¿Qué has oído?

—Mi padre dice… —Se detiene y lame sus labios, como si se hubiese dado cuenta de que esa no es la mejor forma de empezar.

Coale cruza la habitación hasta quedar detrás de su hijo. Pone las manos en los hombros del pequeño y, por primera vez, su voz no es reverencial, sino resignada.

—Su padre dice muchas cosas. Muchas de las cuales las dice en broma.

—No busco palabras bonitas, posadero. Quiero la verdad.

—Entonces, hágame las preguntas a *mí*, no a mi hijo.

Las cejas de Rhen se levantan. Me quedo helada en el sofá, atrapada por la confrontación. Esta tensión me recuerda al momento en que los prestamistas venían a molestar a mi padre. Quiero salir corriendo con tantas ganas que intento desaparecer.

Coale flaquea, como si se hubiese dado cuenta de que ha dado una orden.

—Si es que así lo desea, Su Alteza.

—Entonces, diga lo que piensa —responde Rhen.

El silencio se posa sobre la habitación un momento, ambos hombres se debaten entre la verdad y el protocolo.

—Todos vosotros estáis escondidos —dice el niño, con voz susurrante—. Del monstruo.

¿El monstruo? ¿Hay un *monstruo*?

Recuerdo lo que dijo Freya. «Espero que el monstruo devore a tu familia».

Aclara su garganta.

—¿El monstruo?

Rhen se sienta hacia atrás y levanta su tazón.

—¿Ve por qué busco respuestas en los niños?

—Sí —contesta Coale, con voz severa—. Algunos creen que nuestros gobernantes han abandonado Emberfall para vivir a salvo en otro lado y que han abandonado al pueblo a su suerte, a que sufra a manos de la criatura que vive en el castillo, sea lo que sea. No es de sorprender que seamos vulnerables a ataques del extranjero. Durante cinco años hemos estado rogando ayuda, pero nuestras súplicas han sido ignoradas, nuestro pueblo pasa hambre y nuestros familiares mueren. Así que discúlpeme por las palabras descuidadas, pero pareciera que el rey no tiene compasión por la gente que compone su reino, y solo le importa su propio círculo íntimo.

El silencio se apodera de la habitación, la tensión es tan densa que es como un manto que nos sofoca a todos.

Rhen deja su tazón y se pone de pie. Las emociones nublan sus ojos, pero inclina la cabeza hacia Coale.

—Agradezco su honestidad. —Acaricia fugazmente la mandíbula del niño—. Dije en serio lo de la moneda de mañana. Nos iremos al amanecer.

Se aleja en dirección a las escaleras.

Me levanto del sofá y voy tras él.

—Rhen. Detente. Espera.

Se detiene, pero no me mira.

—Por favor, no vuelva a huir, milady. O al menos, permíteme dormir un poco primero.

—¿Qué acaba de pasar?

—Querías respuestas. Ahora las tienes.

Siento que sé menos que antes. Bajo la voz.

—¿Es verdad entonces? ¿Es cierto que tu padre ha llevado a su familia a un lugar seguro mientras una especie de monstruo salvaje mata personas?

—No seas ridícula. —Finalmente me mira—. Por supuesto que no.

Contengo la respiración y lo observo bien. Siento que hay algo que no está contándome.

Rhen apoya sus manos en mis brazos y se inclina hacia adelante. Cuando habla su voz es muy baja, apenas un susurro, solo para mí.

—Mi padre está muerto, milady. Toda mi familia está muerta. —Se aparta para encontrar mi mirada, pero su voz no cambia—. El monstruo los mató a todos.

Capítulo once

Harper

En la casa, la tensión finalmente cede ante el agotamiento y da paso a un silencio espeso, roto solo por el viento en el exterior y el fuego crepitante en la sala de estar. La parte de atrás de la posada está dividida en tres habitaciones en el piso superior y, en el nivel principal, están la cocina, el comedor y los cuartos de la familia del posadero. Freya y sus hijos ocuparon dos de los dormitorios de la planta de arriba.

Rhen me ofreció el tercero, pero no tengo ningún deseo de estar encerrada otra vez, así que le dije que él y Grey podían quedarse allí.

Coale y Evalyn trataron de que aceptara usar *su* habitación para pasar la noche, pero no voy a sacarlos de su cama, especialmente cuando eso significa que tendrían que dormir en los establos, como dijo Coale cuando acabábamos de llegar. En lugar de eso, estoy acurrucada en el sillón mullido de la sala principal, con una gruesa manta tejida que Evalyn me dio.

Cuando Evalyn y Coale se retiran a su habitación detrás de la cocina, escucho las palabras «negociación» y «boda real», lo que me hace suspirar. El cansancio del día debe haberme alcanzado, porque me quedo dormida, y así sigo hasta que me despierta un fuerte *chisporroteo* seguido de un *restallido*.

Quieto frente a la chimenea, Grey está reavivando el fuego con madera.

Siento como si tuviera papel de lija en los ojos. Se apagaron todas las velas cuando todos se fueron a dormir, así que la única luz de la habitación proviene del hogar. El rostro de Grey está en penumbras, pero noto que está completamente vestido. Completamente armado.

—¿Qué ocurre? —susurro.

Su voz es igual de baja.

—El fuego se había convertido en brasas, milady.

—No... me refiero a por qué no estás durmiendo.

Me echa una mirada.

—¿Quizás no estés familiarizada con lo que hace un guardia?

Me doy cuenta de que Grey tiene un sentido del humor oscuro escondido tras su frialdad. Es subversivo. Me gusta.

—¿Crees que Coale y Evalyn asesinarán a Rhen mientras duerme?

Niega con la cabeza.

—Mis preocupaciones se fundan más en los hombres que quemaron la granja. —Mira a la puerta, donde el viento silba al entrar por la cerradura y por el marco—. La nieve debería cubrir nuestros rastros, pero hemos sido un blanco fácil de seguir.

Me enderezo en mi asiento. No había pensado en eso.

—¿Y crees que atacarían la posada?

—Han muerto hombres. —Su voz es desapasionada, pragmática—. Ciertamente es una posibilidad.

—Genial. Ya no podré dormir.

—Como quieras. —Retrocede hacia un rincón al lado de la escalera, su ropa negra se camufla en la oscuridad a la perfección. Si la luz de la chimenea no se reflejara en el filo de sus armas, no podría saber dónde está.

—¿Has estado ahí toda la noche? —susurro.

—Sí.

No quiero sentirme reconfortada por eso, pero lo estoy.

Saco el teléfono de mi bolsillo para mirar la hora. 04.02 a. m.

He estado desaparecida durante casi veinticuatro horas. De alguna forma, parece como una tremenda cantidad de tiempo y, a la vez, como casi nada.

Jake debe estar volviéndose loco.

Sin advertencia alguna, mi cara comienza a arrugarse. *Espero* que se esté volviendo loco de preocupación. Espero que no esté muerto o en una celda o viendo cómo se llevan a nuestra madre en una bolsa para cadáveres.

Inhalo con fuerza y presiono el botón para que aparezcan sus fotos. Quiero ver a mi madre, pero el teléfono aún tiene la última fotografía que vi: Jake y Noah.

Parecen muy felices. Es raro pensar que este chico está en algún lugar del mundo, posiblemente tan preocupado por mi hermano como yo.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Grey viene de algún lugar por encima de mí.

Suelto un pequeño grito y me apresuro a presionar el botón que apaga la pantalla. Aprieto el teléfono contra mi pecho.

—Nada.

Está detrás del sillón, observándome. Sus ojos se entornan.

Sujeto el teléfono con más fuerza.

—No me lo puedes quitar.

—Ni lo he intentado. —Hace una pausa y un tono distinto aparece en su voz. No es preocupación, sino sorpresa—. Estás llorando.

Genial. Me limpio las mejillas y entierro el teléfono bajo mi manta.

—No me pasa nada. —Mi voz suena ronca y baja.

Se aparta del sillón y, al principio, creo que va a regresar a su rincón. Sus pasos son ligeros y se mueve como una sombra.

Pero en lugar de eso da la vuelta y se sienta sobre la chimenea. Hay una mesa baja entre los sillones y la arrastra para ponerla entre nosotros. Después desabrocha una pequeña bolsa que lleva en el cinturón y saca algo que está envuelto en un trozo de tela roja.

A pesar de mí misma, siento curiosidad.

—¿Qué haces?

Despliega la tela sobre la pequeña mesa. Sus ojos se disparan hacia los míos.

—Dijiste que no ibas a dormir. ¿Te interesa jugar?

En sus manos hay un mazo de cartas.

Humedezco mis labios.

—¿Llevas un mazo de cartas contigo?

Él esboza una sonrisa.

—Un miembro de la Guardia Real siempre tiene cartas.

El mazo es más grande de lo que estoy acostumbrada y el papel parece más grueso.

—¿Puedo verlas?

Asiente y las pone en mis manos.

Son más pesadas de lo que esperaba: están hechas de un papel grueso con rebordes dorados. Cuando las miro de cerca, cada carta parece estar pintada a mano. No tienen números, pero hay cantidades obvias en las diferentes imágenes. Ni tréboles ni picas.

—¿Cómo son los palos aquí? —pregunto, mientras sostengo en alto una carta con seis figuras negras y circulares.

Señala la carta con la cabeza.

—Piedras. —Cuando sostengo la siguiente, dice—: Coronas.

Encuentro otra.

—No me digas. ¿Espadas?

Asiente otra vez, después señala la que sigue en el mazo.

—Corazones, milady.

Las despliego en la mesa para estudiar los diseños. Las cartas de números son similares a las de las barajas que hay en casa, aunque solo llegan hasta el nueve. Las cartas con figuras son asombrosamente detalladas, desde un rey con ceño fruncido que parece tener verdaderas joyas incrustadas, hasta una reina cuyo vestido parece de seda. En esas, los palos están identificados por marcas en la pechera del rey o en las faldas de la reina. No dicen ni *K* ni *Q*, pero sus rostros son obvios.

Entonces mi mano se detiene sobre lo que debería ser la jota. Un hombre rubio que sostiene un escudo, con un gran corazón rojo en el centro.

—Rhen —susurro.

Grey da un golpecito en el borde de la carta que estoy sosteniendo.

—El príncipe de corazones. —Se estira y levanta el resto de las cartas, mezclándolas vagamente con las manos.

—Aparece en las barajas —murmuro. Con razón la gente lo reconoce en cuanto lo ve—. Increíble.

—Tus líderes aparecen en el dinero. —Grey señala la carta que tengo en la mano, y después la integra al mazo con destreza—. ¿Es tan diferente esto?

Parpadeo.

—¿Cómo sabes eso?

—No soy un completo ignorante de tu mundo. ¿Cómo podría serlo?

—No tengo ni idea. Aún no entiendo qué estabas haciendo ahí. Por qué estabas secuestrando a esa chica. Rhen dice que tiene que completar una *tarea*.

Comienza a repartir las cartas.

—Hay muchas cosas que tengo prohibido decir.

Suspiro.

—Claro.

—Y, sin embargo, hay muchas que no. —Termina de repartir, ha dejado siete cartas delante de mí y siete frente a él. Coloca el resto del mazo entre ambos, con una carta boca arriba: el cinco de espadas—. Pregunta.

—Mi primera pregunta es: ¿a qué estamos jugando?

—Rescate del Rey. Tienes que igualar el palo o la cara. Reinas y príncipes son comodines. La primera persona que termina solo con reyes en la mano gana, pero si juegas un príncipe, puedes robarle un rey a tu contrincante.

Lo repito para mí. Igualar palo o cara. Mi cerebro agotado puede con eso. Tengo un cinco de coronas en la mano, así que lo apoyo.

—Conoces nuestro dinero. Así que esa no es la primera mujer que intentas secuestrar.

—No. —Pone un siete de coronas en el montón.

Yo bajo un siete de piedras.

—¿Cuántas ha habido?

Un tres de piedras.

—Cientos. Admito que he perdido la cuenta.

Mis manos se quedan heladas sobre un tres de espadas. No tengo ni idea de qué número estaba esperando, pero no era ese.

—¿*Cientos*? ¿Has secuestrado cientos de mujeres? —Lo miro con ojos entornados, mientras hago cálculos mentales—. ¿Exactamente cuántos años tienes?

—¿*Exactamente*? No lo sé. La maldición comenzó el primer día de otoño de mis veintiún años y dura una temporada. Cuando no es posible romperla, la estación comienza de nuevo.

—Entonces has tenido veintiuno… ¿*eternamente*?

—Durante más tiempo que la mayoría, parece ser. —Niega brevemente con la cabeza—. Cuando la estación vuelve a comenzar, no parece que el tiempo haya pasado. No siento que haya envejecido. Es más un sueño que un recuerdo.

Interesante.

—¿Cuántos años tiene Rhen?

—Llegaste el día del décimo octavo aniversario de su nacimiento.

—¿Su cumpleaños… dieciocho? ¿Hoy era su cumpleaños? —Alzo la voz a medida que recuerdo los instrumentos, las mesas llenas de pasteles, dulces y delicias. Una fiesta sin gente—. ¿Secuestras a una *chica* para su *cumpleaños*?

La mirada que Grey me lanza es inflexible.

—Elijo una chica para romper la maldición. Ni más ni menos.

Lo observo bien.

—Está bien, entonces ¿qué tengo que hacer?

—Tiempo atrás hubiera tenido una respuesta para darte. Pero he visto que la maldición queda intacta durante tanto tiempo que no estoy seguro de que haya algo que puedas hacer deliberadamente.

—Rhen dijo que debe completar una tarea.

—En cierto modo. —Su voz es cuidadosa y siento que hemos llegado al borde de las preguntas que no puede responder.

—Así que estoy atrapada aquí.

Asiente.

—¿Para siempre?

—Si la maldición se mantiene intacta, regresarás a casa cuando termine la estación. No antes.

Tres meses. Deslizo las cartas entre mis manos e intento que no me supere el pánico. Nada ha cambiado. Nada es diferente. Puedo lidiar con esto.

—¿Qué ha pasado con todas esas mujeres?

—Depende de la estación y de la chica.

—¿Murieron?

—No todas. Pero algunas murieron. Sí. —Señala el mazo entre nosotros—. Juega tu carta, por favor.

La suelto al montón. De pronto siento que mi respiración es superficial.

Deja caer una carta sobre la mía y jugamos en silencio durante un largo rato, el fuego restalla detrás de él.

Finalmente, debe escoger una.

—¿Tan pocas preguntas, milady?

—¿Por qué lo haces?

—Hice un juramento para proteger a la familia real por el bien de Emberfall. Solo a mí me ha sido otorgada la habilidad de cruzar al otro lado. —Jala de una tira de cuero en donde la armadura envuelve su antebrazo y debajo brilla un brazalete plateado—. Al comienzo de cada estación, este brazalete me permite

cruzar durante una hora a tu mundo. Si no logro traer a una joven, no hay posibilidad de romper la maldición. Debemos esperar a que termine la estación y comenzar de nuevo.

Dejo que eso de vueltas en mi cabeza un instante.

—¿La estación vuelve a comenzar para todos?

—No. Solo en los terrenos del castillo de Ironrose. Fuera de Ironrose, el tiempo sigue avanzando.

Así que por eso cambió el tiempo cuando atravesamos el bosque.

—¿Qué hay del monstruo del que habla la gente?

—¿Qué quieres saber?

—Coale dice que vive en el castillo.

Duda.

—Ese es un rumor para proteger a la gente de la maldición. Nada más.

—¿Qué clase de monstruo es?

Sus manos se quedan paralizadas sobre sus cartas.

—Siempre es distinto. Pero siempre es horrible.

—¿Distinto cómo?

—A veces la criatura es una bestia gigante con cuernos y colmillos. A veces es un reptil con garras como cuchillos. A veces, las peores veces, el monstruo tiene alas y puede atacar desde el aire.

Frunzo el ceño.

—¿Pero es solo una criatura? ¿Cómo sabes que no son varias?

Levanta los ojos para encontrar los míos, pero no dice nada.

Me muerdo los labios y apoyo otra carta. Todos duermen, pero aun así bajo la voz.

—Rhen dice que su familia fue asesinada por el monstruo. ¿El rey y la reina?

Asiente lentamente.

—Y sus hermanas, milady.

Saber esto no debería tocar ninguna fibra íntima, pero lo hace. No quiero

sentir compasión por Rhen, pero los pensamientos sobre Jake y mi madre son tan intensos que no puedo evitarlo.

—Coale y Evalyn creen que el rey y la reina han huido para mantenerse seguros. ¿No saben que están muertos?

Grey titubea.

—Si el pueblo descubriese que sus gobernantes han muertos, los problemas podrían tener gran alcance. Revueltas. Guerra civil. El reino podría caer bajo ataque y no tenemos un ejército con el que defendernos.

Lo observo bien.

—Por eso el rey cerró las fronteras. Selló el castillo. Esa es la razón por la que Evalyn dice que no hay comercio. Por eso están preocupados de que los invadan.

—El príncipe Rhen cerró las fronteras con el sello de su padre. Comenzó los rumores sobre posibles invasiones para alentar a la gente a rechazar a otros. Desestimó acuerdos de comercio y sostuvo que fueron órdenes del rey. Al principio fue una maniobra de protección inteligente. Pero a medida que el tiempo fue pasando… puedes ver que el pueblo ha sufrido.

Sí. Puedo verlo. Lo he visto en Freya y sus hijos. Y ahora, aunque menos, lo veo en Coale y Evalyn.

Jugamos en silencio, hasta que solo me quedan tres cartas y tengo que disponerme a sacar. Me toca un príncipe de espadas.

Sonrío y lo doy vuelta.

—¡Ja! ¿No habías dicho que podía secuestrar a tus reyes con esto?

—Solo uno. —Lo arroja.

Deslizo el rey entre el resto de mis cartas.

—Ahora ganarte solo es una cuestión de tiempo.

—Ya veremos.

—¿Has jugado a las cartas con los otros cientos de chicas?

—No.

Eso me sorprende.

—¿Por qué no?

Frota su mentón.

—Esa es una pregunta compleja, milady. Supongo que por la misma razón por la que nunca tuve que enfrentarme a una de ellas armada.

Lo observo.

—¿Me estás insultando?

—No. —Apoya un cuatro de corazones—. Todo lo contrario, de hecho.

No estoy segura de qué hacer con eso. Las palabras dichas en la oscuridad, en mitad de la noche, siempre parecen tener más peso del que tendrían en cualquier otro momento.

—¿Juegas a las cartas con Rhen?

—A menudo.

—¿Puedo hacerte otra pregunta sobre la maldición?

—Sin duda, puedes intentarlo.

Bajo un dos de corazones, lo que deja solo dos cartas en mi mano. El rey que he secuestrado y el nueve de espadas. Grey tiene cuatro cartas.

—¿A quién le cayó la maldición? ¿Fue solo a él? ¿O también a ti?

Respira hondo y creo que no va a responder, pero entonces dice:

—Mi respuesta a esa pregunta ha cambiado con las estaciones, milady. Hace tiempo hubiese dicho que solo Su Alteza sufre. —Coloca un nueve de corazones en el montón.

¡Un nueve! Comienzo a deslizar mi última carta.

Pero entonces Grey da vueltas sus otras tres. Todas son reyes.

Estoy perpleja. He estado mirando cómo levantaba y apoyaba cartas desde que comenzamos, y jamás hubiese creído que tenía *uno*, mucho menos tres.

—Has ganado.

No se regodea en la victoria. En lugar de eso, comienza a juntar las cartas.

—¿Otra partida?

—Claro. —Ahora quiero ver cómo lo hace.

Mientras reparte, digo:

—No has terminado de decir quién está maldito. Si no lo está Rhen, ¿lo estás tú?

—No. Nada es tan simple. —Levanta sus cartas y encuentra mi mirada—. ¿Aún no lo has descifrado? La maldición nos atormenta a todos.

Capítulo doce

Rhen

Como tantas otras cosas, el sueño me elude.

Escucho cómo silba el viento a través de las cortinas. El fuego ha quedado casi en nada, pero no me ocupo de alimentarlo. El frío va con mi humor.

La mañana no puede estar lejos, pero no se filtra nada de luz por la ventana, así que aún debe ser temprano.

Apenas he dormido. Me gustaría culpar al colchón lleno de bultos o a la aspereza del tejido de lana de las mantas, pero la verdad es que las palabras finales de Coale no dejan de sonar en mi cabeza.

«Durante cinco años, hemos estado rogando ayuda, pero nuestras súplicas han sido ignoradas, nuestro pueblo pasa hambre y nuestros familiares mueren».

Desearía poder asegurar que lo ignoraba, pero no puedo. Independientemente de haber decidido aislarme en el castillo, sabía lo que estaba pasando.

Es mi culpa. Todo es por mi culpa.

No dejo de pensar en esos hombres que prendieron fuego la casa. «Este hombre lleva un escudo de armas», dijo Grey. Pero no lo reconoció. «Armas decentes. Mejores que las de un ladrón común».

Cinco hombres. Organizados. Quemaron una casa. No puedo pensar *por qué* harían semejante cosa, a menos que Freya mienta. Pero…

Detengo estos pensamientos. Esta línea de razonamiento es inútil. Todos

los soldados bajo mi control fueron enviados a las fronteras años atrás, y no cuento con nadie que pueda hacer respetar leyes que claramente han sido olvidadas o ignoradas. «Cinco años», dijo el posadero. Es realmente un milagro que mis súbditos aún se arrodillen ante mí, especialmente cuando no tengo nada que ofrecerles.

Una ráfaga de viento hace que las cortinas golpeen las ventanas y me sobresalte.

Nunca podré quedarme dormido así. Necesito una distracción.

Me pongo las botas y abotono mi jubón, dejando mi espada y mi cinturón en la silla. No quiero despertar a nuestros anfitriones y arriesgarme a que alguno decida escucharnos a escondidas, así que cruzo la habitación despacio y abro la puerta para llamar a Grey.

Pero Grey no está ahí.

Sorprendido, abro del todo la puerta. El Comandante de la Guardia está sentado sobre la chimenea jugando a las cartas con Harper.

Me percibe inmediatamente y se pone de pie. No hay culpa ni inquietud en su expresión, pero por otra parte no tendría por qué haberlas.

Dicho esto, no puedo identificar la sensación que me inunda, ardiente y repentina. No llega a ser enfado y tampoco amargura. Esas sensaciones son familiares.

Esta no lo es.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugamos a las cartas —responde Harper—. Baja la voz.

—No estaba hablándote a ti.

—No me importa. Hay gente durmiendo.

Grey se aparta del fuego y cruza la mitad de la habitación.

—Discúlpeme, Su Alteza. ¿En qué puedo servirle?

Su voz es uniforme, formal y trabajada. Es la forma en la que habla cuando no sabe qué humor tengo.

—¿Es segura la posada? —le pregunto—. ¿O has estado demasiado ocupado para verificarlo?

Su expresión no se inmuta.

—La posada es segura.

—¿Y los caballos?

—No quise irme mientras usted dormía.

—Estoy despierto. Ve. Comprueba que estén bien.

Asiente, se da la vuelta, y se dirige hacia la entrada sin cuestionarme. Apenas hace una pausa para quitar su capa del gancho que está al lado de la puerta, y después en la oscuridad y la nieve que se arremolina al caer. Un viento cortante atraviesa la abertura y hace que el fuego parpadee. El frío me llega desde el otro lado de la habitación.

Bajo despacio el resto de los escalones y ocupo el lugar de Grey sobre la chimenea. Sus seis cartas están abandonadas en una pequeña pila sobre la mesa.

—Estábamos en mitad de una partida —dice Harper.

—Eso veo. —Observo la disposición de las cartas y levanto la mano de Grey —. ¿Rescate del Rey?

—Grey me enseñó. —Junta las cartas que tiene en la mano y las arroja en el montón de descarte. Después se sienta hacia atrás, para cubrirse el cuerpo con la manta.

Recojo las cartas y comienzo a mezclar. Tengo ganas de discutir y no estoy seguro de por qué.

—¿Ya no tienes ganas de jugar?

—Enviaste a mi rival a la tormenta de nieve.

—Grey tiene obligaciones que cumplir.

—Claro, seguro.

Mis manos se quedan inmóviles sobre las cartas. El aire de la habitación está cargado con el calor del fuego y la luz baila sobre sus rasgos, haciendo que

sus ojos brillen cuando me mira. Tiene un talento extraordinario para pinchar cada una mis terminaciones nerviosas.

Sostengo su mirada.

—Si quieres decirme algo, insisto en que me lo digas.

—No creo que sea necesario.

Nos quedamos ahí sentados, mirándonos en silencio hasta que Grey regresa, sacude la nieve de su capa y también se la quita del pelo.

Si nota la tensión, elige ignorarla.

—Los caballos están bien. No vi ningún rastro.

—Bien. —Pero no lo miro. No quiero ser quien rompa el empate.

En cuanto lo pienso, me siento infantil. Mezquino, como me sentí cuando le ordené a Grey que saliera a la tormenta de nieve.

De todas formas, Harper aparta la mirada, pero no como si se estuviera rindiendo. Más bien, no le importa.

—¿Ya has terminado de usar la habitación, príncipe Rhen?

Como antes, hace que mi nombre suene como un insulto, lo que ahora me pone de malhumor.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría dormir algunas horas en otro lugar que no sea un sillón. —Dobla la manta sobre su brazo y se va renqueando por la escalera.

Su forma de caminar siempre me sorprende. Es tan tenaz, tan segura de sí misma, que creo que sus movimientos tienen la gracia y seguridad de su temperamento. Entiendo por qué Evalyn pensaría inmediatamente en una boda que alíe naciones lejanas. Harper habla de una forma que no deja lugar a la irreverencia. Como una gobernante, no como un súbdito.

Debe estar agarrotada y dolorida, porque su renquera es más pronunciada ahora que antes, y se mueve despacio, aferrada a la barandilla para subir los escalones. En cuanto se encierra en la habitación, me percato de que Grey está quieto a mi izquierda.

Bajo la vista a las cartas y las mezclo entre mis manos.

—Siéntese, Comandante. Juegue.

Se sienta. Reparto. Jugamos en silencio.

Me gustan las cartas. Me gustan los juegos en general, especialmente los que son así: simples en la superficie, en los que la verdadera estrategia consiste en descifrar al jugador. Esta era una de las pocas cosas que disfrutaba hacer con mi padre. Cuando era muy pequeño, me dijo que jugar se trataba no tanto de las cartas en mi mano o los dados en un tablero, sino, más bien, sobre la oportunidad de comprender a tu oponente y la forma en que piensa.

Grey siempre juega como lucha: directo, sin dudar. Un hombre entrenado para evaluar y actuar inmediatamente. Juega bien, pero sus movimientos jamás son calculados de antemano, y siempre son en respuesta a los míos.

Me pregunto cómo jugará Harper.

Una parte de mí odia que Grey ya lo sepa.

—¿Cómo has conseguido que juegue contigo? —pregunto finalmente.

Apoya una carta en el montón.

—No he hecho nada.

Frunzo el ceño al pensar en las palabras cuidadosamente calculadas que la llevaron a acercarse a un centímetro de mí, sobre el caballo.

—Esto nunca funcionará. No confía en mí. Peor, me mira con desdén.

Grey toma aire como si quisiera decirme algo, pero debe haberlo pensado mejor, porque solo arroja otra carta en la pila.

—Dilo —le pido—. Sea lo que sea, Grey, dilo.

—Con todo respeto, milord, creo que usted se mira a *sí mismo* con desdén.

Suelto un ruido de hastío.

—Estamos luchando cuesta arriba con esta chica. Presentará un desafío a cada paso. ¿No lo sientes? Si no hay progresos ahora, no quedan esperanzas para el futuro.

Grey no dice nada. Simplemente espera a que yo juegue una carta.

Suspiro y pongo una en el montón.

—Sé que tiene opiniones, Comandante.

—Sí. Muchas.

—Dígalas.

Entonces me mira.

—Usted es bueno para descifrar mis jugadas por adelantado. A veces creo que sabe qué cartas voy a jugar antes que yo. Incluso sin conocer mi mano.

Maldita sea.

—No sobre las cartas. —Las arrojo, agotado—. Quiero saber tus opiniones sobre la joven.

—Se las estoy dando. —Hace una pausa—. Usted habla sobre progresos. Habla sobre desafíos en el futuro. Sus pensamientos, como siempre, están veinte jugadas más adelante.

Me quedo mirándolo.

Grey suspira y recoge las cartas.

—Usted me preguntó qué hice para que jugara conmigo, como si hubiese un truco para conseguirlo. —Envuelve el mazo—. Milord, no hice nada. *Solo me senté y le pregunté.*

Capítulo trece

Harper

Regresamos a Ironrose a media mañana. Una parte de mí quiere resistirse, pero no me puedo quedar en la posada cuando todos creen que soy parte de un compromiso real. Y los eventos de las últimas veinticuatro horas me han convencido de que estoy muy lejos de encontrar un teléfono.

Cuando llegamos al castillo, Rhen me guía más allá del festín de comida y música —hoy, lenta y sombría— desde el salón principal hasta la misma habitación en la que me encerró antes.

Me niego a entrar.

—Si crees que voy a dejar que me encierres ahí dentro, estás equivocado.

Sus ojos están cansados, pero saca la llave de la cerradura y me la ofrece.

—La comida del mediodía estará servida en unas pocas horas. ¿Puedo confiar en que no bajarás por la espaldera en ese lapso de tiempo?

Mis articulaciones están llegando a un punto de rigidez en el que caminar me resulta doloroso. No volveré a trepar ninguna espaldera hasta dentro de mucho tiempo. Aparto la llave de su mano.

—No necesitaré hacerlo.

Su expresión dice que *no le resulta divertido*.

—*Enviaré* a Grey a vigilar esta puerta.

—Creo que Grey necesita dormir.

—Así es. ¿Vigilo *yo* tu habitación?

Sus ojos parecen oscuros e intensos y le dan peso a sus palabras. Pienso en su respiración contra mi cuello en la posada, cuando me hizo esa advertencia

contra mi piel. Tiene un gran talento para hacer que sus palabras suenen como una amenaza encubierta y, al mismo tiempo, a una promesa susurrada.

Coloco un mechón caído de pelo tras mi oreja y aparto la mirada.

—No es necesario que vigiles la puerta. —Me giro para entrar.

Y me detengo de golpe.

La cama está recién hecha, las almohadas recién ahuecadas. Un fuego arde en la chimenea. Las marcas de tierra y polvo que dejé en la manta ayer han desaparecido sin dejar un solo rastro. Hay un nuevo florero en la mesa auxiliar, rebosante de flores. En el aire hay un intenso aroma a jazmín y madreselva.

Rhen habla detrás de mí.

—Como sucede con la música y la comida, el castillo sigue una secuencia predeterminada de eventos. Encontrarás tu habitación ordenada todos los días.

Me doy la vuelta y lo miro.

—¿Y si la destruyo? —Mi voz está oscurecida por el sarcasmo, pero también siento verdadera curiosidad.

No me sigue el juego.

—Prueba y verás.

Me acerco a las flores, y me inclino para olerlas. Cada pétalo es perfecto. No hay ninguna hoja muerta.

—Son preciosas.

Asiente.

—A Arabella le encantaban las flores. Encontrarás un arreglo nuevo a menudo. —Su voz es monótona, sin una sola pizca de emoción.

—¿Arabella?

—Mi hermana mayor.

Me quedo helada. No quiero sentir compasión, pero quieta en esta habitación, rodeada de las cosas de su hermana muerta, no puedo ignorarlo. Por primera vez me pregunto cómo debe ser vivir en un lugar en el que todo se

reinicia una y otra y otra vez... excepto su familia.

Rhen no se ha movido. No sé qué decir. Una cosa es sentir compasión, y otra muy distinta es expresarla.

Pero él me salva del silencio incómodo.

—Dejaré que descanses —dice.

—Gracias.

Duda antes de cerrar la puerta y, en lo que dura un suspiro, espero que me engañe y la atasque de alguna forma o que me quite la llave. Pero quizás esta es su forma de dar una cuota de confianza. La puerta se cierra despacio, sin problemas. Y entonces se va.

Siento alivio. Necesito un respiro. Prisionera o no, no es necesario que esté sucia. Me meto en la bañera.

El agua tiene la temperatura perfecta. Alivia el dolor de mis músculos y escurre la sangre y la suciedad de mis manos. Hay varios frascos y botellas en una bandeja espejada cerca de la ventana. No tengo ni idea de qué hay dentro, pero huele bien, así que elijo uno y lo vierto en el agua. Una vez que hay espuma, me sumerjo y froto mi pelo. Dos veces, porque está hecho un desastre. Después me quedo acostada ahí, en el calor, y miro el techo.

Cuando era pequeña y me despertaban las pesadillas, mi madre solía decirme: «Todo lo que tienes que hacer es pensar en mí y yo apareceré en tus sueños. Te ayudaré a ahuyentar las pesadillas».

Esa historia siempre funcionó. Demasiado bien, en realidad. Solía creer que podía llamar a mi madre a través del pensamiento, hasta que fui demasiado mayor para seguir creyendo en esas cosas.

Ahora mismo, daría lo que fuera por poder llamarla.

Salgo de la bañera antes de que la emoción me ahogue.

No quiero ponerme más ropa de una chica muerta, especialmente si es la hermana de Rhen, pero el sentido práctico toma el control. No puedo andar por ahí desnuda. Los pantalones de hoy son negros y están acompañados por

una cómoda blusa roja, más floja, que tiene cintas de cuero a los lados. Sin ningún producto, mi pelo rizado se sale de control, así que dejo que se seque al aire y después lo entrelazo en una trenza suelta que cae por mi hombro. Una docena de botas de diferentes estilos forman una línea en el suelo debajo de los vestidos y me quedan mejor que el par que elegí de los establos, así que me pongo un par negro que me llega a las rodillas. Después echo un vistazo al espejo, parezco una princesa guerrera maltrecha, con la piel manchada de azul y amarillo en el lado izquierdo de la cara. No está ni hinchada ni duele, sin embargo. Eso se lo debo a Evalyn.

Me desplomo en la cama y miro el techo. Pensamientos sobre Jake y mi madre dan vueltas por mi cabeza, llenándome de preocupación hasta que no puedo soportarlo más.

Necesito hacer algo. Necesito *acción*.

Rhen no dijo que *tenía* que quedarme en la habitación. Abro la puerta, con la certeza de que ha puesto a Grey a hacer guardia ahí fuera, pero me alegra encontrar el pasillo vacío. La melodía de un violín que llega desde abajo hace que sea imposible escuchar nada en absoluto, así que salgo al pasillo.

Echo un vistazo a cada habitación abierta por la que paso. Cada una es más lujosa que la otra, con tapices de terciopelo en las paredes, alfombras de piel, bandejas de plata con copas de cristal. En algunos de los cuartos hay vino servido junto a pequeñas bandejas de comida.

El final del pasillo ofrece una amplia escalera… y una elección. Puedo bajar a la oscuridad o subir a la luz.

Subo.

Las habitaciones de la tercera planta son más grandes que las que acabo de dejar atrás, y se parecen más a un apartamento que a un dormitorio. Todas las puertas están abiertas. Llevan primero a una sala de estar y después a una puerta doble, tras la cual hay camas lujosamente adornadas y maravillosos tapices de pared. A lo largo del pasillo, en la pared opuesta a cada puerta, hay

una gran hendidura, aunque no veo ningún mueble en estos espacios. Raro.

Luego lo descifro. Es un espacio para guardias. Si los hubiera. Si hubiese personas que los necesitaran.

Al llegar a la cuarta habitación ya estoy comenzando a cansarme de toda esta elegancia opulenta. Es como explorar un museo sin carteles.

Me asomo para echarle un vistazo a la quinta.

Sangre es todo lo que veo.

Mi cerebro necesita un segundo para ponerse al tanto, y mi nariz tarda aún más en percibir el olor a cobre. Hay manchas de sangre por toda la pared, de todos los tonos de rojo: cuchilladas oscuras en las paredes blancas, manchas de color óxido en la ropa de cama, enormes charcos viscosos de carmesí en el suelo de mármol.

Sangre no es lo único que hay. Cosas más espesas yacen en los charcos. Cosas más oscuras. Cosas viscerales.

Me trastabillo y me aferro al marco de la puerta. No puedo respirar. Mi vista da vueltas.

Nadie puede perder tanta sangre y sobrevivir. Nadie puede perder tanto… tejido.

Estoy gritando. No sé hace cuánto tiempo que lo he estado haciendo, pero de pronto siento la garganta áspera.

El olor no deja de golpearme: cobre húmedo con una base de algo más amargo. Una moneda vieja en mi lengua. Tengo una arcada. Mi vista vuelve a dar vueltas. Voy a caer hacia adelante y a desmayarme en un charco de sangre.

Unos brazos se cierran alrededor de mí desde atrás y me arrastran hacia afuera.

—Harper.

La voz de Rhen. Sus brazos, ceñidos alrededor de los míos. Un pecho sólido sobre mi espalda.

La sangre aún llena mi vista. Mis gritos se han disuelto en un agudo

lamento.

—Harper, mírame. —Rhen me da vuelta con un movimiento enérgico. Me da una pequeña sacudida—. *Mírame*.

Lo miro.

Rhen. Solo está él.

Siento que mi pecho quiere deshacerse. Si él no estuviera sosteniéndome, creo que no podría mantenerme en pie.

—¿Grey? —Mi voz se entrecorta—. ¿Es Grey?

—No. El Comandante Grey está ileso. —Su voz es de urgencia, pero llena de compasión—. Cálmate.

Inhalo… y vuelvo a sentir el olor a sangre. Penetrante. Mi garganta se cierra y casi caigo hacia adelante.

El mundo está girando. Todo está dando la vuelta y después se encuentra de lado. Me estoy desmayando.

Pero no, no lo hago. Retrocedo por el pasillo, envuelta en calor. La habitación del horror se va achicando, se convierte en nada más que una puerta.

Fuerzo mi cabeza a levantarse y a que gire para mirarlo. El movimiento deja mi cara contra su hombro desnudo, lo que me toma por sorpresa. Su chaqueta y su camisa no están, y lleva algo cómodo y blanco, sin mangas, como una camiseta gruesa. Su cuello está mojado, al igual que la parte más baja de su mandíbula. Su cuerpo está caliente y huele como a menta. Detecto una línea de crema blanca.

Se estaba afeitando.

Es tan normal, casi encantador. Podría cerrar los ojos y fingir que soy una niña pequeña otra vez, antes de que nuestras vidas se fueran al demonio, envuelta en los brazos de mi padre, sintiendo su aroma.

Pero no lo soy.

Y este es Rhen.

Paso mi mano, temblorosa, por mi cara. Un recuerdo nostálgico de mi padre es más desagradable que la carnicería en esa habitación.

—Bájame.

Estoy esperando que se niegue, pero se detiene y baja mis piernas con cuidado al suelo. Estamos en la cima de las escaleras y no se aleja. Su tranquilidad es reconfortante y aterradora al mismo tiempo.

—¿Mejor? —dice en voz baja.

No tengo ni idea.

—¿Esa sangre es real?

—Bastante real. —Su expresión se oscurece—. Quizás recuerdes haberme dicho que era innecesario que alguien vigilara…

—Créeme, estoy completamente arrepentida. —Aún me preocupa vomitar todo en la alfombra de terciopelo—. ¿Sabías que eso estaba ahí?

—Por supuesto. —Una pausa—. Normalmente hago que Grey cierre las puertas, pero hemos estado bastante ocupados desde tu llegada.

Es un comentario mordaz, pero mis pensamientos siguen de largo, intentado encontrar la forma de darle sentido a esto. Esa sangre era fresca y real y vívida.

—¿Hay alguien herido?

—No, milady. No de la forma que crees.

Lo miro fijo.

—¿Qué otra forma hay?

Su expresión no revela nada.

—Esta planta no es un lugar para los que se marean con facilidad. ¿Puedes caminar?

—Sí, puedo. —Me aferro a la barandilla y bajo un escalón. Mis dedos siguen temblando por la adrenalina que aún me recorre. Me siento nerviosa e inestable.

Rhen camina a mi lado con una actitud completamente despreocupada.

Está tan relajado que comienza a volverme loca, a hacerme sentir que lo he imaginado todo.

Llegamos al rellano y me giro, lista para ir a mi habitación, pero Rhen continúa hacia una esquina.

—Ven —dice, señalando con la mano—. No hay nada aterrador en la cocina.

No tengo ni un ápice de apetito después de ver la carnicería en esa habitación, pero de todas maneras lo sigo. Él puede comer. Yo quiero información.

—¿Es el monstruo? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Está aquí?

—No. La sangre en esa habitación es desagradable de ver, pero en definitiva no es algo de qué preocuparse. —Continúa bajando hacia la oscuridad y lo sigo.

Hago lo mejor que puedo para igualar su ritmo. Al final de las escaleras, la luz parpadea a lo largo de un pasillo sombrío, y un aroma a harina y levadura llega a mi nariz. Debería haber elegido este camino desde el principio.

—¿Esa sangre es parte de la maldición? —susurro.

Da media vuelta y señala todo, con expresión incrédula.

—Todo lo que ves es parte de la maldición.

Dudo, pensando en su familia muerta, pero no puedo unir sangre húmeda con gente que ha estado muerta desde hace varias estaciones.

No debería perturbarme, porque su voz se mantiene relajada y despreocupada.

—¿Te gustaría un poco de vino? Puedo ir a buscar una botella a la bodega.

—No. Rhen… —Trago y mi voz se pone ronca. Grey habló de cientos de chicas, algunas de las cuales salieron vivas, y otras que no—. ¿Quién ha muerto en esa habitación?

—Nadie.

—Eso no es posible. —Hago una pausa y me pregunto si debería intentar huir otra vez. Me acerco a la puerta—. ¿Fue… fue la última chica que estuvo

aquí? ¿Murió ahí dentro?

—No. Regresó a su casa cuando se reinició la estación. Si no quieres vino, ¿prefieres hidromiel o quizás...?

—¡No me importa qué bebamos! —Me coloco frente a él. Mis pulsaciones rugen en mis oídos y estoy segura de que tengo una expresión feroz en la cara —. ¿Cómo puedes hablar del almuerzo cuando tienes una habitación llena de sangre en el piso de arriba? —Golpeo la pared de piedra con la palma de la mano—. Deja de eludir mis preguntas.

Me mira a los ojos. La luz de las lámparas de aceite fluctúa en sus ojos.

—He respondido todo con franqueza. Si sientes lo contrario, es que estás haciendo las preguntas incorrectas. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿De quién era esa sangre?

El primer destello de furia se asoma en su voz, pero está apoyado en la resignación.

—La sangre que viste es mía.

Capítulo catorce

Rhen

Estoy reconsiderando mi decisión de darle libertad. Si ha encontrado aterradores mis viejos aposentos, no es una buena señal para lo que está por venir. A decir verdad, probablemente debería estar de rodillas, agradecido de que no haya huido otra vez del castillo y, en cambio, me haya seguido voluntariamente a las profundidades de las cálidas cocinas.

Tengo gratos recuerdos de esta parte del castillo. Solía venir aquí a menudo cuando era un niño, y las reposteras me recompensaban con trenzas de hojaldre y tazas de crema dulce. Mi niñera era amiga de la cocinera y se quedaban hablando de cotilleos y riendo mientras yo hacía dibujos en la harina que parecía cubrirlo todo.

Mis visitas a las cocinas se detuvieron —y mi niñera desapareció— cuando le pregunté a mi padre qué significaba que ninguna joven podía sostener su mirada más de una quincena o por qué eso convertía a mi madre en algo que daba pena.

Pero los recuerdos permanecen intactos. Después de que Lilith me maldijese, después de que los ecos del castillo vacío comenzaran a perseguirme, comencé a buscar refugio aquí abajo. El calor y el fuerte aroma a azúcar y levadura me recuerdan a mi infancia.

Cuando era inofensivo.

Sin personal, la cocina parece inmensa. Hay comida por todas partes, casi derramándose desde las sombras. Docenas de hogazas de pan aguardan sobre unos estantes cerca del hogar, donde ruge un fuego enorme. Seis faisanes se

asan en un espeto que gira lentamente sobre un fuego al otro lado de la habitación. Hay vegetales rebanados y cocidos para forrar bandejas de servir. Queso. Frutos secos. Productos de repostería. Por todos lados.

El único lugar de trabajo libre es una mesa grande en el centro de la habitación, espolvoreada con azúcar y canela, y cubierta con pilas de masa.

Harper se detiene en la puerta y mira todo alrededor.

—Santo… guau.

Me dirijo a la mesa y empujo tiras de masa hacia un lado. Después, acerco una banqueta.

—Siéntese, milady. ¿Vino?

—Estoy segura de que voy a necesitarlo.

Busco una botella de la despensa al fondo de la cocina y lo sirvo. Harper me observa.

El peso de sus ojos me pone nervioso. He perdido la habilidad de sentirme cohibido hace mucho tiempo… o al menos eso creía. Estoy acostumbrado al peso de los ojos curiosos y a las miradas críticas.

La opinión de Harper es distinta. Ella es mi última oportunidad. Los riesgos parecen extremadamente altos.

Cuando las copas están llenas, le paso una a Harper. Después termino la mía de un solo trago. Me sirvo más.

Ella bebe un pequeño sorbo, mirándome.

—Entonces *estás* triste.

Eso me hace detenerme.

—¿Qué te hace pensar eso?

—En mi experiencia, los hombres beben cuando están mal.

No me gusta que ella parezca ver lo que me pasa.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu experiencia?

Ella se sobresalta de forma casi imperceptible. Hace girar el vino en su copa y mantiene la voz liviana.

—No quiero hablar de mí.

Bebo un sorbo más lento.

—¿Quieres hablar sobre mí?

Como en todas las ocasiones en que la he desafiado, una luz destella en sus ojos.

—Sí, así es. ¿Qué ha pasado realmente en esa habitación?

—Cometí un error. —Bebo un trago más largo de vino. Ya estoy sintiendo los efectos de la primera copa—. Uno de muchos, de hecho.

Se inclina sobre la mesa y me observa.

—¿Qué clase de error?

Dudo. Sopeso mis palabras. Bebo otro trago, más largo esta vez.

—Disfruté de la compañía de la mujer equivocada.

—¿Y qué? ¿Te desgarró por dentro?

—Sí.

Su pregunta era frívola y claramente no esperaba esa respuesta. Su voz se apaga un poco.

—Entonces, ¿cómo es que sigues aquí? ¿Dónde están tus cicatrices?

—No todas las cicatrices se pueden ver, milady. —Termino la copa otra vez —. De alguna manera, creo que tú ya has aprendido esa lección.

Se queda helada. La he dejado en shock. O la he ofendido. O algo completamente distinto.

—¿Qué la convertía en la mujer equivocada? —pregunta finalmente.

—Para entender eso, debes comprender nuestra historia. —Hago una pausa —. Durante el reinado de mi abuelo, un pequeño grupo de forjadores de magia de la colonia occidental de Verin se refugió en Emberfall, cerca de nuestra frontera septentrional. Por lo que recuerdo de mis clases, eran los últimos forjadores de magia que quedaban, y el rey de Verin buscaba destruirlos a todos, por lo que huyeron al este. Juraron lealtad a mi abuelo y causaron pocos problemas. Vendían sus hechizos a la gente, y mi abuelo lo permitió

pensando que era indulgente. Su magia era pequeña e inofensiva. Les cobraba impuestos considerables por el privilegio. Esto causó tensión, seguramente, pero la ignoró o no le importó. Cuando mi padre llegó a la edad de casarse, una mujer joven visitó el castillo y se presentó como una candidata al matrimonio. Pero era una forjadora de magia disfrazada y, una vez que estuvo aquí, hechizó a mi padre. Intentó engañarlo para que se casara con ella.

»No era demasiado poderosa —digo—. Los guardias lograron encarcelarla y la ejecutaron en cuanto confesó. Pero mi abuelo desquitó su ira con el resto de los forjadores de magia. Envió un ejército, porque se decía que, cuando matabas a uno de los forjadores, la magia pasaba a los otros, lo que hacía a quienes quedaban cada vez más poderosos. Para evitar eso, tenían que ser asesinados al mismo tiempo... y así fue. —Me estremezco y continúo—: Las historias sobre su muerte harían que esa habitación pareciera irrelevante.

La expresión de Harper ha perdido todo rastro de sospecha o desconfianza.

—¿Qué pasó después?

—Una escapó —digo—. O estaba escondida. —Hago una pausa—. Y apareció la noche de mi cumpleaños número dieciocho. Vestida como una pretendiente, lista para seducir a un príncipe.

—Y tenía la magia más poderosa, ya que había absorbido la de todo el resto de los forjadores, que estaban muertos.

—Sí.

—¿Por qué te maldijo a *ti* si fue tu abuelo el que los mató a todos?

Bajo la mirada a mi copa.

—No buscaba únicamente venganza. Realmente quería una alianza con la familia real. Es bastante poderosa, pero su magia solo se extiende hasta cierto punto. Sobre mí, sobre Grey, sobre el territorio de Ironrose. No puede lanzar su poder sobre todo el reino. Busca el poder verdadero. Y para lograrlo, me necesitaba.

—Y tú la rechazaste.

—Así es.

No digo nada y, después de un momento, los ojos de Harper se iluminan al comprender.

—La rechazaste después de pasar la noche con ella.

—Sí.

—Probablemente después de prometerle el mundo entero.

—No le prometí nada. —Dudo—. Aunque permití que creyera que nuestra noche juntos significaba más de lo que fue.

—Adorable.

Me sirvo otra copa de vino y la miro a los ojos.

—He aprendido la lección, milady. Se lo aseguro.

Hace girar la copa en sus manos y me observa. Desearía poder leer la emoción en sus ojos. Después de incontables estaciones de ocultar la verdad detrás de mentiras maquilladas e historias extravagantes, la he puesto a su disposición, y no estoy seguro de que vaya a aceptarla.

Me carcome la culpa. Me estoy mintiendo a mí mismo. No le he dicho la verdad *completa*. No le he dicho en qué me convertiré.

—No puedo ofrecerte ninguna prueba —le digo—, si eso es lo que buscas.

—Así que ella te maldijo para que lleves a cabo una tarea. —Su tono es reflexivo—. ¿Por qué no me dices qué es?

—He descubierto que revelar la naturaleza de la tarea es la forma más rápida de asegurar su fracaso.

—¿Por qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer? —pregunta, con expresión penetrante—. ¿Enamorarme de ti?

Casi se me cae la copa.

—No te sorprendas tanto —dice—. He estado tratando de pensar qué requeriría que secuestres a alguien todas las estaciones, y eso es lo único que tiene sentido. Ahora entiendo qué quiso decir Grey cuando me dijo que no era algo que pueda hacer conscientemente.

Suspiro.

Sigue observándome y sus ojos se entornan.

—Ahora entiendo por qué estás sin camisa.

—Estabas gritando —respondo—. Gritaste muchas veces, muy fuerte. ¿Hubieses preferido que esperara a estar completamente vestido? Tienes suerte de que no te encontrara tirada sobre una pila de entrañas.

Hace una mueca.

—¿Podemos no usar la palabra *entrañas*?

—¿Verme un poco desvestido hace que te marees con facilidad?

El rosado en sus mejillas se oscurece y aparta la mirada para pellizcar una trenza de hojaldre en un rincón de la mesa.

—Grey ha dicho que has intentado romper esta maldición con cientos de mujeres.

—Es cierto.

—También me contó que parece como si no estuvierais envejeciendo. Que es más un sueño que un recuerdo.

—No está equivocado. —Vuelvo a llenar su copa—. Han pasado cinco años en Emberfall. Me sorprende que no hayan sido más, pero no tengo forma de registrarlo. Y muchas estaciones no llegan al final.

Me estudia. Su expresión es indescifrable.

—¿Por qué se reiniciaría antes una estación?

—La estación comienza de nuevo si yo muero.

Casi se atraganta con un trozo de masa.

—¿Si *mueres*?

—Sí.

—Pero… ¿cómo?

—A estas alturas, he intentado todo. Desde caer de una gran altura. Empalamiento con todo lo que te puedas imaginar. Ahogamiento. Le ordené a Grey que me decapitara una vez, porque tenía curiosidad, pero se negó…

—Está bien, está bien, lo entiendo. —Parece un poco mareada otra vez—. Entonces… ¿simplemente vuelves a la vida?

—Todas las estaciones comienzan en la habitación donde apareciste por primera vez, sin importar cómo terminó la anterior.

—¿Qué pasa con la chica cuando te matas?

—Es devuelta a casa. Al menos hasta donde yo sé.

Harper se queda quieta, con la mano en una nueva trenza de masa.

—Entonces, ¿podría matarte para volver a casa?

—No tengo forma de estar seguro de eso. La estación comienza de nuevo. Las chicas desaparecen.

Me observa. Imagina mi muerte. Probablemente la esté planeando. Preguntándose si vale la pena.

Encojo mis hombros y bebo un sorbo de vino.

—En cualquier otra estación te hubiese pasado un arma y te hubiese invitado a probar.

—¿Qué diferencia hay esta vez?

—Esta es mi última estación —digo en voz baja—. Mi última oportunidad. Si me mataras, realmente moriría. —Levanto la mirada para encontrar la suya—. No tengo ni idea de lo que te pasaría a ti.

Se queda completamente callada frente a eso. Ambos comemos trenzas de hojaldre.

Cuando habla, no formula la pregunta que estaba esperando.

—¿También te desnudaste con esos cientos de mujeres?

Es tan directa que en otras circunstancias me hubiese resultado intimidante.

—¡Qué preguntas haces!

Mira al cielo.

—Bueno, eso no es un no.

—Lo es, en realidad. —Me pregunto lo sincero que debo ser—. Las metí en mi vida. Aborrezco la idea de meterlas en mi cama… y ciertamente no las

forzaría. En realidad, no hay peor crimen que ese en Emberfall.

—¿Asesinato?

—En la muerte, el crimen termina.

Me evalúa por un largo rato.

—Te creo.

—No tengo razones para mentir.

—¿Por qué me dices todo esto? —pregunta—. Creí que no podías.

—¿Por qué creíste semejante cosa? —Me inclino sobre la mesa y arranco otro poco de hojaldre. La canela y el azúcar se derriten en mi lengua. La comida perfecta del Gran Salón y mis aposentos personales se ha vuelto interminablemente aburrida, pero comer pedacitos de hojaldre en la cocina me recuerda demasiado a mi infancia como para guardarle rencor.

Al llevar el trozo a mi boca, los ojos de Harper se mueven hacia mi pecho, siguiendo el movimiento de mi brazo.

Interesante. Especialmente después de su mirada reprobadora cuando creyó que me acostaba con todas las mujeres jóvenes que Grey llevaba al castillo.

Arranca un trozo de hojaldre para ella. Sus ojos se alejan.

—Porque Grey no podía.

—Tiene órdenes de guardar silencio. —Aunque ahora siento curiosidad sobre cuánto dijo.

—Y tú no.

—Soy el príncipe heredero. —Arranco un trozo más grande de hojaldre de la pila y lo rompo en dos para ofrecerle un poco—. Nadie me da órdenes.

—¿Siempre sacas mujeres de D. C.?

—Al principio no. Pero ahora sí.

—¿Por qué?

Me estiro en busca de más hojaldre.

—Al principio, buscaba pretendientes entre las mujeres nobles de Emberfall. Creía que una maldición de este estilo sería fácil de romper. ¿Quién no quiere a

un príncipe? —Mi pecho se oprime con el recuerdo—. Pero resulta que hay muchas mujeres que no.

—Así que en algún momento se acabaron las mujeres nobles…

—Cortejé a una mujer del pueblo —digo. Termino mi copa otra vez y probablemente necesite otra—. Se llamaba Corra. Una joven muy buena y sencilla. Entré al pueblo cabalgando con mucha fanfarria. Su madre lloró cuando anuncié mi intención de casarme con su hija. Todo el pueblo llenó un baúl con ofrendas para proporcionar una dote. Como si yo necesitara sus riquezas.

Titubeo.

—¿Qué pasó con Corra? —pregunta Harper con rapidez.

—El monstruo la despedazó extremidad por extremidad. Su madre lloró sobre los escalones y quiso saber por qué el rey no había podido ofrecerle protección a su hija.

Harper deja de masticar.

—Y el rey estaba muerto.

—Sí, el rey estaba muerto. Y yo eché a su madre.

—Y después, ¿qué?

—Declaré que no arriesgaría más a mi propio pueblo. Para ese entonces, ya había perdido a tantos que me negué a sacrificar a nadie más.

—Ah, pero ¿a las personas de mi hogar sí?

Golpeo la mesa con la mano abierta.

—Debes entender que mi intención con cada mujer fue romper la maldición. No prolongarla.

Me mira con furia. La miro con furia. Nos quedamos en silencio.

El fuego crepita en la chimenea y la sopa amenaza con bullir hasta desbordarse. No lo hará, lo sé. Un chef invisible la revolverá y bajará la intensidad del fuego antes de que eso suceda. El olor del ave asada empieza a llenar la habitación.

Entonces Harper levanta la mirada y encuentra la mía.

—¿A quién se lo declaraste?

—¿Disculpa?

—Dijiste que declaraste que no ibas a sacrificar a tu propio pueblo. ¿A quién le declaraste eso?

Me quedo helado en el lugar.

Sus ojos se entornan hacia mí.

—¿Quién es la hechicera?

Vacío mi copa.

—Su nombre es Lilith.

—Entonces, *ella* puede enviarme a casa.

—No, milady.

—Quizás debería preguntarle. ¿Cómo la encuentro?

Mis ojos se disparan hacia los rincones, como si esta conversación pudiera llamar a la hechicera.

—Realmente no quieres encontrarla.

—Pero…

—¿No comprendes que ella es la causa del daño que encontraste en el tercer piso? —Mi voz es baja y feroz, y está llena del dolor que de pronto recuerdo.

Harper palidece.

Respiro hondo. Mi cabeza está completamente enredada en recuerdos de muerte y sufrimiento. Cientos de jóvenes pasan como un torbellino por mi mente; cada una es un recordatorio de que les he fallado, a ellas y a mi pueblo.

Grey estaba equivocado. Las estaciones en las que fracasé no son como sueños. Son como pesadillas.

Me pongo en pie.

—Discúlpeme, milady. Estoy interponiéndome en el camino de su descanso. ¿La acompaño a su habitación?

—¿Hay más sorpresas en el castillo?

—Hoy no.

—Entonces, quiero quedarme aquí. —Sujeta el borde de la mesa como si le preocupara que la saque a rastras de la cocina.

Asiento con la cabeza y giro hacia la puerta.

—Rhen —me llama.

Hago una pausa en el umbral y la miro.

—No voy a enamorarme de ti —dice.

Sus palabras no me sorprenden. Suspiro.

—No serás la primera.

Capítulo quince

Harper

Husmeo la cocina hasta que encuentro un cuenco y una cuchara, y me acerco al caldero que cuelga sobre el fuego. Hay un gran cucharón en un gancho colocado en la mampostería. Me sirvo una buena porción y separo un trozo de pan del final de una hogaza que hay en la encimera.

Imágenes de la habitación bañada en sangre amenazan con reproducirse en mi cabeza, pero las aparto.

En lugar de eso, mi cerebro se conforma con interesarse en lo que Rhen dijo acerca de haberle pedido a Grey que lo decapitara. Que le daba *curiosidad*.

Ayer contó que había arrojado instrumentos musicales al fuego. Esta mañana mencionó el empalamiento y el ahogamiento. Y, de cientos de mujeres, ninguna logró enamorarse de él.

Si solo hubiera tenido que encontrar a una mujer que lo *deseara*, probablemente se habría librado de la maldición el primer día. No puedo negar que es agradable a la vista. Pómulos marcados, pelo rubio oscuro que se vuelve dorado a la luz del fuego, ojos color café que no revelan nada. Músculos marcados en sus brazos, desde los hombros hasta la muñeca, movimientos seguros. La gente se apresura a arrodillarse ante su príncipe, y él espera que así lo hagan.

Sin embargo, cuando abre la boca, es arrogante y calculador. No tiene ni una pizca de vulnerabilidad o debilidad. De hecho, si hay alguna debilidad, es la obvia frustración de no poder hacer un gesto con la mano y ordenarle a una mujer que lo quiera.

Algo sobre todo esto me pone inmensamente triste. He estado atrapada aquí, separada de mi familia, durante dos días. Él y Grey han estado atrapados aquí durante lo que debe parecer una eternidad. Ahora me parecen menos peligrosos y más desesperados.

Casi que es peor.

Pero *amar*. Nunca me he enamorado de nadie, mucho menos me he enamorado de alguien que me secuestró en la calle. Mi madre siempre dice que sigue queriendo a mi padre a pesar de sus errores, a pesar del hecho de que se fue, y eso nos vuelve locos a mí y Jake. Su relación, por cierto, no es un estándar del amor verdadero. Conozco el Síndrome de Estocolmo. Incluso si algo como eso comienza a sucederme —si esta línea de pensamiento ya no es prueba de ello—, ¿sería amor verdadero? Evidentemente, ninguna otra cosa es suficiente para romper este maleficio. No secuestró a Corra, la pobre chica del pueblo, pero no debió haberlo querido, o la maldición se hubiera roto. Quizás estaba enamorada de la idea de convertirse en princesa.

Ellos me han atrapado, pero Lilith los atrapó a ellos. Y, ahora, todo su reino está sufriendo, mientras él permanece sentado en este castillo, dejando que simplemente suceda.

Arranco otro trozo de pan de la hogaza.

Esta vez, dudo a mitad del camino hacia mi boca.

Freya y los niños se encontraban en la nieve, temblando, delgados como palos. A Evalyn, Coale y el pequeño Bastian claramente les costaba arreglárselas con lo que tenían, sin contar que están en medio del invierno.

Miro toda esta cocina con nueva perspectiva. Miro los estantes rebosantes de comida que nadie come.

Después aparto el cuenco y vuelvo a mi habitación a buscar un bolso.

Esta vez, me resulta fácil encontrar el sendero que atraviesa el bosque.

Consideré llevarme un caballo distinto, pero Will levantó las orejas hacia mí

y parecía deseoso por salir otra vez. Las alforjas están recargadas de pan, carnes y bollos, por un lado, y paquetes de verduras bien envueltas y quesos duros, por el otro. Tengo puesta una capa y dos jerséis, y he encontrado guantes y un cuarto de sábana para el animal en el establo.

Nadie me detiene.

Por otro lado, no es que esté pidiendo permiso.

Cuando los cálidos rayos del sol dan paso a los árboles cubiertos de nieve, me preparo para el aire helado, pero el invierno parece más templado esta tarde. El viento no pasa a través de los árboles y, en vez de eso, el sol pega fuerte sobre la nieve y provoca un *ploc-ploc-ploc* constante a nuestro alrededor.

Justo cuando comienzo a preocuparme por haberme desviado, me cruzo con los restos de la casa de Freya. La vivienda está completamente quemada y solo ha quedado la chimenea haciendo guardia sobre una pila de maderas carbonizadas y cenizas. Los cuerpos han desaparecido; enterrados en la nieve o quemados por el fuego. No voy a fijarme.

Una colina se cierne más adelante y recuerdo que desde ahí es un tramo recto hasta la posada. Podré ver todo el camino. Espoleo a Will para que galope y subimos la colina a toda velocidad.

Un carro tirado por caballos viene desde el otro lado.

—¡So! —grita un hombre—. ¡So! —Dos caballos de tiro de color crema se asustan y se encabritan hacia un lado. Agua nieve y lodo se disparan en todas direcciones.

Tuerzo violentamente las riendas hacia un lado para evitar un choque de frente. El caballo se resbala en el aguanieve y casi me pierde. El carro suelta un chirrido y un gruñido y casi vuelca, pero el hombre hace chascar un látigo y los caballos lo enderezan de un rápido tirón.

Eso no beneficia su carga. Varios cajones caen desde la parte trasera a la húmeda nieve con un *plaf*.

Will se retuerce y sacude la cabeza, pero mantengo las riendas firmes.

—Lo siento —exclamo—. No lo he visto.

—¿Lo sientes? —gruñe el hombre. Pasa las riendas por un gancho y baja del carro de un salto, sus botas chapoteando en el lodo. La capucha de su capa cae hacia atrás y revela que se trata de un hombre de mediana edad, de piel aceitunada y pelo oscuro. Las sombras se aferran a sus ojos y forman un charco en sus mejillas.

—Sí. Lo siento. —Sujeto la empuñadura de mi daga debajo de mi capa en caso de que esto se vaya a la mierda, pero él ni siquiera me mira. En lugar de eso, sale disparado hacia la parte trasera del carro para observar los cajones caídos.

Maldice por lo bajo y se estira para levantar uno.

El peso debe estar desnivelado, porque intenta acarrearlo al fondo del carro, pero no puede pasarlo por encima de la barandilla. El cajón se le escapa torpemente de la mano y se estrella de nuevo en el aguanieve. Vuelve a maldecir, esta vez en voz alta.

Estoy a punto de preguntarle por qué no usa ambas manos, cuando su capa se desliza hacia atrás y me doy cuenta de que le falta el brazo izquierdo.

Desmonto de Will deslizándome por su lomo y me coloco a su lado.

—Venga. Lo ayudaré.

Me ignora y lucha por maniobrar el cajón. Una vez más, cae al lodo. La madera se agrieta y se abre en el ángulo.

—Maldita sea —estalla.

Puedo entender que quiera hacerlo por su cuenta, pero estoy bastante harta de los hombres orgullosos. Arrojo mi capa por encima de mis hombros y avanzo para recoger otro.

Es más pesado de lo que creía. No puedo creer que los esté levantando con una sola mano. Casi tropiezo en el lodo y por poco se me cae.

Pero el hombre sujeta el otro lado y juntos lo arrojamos por encima del

costado del carro. Después volvemos a buscar los otros.

Cuando terminamos, nuestras botas están cubiertas de lodo y estamos agitados. Lucho por enderezar mi capa.

El hombre se pasa el antebrazo por la frente.

—Supongo que crees que debo darte las gracias, joven. No voy a hacerlo. Perderé algunas monedas por el daño… —Se detiene en seco cuando sus ojos aterrizan en la insignia real del león con la rosa. La irritación desaparece de su voz, reemplazada por una pizca de asombro—. Usted es… yo no…

—*Realmente* lo siento —digo—. No espero que me dé las gracias. Pero si no es molestia, utilizaré la parte trasera de su carro para subir a mi caballo…

—Por supuesto. —Se apresura a sobrepasarme y sujetar la brida de Will—. Permítame, milady.

Sujeto el carro y me empujo para subir al borde. No es tan precario como colgar de la espaldera, pero aun así es una pequeña hazaña de fuerza y equilibrio, y siempre dudo de mi cuerpo. Mis músculos contracturados necesitan un momento para ponerse cómodos en la montura, pero si lo nota, el hombre no dice nada.

Rhen mostró mucha seguridad cuando le arrojó una moneda de plata al hijo del posadero, desearía poder hacer lo mismo ahora. No tengo monedas que ofrecer.

Pero entonces recuerdo las alforjas.

—¿Tiene hambre? —pregunto—. Tengo mucha comida.

Frunce el ceño y rápidamente niega con la cabeza.

—No puedo aceptar comida de una dama que viaja sola.

—No voy lejos. —Desabrocho la alforja y saco algunos pasteles de carne envueltos en un trozo de gasa. Aún están tibios—. Tome.

Parece perplejo, pero los agarra y los sujeta contra su cuerpo.

—Gracias.

Levanto las riendas.

—No hay de qué.

Da un paso para acercarse.

—Perdóneme. —Duda—. Debería disculparme. No esperaba que una dama de la corte estuviera viajando sin protección.

—No necesito protección —digo.

La voz de un hombre responde desde detrás de mí.

—¿Está segura, milady?

Me doy vuelta en la montura, pero ya he reconocido esa voz. Rhen. Y Grey. Sus expresiones no me revelan nada. Ni enfado. Ni buen humor.

—¿Creías que no vendríamos detrás de ti? —pregunta Rhen.

Fuerzo mi expresión para mantenerla igual de neutral.

—Dijiste que no era tu prisionera.

El hombre del carro parece completamente pasmado. Su mirada va de mí a los hombres.

—Su Alteza —dice, con voz reverencial. Se deja caer sobre una rodilla ahí mismo, en el aguanieve.

—Levántese —dice Rhen. Su voz suena baja y controlada y comienzo a darme cuenta de que esta es una mejor pista sobre su humor. Está más armado que anoche. Una espada cuelga en su cadera y lleva una aljaba llena de flechas colgada en su montura, cerca de su rodilla. Debajo de su capa, todo su pecho está cubierto de cuero, con hebillas en su cintura y la insignia del león con la rosa labrada en oro sobre su corazón.

Ayer estaba guapo, pero no es nada comparado con esto. Lo único que le falta es una corona.

Por otro lado, eso quizás haga que me olvide de que tiene un motivo guardado al venir. Odio que mi corazón palpite, aunque sea solo un poco, y mande calor a mis mejillas.

—¿Tienes otra de esas monedas? —digo—. Uno de los cajones de este hombre se ha roto cuando me he topado con él.

Las cejas de Rhen se levantan, pero él suspira y da un empujoncito a su caballo para que avance.

El hombre se pone de pie y niega con la cabeza intensamente.

—No... no, milady. —Sostiene en alto los pasteles de carne envueltos—. La comida es más que suficiente.

Rhen, de todas formas, saca dos monedas de un bolso sujetado a su cinturón y extiende su mano. Sus antebrazos están cubiertos de brazaletes de metal y cuero, amarrados hasta su codo.

—¿Dos platas cubrirán el daño?

El hombre traga saliva. Mira las monedas que Rhen sostiene entre sus dedos, pero no se estira para recibirlas.

—Tiene mi agradecimiento, pero no fue mucho el daño.

—Por la molestia, entonces —dice Rhen.

—Con todo el respeto... no puedo aceptar eso. —Echa una nueva mirada a Rhen y a Grey, para luego mirarme a mí. Parece querer pellizcarse—. Tardo la mitad de un año en ganar esa cantidad, Su Alteza. —Hace una pausa—. La gente me tomaría por mentiroso o por ladrón.

—¿Por qué? —pregunto.

El hombre parece desear volver a subir a su carro e irse de una vez.

—Nadie ha visto a la familia real en años. —Aparta la mirada, y en su expresión hay vergüenza—. Apenas si puedo conseguir trabajo como cargador. Nadie creería que he conseguido esas monedas honestamente.

Grey se acerca con su caballo y saca una pequeña bolsa de un morral que lleva a su cintura.

—Tenga. Veinticinco cobres. ¿Puede gastar eso?

El hombre parpadea.

—Sí... pero...

Grey le lanza la bolsa.

La mano del hombre está ocupada con la comida y temo que las monedas

viajen directo al lodo, pero es más ágil de lo que esperaba. Atrapa el monedero en el aire con la misma mano con la que sostiene la comida.

Ofrece una reverencia torpe.

—Tiene mi agradecimiento. Su Alteza. Milady. —Luego retrocede para subir a su carro.

En cuanto se sienta, chista a sus caballos y se va por la colina.

Desearía poder seguirlo de inmediato. El peso de la mirada de Rhen es casi doloroso. Su expresión está llena de reprobación, y su tono de voz hace juego.

—Cuanto más te conozco, menos veo tus acciones como actos de valentía. ¿Has olvidado el ataque de anoche?

—¿Has olvidado que tu pueblo está sufriendo?

Su mandíbula se tensiona.

—Hablas de cosas que no sabes.

—Creo que he visto suficiente.

Su expresión se oscurece como nubes de tormenta que se aproximan en un cielo de verano. No dice nada.

Grey habla en su silencio.

—Mencionaste que no eres una prisionera. ¿Eso quiere decir que este no es un intento de huida?

—Por supuesto que no. —Doy una palmada a la alforja—. Estoy llevando comida para Freya y sus niños.

—Estás llevando comida —repite en eco Rhen—. A la posada.

—Me pareció que estaban cortos de provisiones, y les dejamos cinco personas más.

Se ve incrédulo.

—Pero ¿por qué no preguntaste?

Me vuelvo hacia atrás y lo miro.

—¿Preguntar? ¿Me estás tomando el pelo? Cuando tienes una cocina llena

de comida que será reemplazada todos los días…

—Me malinterpretas. —Levanta una mano—. ¿Por qué no preguntas si podíamos *ayudarte*?

Ah.

—No creí que lo harías —digo en voz baja.

Se queda mirándome. Me pregunto si querrá saber por qué.

Al juzgar por su expresión, por la resignación que destella en sus ojos, no creo que necesite preguntarlo.

—Muy bien —dice finalmente. Hace girar su caballo para el otro lado.

—¿Me estás dejando ir? —Quizás me caiga del caballo de la sorpresa.

—Te escoltaré a la posada —explica, como si yo fuera demasiado estúpida para darme cuenta—. A menos que hayas cambiado de opinión.

Suspiro y giro mi caballo para seguirlo.

Capítulo dieciséis

Rhen

Estoy acostumbrado a la soledad. A la desesperación. A la tristeza. A la decepción.

No estoy acostumbrado al *miedo*; o al menos, no de este tipo. Nunca había conocido a nadie tan temerario.

No es la primera chica que huye o me tiene miedo o cuestiona mis motivos. *Sí* es la primera que me fuerza a situaciones que requieren armadura y equipo.

Cabalgamos en silencio. Grey está detrás, esperando sobre la cima de la colina mientras descendemos al valle. Sus palabras me atraviesan una y otra vez. «¿Has olvidado que tu pueblo está sufriendo?».

—No lo he olvidado—le digo.

Ha pasado un rato desde que hemos hablado, pero no necesita que se lo aclare.

—Bueno, no pareces hacer demasiado para solucionarlo.

—Un día en Emberfall y ya sabes tanto sobre mis fracasos... Supongo que crees que estás haciendo algo bueno, que es considerado visitar a la gente que sufre.

Su mirada es helada, pero sé que así lo cree.

Niego con la cabeza.

—Incluso si vaciamos el castillo de comida todos y cada uno de los días, nunca podríamos alimentar a todos mis súbditos.

Su voz es suave.

—Pero alimentarías a algunos, Rhen.

—Sí, pero no a todos. —La miro—. ¿Cómo elegirías?

Se le llena el rostro de frustración.

—¿Por qué *tendría* que elegir?

—¿Por qué no? El pueblo de Emberfall tiene miedo de Ironrose. Creen que una criatura monstruosa duerme en los terraplenes, esperando la oportunidad para destruirlos si se acercan. Mi pueblo no vendrá voluntariamente a mí. E incluso si fuera a contratar un carro para que cargue todo lo que tengo, ¿cómo determinarías quiénes son los más necesitados?

—Yo…

—Y antes de que respondas a eso —prosigo—, ¿qué les dirías a aquellos a los que no puedes proveerles? Imagina que llegamos a la posada y hay media docena de huéspedes más. Lo que has guardado en tus alforjas no los alimentará a todos. ¿Qué les dirás?

—Regresaré a buscar más.

Maldita sea, es tan *terca*.

—Digamos que vienes a visitarlos todos los días con abundante comida. Correrían los rumores. La gente se pondría en cola. Comenzaría a haber pequeñas riñas entre la gente, gradualmente se transformarían en disturbios…

—Ya lo he entendido.

—Surgirían peleas y sin soldados para calmar la violencia…

—¡Está bien! ¡Ya lo he entendido! —Sus mejillas están enrojecidas, su respiración agitada—. No me importa. Aun así, voy a traerles algo. Es mejor que nada.

—¿Lo es? —pregunto—. ¿Estás segura, milady? —Me estiro para sujetar sus riendas y hago que los dos caballos se detengan.

Vuelve la cabeza como un latigazo para mirarme con furia y forcejear por el control de las riendas. Sus ojos están rojos de furia.

—Suéltame.

Mantengo la voz firme.

—Sabes que no me molesta la honestidad ni el debate civilizado. Espero haberlo dejado claro. Pero no toleraré la falta de respeto descarada.

—Pero ¿faltarme el respeto a *mí* es aceptable?

Su caballo —el *mío*, en realidad, aunque parece no vacilar a la hora de reclamarlo para sí— sacude la cabeza y da patadas en el aguanieve, pero sostengo las riendas con firmeza. Su talento para enfurecerme y desanimarme es realmente admirable.

—Te pedí que examinaras las ramificaciones de tus acciones —digo, con voz tensa—. Si lo ves como una falta de respeto, estás equivocada.

—Bueno. —Aparta la mirada.

Tomo un poco de aire.

—Hay razones por las que me he confinado al castillo durante tanto tiempo. Si me obligas a interactuar con mi pueblo, debes ser consciente de lo que eso significa para...

—Nadie te obliga a hacer nada. Ahora, *suéltame*.

Tardo un momento en reunir temple y lanzo una mirada al cielo. Por supuesto, mi última oportunidad sería con una chica determinada a desautorizarme y a crear nuevos obstáculos en cada esquina. Cada paso adelante parece destinado a terminar dos pasos atrás.

—Ahora, Rhen, no soy una de tus súbditos. No eres *mi* príncipe.

Mi voz es muy baja.

—Puede que no sea tu príncipe, pero estás en *mi* reino. No en el tuyo.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—No comprendes lo endeble que es el control que tengo aquí. No tienes consideración alguna por lo que he hecho para proporcionarle seguridad a este lugar. —Mis mandíbulas están apretadas, lo que hace que mis palabras se cubran de hielo. Hubo una época en la que este tono de voz provocaba que la gente comenzara a correr. El mismo tono en la voz de mi padre significaba que alguien moriría. Sin embargo, me observa de manera desafiante, y mantener mi

voz nivelada requiere cada gramo de autocontrol que tengo—. Me hablas con desprecio y desconsideración, como si no sintiera el peso de lo que mi pueblo tiene que padecer. Hablas como si *tú* me gobernaras a *mí*. Quisiera que recuerdes nuestros roles aquí.

—¿Cuáles? ¿Secuestrador y secuestrada?

Alzo las cejas.

—¿Deseas que esos sean nuestros roles? Está bien. —Giro la cabeza—. ¡Comandante!

—¿Qué haces? Rhen, suéltame. —Trata de arrancarme las riendas de la mano. Debe estar clavando los talones a Ironwill porque este baila al final de las riendas y lucha contra mi sujeción—. Suéltame.

—Milord. —El caballo de Grey se desliza y frena al lado de Harper, salpicando lodo y resoplando vapor al aire.

—Vuelve con Lady Harper al castillo. Amárrala de ser necesario. Enciérrala en…

—¡No! —Harper desenvaina la daga. Apunta a mi muñeca.

La espada de Grey aparece en su recodo. Ha sujetado la capa de Harper y ha tirado de ella para apartarla de mí.

Harper se ha quedado helada, su cara está pálida, los ojos bien abiertos, llenos de miedo y furia.

Debería sentir remordimiento, pero en lugar de eso siento satisfacción. Por fin *algo* le llega.

—Le cortará el brazo si se lo ordeno. —Miro la daga en su mano—. No he apuntado ningún arma hacia usted, milady.

—Las riendas. —Su voz se vuelve más tensa, casi ahogada, y me pregunto qué tipo de presión está haciendo Grey sobre su cuello—. Iba a cortar las riendas.

—Oh. —Miro a Grey—. Suéltala.

Grey obedece. Ella desliza la daga a su vaina, después tira de la capa para

enderezarla. Su respiración aún es temblorosa. Lágrimas brillan en sus pestañas.

Ahora siento remordimiento.

No me mira.

—Solo quiero ir a la posada. —Tiene las mejillas sonrojadas. Traga. Su voz está apagada—. Yo no… no quiero jugar a nada. Solo quería ayudarlos. —Levanta la vista y una chispa de su fuego habitual vuelve a entrar en su tono—. ¿Comprendes eso?

Sus palabras se alojan en mis pensamientos, enredadas en la cuasi advertencia de Grey durante la partida de cartas. No hago nada sin pensar cuidadosamente en el impacto que eso tendrá. Tenía razón: es cierto que planeo mis jugadas con demasiada anticipación.

Quizás ella también esté en lo correcto.

Miro a Grey.

—Escóltala a la posada. Os seguiré en un momento.

Grey alza las cejas.

—Milord…

—*Ve*. Asegúrate de que no vuelva a perderse.

Harper arranca las riendas de mis manos. Sin decir palabra, le da una sólida patada al caballo y desciende la colina a medio galope. Grey la sigue sin dudar.

En cuanto se han ido, giro mi caballo en la dirección contraria y clavo los talones en los flancos del animal.

Capítulo diecisiete

Harper

Duele. Siento como si me hubieran dado un tirón de orejas.

Grey se queda a mi lado, galopando tranquilamente por el aguanieve, y atravesamos el terreno con velocidad. Esperaba algo de tensión entre él y yo, en especial después del incidente de la daga, pero no la hay. Quizás sea diez veces más peligroso que Rhen, pero es cien veces más fácil llevarse bien con él.

Todo esto es muy desconcertante. *Rhen* es muy desconcertante. No actúa como un hombre que está tratando de enamorarse. Se comporta como si todo esto fuese un juego en el que, debajo de las palabras bonitas, hay un hombre astuto y calculador. Actúa como una fiera amarrada que ha aprendido los límites de su cadena, pero sabe cómo atraer a la presa hasta sus garras.

Ese es el motivo por el que no confío en él.

Después del enfrentamiento en la nieve, me doy cuenta de que él tampoco confía en mí. De alguna manera, a pesar de que él me encerró *a mí* en Emberfall, *su* desconfianza parece más profunda.

Cuando la posada aparece a la vista, desacelero el caballo a velocidad de caminata. Una ojeada por encima de mi hombro me revela un cielo azul sobre el paisaje cubierto de nieve a medio derretir. Rhen no está por ningún lado.

Grey ha desacelerado para igualar mi ritmo.

—¿En serio me hubieses cortado el brazo? —pregunto.

Me echa una mirada.

—Hubiese evitado que le hicieras daño —responde.

—Eso es un sí.

—Sigo órdenes —dice con ecuanimidad—. No te guardo ningún rencor.

Por alguna razón, eso es completamente tranquilizador y, al mismo tiempo, no lo es en absoluto.

—¿A dónde crees que se ha ido?

Suspira y una sombra de irritación se desliza en su voz.

—Sabes tanto como yo.

Mientras estamos desmontando de los caballos en el patio de la posada, la puerta de entrada se abre de golpe. Pequeñas secciones de nieve se deslizan desde el techo y aterrizan con un *ploc*. Los caballos sacuden la cabeza y resoplan.

Coale se queda parado en el umbral.

—¡Milady! —exclama, sorprendido—. ¿Ha regresado?

—Sí. He traído… —Pero me quedo en silencio cuando las advertencias de Rhen sobre revueltas y riñas hacen eco en mis oídos—. Em…

—Lady Harper ha traído obsequios de buena fe —expresa Grey, que avanza y me entrega las alforjas sobrecargadas.

—Ah. Sí. Aquí tienen. —Estoy completamente desconcertada. Empujo las alforjas hacia él con torpeza.

Coale parece perplejo.

La voz de Evalyn viene desde atrás de él.

—¿Tenemos huéspedes? ¿Por qué estás…? ¡Ay, cielo santo! —Se pone al lado de su marido y hace una pequeña reverencia—. Lady Harper. Ha vuelto.

—Con obsequios —agrega Coale, perplejo.

—No es nada. —Siento que el calor sube a mis mejillas—. Es un poco de comida. Sé que trajimos a Freya y a su familia aquí inesperadamente.

—Pero… Su Alteza pagó más que generosamente por seis meses de alojamiento. Lejos está de ser un inconveniente.

Me quedo helada en el lugar. No sabía que les había pagado.

Evalyn habla rápido, malinterpretando mi silencio.

—Debe creer que somos codiciosos. Intentamos negarnos. —Retuerce sus manos.

—¡No! No. Yo… yo entendí mal. Quería traer algo para los niños.

—¡Ah! —Su rostro se abre en una sonrisa. Une las manos en un aplauso—. Por favor, pase.

Nos guían a la sala principal. El fuego está atizado y arde bajo, las brasas resplandecen. Huelo a pan recién hecho. Coale toma nuestras capas y grita hacia la parte de atrás.

—¡Niños! Lady Harper ha regresado para veros.

Me acerco a Grey.

—¿Sabías que había pagado esa cantidad de dinero? —susurro por lo bajo.

Él frunce el ceño.

—¿Pensabas que no?

—Yo no… no…

—¡Lady Harper! —Truenan pies contra los escalones y el suelo de madera. Tres niños vienen corriendo, con alegría evidente en sus caras. Freya baja los escalones más despacio, balanceando al bebé entre sus brazos, que también sonríe.

No estoy segura de merecerlo. Su hogar fue destruido.

La niña no se detiene hasta que se aferra a mi cintura. Los niños intentan taclear las piernas de Grey. Su alegría es contagiosa. Me siento feliz de que tenga galletas glaseadas en las alforjas.

Hasta Bastian sale de la cocina, atraído por el alboroto. Todos se apretujan contra la mesa, deseando ver qué he traído.

La niña estira una mano y pasa la yema de un dedo por las costuras amarillas, mientras el mayor de los niños toca las joyas incrustadas en una de las bolsas. Sus ojos están muy abiertos.

Freya se acerca para apartarlos.

—Dahlia. Davin. No toquéis.

—No, está bien —digo—. Dahlia puede abrirlas.

Sus dedos delgados se impacientan con la hebilla, pero esta finalmente cede y los bollos y quesos envueltos salen rodando por la mesa. Se ríe con placer. Los otros niños se sorprenden y se apretujan más contra la mesa.

—Esto es demasiado —susurra Freya.

Apenas alcanza para alimentar a su familia en una comida. Pero el silencio se posa sobre la habitación mientras todos se quedan mirando. Nadie toca nada.

—Mirad —susurra el mayor, que debe ser Davin—. Bizcochos.

Me siento extraña, como si hubiese dado un paso en falso. Me encuentro a mí misma deseando que Rhen estuviera aquí para manejar los aspectos políticos, y quiero abofetearme a mí misma por eso.

Todas las advertencias de Rhen hacen eco en mi cabeza.

—¿Os he... os he ofendido? —susurro.

—Milady. —La voz de Coale es pesada—. Nunca habíamos visto que la realeza diera obsequios a la gente. Estamos... estamos conmovidos.

—Y agradecidos —añade rápido Evalyn—. Muy agradecidos, milady.

—Quizás debería traerles un buen vaso de hidromiel a todos —exclama Coale.

Suena un fuerte golpe en la puerta, y Evalyn se apresura a ver quién es. Cuando la abre, Rhen está ahí, su pelo rubio resplandeciendo con la luz. No parece para nada agotado. Su capa y su armadura están en perfecto estado.

—Su Alteza —dice Evalyn de prisa—. Nos sentimos doblemente honrados. Por favor, entre.

—Muchas gracias. —Su voz es amable. Cruza el umbral caminando.

Mis ojos encuentran los suyos sin querer. Sus cejas se levantan apenas una fracción y, por ese leve movimiento, sé que sabe que estoy dudando, que no estoy segura de cómo proceder. Media hora atrás le he gritado, y ahora hay una pequeña parte de mí que quiere que él me rescate de esta situación. Me

pregunto si lo ha planeado. Me pregunto si lo sabe.

Me obligo a sostener su mirada y me mantengo firme.

—Coale —digo—. Un poco de hidromiel estaría bien.

Rhen y yo terminamos junto al fuego otra vez. He reclamado mi sofá, y él está sentado en la chimenea de piedra, bebiendo de su tazón. Grey se encuentra contra el borde de la repisa de la chimenea, cerca de la esquina. La luz del fuego destella contra sus armas.

Rhen no me ha dicho ni una sola palabra desde que entró a la posada, aparte de un gesto con la cabeza y un breve «Milady».

El aire parece electrizado e incierto. El fuego crepita detrás de él, y los niños comen y juegan en la parte principal de la habitación, pero el silencio se posa como una manta de lana sobre nosotros.

El único niño con el coraje para acercarse es el pequeño Davin, quien parece estar fascinado por Grey. No puede tener más de cuatro años, su pelo es grueso y tiene grandes ojos color café. No deja de escabullirse hacia aquí para echarle un vistazo al guardia. Grey ha estado inmóvil, sin inmutarse, ignorándolo. Está tan quieto que podría ser parte de la chimenea.

Pero cuando Davin se acerca y se atreve a poner una mano en la empuñadura de la espada de Grey, el espadachín finge que va a perseguirlo.

El niño se sobresalta y retrocede unos pasos a toda prisa, pero entonces ríe a carcajadas. Grey sonríe y lo despeina.

—Ve —dice, su voz es amable pero no deja lugar a la desobediencia—. Ve a jugar.

Davin se va correteando, pero una traviesa mirada hacia atrás por encima de su hombro indica que regresará.

Miro a Grey y recuerdo cómo hacía reír a los niños en la nieve.

—Eres bueno con los niños —comento—. Eso es lo más… incongruente de ti.

—¿Lo es? —responde, con voz seca—. ¿De veras, milady?

—En realidad... —titubeo. Los ojos de Rhen están sobre la habitación y la gente en ella, pero sé que está escuchando cada palabra que digo. Vuelta mi atención a Grey—. Sí. Lo es. —Intento que mi voz sea cuidadosa, no quiero ser hiriente—. ¿Tienes hijos? —Hago una pausa—. ¿Tenías?

—No. Para entrar a la Guardia Real, uno debe renunciar a tener familia durante diez años. Esposa y niños son una distracción de los deberes y obligaciones.

Evalyn nos escucha y da un paso hacia la chimenea.

—¿No es así en el país de Dese, milady?

Ah, cierto. El país de Dese.

Rhen me está mirando, tiene las cejas levantadas otra vez. Claramente, también está esperando mi respuesta.

—No —respondo, haciendo girar las ruedas en mi cabeza—. No es así. La gente del Servicio Secreto puede casarse y tener hijos.

—Ahh. —Su voz es un susurro—. El Servicio Secreto. Qué nombre tan misterioso.

—¿Es un honor servir en ese Servicio Secreto? —pregunta Coale.

De pronto, soy el centro de atención.

—Eso... ¿creo?

—Aquí hasta postularse es considerado un gran honor. —Coale se detiene al lado de su hijo, quien está alzando un pastelillo de una bandeja sobre la mesa, y apoya sus grandes manos en los hombros del niño—. Y una ayuda para la familia si el chico es admitido en la Guardia Real. Jamás nos hemos atrevido a tener la esperanza de que un día Bastian quizás sea tenido en cuenta, pero tal vez las cosas estén cambiando para mejor.

—Ciertamente hay puestos que cubrir —dice Grey.

Rhen le lanza una mirada mordaz.

—Comandante...

—¿Los *hay*? —dice Evalyn, con voz asombrada—. Entonces, en serio hay esperanzas de cambio. —Me sonríe.

Trago saliva. Ella cree que *yo* traeré el cambio. Con una especie de compromiso para aliar Emberfall con un país que no existe. Si la única esperanza para esta gente es que yo me enamore de Rhen, entonces sus esperanzas acabaron en el mismísimo instante en el que golpeé a Grey con esa barra.

—No quiero luchar contra el monstruo —dice Bastian. Su padre lo hace callar.

Freya levanta la vista de su bebé.

—Quizás el monstruo ya esté muerto para cuando llegues a la mayoría de edad —sugiere, llena de esperanza—. Si el pueblo de Lady Harper puede prestar refuerzos a nuestras tropas.

—Cuéntenos, milady —dice Evalyn—. ¿La criatura también aterroriza sus tierras?

Echo una mirada a Rhen, sin estar segura de cómo avanzar desde aquí.

Me devuelve la mirada.

—Sí, cuéntanos.

—No hay monstruos en mis tierras —respondo despreocupadamente. Luego observo mi tazón y doy un largo trago, solo para evitar tener que decir algo más. Quema mi garganta hasta bien abajo.

—¿Es un largo viaje hasta su país? —pregunta Coale—. Debo admitir que nunca he oído hablar de Dese, aunque ha pasado mucho tiempo desde que albergamos viajeros del exterior de Emberfall.

—No estoy segura de la distancia exacta —sigo—. Parece que llegué aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Alguien toca a la puerta.

—¡Posadero! —grita un hombre en el exterior.

—¿Más huéspedes? —dice Evalyn. Se arregla la falda—. Qué inusual para

estas alturas del año. —Me sonríe—. Nos trae suerte, milady.

Coale se acerca a la puerta y la abre.

—¡Caballeros! Bienven…

La alegría en su voz muere. No puedo ver demasiado más allá de su figura, pero diviso unas botas. Los extremos de espadas enfundadas. Cinco hombres. Como mínimo.

Estoy de pie sin darme cuenta. Rhen se mueve para quedar situado a mi lado, y Grey se pone frente a ambos. Tiene una mano apoyada en la empuñadura de su espada, pero aún no la ha desenfundado.

—Bienvenidos —termina de decir Coale, con nerviosismo. Su forma bloquea la mayor parte de la entrada—. ¿Necesitan alojamiento? Tenemos una habitación disponible, si están dispuestos a compartir…

—Estamos aquí para confiscar esta propiedad en nombre de la corona.

—¿Confiscar esta propiedad? —Coale da un paso atrás—. Pagamos los impuestos al Gran Mariscal todos los años. No debemos nada.

—Tienen una hora para desocuparla.

Coale resopla.

—¡Eso es absurdo! ¡Este es nuestro hogar!

El hombre avanza unos pasos de forma amenazante.

—Se irán o su casa arderá.

Evalyn se acerca a mí y a Rhen.

—Le juro, Su Alteza —susurra rápido—. Pagamos todas las estaciones. Estoy segura de que debe haber un error…

—Estos hombres no trabajan para mí —responde Rhen, con voz baja.

—Usan los mismos colores que los hombres de ayer —dice Grey.

Rhen le lanza una mirada, después camina hacia adelante, hacia Cole.

—Niños —susurra Freya con urgencia en las palabras. El miedo está vivo en su voz—. Niños, id a nuestra habitación. —Se van hacia la escalera a toda prisa.

—Apártate, posadero —gruñe el hombre en la entrada—. Si no os vais voluntariamente, os dejaremos sobre una pila de cenizas.

Coale no se mueve.

—No amenazarán a mi familia…

—He dicho *apártate*. —El hombre desenfunda su espada e intenta pasar a empujones—. Recoged vuestras cosas y *marchaos*.

Al lado de Rhen, Grey empieza a desenfundar su espada, pero Rhen hace un breve «no» con la cabeza.

Los otros cuatro hombres siguen al primero y se apiñan en la entrada. Usan ropas oscuras con ribetes verdes, negros y plateados, igual que los desconocidos de anoche. Sus expresiones son feroces e inflexibles. Afiladas.

Sus ojos examinan la habitación. Se detienen cuando encuentran a Rhen y Grey y veo a dos de los hombres intercambiando miradas.

Reconozco a uno de ellos. Es el que huyó ayer por la noche. Se inclina hacia al líder del grupo y susurra algo por lo bajo.

Los ojos del líder se detienen en Freya durante un momento, pero cuando escucha lo que su compatriota murmura, sus ojos se mueven hacia mí, después a Grey, pero finalmente se posan en Rhen.

—¿Quién eres?

Rhen da un paso adelante.

—Lord Vincent Aldrhen, príncipe de Emberfall, hijo de Broderick, rey de las Tierras Orientales. Una pregunta mejor: ¿quién eres *tú*?

El hombre escupe el suelo.

—El príncipe está muerto. —El hombre detrás de él lanza una risita.

Evalyn inhala con fuerza y se lleva una mano al pecho.

Rhen sonríe, pero no hay nada amigable en el gesto.

—Te aseguro que estoy completamente vivo. —Hace una pausa, y al volver hablar su voz es afilada—. Y vosotros dejareis a esta buena gente en paz.

—Si eres el príncipe, ¿dónde está tu guardia? ¿Tu séquito? —El hombre mira

alrededor de la habitación y se detiene en mí esta vez—. Estas tierras estarán bajo control de Karis Luran muy pronto. Me llevaré lo que he venido a buscar. —Da un paso adelante—. Incendiadla. Matadlos a todos.

La mano de Rhen cae sobre la empuñadura de su propia espada.

—Espera. —Levanto mi barbilla y pongo la mano en el antebrazo de Rhen.

Los prestamistas una vez vinieron a buscar a mi padre. Él se había ido hacía rato. Yo era más pequeña, pero no tan tonta como para no ver el destello del acero bajo las chaquetas de aquellos hombres. Mi madre los convenció con palabras dulces y les ofreció galletas y café. Todavía recuerdo cómo le temblaban los dedos cuando levantó la cafetera.

Aparentemente, la miel atrapa más moscas que el vinagre, porque los hombres le creyeron cuando dijo que su marido estaba en viaje de negocios y que ella solo era una mujer tonta, en casa con los niños, que desconocía las graves deudas de su marido.

No puedo pelear, pero sé cómo fingir.

Doy un paso adelante.

—¿Te *atreves* a amenazar a la primogénita del rey de Dese? —Sin esperar respuesta, doy media vuelta para mirar a Rhen, quien me observa como si creyera que me ha salido una segunda cabeza—. Nunca especificaste que tus tierras estaban bajo control de otro monarca. Esta iba a ser una alianza. Cuando advierta a mi padre sobre esto, sus ejércitos no tardarán ni un momento en poseer este territorio…

—¿Qué ejércitos? —pregunta el hombre. Suena desconfiado, pero evita que los otros sigan avanzando adentro de la posada—. ¿Quién eres?

—Soy la princesa Harper de Dese —anuncio—. ¿No has oído hablar de mí? Los soldados de mi reino se cuentan por miles.

—Por regimiento —agrega Rhen rápidamente—. Estamos ansiosos por unir nuestras fuerzas con el legendario ejército de Dese.

—Sí, por regimiento. Obviamente. —Casi flaqueo—. Y mi padre tiene *cientos*

de regimientos…

—Decenas —dice Rhen.

—Sí, *decenas* de regimientos, y están listos para invadir Emberfall en cuanto dé la orden si esta alianza no prospera…

—¿Qué alianza? —pregunta el hombre. Parece exasperado—. ¿Quién… qué… dónde se ubica *Dese*?

—No estás en posición de hacer preguntas. —Lleno mi voz con hierro y fuego, al recordar la forma en que esos hombres hablaron sobre Freya y la pequeña Dahlia—. Ya he enviado un mensaje a mi padre sobre los hombres que me amenazaron anoche. Nos darán sus nombres, y después dejarán a esta gente en paz. Quiero saber la identidad de a quienes mi padre ejecutará primero. De hecho, creo que disfrutaré con ese espectáculo.

El hombre duda.

Rhen aprovecha el momento.

—Princesa Harper —me dice—. Estos hombres claramente están siguiendo órdenes. No se ha hecho ningún daño aquí hoy. Seguramente se trate de un malentendido. Deles tiempo para regresar a su General antes de comenzar un incidente internacional.

Los ojos del hombre se entornan.

Rhen se acerca más a mí.

—Tenga compasión, milady. Sé que sus soldados disfrutan al descuartizar hombres, pero…

—Santo cielo —exclama Evalyn—. El Servicio Secreto suena verdaderamente *despiadado*.

El hombre me mira a los ojos. No es idiota.

—No te creo. Quemaremos esta posada hasta que no quede *nada*, joven.

Sostengo su mirada y me niego a dejar de hacerlo.

—Comandante Grey. Pruebe lo en serio que hablo.

La mano de Grey hace un movimiento rápido. El hombre grita y cae al suelo.

La empuñadura de un cuchillo sobresale de su rodilla.

¡Vaya! No sé qué esperaba que Grey hiciera, pero esto es mejor.

El hombre se está quedando ronco de tanto gritar. La sangre se escurre alrededor de la daga, manchando lentamente la pierna del pantalón. Sus hombres no saben para dónde moverse, confundidos, y miran de su líder a mí y luego a Grey. Ninguno ha sacado un arma.

Ahora hay una espada en la mano de Grey.

—¿Quiere que le corte la pierna y se la dé, milady?

—Sí —digo—. Un trofeo para mi padre.

Grey da un paso adelante sin dudar. Aspiro una bocanada de aire. Creo que realmente va a hacerlo.

—¡No! —grita el hombre—. ¡No! —Mira con furia a sus hombres—. ¡Ayudadme, maldita sea! ¡Sacadme de aquí!

Se dan prisa en sacarlo a rastras.

—¡La reina sabrá esto! —grita—. Recordad lo que os digo, nuestra reina va…

Coale cierra la puerta de un golpe en su cara.

Después se gira hacia mí. Su rostro normalmente rojizo está pálido.

—Milady, una vez más, tiene nuestros más sinceros agradecimientos.

—Sí. —Evalyn rodea la mesa y se pone de rodillas. Sujeta mi mano y la besa —. Su bondad es infinita.

Lo único que puedo hacer es intentar no apartar mi mano de la suya.

—No, por favor. —Ahora que los hombres se han ido, la adrenalina me golpea y mis pulsaciones se disparan en mi pecho—. No es nada…

—Sí que lo es. —Cuando Evalyn levanta la mirada, veo que se han formado lágrimas en sus ojos—. La posada es todo lo que tenemos.

Freya se une a ella. Me sujeta la otra mano y la besa.

—Ha protegido a los niños otra vez. Quisiera ofrecerle mis servicios, milady, como dama de compañía, o sirvienta, o…

—¡No! No. No, gracias. —No sé qué hacer con esto. Están tomando como

fidedigno lo del reino, lo de los ejércitos, cuando todo es un invento. No tengo nada que ofrecerles en realidad.

Desesperada, miro a Rhen en busca de ayuda.

Me está observando con una mezcla de asombro y perplejidad.

—Milady. —Me ofrece una reverencia—. Yo también quisiera expresarle mi gratitud.

Voy a golpearlo. *Basta*, gesticulo con la boca. *Ayúdame*.

Dirige la mirada a Coale.

—Posadero —dice—. La princesa ha viajado demasiado los últimos dos días. Creo que quizás necesite un lugar donde descansar. ¿Podría molestarlo con una habitación por un rato?

—¡Sí! —exclama Evalyn, que se pone de pie de un salto, sin esperar la respuesta de su marido—. Sí. Milady, permítame prepararle una habitación de inmediato.

—Yo prepararé una bandeja para su habitación —dice Coale. Duda—. Su Alteza… ¿acompañará a la princesa?

Abro la boca para decir que no, pero Rhen se adelanta.

—Sí. —Sonríe—. La princesa Harper y yo tenemos mucho de qué hablar.

Capítulo dieciocho

Rhen

El destino ciertamente está jugando conmigo. La furia y la fascinación libran una batalla en mis pensamientos.

Furia de que haya hombres armados aterrorizando a mi pueblo.

Fascinación por que esta temeraria y enloquecedora joven les haya hecho frente.

Estamos de nuevo en la habitación que usé ayer por la noche. Hay un fuego recién encendido en la chimenea y Coale ha dejado una bandeja con comida al lado de una jarra de agua en el tocador.

La cara de Harper está un tono más pálido que de costumbre, sus ojos un poco más abiertos.

—Eso ha sido... eso ha sido... —Suelta un largo suspiro y se sienta en el borde de la cama. Tiene las manos unidas, apretadas, frente a su boca—. No puedo creer que funcionara.

Yo tampoco. Todo lo que hace es inesperado. Incluso ahora, después de encarar con tanta valentía a esos hombres, me sorprende ver que, por su aspecto, da la sensación de que un ruido fuerte la haría salir corriendo de la habitación.

—Si no supiera lo contrario —digo—, yo mismo te hubiese creído. —Me mira de lado—. ¿*Eres* de la realeza? ¿En tu mundo?

—No. —Suelta una risa breve, seria—. Definitivamente no. —Su mirada se levanta para posarse en mí, casi como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí. Sus ojos se entrecierran—. Aún estoy enfadada contigo.

—¿En serio? —Cruzo mis brazos y me apoyo contra la puerta—. Entonces resolvamos eso.

Se pone de pie. Su expresión es feroz.

—Le dijiste a Grey que me cortara el brazo…

—No fue así.

—… después de decirme que traerle comida a alguien iba a crear un incidente internacional…

—Milady.

—… y *luego* te fuiste cabalgando sin decirnos a dónde ibas…

Suspiro.

—¿Has terminado?

—¡No! Y cuando llegaste aquí, te sentaste al lado del fuego sin ni siquiera dirigirme la palabra hasta que unos hombres armados irrumpieron…

—A quienes detuviste.

—Casi *destrozo* todo porque no sé qué diablos es un estúpido *regimiento*. —Sus mejillas están enrojecidas, su respiración, agitada. Empuja un mechón de pelo suelto lejos de su cara pero este vuelve a caer—. ¿No es mucho mil soldados?

—¿En un ejército? No. —Hago una pausa, concentrado en la parte de su diatriba que se ha calado hondo en mi cabeza.

«Te sentaste al lado del fuego sin ni siquiera dirigirme la palabra».

Para que eso le afecte, tiene que importarle al menos un poco.

Aún me está mirado con furia.

—¿En serio te llamas Vincent Aldrhen o también fue un invento?

—Qué preguntas haces. —Me sentiría ofendido si ella no fuera tan espontánea—. ¿Por qué necesitaría *yo* inventar un nombre? Verdaderamente soy el príncipe heredero de Emberfall.

—Entonces, ¿quiénes son esos hombres? ¿Qué es una Karis Luran?

—Karis Luran no es un qué. Es la reina de Syhl Shallow. —Mis hombros están

tensos. Este ya ha sido un día largo y agotador y no parece tener fin.

—Está bien. Y ¿qué es Syhl Shallow?

—Es un país que queda lejos, al noroeste de aquí. Al otro lado de la cordillera. —Las montañas deberían ser infranqueables a esta altura del año. Mi padre nunca tuvo una disputa con Karis Luran... pero, por otro lado, estaba vivo para evitar semejante cosa. Harper montó un buen espectáculo al presentar al rey de Dese como un tirano sanguinario, pero Karis Luran realmente lo es. Su país no tiene acceso al mar, sus inviernos son brutales, y está lleno de peligrosos animales de caza. No es de sorprender que sus hombres destruyeran la casa de Freya y amenazaran a sus hijos. Hubieran hecho lo mismo aquí si Harper no los hubiera engañado.

—¿Qué hacen aquí?, ¿qué quieren? —pregunta Harper.

Frunzo el ceño.

—No tengo ni idea.

Me mira con escepticismo.

—*¿No tienes ni idea* de por qué una reina enviaría a sus soldados aquí?

Aprieto los dientes.

—¿Entiendes que todo mi personal, todas mis fuerzas armadas, consisten únicamente en el Comandante Grey? No tengo consejeros. No tengo mensajeros. Hace tiempo, tenía soldados apostados en las ciudades fronterizas, pero no tengo forma de saber si aún defienden sus posiciones. Las montañas deberían proveer una barrera natural al oeste y, el mar abierto, al este. Pero... si hay una fuerza lo suficientemente poderosa, bien *podría* haber decenas de regimientos detrás de esos hombres que vinieron aquí.

Eso parece dejarla en silencio.

La frustración ha erigido un campamento en mi pecho. He pasado más de trescientas estaciones intentando salvar a mi pueblo de una criatura despiadada, y me ha dejado sin forma alguna de salvarlo de los extranjeros.

Quizás esta sea la razón por la que Lilith ha declarado que esta estación es

mi última oportunidad. Quizás lo sabe. Mi país caerá ante fuerzas enemigas.

Quizás esa sea la verdadera maldición. No me está destruyendo a mí. Está destruyendo Emberfall.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —pregunta Harper.

Alzo las cejas.

—A menos de que *realmente* seas la princesa de Dese y tu padre tenga miles de soldados listos para avanzar, no estoy seguro de poder hacer nada en absoluto.

—Pero quizás tengas soldados defendiendo las ciudades fronterizas. ¿Eso no es lo mismo que un ejército? ¿No podrías…?

—No es lo mismo que un ejército. —Hay esperanza en su voz y eso es casi tan sorprendente como todo lo demás. Odio destruirla, pero está claro que ese es mi único talento—. Puede que haya soldados haciendo guardia, pero al no tener una forma rápida de comunicarme con ellos, no tengo manera de saber si esos puestos de guardia siguen activos.

—Pero… pero ¿no puedes pagarle a alguien para que lleve mensajes…?

—Estoy seguro de que te das cuenta de que no puedo simplemente poner a una persona sobre un caballo con información sensible sobre movimientos militares. En especial ahora.

Se muerde la parte interna de una de sus mejillas.

—¿Qué pasaría si Karis Luran invadiera?

—No lo sé. Mis tierras no han enfrentado la amenaza de una toma de poder hostil desde el reinado de mi bisabuelo… y él derrotó a los invasores y expandió los territorios de Emberfall.

—Bueno, ¿no eres técnicamente el rey? ¿No puedes hacer *algo*?

Aparto la mirada. Todo mi amor por la estrategia está resultando completamente inútil ahora.

—No tengo nada, milady. No hay nada que pueda ofrecer. —Hago una pausa —. Si bien hemos logrado ahuyentar a esos hombres esta vez, lo que hemos

hecho no evitará que regresen. Y me preocupa qué sucederá cuando lo hagan.

Traga saliva con fuerza.

—Lo sé. Eso lo sé. —Sus manos se presionan contra sus mejillas otra vez—. Ay, esta pobre gente…

El tono de su voz golpea directamente en mi corazón. No sabe nada sobre mis súbditos. Nada. Sin dudarlo, podría odiarme a mí y a todo lo que represento.

Entonces dice:

—¿Nos podemos quedar?

Las palabras me dejan en shock, inmóvil, y me descubro a mí mismo desmenuzándolas. *Nos* podemos quedar. *Nos*.

Nosotros.

Me separo de la puerta y la miro con los ojos entornados.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿En la posada?

Asiente.

—¿Solo por esta noche?

En este preciso momento, no podría negarle nada.

—Por supuesto.

Sus ojos se iluminan con alivio, pero no dura demasiado, y entonces frunce el ceño.

—Sé que es una estupidez. Como con la comida. No podemos quedarnos aquí para siempre. Que no estén quemando *esta* posada no significa que no estén quemando otra a unos kilómetros de distancia…

—Milady.

Debe haber percibido la seriedad de mi tono, porque parpadea sorprendida.

—¿Qué?

Me acerco hasta quedar justo frente a ella.

—Por ahora, podemos ayudar a algunos. No a todos, pero a algunos.

Inhala con fuerza mientras le devuelvo sus propias palabras.

—Rhen…

Su voz se apaga y me encuentro deseando que realmente fuera una princesa guerrera de una tierra lejana. Creo que sería una aliada formidable. Ha enfrentado a esos hombres sin miedo. Me enfrenta a mí sin miedo.

Me estiro para colocar ese errante mechón de pelo detrás de su oreja.

—No fue mi intención molestarte antes.

Cuando mis dedos rozan su sien, su respiración se entrecorta un poco, pero ella no se aparta.

—¿Cuál de todas las veces?

Eso me hace sonreír.

—Cuando no hablamos. Al lado del fuego.

—No la vez en que le dijiste a Grey que me matara.

—Jamás le dije semejante cosa a Grey. —Su pelo vuelve a deslizarse y, esta vez, cuando lo empujo hacia atrás a su lugar, dejo que mi mano se quede. Sus labios se separan cuando mis dedos rozan el lóbulo de su oreja.

Pero entonces su mano vuela para sujetar mi muñeca. De pronto está sin aliento y enfadada.

—Sé lo que estás haciendo. Has tenido trescientas mujeres para practicarlo. Detente.

Las palabras me golpean como una docena de flechas que atraviesan mi piel y perforan cada nervio. Me alejo bruscamente y doy media vuelta. Mis puños se cierran con fuerza a mis lados y mi voz se llena de hielo.

—Como digas, milady.

—No podrás engañarme para que me enamore de ti.

La miro con furia.

—Ya lo has dejado muy claro.

—No confío en ti, Rhen.

Cada palabra trae otro disparo de dolor, seguido por un trago de resignación.

—Eso también lo has dejado muy claro.

Abre la puerta.

—Bueno, tú tampoco confías en mí, así que supongo que eso nos deja empatados. No vuelvas a hacer eso. —Y con esas palabras, se va.

Suspiro y me siento al borde de la cama, pasando mis manos por mi pelo. Debería haber dejado que los hombres de Karis Luran me atravesaran. Hubiese sido menos tortuoso.

La he tocado sin pensar. He sido descuidado. Y tiene razón, he tenido más de trescientas mujeres con las que practicar. Debería haberlo sabido.

Pero durante un breve instante, olvidé la maldición. Olvidé que ella no es solo una simple joven que despierta curiosidad con cada palabra que sale de su boca.

Por un breve instante, *recordé*. Recordé lo que era *querer* tocar a una chica, y no como parte de una seducción cuidadosamente planeada para llevar a la joven a romper este maleficio.

Maldita sea. Esto es terrible.

Grey aparece en el umbral de la puerta.

—¿Milord?

—¿Qué?

Se queda en silencio durante un momento.

—¿Puedo servirle en algo?

Sí. Puede acabar con este tormento.

Ese pensamiento parece completamente egoísta ahora. Puede matarme, pero eso no hará nada para salvar a mis súbditos de un ejército invasor. Mi muerte termina con mi sufrimiento. No hace nada por él ni por mi pueblo.

En verdad, mi supervivencia tampoco. La criatura los destruirá con igual facilidad.

Levanto la mirada.

—Lady... la princesa Harper ha pedido que nos quedemos aquí esta noche.

¿Podrías informarle al posadero?

—Lo haré. —No se mueve de la puerta.

Lo observo, deseando otra vez que Harper tuviese un batallón de soldados a su disposición. Desearía, como mínimo, tener una guardia completa para el castillo, para dar la impresión de que tenemos poder de defensa. Algo. Lo que sea.

No tengo nada. Tengo a Grey.

—¿Por qué te quedas? —le pregunto.

—¿Milord?

—¿Por qué no huiste con los otros la primera vez?

No necesita más aclaraciones que esa.

—Hice un juramento. Y cuando lo hice, fue en serio.

Le ofrezco una sonrisa lánguida.

—Estoy seguro de que los otros también lo hicieron en serio, Grey.

—No puedo hablar por ellos. —Hace una pausa—. Pero quizás yo lo tomara aún más en serio.

Quizás ellos no lo hayan tomado tan en serio.

—¿Te arrepientes de tu juramento? —pregunto.

—No.

Su respuesta es rápida, practicada. No se la dejaré tan fácil.

—¿Alguna vez te has arrepentido?

—No.

—Esta es nuestra última estación, Comandante. Debe saber que puede hablar abiertamente sin demasiadas consecuencias.

Duda, lo que es raro en él. Cuando habla, me doy cuenta de que la pausa no era por lo que yo creía. Su voz es baja.

—Hablo abiertamente, milord.

Su lealtad debería inspirarme, pero no lo hace. No he hecho nada para merecerla.

Y descubro que *yo* lamento su juramento.

—Déjame —le digo.

La puerta se cierra silenciosamente. Grey siempre ha sido bueno en seguir órdenes.

Y, por primera vez, desearía que no lo fuera.

Capítulo diecinueve

Harper

Me escondo en los establos.

En un principio intenté unirme a Evalyn y Freya en la cocina, con la esperanza de perderme en su conversación, pero estaban demasiado ocupadas adulándome.

—El poder de su padre debe ser ilimitado, milady. Cuéntenos sobre su vida en la corte.

—Su belleza es infinita. No es de sorprender que haya captado la atención del príncipe. ¿Son los rizos característicos de su pueblo?

—Milady, ¿las mujeres de su tierra suelen ser guerreras? Ha hablado con tanta ferocidad…

Tuve que salir de ahí.

El establo es pequeño. Solo seis compartimentos, un techo bajo y un estrecho pasillo en el medio. El posadero —o Bastian— lo mantiene ordenado, con las cabinas limpias. Heno y sudor llenan el aire, intensificados por el frío y el aroma húmedo de la nieve que se derrite. Daría lo que fuera por ensillar el caballo y salir cabalgando de aquí, pero los hombres armados ahora estarán pendientes de la «Princesa Harper de Dese».

Will sopla aire tibio en mis manos al buscar comida, y después levanta la cabeza para apoyar su nariz en mi cara.

—Te traeré una manzana la próxima vez —susurro—. Lo prometo.

No sé qué acaba de pasar con Rhen.

Quizás estaba abrumada por haber ahuyentado de la posada a esos

hombres. Quizás fueron las discusiones. Quizás me entendió mal. Quizás yo lo entendí mal.

Sé lo rápido que un estafador con talento puede meterse en tu cabeza y convencerte de que su camino es el mejor posible. Vi cómo sucedía con mi padre. Jake y yo estábamos pagando el precio.

Saco el teléfono de mi bolsillo. El reloj dice que son las tres de la tarde en Washington D. C.

El medidor de batería está rojo y no tengo forma de cargarla.

Las emociones se acumulan en mi pecho y hacen un nudo en mi garganta. Apenas he mirado las fotos, pero supongo que dejarlas abiertas consume energía.

Una vez que la batería muera, ya no tendré conexión con ellos.

Sorbo mis lágrimas y el caballo empuja mis dedos otra vez, pasando su nariz aterciopelada sobre una punta del teléfono.

—He aprendido que cuando desapareces, debo revisar los establos, milady.

Giro la cabeza para encontrar a Grey al final del pasillo.

Vuelvo a mirar a Will y deslizo el teléfono en mi bolsillo. Es difícil apartar los pensamientos sobre Jake de mi cabeza, pero en estos establos, escuchando cómo en el exterior cae la nieve derretida desde el techo, me deja con la extraña y desorientadora sensación de que *aquí* es real y *allí* no lo es.

—No soy buena fingiendo —digo en voz baja.

—¿Fingiendo?

—Haciendo creer que soy alguien que no soy.

Camina por el pasillo y se detiene a mi lado.

—No vi que fingieras demasiado, princesa Harper de Dese.

Me sonrojo. El caballo toca mis dedos con sus labios y los saco antes de que los labios se transformen en dientes.

—Cuando pedí que probaras lo en serio que hablaba, no estaba del todo segura de que fueras a hacer algo.

—Eres buena dando órdenes.

—Me sorprendió que me hicieras caso. —Me mira, así que agrego—: A mí, quiero decir. En vez de a Rhen.

No responde nada sobre eso. En su lugar, dice:

—Eres la primera joven que he traído del otro lado que tiene tanta familiaridad con los caballos. ¿Por qué?

—Solía montar mucho. Cuando era pequeña. Mi madre me llevaba… —Mi voz flaquea al mencionarla—. Al principio, era solo una terapia, después de que me operaran para arreglar mi pierna. Pero a medida que fui creciendo, se transformó en una pasión. —Hago una pausa y paso la mano por la mejilla del caballo—. No me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que… hasta que vine aquí.

—Y sin embargo, ¿nada de armas?

Eso me arranca una carcajada.

—No van de la mano allí. —Hago otra pausa—. ¿Cómo aprendiste a lanzar cuchillos así?

—Práctica y repetición.

—¿Tu padre también era guardia?

—No. Mi padre era granjero. —Duda—. Mi madre fue dama de compañía en el castillo y mi tío fue soldado en el Ejército del Rey. Cuando era niño, mi tío me enseñó todo lo que sabía. Siempre aprendí rápido. Se convirtió en un pasatiempo divertido.

—Entonces, ¿creciste queriendo ser un soldado?

Niega con la cabeza.

—Crecí pretendiendo heredar las tierras de labranza. —Una pausa—. Cuando era pequeño, mi padre sufrió una herida grave. Quedó atrapado en una trilladora, y el caballo lo arrastró. No pudo volver a trabajar. No pudo volver a *caminar*. Tenía nueve hermanos y hermanas…

—¡Nueve! —Con razón es bueno con los niños.

Grey asiente. El caballo empuja sus manos con la cabeza y él le dice una palabra suave y acaricia su hocico.

—Ayudé todo lo que pude, pero era un niño tratando de hacer el trabajo de un hombre. Con el tiempo, vendimos una gran parte de nuestras tierras. Mucho de nuestro ganado. Nuestros cultivos sufrieron. *Nosotros* sufrimos. Todos los años, el castillo aceptaba diez guardias nuevos. Como has oído, es una importante señal de favor para la familia. Tenía que renunciar a cualquier conexión con ellos, pero sabía que eso terminaría con su miseria. Cuando cumplí la mayoría de edad, me alisté.

Lo observo, encantada con su historia. Mis ojos recorren sus hombros amplios, sus armas envainadas, la armadura que aún no se ha quitado. Intento imaginarlo en vaqueros y camiseta, lanzando fardos de heno en una carreta.

Fallo completamente.

Me apoyo contra la puerta del compartimento.

—Entonces, debajo del Temible Grey, ¿hay un hombre blandito que es bueno con los niños y los animales?

Sus cejas se alzan ligeramente, apenas un pelo.

—¿Temible Grey?

—Ay, por favor. Sabes que das miedo. —El caballo apoya su cabeza contra mi pecho, así que envuelvo su hocico suavemente con mis brazos—. Así que te uniste a la guardia del castillo y terminaste con el pesado de Rhen.

Eso me vale una mirada de decepción y tardo un momento en descifrar por qué. Suspiro.

—Está bien. Te uniste a la guardia del castillo y ganaste el increíble privilegio de custodiar a Rhen.

—La Guardia Real. Y no al principio. Custodiar a la familia real es realmente un privilegio que hay que ganar. Pasé muchos meses de entrenamiento. —Su voz se vuelve cortante—. Y después, muchos meses haciendo guardia frente a puertas cerradas.

—No le dabas demasiado uso al lanzamiento de cuchillos, ¿eh?

Muestra el indicio más diminuto de una oscura sonrisa.

—Como he dicho, prefiero ser útil.

—¿Puedes enseñarme cómo lanzarlos?

Su sonrisa se desvanece. Aparece una arruga entre sus cejas.

—¿Milady?

Echo una mirada a la posada.

—No quiero entrar. No quiero hablar con Rhen. No quiero irme. Yo solo… —Suelto un sonido de frustración—… también preferiría hacer algo útil.

No dice nada. Sus ojos son oscuros e impenetrables.

Sostengo su mirada y finalmente lo comprendo. Algo dentro de mí se marchita un poco. Pienso en cómo Jake me pedía que me escondiera en el callejón, siempre con una advertencia sobre lo vulnerable que soy. Grey nunca me ha tratado así, y no me gusta la idea de que comience ahora.

—¿Crees que no puedo hacerlo?

—No tengo dudas de que puedes. Solo creo que a Su Alteza no le gustará.

—¡Ah! Bueno, entonces, *vamos, vamos,* o da igual que digáis aquí.

No se mueve.

Si tengo que quedarme quieta en estos establos preocupada por mi madre y mi hermano —por no hablar de la gente en esta posada—, voy a volverme loca.

—¿Por favor? —Entrelazo las manos delante de mí, como solía hacer cuando quería que Jake me acompañara hasta la heladería—. *Porfi*, Temible Grey —bromeo.

Suspira y alza los ojos al cielo; que es lo que Jake haría, y sé que he ganado.

—Como desees —dice.

En mi cabeza, esperaba sentirme feroz y letal.

En la realidad, apenas puedo conseguir que un cuchillo se clave en el suelo.

Más de la mitad de mis lanzamientos acaban con el cuchillo rebotando o

resbalando en el aguanieve. El resto apenas se sostienen y después se caen. Me siento una idiota.

Quisiera poder echarle la culpa al suelo congelado. Pero cuando me enseñó, sus cuchillas penetraron la nieve sin dificultad y se clavaron en el césped blando que hay debajo.

El sudor se ha acumulado entre mis omóplatos y estoy lista para quitarme la capa pese al aire fresco. Me duele el brazo derecho hasta el hombro. Los cuchillos son más pesados de lo que parecían. Solo hemos estado haciendo esto durante veinte minutos, pero no estaba preparada para el esfuerzo físico.

Echo una mirada a Grey.

—¿Estás seguro de que no debería estar lanzándolos a una tabla de madera o algo por el estilo?

Se inclina contra el lado lejano del establo, hacia la izquierda.

—¿Preferirías ver cómo los cuchillos rebotan contra otra cosa, milady?

Ja ja. Frunzo el ceño y flexiono la muñeca para masajear los músculos y los tendones.

—No tenía ni idea de que esto sería tan difícil.

—Una vez que puedes clavar un cuchillo en el suelo, puedes clavarlo en cualquier blanco. —Señala la cuchilla que me queda en la mano—. Prueba otra vez.

Mis dedos se deslizan a través de la marca curva en la empuñadura de la daga, que tiene incrustaciones de plata y está estampada con el mismo emblema del león y la rosa que decora todo lo demás. Pese a su poder letal, las armas son preciosas, con rasgos de gran artesanía. Es tan distinto a mi vida en D. C., donde todo parece desechable… hasta la gente.

—¿Sabes qué es lo peor de esta maldición? Quien sea que la conjurara, destrozó a muchísima gente que no hizo nada malo. —Apoyo el pulgar contra el filo y aprieto con suficiente fuerza para sentir el corte sin llegar al pinchazo —. Yo no he pasado la noche con la mujer equivocada.

—Tampoco yo.

Me detengo ante la respuesta y lo miro.

—¿Cómo acabaste atrapado en esto?

En realidad, no espero que me responda, pero lo hace:

—Hice lo mejor que pude para defender al príncipe. Fallé. —Una pausa—. Así que quizás deberías quitarme de la lista de personas que no hicieron nada malo.

—¿Por qué lo defiendes si hizo que quedaras atrapado por la maldición?

—Juré defender la corona con mi vida. Ser parte de algo más grande que yo.

Espero que diga algo más, pero cuando no lo hace, me doy cuenta de que la realidad es así de simple para él.

—Tienes mucha más fe en él que yo.

—Tengo fe en ti también, milady. Clava el cuchillo en el suelo.

Aprieto los dientes y muevo el brazo hacia atrás, mientras pienso en todo lo que me dijo sobre la sujeción y el lanzamiento y el momento justo para soltar, y luego disparo el brazo hacia adelante para dejar que el cuchillo vuele.

Resbala en el lodo y da una vuelta.

Suspiro.

Me muevo para recoger los cuchillos del suelo, pero Grey se me adelanta. Los limpia con un trapo que le hemos pedido a Evalyn.

—Afloja la sujeción. Solo suelta el cuchillo y deja que termine el movimiento por ti.

—¿Me lo enseñarías otra vez?

Asiente. Su cuchillo se inserta derecho en el suelo. Sin esfuerzo.

Grey da media vuelta y me entrega las otras dos cuchillas.

Sujeto una. Mis dedos envuelven la empuñadura y echo el brazo hacia atrás.

Grey agarra mi muñeca.

—Relájate. Tu mano es la guía. La cuchilla es el arma. ¿Entiendes?

—¿Quizás?

Se pone detrás de mí, coloca su mano sobre la mía y mueve mis dedos para que imiten los suyos. Su mano izquierda se cierra sobre mi hombro y me sostiene en el lugar.

—Relaja la sujeción —dice.

Trago saliva. No está contra mi espalda, pero está lo bastante cerca como para que con una respiración profunda mi cuerpo lo roce. Toda la extensión de mi brazo descansa sobre el suyo, desde el cuero abrochado alrededor de su antebrazo al poderoso músculo de su bíceps.

—Más relajado —dice.

Obligo a mis dedos a aflojarse, hasta el punto en que temo que el cuchillo caiga.

—Así —dice—. Ahora respira.

Respiro hondo. Mi espalda roza su armadura.

Me suelta. Da un paso atrás.

—Lanza.

Lanzo. Mi brazo parece más veloz de alguna manera. El cuchillo sale *volando*.

Entonces se clava derecho en el suelo con un sonoro *chas*.

Arrojo los brazos hacia arriba, celebrándolo, e ignoro el hecho de que mi cuchillo ha aterrizado al menos tres metros más cerca que el que Grey usó para la demostración.

—¡Lo he conseguido!

Sostiene la otra chuchilla.

—Hazlo otra vez. —Pero se ve complacido.

Sujeto la otra e intento recrear la misma sujeción.

—Esto es muy extraño. Ayer quería matarte.

—Es cierto. Eso me da esperanzas.

—¿Por qué?

—Si has llegado a confiar en mí, significa que puedes llegar a confiar en él.

Pienso en los dedos de Rhen acariciando mi sien. Un calor comienza a trepar por mi cuello, contra mi voluntad.

—No lo creo.

—¿No hubieses dicho lo mismo sobre mí?

Está bien, quizás tenga algo de razón.

Llevo la mano hacia atrás otra vez. Este lanzamiento rebota contra el suelo y suspiro.

—Espero no tener que defenderme de esta forma.

Recoge las armas y las limpia.

—Si necesitas defenderte, no arrojes tus cuchillos. Nunca armes a tu adversario.

—¿Qué hubieses hecho si no le dabas a la pierna de ese sujeto?

Grey me lanza una mirada y alza un cuchillo, lo hace girar en su mano y lo lanza con fuerza. Los otros dos le siguen en rápida sucesión. Los tres se clavan en el suelo, cada uno aterriza a centímetros de diferencia. *Chas. Chas. Chas.*

Vaya. Mis ojos se abren por completo y lo miran.

—Ahora me pregunto por qué no los atravesaste a todos, Temible Grey.

Sonríe. Probablemente la primera sonrisa real que he visto en él. La expresión elimina todo rastro de tensión de sus ojos.

—Alguien tenía que sacarlos de la posada, milady.

Esto me recuerda a la mañana anterior, en el cuarto de Arabella, cuando me enseñó cómo sostener la daga. Me pregunto si así era antes de la maldición. Más alegre. Menos preocupado.

En cuanto lo pienso, me pregunto cómo era Rhen antes de la maldición.

Grey busca los cuchillos y los limpia.

—¿Así fue como ganaste tu puesto? —pregunto—. ¿Lanzando cuchillos?

—Un solo talento no le da un puesto en la Guardia Real a nadie. Se puede aprender a esgrimir armas. La técnica puede perfeccionarse. Pero para servir a

la familia real, uno debe estar dispuesto a dar la vida por otros. Eso es lo que se debe probar.

—¿Crees que merece la pena?

Sus cejas se alzan.

—¿Merecer la pena?

—Proteger a Rhen. Sé que hiciste un juramento. ¿Crees que merece el sacrificio?

Duda. La sonrisa despreocupada se ha desvanecido. Me ofrece los cuchillos.

—El tiempo lo dirá.

Capítulo veinte

Rhen

Estoy frente a la ventana, apenas detrás de la cortina traslúcida, y observo el exterior. Mi capa y armadura se posan abandonadas en la mesa junto a la puerta, y una brisa fresca me muerde la piel. La ignoro. De hecho, la disfruto. Después de tantas estaciones de clima templado, el frío no deja de ser una novedad.

La ventana abierta me permite escuchar.

No oigo cada palabra, pero escucho lo suficiente.

«Proteger a Rhen. ¿Crees que merece el sacrificio?».

«El tiempo lo dirá».

—Príncipe Rhen. —La vos de Lilith, ligera y casi burlona, habla a mi lado—. ¿Qué está ocurriendo en el exterior que te tiene tan cautivado?

No debería sorprenderme que me haya seguido hasta aquí, que eligiera este preciso momento, cuando mis oportunidades de éxito parecen más desoladoras que nunca.

Tengo poca paciencia para ella. Como le dije a Grey, esta es nuestra última estación y eso invita a la osadía.

Por otro lado, hablar abiertamente con Lilith probablemente acarree muchas más consecuencias que cuando Grey habla abiertamente conmigo. Desearía no haberme quitado la armadura.

No me muevo de la ventana.

—Observa tú misma.

Se mueve para detenerse junto a mí. Huele a elegancia, a algo exótico y

seductor. Un aroma hecho para llamar la atención. Me dejé engañar por él una vez.

Une las manos.

—Una lección sobre armas. Qué adorable por parte de Grey querer enseñarle.

Mis mandíbulas están apretadas. No necesita provocarme. Mis propios pensamientos lo están haciendo bien por su cuenta. Me pregunto si Gray se ofreció a enseñarle a Harper cómo lanzar, o si ella se lo pidió.

Las palabras de esta mañana me persiguen todavía. «Milord, no hice nada. Solo me senté y le pregunté».

Quiero cerrar la ventana de un golpe.

—¡Ah, mira! —Lilith da un aplauso, encantada—. Tu chica está mejorando. El Comandante Grey debe ser un gran maestro.

Eso no ha escapado de mi atención. Harper parece haber encontrado la *técnica* necesaria, porque ahora acierta más veces de las que falla. Grey parece complacido. Harper parece complacida.

Yo no estoy complacido.

—¡Ay! Acabo de tener la idea más maravillosa, Su Alteza. —Lilith finge asombro—. Si no puedes ganar su amor, quizás puedas darle un puesto en la Guardia Real. Carece de experiencia, pero el Comandante Grey parece capaz de entrenarla. —Lilith lleva un dedo a su boca—. Pero me había olvidado. Al final de esta estación, quizás ya no haya una Guardia Real. Ay. Qué inquietante.

—¿Estás aquí con algún propósito, Lady Lilith?

—Me intriga que desperdicies tu última estación en esta pequeña posada cuando tienes un palacio entero a tu disposición.

Tengo un palacio entero donde estoy obligado a escuchar la misma música una y otra vez, a mirar las mismas sombras trepar por las paredes, a oler y a saborear la misma comida.

Puede que esta posada sea pequeña y simple, pero en este momento la prefiero muchas veces más que a Ironrose.

Lilith pasa un dedo a lo largo del alféizar. No hay suciedad que se aferre a su piel.

—Debo decir que el posadero hace un excelente trabajo de limpieza en las habitaciones.

—Le haré llegar tus comentarios, milady.

—Veo que estás amargado. —Lanza un suspiro de decepción—. No es de sorprender que busque la compañía de tu guardia.

—No, no es de sorprender —concuerdo.

Lilith no agrega nada ante eso, y nos quedamos parados, en silencio, durante un rato.

Harper realmente ha mejorado. Acierta tres lanzamientos seguidos.

—Su Alteza —dice Lilith por lo bajo, inclinada hacia mí, con voz conspiratoria—. ¿Qué piensas hacer sobre los terribles rumores de una invasión desde el norte?

Mi hombros se tensionan.

—Sabes cómo pueden ser los rumores. Es muy difícil diferenciarlos de los hechos.

—Es verdad, es verdad. —Suspira—. Aunque creo que sí es un hecho que tus soldados apostados en el paso de montaña fueron destripados meses atrás. Sabes lo que el calor hace con los cadáveres... pero debo decir que los soldados de Syhl Shallow detestan desperdiciar cualquier tipo de carne, así que le dieron rápido uso...

Giro para mirarla.

—¿Estás detrás de esto?

—¿Yo? —Ríe—. No. ¿Por qué lo estaría? Cuando caen soldados, su rey debe enviar refuerzos. Si el rey no lo hace... ¿quién podría culpar a una fuerza rival por explotar semejante debilidad?

La verdadera tragedia aquí es que tiene razón. Supongo que debería considerar que tengo suerte de no estar recibiendo ataques de todos lados.

Pero, por otra parte, quizás así sea.

—¿En serio me odias tanto —le pregunto— que encuentras entretenida la destrucción de mi reino?

Me mira de arriba abajo, y todo rasgo burlón se desvanece de su cara.

—Príncipe Rhen, ¿eso crees? —Se estira y pone una mano sobre mi mejilla—. Yo quería que me *quisieras*. Podríamos haber hecho una pareja formidable.

Hace tiempo, mi pueblo temía las medidas que mi padre pudiera levantar en su contra. No puedo imaginármelo sometido a la violencia frívola que Lilith parece disfrutar.

—Estoy seguro de que serías más feliz con alguien de tu propia clase. —Suspiro con melancolía—. Es una pena que estén todos muertos.

Quita su mano bruscamente de mi cara.

—Buscas hacerme daño.

Si tan solo pudiera. Hablo con voz apagada.

—Perdóname.

—Tus palabras son inútiles, de todas formas. No soy la única que queda de mi clase.

Giro la cabeza y la miro. Ríe.

—¿Crees que puedes encontrar a quien queda? ¿Que de alguna manera te liberará de mi maldición?

Antes de que ese pensamiento se arraigue en mi mente, suspira.

—No he logrado encontrar a quien sea que quede, así que tú no tienes oportunidades de hacerlo. —Flexiona la mano en el aire, frente a ella—. Pero puedo sentir la red de magia. No termina en mí.

En algún lugar de Emberfall, otro forjador de magia puede estar agazapado, esperando la oportunidad de vengarse de mi familia. Deberá ponerse en la cola... si queda algo de mí.

—Me decepcionas —dice Lilith—. Nunca creí que dejarías que esta maldición durase tanto.

No puedo discutírselo. Estoy decepcionado de mí mismo.

—No puedo esperar a ver cómo se manifiesta el monstruo en esta estación —comenta—. Quizás te mantenga encadenado y te ponga en exposición para que te vean mis enemigos.

Un repentino escalofrío repta por mi columna. Este es un final que no había considerado.

—¿Te gustaría —pregunta, acercándose otra vez—, ser mío por toda la eternidad, príncipe Rhen?

—No —respondo—, no me gustaría. —Tengo muy poca conciencia de mí mismo una vez que la transformación se apodera de mí, pero solo pensar en estar a su merced resulta casi demoledor.

Suspira.

—Solías ser divertido. Para ser honesta, últimamente venir a visitarte parece como un deber.

—No me ofendería si dejaras de hacerlo.

Ríe un poco. Suena como si alguien estuviese aplastando trozos de cristal con el pie.

—Hasta luego, Su Alteza. —Me ofrece una profunda reverencia y desaparece.

Frunzo el ceño y vuelvo a la ventana. Ahora Harper acierta cada lanzamiento. Grey es un buen maestro.

Eso me da una idea.

Mis botas crujen contra el aguanieve cuando cruzo el patio de la posada hacia el establo. Las burlas de Lilith hacen eco en mi cabeza.

Grey me ve primero y se endereza. Su expresión no revela nada… pero nunca lo hace.

—Milord.

Le echo una mirada.

—Comandante.

Harper da media vuelta, aún con dos cuchillos en la mano. Sus ojos me atraviesan.

—Creo estoy lista para un blanco, Grey.

Claramente, sigue ofendida.

Con mi humor en este momento, este será un combate igualado.

—¿Cree que tengo razones para preocuparme, milady?

Su expresión se oscurece.

—Quédate quieto. Veamos. —Entonces mueve la mano hacia atrás.

Grey le sujeta la muñeca. Parece enfadado.

Los ojos de Harper están fijos en los míos. El enfado es evidente, pero está mezclado con dolor, lo que dice mucho.

—Suéltala. —Sostengo su mirada—. No me lanzará un cuchillo.

Grey obedece. Harper baja el brazo.

Sé cuándo alguien está fingiendo.

Frunce el ceño y une las empuñaduras de los cuchillos en su mano.

—¿Has venido aquí fuera solo para insultarme?

—No —respondo.

—Ah, entonces le ordenarás a Grey que haga algo tonto para que deje de hablarme. Ya veo.

Bueno, *ahora* no lo haré. Considero los comentarios que Grey me hizo sobre cómo juego a las cartas, y me pregunto si he estado observando este momento de la forma equivocada.

—No, milady. ¿Puedo unirme a vosotros?

Vacila, sorprendida. Sin embargo, se recupera rápidamente y me extiende los dos cuchillos que tiene en la mano. Algo de enfado y de dolor se ha fugado de su semblante.

—Seguro. Ten.

Ahora yo estoy sorprendido. Y complacido.

Pero entonces agrega:

—Siento que mi brazo está a punto de salirse. Voy a entrar. ¿Puedo usar la habitación durante un rato?

Hay una parte de mí que quiere exigirle que se quede. Esa parte de mí parece pequeña y celosa, y no me gusta.

Tengo que obligarme a asentir.

—Por supuesto.

Se vuelve hacia Grey y le sonríe.

—Gracias por la lección, Temible Grey.

Él no dice nada. Grey no es ningún tonto.

Entonces, sin mirar atrás, da media vuelta y va caminando hasta la posada, su pie izquierdo se arrastra por el aguanieve.

Cada palabra que quiero decir parece mezquina.

El silencio se llena con expectante tensión. Recuerdo esta tensión de antes, cuando mis guardias anticipaban una reprimenda —o algo peor—.

Pienso en la forma en que mi niñera habló una vez sobre mi padre y me pregunto qué habrán dicho mis guardias sobre mí.

No debe haber sido nada bueno. Eso lo sé.

—Comandante —digo.

—Milord. —Su voz no revela nada, pero espera que le dé una orden para hacer algo extenuante o tortuoso. Me doy cuenta de eso.

—Teniendo en cuenta lo que hemos visto, si tuvieses que reunir un contingente de guardias, ¿cuántos necesitarías? —Le extiendo los cuchillos de lanzar que Harper me entregó.

Grey frunce el ceño mientras los guarda en sus brazaletes, como intentando encontrar la dirección de esta pregunta.

—¿Con qué propósito?

—Para que yo pueda caminar entre la gente. Para dar a conocer mi presencia. —Hago una pausa—. Y también la de Harper.

No dice nada. Cree que es una trampa.

—¿Tienes un número o no?

—Lo tengo. Cuarenta y ocho.

—¡Cuarenta y ocho!

—Su guardia personal consistía, en una época, en la mitad de eso, sin incluir a los guardias del castillo. —Su tono oscila entre la frustración y la curiosidad —. Uno debe tener en cuenta el tiempo para entrenamiento y los simulacros, así como los turnos para asegurar la vigilancia...

—Está bien. —Levanto una mano—. ¿Podrías encontrar y entrenar a cuarenta y ocho guardias nuevos antes de que la transformación se apodere de mí?

—Supongamos que son... ¿qué? ¿Seis semanas? ¿Siete? Si tuviésemos un ejército y pudiera elegir entre guerreros habilidosos, quizás. ¿Así como están las cosas? Lo dudo. —Hace una pausa—. ¿Por qué?

—¿Cuántos crees que *podrías* encontrar y entrenar?

—Si desea ordenarme que me mantenga lejos de Lady Harper, no es necesario que cree distracciones...

—No estoy haciendo eso. ¿Cuántos?

—No tengo ni idea. —Su expresión se vuelve escéptica—. He estado confinado al palacio con usted. No tengo percepción alguna del estado de la gente más allá de los pocos que nos hemos cruzado. —Levanta una mano para señalar la posada—. ¿Quiere que aliste a los niños? Quizás el bebé demuestre talento para la espada.

Lo encuentro con una mirada.

—Cuida el tono, Comandante. Busco tu consejo, no tu menosprecio.

—Si busca mi consejo, entonces debo entender qué desea conseguir.

—Esos hombres dieron por sentado que yo estaba muerto. La gente cree que la familia real la ha abandonado. Quiero caminar entre mi pueblo y enseñarle que sigo vivo, que este aún es mi reino.

—Pero... ¿con qué propósito? Su obligación es con Harper...

—No. Mi obligación es con el pueblo de Emberfall. —Doy un paso adelante

—. Y tu obligación es *conmigo*.

No retrocede.

—Como siempre.

El viento silba entre nosotros y reprimo un escalofrío.

—¿Podrías hacerlo o no?

—Incluso si encontrara individuos dispuestos a servir, algo que dudo, dado lo que hemos escuchado; e incluso si redujésemos ese número a la *mitad*, no hay forma de que pudieran proveer ninguna clase de defensa cohesionada en cuestión de semanas.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón.

—¿Y si no nos preocupáramos por la defensa?

Frunce el ceño.

—Discúlpeme, pero…

—¿Y si la fingimos?

Grey me mira como si yo hubiese perdido completamente la razón. Puede que no esté tan equivocado.

—Entonces, para ser claros, desea que reclute individuos para la Guardia Real, los vista con armas y uniformes y… ¿qué? ¿Les permita acompañarlo, tras un mínimo de entrenamiento, mientras camina entre las masas?

—¡Sí! Exactamente.

Sus ojos se entornan.

—¿Y esto no es una distracción?

—Comandante, ¿tengo la *necesidad* de crear una distracción?

Grey no aparta la mirada.

—No. —Hace una pausa—. Entonces, ¿tiene un plan?

Tengo la sombra de un plan. El mínimo destello de un plan.

—Sí. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes crear la impresión de una guardia en funcionamiento?

—Supongo que sí. —Sus palabras son cautelosas—. ¿Qué pasa si realmente

está en peligro?

Me imagino cabalgando a las ciudades más pobladas, a la gente reunida. No he hecho una cosa así en años. El pueblo de Emberfall está hambriento y desesperado. La sola idea es casi una locura. Un suicidio.

Pero ¿qué diferencia hay? No tengo nada que perder.

—Para eso te tengo a ti.

Parece desconcertado.

Palmeo su hombro antes de dirigirme hacia la posada.

—¿No dijiste que preferías sentirte útil?

Capítulo veintiuno

Harper

Coale y Evalyn están discutiendo.

Mis manos y mi cara están heladas después de pasar en el frío la mayor parte de la tarde, pero escuchar una discusión sobre cómo atender a huéspedes de la realeza me convence de escabullirme por las escaleras.

La habitación está congelada pese a las llamas crepitantes en el hogar. Cuando voy a revisar la ventana, está cerrada, pero abajo, en el patio, Rhen y Grey están enfrascados en una tensa conversación.

«Creo que a Su Alteza no le gustará».

Bueno, eso ha sido evidente.

Suspiro y cierro las cortinas. Después me dirijo a un lado de la cama y me siento. Froto mis manos contra mis muslos, en un intento por calentarlas. Las gruesas costuras a mano en los pantalones de montar de piel de ante raspan mis nudillos. Me pregunto cómo es posible que solo haya pasado un día y medio desde que estoy aquí.

Ese momento en el establo en el que sentí que *esto* era real y *casa* pareció un sueño se ha intensificado, como una rara clase de vértigo. O quizás es al revés. Quizás todo esto aún parece como un sueño, y todavía no he entrado en pánico porque solo estoy esperando despertar.

Me pellizco.

Esto no es un sueño.

Cierro los ojos y abrazo mi cuerpo, pensando en mi madre. Cuando era pequeña, solía decirme que todos tenemos una chispa en nuestro interior, y

que nuestras chispas pueden encontrarse unas a otras sin importar dónde estemos. Eso me reconfortaba mucho cuando era una niña.

Me reconforta ahora. Nunca le pregunté qué pasaría con su chispa si ella muere.

Cuando muera.

Tengo que apoyar una mano en mi pecho y contener la respiración.

No, necesito respirar. Aspiro una bocanada de aire en busca de oxígeno e intento llorar sin hacer ruido.

Pero entonces pasa. Puedo respirar. Puedo sobrevivir.

No sé cuánto tiempo podrá hacerlo mi madre. Una estación son tres meses.

Saco el teléfono de mi bolsillo. La batería indica que queda un seis por ciento. Voy al álbum de fotos otra vez. Mi madre. Jake. Noah. Yo. Repetir.

El teléfono me muestra una advertencia: BATERÍA BAJA - 5% RESTANTE. Es inútil. ¿Qué significa eso? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Uno?

Siento una picazón en la cara y me limpio las mejillas con las manos. Me sorprende encontrar que las yemas de mis dedos se mojan. Recuerdo haber leído un artículo sobre la psicología de las sendas peatonales, sobre cómo agregar una cuenta atrás hace que sea menos estresante para los conductores porque saben cuánto tienen que esperar en un semáforo. Es mejor *saber* cuánto tienes que sufrir que en vez de solo *esperar*.

El artículo tenía razón.

También me hace pensar en Rhen, la extensión indefinida de esta maldición. Es una especie de milagro que no lo haya roto.

No dejo de pasar las fotos.

Cuatro por ciento.

Voy a los mensajes de Jake. Nada ha cambiado. Están todos allí. Leo hasta donde se cargan los mensajes con Noah y con mi madre, pero no son demasiados. La pantalla se desplaza unas doce horas y después me muestra la rueda de carga. Con mi madre, puedo imaginar su voz. Con Noah, solo siento

curiosidad, pero los mensajes no me dan demasiado contexto. Menciona que tiene el turno nocturno, pero eso podría significar muchas cosas.

Por primera vez, hago clic sobre los mensajes de Lawrence.

LN: Si no lo tiene, encárgate de él
Jake: Eso haré
LN: No quiero excusas
Jake: Ya lo sé
LN: Lo harás o nos desquitaremos con tu hermana
Jake: Lo haré

Mi corazón se convierte en hielo. «Lo haré».

No quiero suponer nada. No necesito suponer nada. Sé lo que han intentado hacerle hacer.

—No, Jake —susurro. Mi dulce hermano.

El temporizador ha llegado a cero. No llegó a salir.

«Nos desquitaremos con tu hermana».

Si logró salir, no estuve ahí. Debe haberse vuelto loco buscándome.

Si no logró salir…

Presiono un brazo contra mi abdomen y uso la otra mano para cubrir mi cara. Ya no puedo contener las lágrimas. Mis hombros se sacuden con fuerza. Estoy llorando abiertamente.

El teléfono vibra. APAGANDO.

—¡No! —grito. Presionando el botón con fuerza. La pantalla se oscurece de todas formas.

La puerta de la habitación se abre de golpe. Grey está en el umbral. Sus ojos buscan una amenaza.

—¿Milady?

Aspiro una bocanada de aire y presiono el teléfono contra mi pecho. Mi corazón late con tanta fuerza que casi no puedo respirar. Tanto tiemblan mis

manos que apenas logro sujetarlo.

Ni siquiera sé por qué. Ya no es nada. Un bloque de cristal y plástico y circuitos.

—Milady. —La voz de Grey es muy suave y viene justo de enfrente de mí. Está inclinado sobre una rodilla—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha muerto.

—¿El aparato? —Puedo escuchar la confusión en su voz—. Pero no funcionan aquí…

—Lo sé. —Sorbo por la nariz—. Lo sé. Pero había fotos. Mi mi madre… mi hermano… es todo lo que tenía.

No sé si lo comprende, pero dice:

—¿Debería llamar a…?

—No. —Casi me atraganto con mis lágrimas. No puedo soportar el solo pensar en tener que encarar la tranquilidad arrogante de Rhen cuando me estoy deshaciendo por la desesperación—. Por favor.

Se queda un momento en silencio, durante el cual mis lágrimas suenan con fuerza.

—¿Tienes una forma de ver tu mundo? —pregunta finalmente.

—No. Quizás. De alguna forma. —Arrastro una mano sobre mis ojos—. Ya no. Solo… solo eran fotos. Pero se ha apagado. No sé si están bien. No saben si estoy bien.

—Tu hermano. Tu madre.

—Mi hermano estaba en problemas. Antes… antes de que me llevaras. Yo lo vigilaba. Y mi madre está enferma… podría estar muerta…

Rhen aparece en la puerta. Observo cómo registra nuestras posiciones en relación al uno con el otro.

Genial. Como si esto fuera lo que necesito en este momento. Lo miro con furia.

—Vete. Tú has causado todo esto.

Grey se pone de pie. Da media vuelta.

—Milord. ¿Puedo hablar una palabra con usted?

—Quisiera más de una.

Grey atraviesa la puerta y la cierra detrás de sí.

Me siento en el borde de la cama y escucho mi respiración. Apoyo el teléfono inservible.

Cuento hasta diez. Veinte. A los cincuenta, mi cerebro comienza a funcionar otra vez.

A los cien, estoy enfadada.

Miro el tramo de ventana visible entre las cortinas. El cielo ha pasado de azul intenso a nublado con manchas rojas. El atardecer.

Me pongo de pie y camino hasta la puerta. La abro de golpe.

Rhen y Grey se encuentran en el pasillo.

Esta vez, los ojos de Rhen están llenos de empatía. Manufacturada, sin duda. Se endereza y se pone delante de mí.

—Milady… yo no…

Lanzo la mano hacia atrás para tomar impulso y lo abofeteo con tanta fuerza como puedo.

No lo ve venir. El golpe lanza su cabeza hacia un lado.

No espero la reacción. Me escabullo de nuevo en la habitación y cierro la puerta en su cara.

Y después, giro la cerradura.

Capítulo veintidós

Rhen

Ninguna mujer se había atrevido a darme una bofetada. Jamás. Mi mandíbula arde como una quemadura que necesita un bálsamo.

Quiero tirar abajo esta puerta y desafiarla, pero no dejo de ver sus mejillas llenas de lágrimas, la emoción descarnada en sus ojos.

Incluso ahora, si escucho con atención, puedo escuchar su llanto al otro lado de la puerta.

Su madre está agonizando. Su hermano está en problemas.

Me siento como un idiota.

El posadero aparece al pie de las escaleras.

—¿Su Alteza? —pregunta, titubeante—. ¿Va todo bien?

—Sí —respondo, mis palabras son cortantes—. Déjenos. —No aparto la mirada de la puerta. Seguramente hablarán sobre lo que sea que hayan escuchado, pero no alimentaré ese cotilleo con una mejilla enrojecida.

El hombre me ofrece una reverencia y se va.

A mi derecha, Grey está inmóvil. Tampoco puedo mirarlo a los ojos. Nunca me he sentido tan impotente.

Estiro la mano y pruebo el picaporte, pero ha cerrado con llave.

Debe haber escuchado mi intento por abrir, porque grita:

—¡Vete!

No tengo ni idea de cómo resolver esto.

Grey desabrocha un saco que lleva colgado en el cinturón y saca su mazo de cartas. Sin decir palabra, me lo ofrece. Su intención es clara.

—Tengo más posibilidades de conseguir que esta puerta juegue conmigo, Grey.

—Puede preguntar.

Suspiro, pero me estiro y sujeto el mazo.

—Ve. —Señalo la escalera con la cabeza—. Cena con ellos. Trata de ver si consigues más información sobre Karis Luran.

Obedece y me deja solo con el silencio opresivo del pasillo.

El silencio no resolverá nada. Levanto una mano y golpeo con suavidad.

No responde.

Abro la palma de la mano sobre la madera y me acerco. La presencia de Grey evitará que intenten escuchar, pero de todas formas mantengo mi voz baja.

—Milady.

Nada.

—No hay espaldera al otro lado de tu ventana —comento—. Por favor, dime que no estás bajando por la chimenea.

—Vete, Rhen.

Habla desde justo el otro lado de la puerta. Mi corazón se revuelve al sentirla tan cerca.

—Quisiera hablar contigo —digo.

—Que quieras algo no significa que lo vayas a conseguir. La mayoría de la gente aprende eso antes de los seis años.

—Claramente, la mayoría de los príncipes no. —Mantengo la voz suave, con la esperanza de que me abra.

No lo hace.

Suspiro. Hago girar las cartas sobre mis dedos.

—Supongo que no quieres jugar a Rescate del Rey, ¿no?

Se queda callada durante un largo rato. Cuando finalmente habla, es con voz baja y llena de dolor, contra la puerta.

—¿Tienes idea de lo que me has hecho? —Sorbe por la nariz, lo que me hace

pensar que está llorando otra vez—. ¿De lo que le has hecho a mi familia?

—No —respondo—. No lo sé.

Silencio otra vez, pero este parece tener una cualidad reflexiva.

—Mi madre tiene cáncer —finalmente suelta—. Se está muriendo. Los médicos le dieron seis meses de vida, hace nueve meses. Sus pulmones están llenos de tumores. Ella dice que cada día es un regalo, pero en realidad, cada día es una tortura. Apenas puede respirar. Mi hermano y yo somos los únicos que la cuidamos.

Harper siente esto como una tortura. Lo puedo escuchar en cada sílaba que pronuncia. Vuelve a sorber por la nariz.

—Cuando éramos pequeños estábamos bien, pero después enfermó y nos quedamos sin dinero. Mi padre se involucró con gente mala que le dio préstamos, y no sé cómo pensó que íbamos a devolverlo, pero se fue. Y mi hermano... —Su voz se quiebra—. Si estuviera allí, podría ayudarlos. Podría estar con mi madre. Podría estar con mi hermano. Me necesitan. ¿Puedes entenderlo? ¿Puedes entender que me necesitan? ¿*Puedes*?

Presiono la frente contra la puerta. Su dolor me llega a través de la madera y hace que mi propio pecho se oprima y se desentierren recuerdos de mi propia familia.

—Sí, puedo.

—¡No! —Su voz es feroz, ira pura—. ¡No puedes!

—Puedo —digo con suavidad.

—¿Cómo?

—Porque *yo* te necesito.

Silencio otra vez. Parece extenderse por siempre. Hasta que creo que ha perdido toda fe en mí y se ha alejado de la puerta. De todas maneras, hablo:

—Cuando comenzó la maldición —le cuento—, creí que sería fácil deshacerla. —Dudo. Una conocida sensación de vergüenza se ha anudado a mi garganta y se ciñe con fuerza—. Pero después... la criatura destruyó a mi familia. —Trago.

Me resulta mucho más fácil pensar en el monstruo como algo separado. Algo que tengo una oportunidad de detener—. Yo había sido tan caballero... y los destrozó sin pensarlo. No tuve oportunidad... yo no puedo... no puedo revivirlos. No puedo deshacer nada de todo eso.

Mi respiración se ha vuelto agitada. No tengo recuerdo alguno de sus muertes, solo de sus cadáveres desmembrados y esparcidos por el Gran Salón. De la forma en que los encontré cuando volví a ser yo mismo, una hora antes del reinicio de la estación. La forma en que me encontré a mí mismo, cubierto de su sangre.

Y entonces la estación comenzó otra vez y ya no había nada. Todo había desaparecido. El castillo regresa a ese primer día, pero salvo Grey y yo, los muertos permanecen muertos.

Desde entonces he bloqueado toda emoción sobre mi propia destrucción, pero se acumula calor en mi garganta y da peso a mis palabras.

—Para el final de la segunda estación, la criatura se desquitó con mi pueblo. Para la tercera... Milady, por favor... por favor, tienes que saber que no tuve intención de hacerte daño. No tuve la intención de hacerle daño a tu familia. He intentado todo lo que he podido pensar para romper esta maldición. He intentado destruirme a mí mismo. Lo desharía todo si pudiera. Lo prometo.

Silencio. De nuevo.

No tengo nada más para ofrecerle. Nada más que esta verdad.

La cerradura gira. La puerta se abre. Estamos frente a frente. Sus mejillas están enrojecidas y sus ojos, mojados.

Mis propias lágrimas no parecen demasiado lejos.

Me observa.

—Nunca sé cuándo confiar en ti. Todo lo que has dicho suena calculado.

Herido, retrocedo un paso.

—Hasta que has dicho todo esto.

Y entonces, porque el destino parece dispuesto a sorprenderme esta

estación, da un paso adelante, presiona su rostro contra mi pecho y envuelve mi cintura con sus brazos.

Estoy tan desorientado que no puedo moverme. Podría desenvainar mis armas y apuñalarme. Eso me dejaría menos perplejo.

—Siento mucho lo de tu familia —dice.

—Siento lo de la tuya, milady. —Mi voz suena hueca, incluso a mis oídos. Estoy helado, quieto sin saber bien qué hacer con mis brazos.

Levanta la cabeza para mirarme. No estoy seguro de qué encuentra en mi cara, pero da un paso atrás.

En su expresión hay una mezcla de diversión y perplejidad.

—¿Qué pasa? ¿Es que nadie te había dado un abrazo?

Me siento desequilibrado.

—No... no en los últimos tiempos.

—También te creo esto. —Baja la vista a mis manos—. En serio tienes cartas.

—Así es.

Empuja un mechón de pelo suelto detrás de su oreja.

—Podemos jugar. Ven.

Nos sentamos junto al fuego. Las cartas giran en mis dedos mientras mezclo. Doy gracias de tener algo que hacer con las manos. No tengo ni idea de cómo seguir.

Reparto con rapidez. Dejo el resto de las cartas sobre la mesa y pongo una boca arriba. Tengo dos príncipes, lo que significa que puedo robar sus reyes, pero jamás los uso al comienzo. Normalmente, observaría sus movimientos para intentar determinar qué cartas tiene, pero mi mente está atrapada en el momento en que sus brazos envolvieron mi cintura.

Silenciosamente, apoya una carta en el montón. A nuestro lado, el fuego restalla.

Apoyo un cinco de piedras. Ella, un cinco de espadas.

Jugamos en silencio, elegimos cartas cuando lo necesitamos.

Me dejo llevar por el ritmo del juego. Lilith comentó que esta posada era poca cosa, pero me gusta la intimidad que brinda esta habitación, el calor de la chimenea. La familiaridad del juego, la novedad de mi oponente. El castillo era frío. Estaba vacío. Esta posada, este momento, no lo están.

Pasado un rato, Harper saca una carta y sus cejas se levantan apenas una fracción. Mueve la carta al extremo izquierdo de su mano y extrae otra para agregarla a la parte derecha de su mano y así sigue hasta que encuentra una que agregar al montón.

Juego la carta del príncipe.

Sus ojos se disparan hacia los míos, pero retira la carta que está en el extremo izquierdo y me entrega su rey de espadas.

—Me acaba de tocar.

—Lo sé.

Considera eso y después arroja el diez de piedras. Su tono es meditativo y suave.

—No creo que pueda seguir odiándote.

—Cuánta dulzura hay en sus afectuosas palabras, milady. —Juego el diez de corazones—. Me siento honrado.

Su expresión se vuelve penosamente entretenida, pero se pone seria con rapidez.

—No dejaba de pensar en todas esas mujeres que secuestraste, en cómo te hacía parecer un imbécil arrogante con título. No me había dado cuenta de que solo hacías lo que tenías que hacer.

Pongo una carta en el montón.

—Mi padre me dijo una vez que cuando nacemos nos tocan unas cartas. Una buena mano puede terminar perdiendo, así como una mala mano puede ganar, pero todos debemos jugar las cartas que el destino nos otorga. Las elecciones que enfrentamos quizás no sean las que queremos, pero no dejan de ser elecciones.

No dice nada, simplemente agrega otra carta a la pila.

—Grey se ha vuelto habilidoso para encontrar jóvenes que no tienen familia, a quienes nadie echaría de menos. —Hago una pausa y la miro—. Con frecuencia no se necesitan trucos, vienen voluntariamente, sin prometerles demasiado más que un lugar seguro para dormir. Sospecho que no hubiese sido tan sencillo traerte.

Sus ojos se muestran serios.

—No.

—¿Por qué lo atacaste?

—Tenía a una chica. Pensé que era un psicópata asesino. Intenté detenerlo.

Por supuesto que lo hizo.

—Así que tu elección te trajo aquí.

—No me eches la culpa de esto.

—No lo hago. Solo digo que sin importar cuánto intento planear el medio para un fin, el destino no deja de repartir cartas nuevas.

Su expresión se queda inmóvil. Jugamos en silencio durante muchísimo tiempo.

La veo sacar otro rey. Esta vez es más perspicaz, pero tarda en agregarlo a su mano.

Juego mi otro príncipe.

—Basta —dice.

Saco la carta que me ofrece.

—Deja de ser tan obvia.

Retira cartas hasta obtener una que arrojar al montón.

—Tengo una pregunta para ti sobre todas las otras chicas. ¿Alguna vez estuviste cerca?

Suspiro.

—A veces la victoria parecía muy cerca… Otras, a kilómetros de distancia.

—¿Puedo hacer una observación?

Mi mano se detiene en mi siguiente carta.

—Por supuesto.

Me lanza una mirada.

—Acabas de hablar de «victoria». No hablaste de «amor».

No estoy seguro de tener una respuesta para eso. Mi reacción inicial es preguntar por qué eso importa.

Mi segunda reacción es cuestionarme por qué creí que no.

Harper no ha terminado.

—¿*Tú* alguna vez sentiste algo por alguna de esas chicas?

Arrojo un dos de espadas e intento no pensar en cuántas ganas tengo de apartar el mechón de pelo que cae sobre su cara.

—No es que no haya sentido *nada*. —Hago una pausa—. Pero el fracaso parece tan inevitable que he aprendido a protegerme de la decepción.

—Mmm. —Juega otra carta y vuelve a quedarse callada. Desde la cocina, debajo de nosotros, escucho las carcajadas del posadero.

Me hace sentir melancólico. No puedo recordar la última vez que me senté a una mesa llena de gente para compartir anécdotas y risas.

Entonces Harper dice:

—¿En serio no tienes forma de encontrar a esta hechicera que te maldijo?

—En serio. —Juego una carta—. Y no lo haría aunque la tuviera.

—¿Ni siquiera para ayudarme a volver a casa?

Me quedo helado. Miro a Harper. No sabe lo que está pidiendo.

—Lady Lilith no hace nada sin pedir algo a cambio. Y yo no tengo nada que ofrecerle. ¿Y tú? —Abre la boca, pero agrego—: Has visto mis aposentos en el tercer piso. Sin importar lo que pienses de mí, te pido que reflexiones detenidamente sobre lo que estás pidiendo.

Palidece un poco, pero su voz es fuerte.

—Haré lo que sea para volver a casa. Si tengo que enfrentar a una hechicera, lo haré.

Eso me hace sonreír, pero es una sonrisa amarga.

—Así habla la princesa de Dese.

Se ruboriza y baja la mirada a las cartas que tiene en la mano. Pero luego vuelve a mirarme.

—No estoy bromeando, Rhen. ¿Tienes *alguna* forma de encontrarla?

—No. —Hago una pausa para sopesar cuánto decir. Imagino a la osada Harper enfrentando a la caprichosa Lilith. Aunque Lilith pudiera hacerla volver a casa, cualquier escenario que pueda imaginar está cargado de peligros—. Aparece de vez en cuando, pero es imposible predecir el momento exacto.

—¿Le preguntarías? —Cuando no digo nada, Harper agrega—: ¿O me mantendrás prisionera?

Mi mandíbula se tensiona.

—No sabes lo que estás pidiendo. Es despiadada. Cruel.

—Pero aparecerá.

—Sí, lo hará. —No tengo dudas.

—Podrías decirle que quiero ir a casa. Podrías decirle que quiero algo de ella.

—Ha jurado no intervenir en mis intentos de romper la maldición. Quizás se niegue.

Harper traga.

—Pero… esos son tus intentos. —Cuando habla, su voz ya no es del todo segura—. Si prometes conseguirme un encuentro con Lady Lilith, puedo prometerte que intentaré romper tu maldición.

Suspiro. Negocia como juega a las cartas: sus emociones están completamente expuestas.

—No dudo porque desee algo de ti. Dudo porque aborrezco la idea de sacrificar a otra persona por su poder.

—Tampoco tengo nada que ofrecer, Rhen. Pero eso también significa que no tengo nada que perder.

—¿Nada que perder? ¿Tu hermano? ¿Tu madre?

Aparta la mirada.

—Debe haber algo que quieras.

Sí. Quiero demasiadas cosas. Pero no deseo nada lo suficiente como para negociar una audiencia con Lilith con tal de obtenerlo. Ya es lo bastante mala cuando aparece por su propia voluntad.

Abro la boca para negarme, pero después pienso en la reina de Syhl Shallow. Considero mi plan. Considero mi conversación con Grey.

Miro a Harper y juego mi siguiente carta.

—De hecho, lo hay.

Capítulo veintitrés

Harper

Hemos alcanzado una tregua. O algo así.

Esta conversación sobre la hechicera que lo maldijo ni siquiera parece una negociación. No hay nada en juego. No hay riesgo velado. No como cuando mi padre intentó pedir más dinero o más tiempo. Me sorprende, porque estaba lista para luchar con Rhen por lo que quiero, pero no hay ninguna resistencia en el hombre que está sentado del otro lado la mesa.

Por otro lado, ha dicho que *sí* hay algo que quiere.

Sostengo las cartas cerca de mi regazo.

—Te dije que intentaría romper la maldición si puedes conseguirme un encuentro.

—Una promesa vacía si pretendes negociar un viaje a casa. —Se encoge de hombros y apoya una reina de espadas—. E innecesaria. No es eso lo que quiero.

Alzo una ceja.

—Vamos.

—No me malinterpretes. Daría lo que fuera por romper la maldición. Pero sé que mendigar amor terminará en fracaso.

—Está bien. —Agrego una reina de piedra al montón, que ha ido creciendo de a poco—. Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que seas la princesa Harper, la primogénita del rey de Dese. Quiero difundir rumores sobre la alianza de Emberfall con tu pueblo, especialmente sobre la promesa de tu padre de enviar un ejército para expulsar a Karis Luran

de mis tierras.

Cada palabra me golpea como una bala. Estoy esperando que finalmente sonría y me diga «Estaba bromeando», pero pronuncia cada una de sus palabras con la misma seriedad con la que habla acerca de todo.

Lo miro fijo.

—Tú... ¿qué?

—¿En serio necesitas que lo repita?

—No... pero... —Quizás sí—. ¿Qué?

—Si puedo convencer a mi pueblo... y a Karis Luran... de que Emberfall no está desprotegido, de que pueden surgir futuros conflictos, quizás pueda convencer a su ejército de que se vaya. —Hace un leve gesto con los hombros —. Quizás tengamos que negociar la apertura del comercio, o probablemente ceder el acceso a nuestro puerto, pero por lo que he visto, el cierre de nuestras fronteras ha traído sufrimiento, así que tal vez eso no sea tan malo.

Quizás deba recordarle que no soy realmente una princesa. No logro comprender del todo lo que está diciendo.

—Pero...

—Admito que no es un plan perfecto. —Juega otra carta despreocupadamente, como si estuviésemos hablando sobre el clima—. Pero si fuésemos a visitar las ciudades más grandes e hiciésemos una declaración sobre nuestro compromiso...

—¡Qué! Espera.

Sonríe con tristeza.

—Disculpa. Una declaración de nuestra *alianza*.

Como si fuese solo una palabra lo que me ha hecho sobresaltar.

—¿Dices que quieres seguir con esto? ¡Lo acabo de inventar! ¡Para que esos hombres se fueran de la posada! No puedo detener a un ejército completo.

Sus ojos se entrecierran, solo una fracción.

—¿Estás segura, milady? Ya me has sorprendido antes.

Eso me hace sonrojar.

—Pero no hay un ejército de nuestro lado. ¿Y si no nos creen?

—Pues entonces no habremos perdido nada.

Siento que he caído en la Dimensión Desconocida… y teniendo en cuenta los últimos días, no es poco decir.

—¿Quieres que finja ser una princesa? No sé nada sobre Emberfall… o la realeza… o…

—Ese es tu encanto —señala. Debe haber visto mi expresión, porque continúa—: En serio. Mi pueblo jamás ha escuchado hablar de Dese. Eso significa que tus costumbres, tus particularidades, tu versión de la nobleza… nada de eso será cuestionado.

—Nadie ha oído hablar de Dese porque *no existe* —siseo.

—Mi padre siempre me advirtió que no hace falta un ejército para derrotar a otro. Hablaba de la insurrección dentro de Emberfall, pero, de todas formas, puede aplicar a las fuerzas armadas de Syhl Shallow. Si creen que los superamos en hombres, quizás se retiren para esperar nuevas órdenes y evitar caer en una trampa.

No puedo dejar de mirarlo.

—¿Tienes alguna idea de lo que estás diciendo?

Parece dudar un momento, en el que se echa hacia atrás en su asiento.

—Tienes razón. —Sus palabras tienen un tono de resignación—. Es una locura. Me he precipitado. Y tú tienes tus propios problemas. No tienes por qué arriesgarte por mí.

—No… yo no… —Me detengo y froto mi rostro con la mano que tengo libre. Esta conversación ha dado un giro demasiado rápido. Sumado a mi preocupación por Jake, todo esto me resulta demasiado para procesar.

—Milady —dice en voz baja.

Lentamente bajo la mano y lo miro.

—Esto no es una negociación —explica—. Me has pedido un encuentro con

una hechicera; yo te pido que arriesgues tu vida por mi pueblo. Ninguna opción garantiza tu seguridad... ni el camino a casa. Como siempre, no tengo nada para ofrecerte. Puedo prometer que intercederé en tu nombre con Lilith, pero eso no vale lo que estoy pidiendo de *ti*.

Su voz es intensa. Como cuando habló en el pasillo, estas palabras parecen sinceras. Como si hubiésemos dejado atrás toda simulación, y finalmente estuviera viendo al verdadero Rhen. Quizás es porque dejó de hablar sobre estar maldecido y ha comenzado a *hacer* algo.

—Este era el reino de mi padre —dice—. Ahora es *mi* reino. Tal vez no pueda salvarme... pero quizás pueda salvar a mi pueblo.

Pienso en lo que dijo antes sobre cómo las elecciones que enfrentamos pueden no ser las que queremos, pero que no por eso dejan de ser elecciones.

Tengo una elección aquí. No puedo decir que no. Bajar por la espaldera fue arriesgado, pero esto es una locura. No hay forma de que funcione. Que haya fingido ser una princesa por tres minutos no significa que pueda hacerlo otra vez.

Pero ¿cuáles son mis opciones? ¿Negarme? ¿Qué significaría eso para la gente que está aquí abajo? ¿Qué significaría para mí?

Mi madre jamás rehuyó de los hombres que venían a nuestra puerta. Jamás dejó de estar del lado de su marido, ni siquiera cuando debería haberlo hecho. Lo hizo por mí. Y por Jake. Y, de algún modo, también por nuestro padre.

Trago.

—Está bien. —Hago una pausa—. Lo haré.

—Milady. —Parece tan impactado como cuando lo abracé. Es casi cómico.

—Te ayudaré a salvar a tu país y tú me ayudarás a regresar a casa. ¿Trato hecho? —Extiendo la mano.

Estira la suya y aprieta la mía. Su palma está tibia. Su sujeción es más fuerte de lo que esperaba.

—Trato hecho. —Su mano sostiene la mía como si no quisiera soltarla. Si

sigue mirándome así, voy a ruborizarme.

—Es momento de soltarme —digo. Mi estúpida voz sale susurrante.

Me deja libre y se inclina hacia atrás en el asiento.

—Juega tu próxima carta.

Sí. Bien. El juego. Cierto.

Tengo siete cartas. Él tiene seis, dos de las cuales sé que son reyes. Tengo un rey en la mano de cuando repartió, pero si no encuentro otro, ganará.

Pongo un cuatro de piedras en el montón de descarte.

—¿Qué hacemos ahora?

Juega un cuatro de espadas.

—Creo que deberías aceptar la oferta de Freya.

—La… ¿qué de Freya?

—Se ofreció a servir como dama de compañía, ¿no? Creo que deberías aceptar. Haré que el Comandante Grey selle las habitaciones problemáticas del castillo. He hablado con él sobre recrear la Guardia Real, para poder viajar entre la gente y dar a conocer nuestra presencia.

Me pregunto qué *hace* una dama de compañía, pero su último comentario me sacude.

—¿Ya has hablado con Grey sobre esto?

Sus ojos encuentran los míos.

—Por supuesto.

Por supuesto.

Juego un diez de espadas.

—¿Cómo sabías que diría que sí?

—No lo sabía. —Arroja un diez de piedras en el montón.

No puedo decidir si es exasperante o increíble.

—Pero ¿comenzaste a hacer planes de todas formas?

Me mira como si yo estuviese siendo obtusa a propósito.

—Milady, comencé a acompañar a mi padre en cuestiones de Estado cuando

tenía diez años. Tenía mis propios consejeros cuando cumplí dieciséis. Quizás no sea capaz de encontrar la forma de salir de esta maldición, pero fui *criado* para gobernar este reino.

Hay algo acerca de eso que es fascinante, pero también un poco triste. Cuando tenía diez, mi madre arrojaba mis sábanas al suelo para despertarme para ir a la escuela.

Mi madre. Se me cierra la garganta e intento aclararla. Agrego un seis de piedra al montón.

—Cuando tenía diez, ni siquiera podía poner el desayuno.

Añade una carta al montón.

—Estoy seguro de que tu coraje y tu tenacidad lo compensaban con creces.

Frunzo el ceño.

—Ya he aceptado. Puedes ahorrarte todas las palabras bonitas.

Escoge una carta.

—¿Crees que no soy sincero? ¿Crees que le hubiese pedido esto a cualquiera?

Lo observo, descolocada.

—No lo sé.

—Te aseguro que no. —Echa una mirada elocuente a mis cartas.

Es tan ecuánime que su voz no da lugar a discusiones. Apoyo una carta con rapidez, y después jugueteo con las que me quedan.

—¿Crees… crees que la parálisis cerebral será un problema?

—¿Crees que lo será, milady?

—No hagas eso. No des vuelta las cosas.

Juega otra carta.

—Si bien tu debilidad puede ser una desventaja en ciertas ocasiones, es una ventaja en otras. Una que puedes jugar a tu favor.

Ese es un análisis bastante directo. No estoy segura de que me moleste.

—¿Cómo?

—Es fácil subestimarte. —Hace una pausa, pero su mirada nunca abandona la mía—. Sé que yo lo hice. Creo que Grey también.

Otra vez me sonrojo. Revuelvo las cartas que me quedan y escojo una nueva.

—¿Por qué quieres que Freya sea mi dama de compañía?

—Porque creo que será leal, y necesitaremos gente en quien confiar. —Espera a que apoye una carta, luego la iguala con una de las suyas. Solo le quedan tres—. Silvermoon Harbor es la ciudad importante más cercana. Tiempo atrás organizaba un mercado de invierno que atraía a mercaderes de todo Emberfall. Le preguntaremos al posadero si el mercado sigue en pie. De ser así, será nuestra primera excursión.

—¿Qué piensa Grey de todo esto?

—Cree que es un plan lleno de riesgos innecesarios, pero no se me ocurre nada mejor. —Suelta una risa amarga—. Si Silvermoon Harbor está tan densamente poblada como lo estaba hace tiempo, sin duda Grey tendrá mucho trabajo por delante.

Genial, eso me deja muy tranquila. Dejo de pensar y arrojo un cuatro de corazones. No tengo ni idea de qué palo tiene en la mano, pero sin importar qué juegue, calculo que tengo un setenta y cinco por ciento de probabilidades de obligarlo a elegir una carta.

—Entonces, ¿cuál es nuestro próximo movimiento?

—Bajamos. Nos unimos a la cena. Hablamos sobre Karis Luran y contamos una parte de nuestras intenciones.

Humedezco mis labios.

—¿Y si Lady Lilith aparece mañana y acepta llevarme a casa?

—Pues irás de vuelta a casa, milady. —Hace una pausa—. Y diré que debiste regresar a Dese a hacer arreglos para liderar el ejército de tu padre.

Realmente piensa en todo.

—¿En serio crees que esto funcionará?

—En cuestiones del corazón, está claro que soy incompetente. —Apoya su última carta: un príncipe. Un comodín.

Me quedo mirándolo, estupefacta. Lo que yo jugara no tenía importancia. Hubiese ganado sea como sea.

—En cuestiones de estrategia —termina de decir—, no lo soy.

Capítulo veinticuatro

Rhen

La oscuridad ha caído sobre nosotros y, con ella, una silenciosa tranquilidad se ha apoderado de la posada. Freya ha llevado a sus hijos a dormir y Evalyn está limpiando la cocina. Harper se ha acurrucado en el sillón junto al fuego, con un tazón de té entre las manos. Sus ojos están cansados, pero hay cierta belleza en su expresión. Quizás sea la forma en que la luz de la chimenea pinta de plata su pelo o hace que sus ojos brillen. O quizás sea el hecho de que ha ganado parte de su agotamiento por defender a mi pueblo.

Finalmente confía en mí... y, al mismo tiempo, está claro que no quiere saber nada de mí.

—Grey está fuera —dice en voz baja—. ¿Le has ordenado que estuviera ahí en la intemperie?

—No —respondo—. Teme que puedan intentar invadir la posada por la noche. Confío en su criterio.

Echa un vistazo a la puerta y se encoge sobre el sofá.

La observo.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—Debería preocuparte más Lady Lilith. Grey no puede hacer nada para detenerla.

—No le he hecho nada. No tengo nada que ver con esta maldición. Solo quiero ir a casa.

Quiero rogarle que lo reconsidere. No sabe lo que está pidiendo, pero

desconfía demasiado de mis motivaciones. Me preocupa que las advertencias suenen como una trampa para retenerla aquí, y prefiero este camino de confianza que hemos encontrado.

—Tú también debes estar preocupado —observa Harper—. Tienes tus flechas aquí contigo.

Mi arco está apoyado a mis pies.

—Preocupado no. Preparado. No podrán tomar a Grey por sorpresa. Sabe cómo mantenerse oculto.

No parece reconfortada.

—Es solo un hombre.

—No lo subestimes, milady.

—Hay algo que no mencionaste en tus planes.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué?

—El… el monstruo.

Mis ojos se apartan de los suyos.

—En este momento, la criatura no es un peligro para mi pueblo. No reaparecerá hasta más adelante en la estación.

Coale se acerca desde la cocina. Su voz es baja.

—Su Alteza, ¿necesitará algo más está noche?

Comienzo a decir que no, pero cambio de opinión.

—Posadero, me preguntaba si la princesa y yo podríamos contar con su confidencia.

Los ojos de Harper no abandonan el fuego, pero sé que está escuchando. Es perfecta para este rol.

El hombre parece perplejo.

—Sí, Su Alteza. Lo que necesite.

—Necesitaremos de su discreción.

Lleva una mano a su pecho y baja la voz.

—Por supuesto.

Me inclino un poco hacia adelante.

—Lo que ha escuchado es cierto. La familia real ha huido de Emberfall.

Los ojos del posadero se agrandan y yo continúo:

—Años atrás, cuando el monstruo atacó el castillo y aniquiló a la mayor parte de sus guardias, el rey de Dese nos ofreció asilo, y nosotros lo aceptamos con gratitud. Actualmente estamos en mitad de las negociaciones para poder finalmente librar a Emberfall de esta horrible criatura. —Hago una pausa y miro hacia todos lados de forma conspirativa—. Creemos que el monstruo está bajo el control de Karis Luran. Los rumores hablan de que ella tiene la habilidad de blandir magia negra, algo que evitó que nuestros guardias pudieran derrotar a la criatura.

Harper bebe un sorbo de su tazón. Observo cómo absorbe cada palabra.

—Santo cielo —exclama Coale—. No sabíamos nada.

—A decir verdad —digo—, ignoraba que la reina de Syhl Shallow había comenzado a avanzar con sus tropas dentro de Emberfall. Cuando nos enteramos de que el monstruo había abandonado Ironrose para regresar a su hogar con Karis Luran, la princesa y yo viajamos hasta aquí para evaluar si el castillo puede acoger a una fuerza aliada. Hemos decidido quedarnos hasta que la armada de Dese esté lista para desplazarse. Estoy seguro de que ve a muchos viajeros. ¿Estaría dispuesto a divulgar que el castillo necesitará nuevos empleados? Pagaré con plata.

Bajo su barba, el posadero ha palidecido.

—Sí, Su Alteza. —Hace una pausa—. Por favor… siento que debería rogarle que me perdone por haber hablado con dureza anoche…

—No hace falta —respondo—. Prefiero la honestidad. Quisiera pedirle que siempre hable con la verdad.

—Sí. Sí, por supuesto.

El viento silba al pasar entre las cortinas. Me pregunto si ha comenzado a

nevar otra vez.

—Antes de retirarse, por favor, traiga dos tazas más de té.

Hace una breve reverencia y se aleja.

Harper me mira.

—Eres demasiado bueno en esto.

—Veremos. Es bueno que la gente tenga un enemigo común. Genera unidad… y necesitaremos mucho de eso.

—Quizás seas más temible que Grey.

Casi sonrío, pero después recuerdo que vendrá un tiempo, y vendrá rápido, en el que verdaderamente seré más aterrador que el Comandante de la Guardia.

—Deberías descansar. La habitación es tuya si quieres. Habrá mucho que hacer mañana.

Espero que se rehúse, pero hace una mueca y se estira en el sillón.

—Tanto montar a caballo ha comenzado a pasarme factura.

Me pongo de pie.

—¿Puedo ofrecerte mi asistencia?

Me lanza una mirada.

—No hace falta. —Por un breve instante duda, y algo parecido a la tristeza atraviesa fugazmente su rostro. Antes de que pueda descifrarlo, continúa—. Buenas noches, Rhen.

Hay tantas cosas que quiero decirle. Esta noche, un poco antes, cuando le pedí a Freya que sea su dama de compañía, la joven mujer casi se deja caer de rodillas para besar las manos de Harper otra vez.

Después de lo que Harper ha prometido hacer, siento la misma necesidad.

No lo hago. Solo inclino la cabeza hacia ella.

—Buenas noches, milady.

Me dejo caer contra las cálidas piedras de la chimenea. Otra ráfaga de viento hace crujir las cortinas y me sobresalto.

Cuando Coale regresa con el té, se sorprende al encontrar que Harper se ha ido.

—¿Le llevo una taza a la princesa? —pregunta.

—No hace falta —respondo—. La segunda es para el Comandante Grey.

El aire nocturno me hiere cuando salgo por la puerta. Todo lo templado del clima de esta tarde ha abandonado el cielo, y ha dejado nieve congelada en el suelo y un viento mordaz que se escabulle por debajo de mi capa. No quiero convertir a Grey o a mí en un blanco fácil, así que no llevo farol. La oscuridad es absoluta.

Cuando le comenté a Harper que Grey sabe cómo mantenerse oculto, lo dije en serio… y ahora mismo lo está demostrando. Observo el oscuro trecho de nieve y me reconforta saber que llevo mi arco colgado en la espalda.

Una sombra se mueve en la esquina de la posada.

—Milord. —Suena sorprendido o, quizás, preocupado.

—Todo va bien —digo. Grey se detiene delante de mí. Prácticamente no es más que una sombra.

Le ofrezco un tazón.

—Té caliente.

Duda, luego sujeta el asa. El vapor del té serpentea en el aire entre nosotros. Sus ojos se muestran oscuros e insondables, y es imposible leer su expresión.

—Bebe —le ordeno—. Debes estar helado. Has estado aquí afuera durante horas.

Sorbe un poco, y hay una parte de mí que se pregunta si solo lo está haciendo porque se lo he pedido.

—El frío no es un problema —comenta, y bebe un trago más largo mientras observa la noche.

Envuelvo mi propio tazón con mis manos. Había pensado hablar con él sobre los eventos de esta noche, pero la gélida y silenciosa oscuridad me

resulta de algún modo embriagante. Llena de paz.

Nos quedamos en silencio durante un largo rato, hasta que pregunta:

—¿Hay algo en que pueda servirle, milord?

—No. —Encima de nosotros, las estrellas parecen extenderse infinitamente. Cuando era pequeño, mi niñera me contaba una historia sobre cómo los muertos se convertían en estrellas en el cielo. En aquel entonces, eso me asustaba. Recuerdo que me preocupaba que cayeran a la tierra un día, que fuésemos a terminar rodeados de cadáveres.

Ahora me da vergüenza pensar que mi padre y mi madre podrían estar observándome, viendo cómo fracaso estación tras estación.

—¿Esto siempre fue así? —pregunto.

—¿Así?

Lo miro.

—Hacer guardia, ¿siempre fue así?

Parece sorprendido por la pregunta, pero no tarda nada en responder.

—No. Nunca estaba solo. Las noches nunca eran tan silenciosas.

Hay un tono en su voz que tardo un momento en reconocer.

—Aún los echas de menos.

—Consideraba a muchos de ellos mis amigos. Sufrí mucho su pérdida. —Me echa una mirada—. Como a usted le sucede con su familia.

Sí. Como yo sufro la pérdida de mi familia.

Grey y yo no hablamos nunca sobre las viejas épocas. Están llenas de equívocos por ambas partes. Pero quizás saber que esta es nuestra última estación ha aflojado algo en él, al igual que ha cambiado algo en mí.

—¿Quién era tu compañero de guardia? —pregunto.

—Todos —contesta—. Cambiábamos con frecuencia. —Una pausa—. Pero eso ya lo sabe.

La verdad es que jamás presté atención a los procedimientos de la Guardia Real. Siempre fueron buenos para mantenerse ocultos, en más de un sentido.

O quizás yo era bueno para no notar lo que estaba justo delante de mí.

—¿Quién era el mejor?

—Marko.

Lo dice sin dudar, lo que quiere decir que Grey lo conocía bien. Casi no recuerdo a Marko. Mi cerebro conjura la imagen de un guardia de pelo rubio arenoso. Fue uno de los pocos que sobrevivieron al primer ataque de la criatura, pero no al segundo. El único guardia que sobrevivió al segundo ataque está justo aquí.

—¿Por qué?

Grey observa el cielo como si estuviese buscando ahí la respuesta.

—No había otro mejor con el que luchar espalda contra espalda. Era horrible a las cartas, pero siempre tenía una buena historia. Jamás se quedaba dormido en las guardi…

—¿Se quedaban dormidos durante la guardia? —Lo miro, sorprendido—. ¿Eso pasaba?

Duda, y puedo leer en su silencio que le preocupa haber hablado de más.

—A veces. Por eso digo que el frío no es un problema. Nada llama al sueño como una noche cálida y el estómago lleno.

Fascinante.

—¿Alguna vez te quedaste dormido durante una guardia?

Aunque le hubiese ocurrido, no espero que lo admita, pero debería haber sabido que no es así. Si algo puede decirse de Grey es que es sincero.

—Una vez —responde—. Durante mi primer verano.

—Comandante. —Mi voz está llena de burla—. Debería hacer que lo azoten.

—El rey lo hubiese ordenado —señala, sin bromear—, si me hubiesen descubierto. —Hace una pausa y me mira—. Pero no usted, no lo creo.

Con ese comentario, mi buen humor se amarga. Tiene razón en ambas cosas. Frunzo el ceño mientras observo el contenido de mi taza, y no digo nada.

—Lo he hecho enfadar —dice—. Discúlpeme.

—No —contesto—, no lo has hecho. —O quizás sí, no estoy seguro—. Fui cruel de otras maneras, Grey.

No dice nada, lo que me hace pensar en que está de acuerdo. Cuando vuelve a hablar, su voz es reflexiva.

—Jamás fue cruel.

—Te hice cabalgar un día entero sin comida ni agua, y después te obligué a pelear. —El viento se sacude entre nosotros y golpea mi capa, como si el clima buscase castigarme—. Por deporte. Por mi propio orgullo. Podrías haber muerto. Por mi *diversión*. Eso es crueldad.

Se queda callado un largo rato. Frunce el ceño y me mira.

—¿Habla del hombre de armas del duque de Aronson? ¿De cuando luchamos en Liberty Falls?

—Sí.

—Usted no me *obligó*. —Suena confundido, casi incrédulo.

—Te lo *ordené*. —Suelto un sonido de desagrado—. No hace a la diferencia.

—Me preguntó si lo podía vencer. Respondí que sí. —Hace una pausa—. No hubo ninguna orden.

Mi enfado se inflama.

—No le busques tres pies al gato, Comandante. Te ordené que lo demostraras.

—¿Cree que hubiese hecho semejante afirmación si no estaba listo para *probarla*?

—Sin importar el resultado, sé cuál fue mi intención.

—¿Probar la superioridad de su Guardia Real? ¿Probar que su orgullo no era en vano? —El filo de un enfado también se asoma en su voz—. ¿No piensa que mi intención fue la misma?

Me acerco un paso a él, pero Grey no retrocede.

—Te desafié frente a una multitud. Frente a tu oponente.

—Sí —espeta, con palabras afiladas—, el príncipe heredero me desafió a mí, de toda la Guardia Real, y tuve éxito, frente al rey y la reina, y frente a la mayor parte de la nobleza. Su crueldad ciertamente no tiene límites, milord.

—*Suficiente*.

Se queda quieto, pero está tan oscuro que no puedo ver la furia en sus ojos.

Hace veinte minutos, le dije a Coale que prefería las palabras sinceras, y ahora quiero ordenarle a Grey que cierre la boca y vuelva a sus obligaciones.

Al mismo tiempo, discutir es extrañamente placentero. Después de tantas estaciones de engatusar mujeres y escuchar la tranquila deferencia de Grey, presionar y tener a alguien que responda a la presión resulta gratificante.

—No me refería solo a ese incidente. —Mi voz es tensa.

—Si desea analizar cada desaire percibido —dice—, sin duda, proceda. Pero si pretende convencer a la reina de Syhl Shallow de que superamos en tamaño a sus fuerzas, no parece ser el mejor momento para sumirse en la duda.

No tengo nada que responder ante eso. El peso de mis fracasos es demasiado agobiante.

—Permítame recordarle otro momento —continúa—. Uno en el que creo que sus recuerdos quizás difieran de los míos.

No lo miro.

—Adelante.

—Me refiero a la primera estación —señala—, cuando su criatura aterrorizó el castillo por primera vez.

—Cuando masacré a mi familia. —Mi voz se pone áspera—. Lo recuerdo bien.

—Quedamos tan pocos... —relata—. Se perdieron tantas vidas... especialmente de la familia real...

—Maldita sea, Grey. Lo *recuerdo*. ¿Qué es lo que quieres decir?

Se queda en silencio un momento.

—Creímos que eso lo rompería. —Hace una pausa—. No lo hizo. Tomó medidas para proteger al reino. Su primera orden fue cerrar las fronteras. Envió

mensajes a todas las ciudades para que gobernasen desde adentro.

No comprendo cómo puede hablar de mis fracasos como si fuesen victorias.

—Era lo único que *podía* hacer.

—Me preguntó por qué he mantenido mi juramento. Este nunca significó tanto para mí como en esa situación.

—No merezco tu lealtad, Grey.

—Merecida o no, la tiene.

De nuevo, no tengo nada para decir. El aire nocturno parece esperar mi respuesta, pero nada de lo que se me ocurre parece suficiente.

Grey da un paso hacia atrás. Deja su tazón vacío en la nieve.

—Hemos estado aquí durante bastante tiempo. Debo recorrer la propiedad.

Asiento.

—Como digas.

Cuando se aleja, pienso en una de las primeras cosas que dijo. «Nunca estaba solo. Las noches nunca eran tan silenciosas».

—Comandante —lo llamo.

Se detiene y gira, esperando una orden. No tengo ninguna que darle.

—Espera. —Apoyo mi propio tazón en la nieve—. Iré contigo.

Capítulo veinticinco

Harper

Sobrevivimos a la noche sin incidentes, pero Rhen viene por mí temprano. Ahora que tiene un plan en mente, es un hombre decidido. Con la promesa de enviar un carro a la posada para buscar a Freya y a sus niños, Rhen y Grey ensillan los caballos y los tienen listos antes de que pueda terminar de ajustar mis botas.

Para cuando estamos montados, el cielo se extiende azul y frío sobre nosotros. El viento es suficiente para escocer mis mejillas mientras avanzamos a galope sostenido a través de la nieve. Volamos por el descampado, Grey galopando de colina en colina para hacer de vigía. Al llegar a la última cresta, me alivia que nos pida que nos detengamos... hasta que veo que está preocupado.

—Hay un hombre esperando en la línea de los árboles, milord. Parece estar solo.

Miro más allá de él. Hay un hombre con un carro grande y dos caballos de tiro, pero están muy lejos para ver demasiados detalles.

—Bien —dice Rhen—. Le pedí que nos esperara allí. Es un mozo de carga y necesitamos su carro.

Grey frunce el ceño.

—¿Conoce a este hombre?

—Tú también. Le diste tu bolsa de monedas. —Me mira—. Si no recuerdo mal, ¿estropeaste su carga?

El hombre con un solo brazo y todos esos cajones.

—¿Cuándo le pediste que nos esperara aquí?

—Después de tu sermón sobre si comprendía qué era querer hacer algo bueno.

Cuando se fue cabalgando y dejó que Grey me escoltara a la posada.

—Pero... ¿por qué?

La expresión de Rhen es perspicaz.

—Le pedí que esperara aquí para que distribuyera la interminable comida del castillo entre la gente. Estoy seguro de que nos ayudará a traer a Freya también, si se lo pido.

Abro la boca. La cierro.

Rhen no espera una respuesta. Hace girar a su caballo y baja la colina al galope.

Nos enteramos de que el nombre del cargador es Jamison. Su sorpresa y desconcierto de ayer han desaparecido, y parece contento de poder ofrecer sus servicios. Sus caballos parecen mejor alimentados que él, y me gusta que haya puesto una manta en sus lomos mientras están esperando. Rhen le cuenta la misma historia que a Coale sobre cómo el castillo encantado fue maldecido por la malvada reina de Syhl Shallow, pidiéndole que mantenga reserva.

Cuando finalmente atravesamos el bosque, Rhen y yo vamos delante, seguidos por el carro de Jamison, mientras que Grey va detrás.

Ahora nos movemos a un ritmo tranquilo, así que echo una mirada a Rhen y mantengo mi voz baja.

—No dejas de pedirle a la gente que mantenga todo en secreto. Creo que Coale y Evalyn realmente lo harán, pero a este hombre lo acabas de conocer. ¿Cómo sabes que no le dirá a todo el mundo?

—Milady. —Echa una mirada hacia atrás, parece genuinamente sorprendido —. Estoy contando con que eso hagan, con que se lo cuenten a todos.

Siento como que no estoy captando algo importante.

—Entonces… espera.

—Debo preguntar otra vez. ¿Acaso no sabes cómo funcionan los cotilleos?

—¿Lo haces parecer un gran secreto para que se lo *cuenten* a la gente?

—Por supuesto. —Me mira como si esto no debiera sorprenderme—. ¿Realmente crees que revelaría verdaderos secretos de esta forma tan despreocupada?

Cierro la boca con fuerza. No. No lo creo. Todo lo que hace está calculado. Debería haber sabido que esto no era diferente.

—¿*Nunca* eres imprudente? —pregunto.

—Lo fui —responde—, una vez.

Entonces dejamos atrás la nieve y pasamos a la luz veteada del sol, con su calor hechizado.

Jamison trabaja duro. Hemos estado sacando comida del castillo a través del salón principal durante una hora y, aunque solo tiene una mano, hace todo con rapidez, desde llenar los contenedores hasta cargar todo en su carro. Se asombró un poco con el aire cálido y la abundante comida —por no hablar de la música del castillo—. Es triste que solo haya estado aquí unos pocos días y ya haya superado la sorpresa.

Jamison parece más extrañado de que Rhen y Grey trabajen a su lado y traigan comida desde la cocina en cuanto las mesas del salón estuvieron vacías.

Yo también estoy un poco sorprendida por el hecho de que Rhen esté ayudando. No estoy segura de por qué, ya que tampoco puedo imaginarlo relajándose en alguna hamaca de seda. Pero no me da la impresión de ser un chico que se arremangue y se ponga manos a la obra, pero eso fue exactamente lo que hizo. Hace rato que dejó las armas, la armadura y su chaqueta abotonada a un lado y, en cuanto el empaquetado dio paso a la carga, plegó las mangas de su camisa. Al verlo bajo el sol con los antebrazos

desnudos y el sudor en la frente, mis ojos quieren quedarse sobre él.

Fijo mi vista en el contenedor que tengo en las manos y le pido a mi cerebro que comience a funcionar. Probablemente también algo de todo esto esté planeado. Es probable que espere que Jamison vaya contando por ahí lo grandioso que es.

Rhen ve que estoy acercándome y se gira para sujetar el cajón.

—Lo tengo —digo, pero mi voz es demasiado veloz. Quizás esté sonrojándome.

Da un paso atrás y alza una mano para cederme el paso.

—Milady.

Cargo el cajón en la parte de atrás del carro, donde Jamison está esperando para arrastrarlo hasta su lugar. Rhen me mira durante todo el proceso. Me ruborizo aún más.

Jamison sujeta el contenedor.

—Su Alteza, si me permite una pregunta…

Rhen finalmente aparta la mirada.

—Dígame.

—¿No tiene miedo de proveer a su gente con comida encantada?

—Más miedo me da no alimentarlos.

Mi corazón palpita, solo un poco, y debo recordarme a mí misma que no hace nada sin intención, que todo esto es parte de un plan. Un medio para un fin. Un buen fin. Uno que ayudará a su pueblo, pero no por eso el efecto deja de ser calculado. Está jugando un papel. Al igual que yo.

Jamison asiente.

—Sí, Su Alteza. —Arrastra el cajón sobre el extremo del carro y, con agilidad, lo coloca encima de los otros.

Grey emerge del castillo con otro cajón y también lo arroja a la parte trasera del carro, al que se sube para apilarlo él mismo. La única arma que no ha dejado de lado es su espada.

—Esto es todo. Por ahora.

Jamison se endereza y hace un gesto con la cabeza.

—Comandante, tiene mi agradecimiento.

—No se preocupe —dice Rhen—. Al Comandante Grey le gusta sentirse útil.

Grey quita su pelo, mojado de sudor, de su frente y dice:

—El Comandante Grey lamentará haber dicho eso.

Quizás sea el objetivo común, pero hoy parecen diferentes. Menos... algo. No logro dar con qué.

Los hombres saltan desde la parte trasera del carro y Jamison lo cierra.

—Regresaré con Lady Freya al atardecer, Su Alteza.

—Bien —responde Rhen.

—Gracias —agrego.

Jamison me ofrece una pequeña reverencia.

—Sí, milady. Por supuesto. —Se gira hacia Grey y hace un saludo militar—. Comandante. —Luego se vuelve para dirigirse a la parte delantera del carro.

—Espere —llama Grey.

Jamison da media vuelta.

—¿Sí?

—Su saludo. —Grey frunce el ceño, parece inquieto—. Usted no formó parte de la Guardia Real...

—Ejército del Rey, hasta que perdí el brazo defendiendo Willminton el año pasado. —Jamison parece avergonzado—. Discúlpeme. Es un viejo hábito.

—¿Cuál era su rango?

—Teniente.

—¿Aún puede sostener una espada?

—Puedo hacer más que sostenerla.

Grey asiente.

—Cuando regrese al atardecer, venga a buscarme.

—Sí, señor. —Jamison duda, después pregunta—: ¿Por qué?

—Porque necesito un teniente.

El hombre comienza a reír, pero la expresión de Grey no ha cambiado, así que vuelve a ponerse serio enseguida.

—Sí, señor. —Ofrece otro saludo, después sube a su carro y alienta a sus caballos a avanzar.

En cuanto están fuera del alcance del oído, Rhen declara:

—Comandante, a ese hombre le falta un brazo.

—Lo he notado. —Grey levanta el cinturón con su espada de los escalones de mármol y la abrocha en su lugar.

—¿Qué es Willminton? —pregunto.

—Una de nuestras ciudades fronterizas del norte. —Grey echa una mirada a Rhen—. Si perdió un brazo defendiendo la ciudad, quizás tenga información sobre el ejército de Karis Luran.

—Lo he pensado. —Rhen lo está mirando fijamente—. Pero no estoy seguro de que eso lo califique para ser tu teniente.

—No le he ofrecido el puesto. Solo se lo he hecho saber. Me pidió que reúna a un contingente aceptable de guardias…

—Sí. Aceptable. Si tener un brazo menos lo sacó del ejército, ciertamente lo dejará fuera de la Guardia Real.

—Tiene experiencia. —Grey hace una pausa—. Eso tiene peso para mí. Me gustaría ofrecerle la oportunidad de probarse.

—Es esencial que nos mostremos unidos y fuertes…

—Contrátalo —digo.

Rhen dispara la cabeza hacia a mí.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que lo contrates. —Trago saliva, pero me niego a apartar la mirada—. O al menos dale una oportunidad para probarse. No me importa si tiene un solo brazo. Confío en el criterio de Grey. Tal como dijiste.

Suspira y da media vuelta para quedar delante de mí.

—Milady, por favor. No…

—No me trates con condescendencia —exhorto—. ¿Es esto una alianza o no?

Eso lo hace detenerse en seco. Me mira y toma aire para hablar.

Me acerco un paso.

—¿Soy una princesa o no?

Sus ojos se entrecierran. Prácticamente puedo ver cómo se mueven los engranajes de esa cabecita estratégica que tiene.

Me giro para echarle un vistazo a Grey antes de que mis nervios me jueguen una mala pasada.

—Si crees que Jamison es apropiado, hazle la prueba. Si la pasa, contrátalo. Esa es *mi* orden, Comandante.

Espero que sus ojos se vuelvan hacia Rhen, que aguarde la orden de su príncipe.

Pero no lo hace. Sus ojos no se apartan de los míos.

—Sí, milady.

Doy media vuelta y subo los escalones de mármol para entrar al castillo.

La adrenalina corre por mis venas a un ritmo veloz, y tengo miedo de descostillarme de la risa o de tener un ataque de nervios. Me apresuro tanto como puedo y me dirijo a las escalinatas que llevan a mi cuarto. Al cuarto de Arabella. Da igual.

Una mano atrapa mi brazo y me hace dar la vuelta.

Rhen. Su contacto es gentil, pero firme. Me sujeta contra la barandilla y su expresión es una combinación de irritación y diversión.

—¿Qué estás haciendo?

Siento que me vuelve a faltar un poco el aire.

—Voy a mi habitación. Necesito cambiarme.

Sus ojos buscan algo en los míos.

—¿Estás jugando conmigo?

—No estoy segura de cómo podría ser un juego con prendas sudadas y con un día de uso. —Me deslizo para escabullirme lejos de él.

Pone una mano en el pasamanos, atrapándome.

—¿Crees que soy inflexible, milady?

No esperaba esa pregunta, y su cercanía, junto con toda esta adrenalina, tiene a mi corazón latiendo con fuerza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tengo la sensación de que sientes que cada movimiento que haces debe ser un acto de agresión. Si realmente tuvieses un ejército a tu disposición, estaría preocupado. —Su voz es ligera, casi suave, pero las palabras están cargadas.

Lo observo.

—No entiendo qué quieres decir.

—Actúas como si debieras robar antes de que yo pueda ofrecer. —Rhen niega con la cabeza—. No es necesario que me desautorices frente a Grey. —Parece casi decepcionado—. Como ayer, cuando te llevaste la comida en secreto. No es necesario que escondas tus propósitos si quieres algo.

—Sigo sin entenderlo.

—Milady. Harper. *Princesa* —dice con intención—. ¿Cómo es que no lo comprendes?

—¿No comprendo *qué*?

Rhen pone sus manos sobre mis brazos y, aun a través de mi jersey, siento su fuerza. Mi piel se eriza. Se inclina un poco hacia adelante.

—Se rompa la maldición o no, estás dispuesta a ayudar a mi pueblo. Soy el príncipe heredero de Emberfall. Si quieres algo que está en mi poder darte, solo debes pedirlo.

Me quedo mirándolo. Mis labios se separan, pero no sale sonido alguno de ellos. Me suelta.

—Perdóname. Estoy interponiéndome en tu descanso.

Aún no sé qué decir.

Mientras estoy ahí parada, tratando de descifrarlo, Rhen se aleja, atraviesa el gran vestíbulo, y sale hacia la luz del sol.

Capítulo veintiséis

Rhen

Hay niños en el castillo.

Son ruidosos.

Y parecen estar en todos lados al mismo tiempo. Están encantados con la música que llena los pasillos, fascinados con los dulces y los pastelitos que aparecieron con el té del atardecer. Freya pareció asustada al principio, pero finalmente también acabó encantada con todo; sus ojos parecen asombrados mientras intenta calmar a los niños.

No creí que me importara, pero sus risas resultaron ser un recordatorio de mi vida anterior, así que busco un silencio relativo en la sala de entrenamiento, donde Grey está practicando con Jamison. Lo único que suena aquí es el choque del acero.

El sudor aplasta el pelo de Jamison, que respira agitado, pero ha estado defendiéndose bien. Esperaba que el no tener un brazo afectara su equilibrio, pero parece haber aprendido a compensarlo. Lucha como un soldado, agresivo y letal en la ofensiva. Los soldados del Ejército del Rey están entrenados para matar con rapidez. La Guardia Real está —*estaba*— entrenada para desarmar e inhabilitar primero. Hace de este un enfrentamiento interesante.

Grey se lo tomó con tranquilidad al comienzo, pero ya no se refrena. Cuando Jamison se queda atrás, Grey aprovecha y avanza para enganchar la espada del soldado con la empuñadura de la suya. El arma abandona la mano de Jamison. Creo que ese será el final, pero el soldado es rápido. Alza su daga y bloquea el siguiente ataque de Grey.

Grey levanta una mano para detener el enfrentamiento. Con la cabeza, señala la espada, que sigue en el suelo.

—Otra vez.

Han estado haciendo esto durante más de una hora. La respiración agitada de Jamison llena la sala vacía, pero asiente y va a buscar su arma.

La voz de Lilith viene desde las sombras que hay detrás de mí.

—Príncipe Rhen, veo que has encontrado un juguete nuevo para el Comandante Grey. Debe estar contento.

Nunca estoy verdaderamente sorprendido cuando decide aparecer... especialmente no ahora, cuando me he atrevido a tener una mínima esperanza.

Necesito jugar a esto con mucho cuidado.

—Y hay niños en el castillo. —Lilith da un aplauso—. Qué divertido.

Doy media vuelta. Se encuentra en la oscuridad. Apenas es visible más allá del destello de luz en sus ojos.

—Dijiste que no interferirías —le digo.

—No estoy interfiriendo. Estoy observando.

—Estás interfiriendo *conmigo*.

Alza las cejas, pero después sonríe burlonamente.

—Su Alteza, no pareces centrado hoy. ¿No has encontrado el amor verdadero en esa zaparrastrosa?

—Sabes que no. Si esta es mi última estación, no me quedaré mirando cómo Emberfall arde en llamas hasta que no haya nada más que pueda hacer.

—¿Y qué hay de tu querida, dulce, maltrecha joven? —Lilith presiona un dedo contra sus labios y su voz baja a un susurro—. Oh, Su Alteza, ¿se ha enamorado del Comandante Grey? Dime, ¿no te parece que es una extraña ironía que tu experimentado guerrero termine emparejado con una chica que casi no puede caminar con gracia?

—No. —Mi voz es de aburrimiento—. Ella me ha pedido que le consiga un

encuentro contigo. Quiere explicarte por qué necesita regresar a casa.

—¿Un encuentro *conmigo*?

La voz de Lilith es susurrante, y no puedo determinar si esto la impresiona o la enfurece. Si es furia, debe calmar su ira. Mejor que la dirija hacia a mí que hacia Harper.

—Sí. —Levanto un hombro, como desinteresado—. No he encontrado razón alguna para mantenerte en secreto. —Detrás de mí, suena un choque de espadas—. Si no te importa, me interesa ver este duelo.

Sin esperar una respuesta, me vuelvo hacia la barandilla que se encuentra frente a la pista.

Siento una opresión en el pecho. Prometí hacer esto por Harper, pero es como si hubiese jurado organizar un encuentro entre un ratón y un león.

Lilith camina y se detiene a mi lado, pero no dice nada. Grey y Jamison luchan en el centro de la sala, aunque ya no hay elegancia en ello. El manejo que hace de la espada el soldado ha cobrado un aire desesperado, pero sigue peleando.

Finalmente, Lilith comenta:

—Deberías tener piedad con este hombre, príncipe Rhen. Grey lo destrozará.

Tiene razón, pero no interferiré. Estoy librando mi propia batalla aquí, en el banquillo.

—¿Quieres hablar de piedad, Lady Lilith? Eso sí es una extraña ironía. —Le echo una mirada—. Si no te interesa encontrarte con Harper, vete de aquí. No tengo tiempo para ti.

—No me vas a decir qué hacer, Rhen. ¿Debo recordarte nuestros roles?

Las palabras me golpean con fuerza. Le dije algo similar a Harper. Oírlas de Lilith me hace desear poder retractarme.

—No necesito ningún recordatorio —le espeto y me vuelvo para encararla—. Me has maldecido. Has maldecido a mi reino. Si ya te has aburrido de tu juego, termínalo. Si no estás dispuesta a devolver a Harper a su casa, entonces

retírate.

—¡Cuánto fuego! Príncipe Rhen, ha pasado bastante tiempo desde que vi tu temperamento. Debo decir que extrañaba tu espíritu. —Alza una mano y da un paso adelante, estirándose como para tocar mi pecho.

La punta de una espada aparece contra el suyo.

—Mantendrá su distancia —dice Grey. Su respiración casi no está agitada y, aunque el sudor le ha mojado el pelo su espada no vacila.

Lilith apenas le echa un vistazo.

—Esto no te concierne, Comandante —responde ella—. *Tú* mantendrás la distancia.

Grey no se mueve. La punta de su espada tampoco.

Ahora sí que lo mira.

—¿Todavía no has aprendido que tu espadita no puede matarme?

—He aprendido que puede causarte dolor.

Sí. Lo ha aprendido. Nunca termina bien para él.

Lilith mueve la mano como para tocar su filo. No tengo ni idea de qué planea hacer, si transformará su espada en acero fundido o si hará que se clave a través de él o si, quizás, la hará girar para que nos rebane a ambos.

Pero la espada de Jamison aparece contra su garganta y la obliga a levantar el mentón.

Se queda helada. Sus ojos se dirigen hacia el soldado.

—No tienes nada que ver con esto. No quieres discutir conmigo.

Jamison se mantiene firme. Está agotado, pero su espada tampoco vacila.

—Reconozco a un enemigo cuando lo veo.

Los ojos de Lilith, llenos de furia, se fijan en los míos.

—Os destruiré a ambos —sisea.

—Bajad vuestras armas —les ordeno de inmediato. No le quito los ojos de encima—. No lastimarás a mi gente.

Sus espadas bajan. Jamison retrocede un paso, pero Grey permanece a mi

lado.

Lilith se acerca más.

—Dile a tu otro hombre que nos dé privacidad o lo destruiré.

—Jamison —digo—. Ve. Espera en la armería.

Él duda un instante, luego responde:

—Sí, Su Alteza. —Y con eso se retira.

—Yo tengo el poder aquí —sostiene Lilith—. Recuérdalo, príncipe Rhen.

—No lo he olvidado.

—¿Por qué me pides que devuelva a la chica? No te beneficia en absoluto que me la lleve.

—No me ama. Su madre se está muriendo. Me has maldecido a mí, no a ella. Me parece cruel negarle los últimos días con su madre. —Mantengo una voz aburrida. Desinteresada. Si demuestro algo más, Lilith lo usará en mi contra.

Considera esto durante bastante tiempo.

Finalmente, sus ojos van hacia Grey.

—Busca a la joven, Comandante.

Grey no se mueve.

Lilith da un paso adelante y con sus dedos acaricia el pecho de Grey.

—No me gusta que me ignoren —susurra cuando llega a la piel de su garganta—. Podría arrancar los huesos de tu cuello mientras él mira.

—Harper ha llegado a confiar en él —le digo—. No reaccionará bien a su pérdida. Has jurado no interferir.

—¿Quién ha hablado de matarlo? —Sus uñas presionan la piel y brota una perla roja.

—Comandante —ordeno—, vaya.

—Sí, milord. —No le gusta pero obedece. Grey se dirige al pasadizo que lleva al palacio.

Lilith se mueve para quedar justo delante de mí. Sus ojos están llenos de irritación.

—No me gusta esto —dice—. Buscas engañarme de algún modo.

—Este no es un pedido mío. Como dijiste cuando Harper llegó, ella es una rara elección. Si su hogar la llama con tanta fuerza, no la mantendré atrapada aquí. Nunca me amará si la mantengo prisionera.

Lilith se acerca tanto que siento el peso de sus faldas contra mis piernas.

—Ay, ¿tan altruista te has vuelto? He escuchado que muchos hombres lo hacen cuando el final está cerca. Un intento por enmendar sus errores, supongo.

No digo nada.

Cruza los brazos y me mira de arriba abajo. En otra mujer, hubiese sido un gesto femenino.

—Hay una parte de mí que echará de menos esto.

—Ninguna parte de mí lo hará —respondo.

Su mano se levanta perezosamente y, con un dedo, traza una línea hacia abajo por el centro de mi pecho.

—¿Estás seguro, Príncipe Rhen?

Con esas palabras, comienza el dolor.

Capítulo veintisiete

Harper

Me estoy escondiendo de mi dama de compañía. Freya y sus niños comparten la habitación contigua a la mía, y ella ha llamado a la puerta al menos tres veces en la última hora.

«Preparo un vestido para esta noche, milady?».

«¿Le asisto con el baño, milady?».

«Milady, el té ha aparecido en la sala de estar. ¿Quiere que lo sirva?».

Hizo esta última oferta con una mezcla de asombro y miedo.

He rehusado todo. No estoy acostumbrada a que la gente me sirva… y fingir ser una princesa para detener la destrucción de una posada parece muy diferente a dejar que alguien cepille mi pelo.

Golpean a la puerta mientras estoy a mitad del retrenzado de mis rizos.

—¡Estoy bien! —grito—. ¡No necesito nada!

—Milady. —Es la voz de Grey, baja y seria, aún más apagada por la pesada madera de la puerta—. Su Alteza solicita tu presencia.

Me sujeto la trenza y voy hacia la puerta. Es alto y amenazante, prácticamente todo el tiempo, pero ahora mismo su cara es una máscara de tensión.

—Ha ocurrido algo —digo.

—Lady Lilith ha aceptado hablar contigo.

La sorpresa dispara mis latidos al doble de velocidad.

—¿Ahora?

—Sí. —Su voz indica que no está contento con esto. Eso me pone más

nerviosa que todas las advertencias de Rhen.

Trago.

—Déjame ir a por mis botas.

Grey me guía por las escaleras donde encontré a Rhen ayer. Tengo que darme prisa para seguirle el paso, pero no quiero decirle que baje la velocidad.

—¿Están en la cocina?

Me echa una mirada.

—En la sala de entrenamiento.

El miedo y la excitación libran una batalla para ganar terreno en mi pecho. En diez minutos podría estar de vuelta a Washington D. C. Podría estar ahí para mi madre. Podría estar ahí para Jake. Todo esto podría acabarse.

En el fondo de mi cabeza, siento una punzada de remordimiento. Estoy abandonando a esta gente. Estoy dejando a Emberfall a su suerte... y nunca sabré qué ocurrió. La princesa Harper de Dese desaparecería. Este pueblo quedaría a merced de la maldición y del monstruo.

Pero esta maldición no es mi culpa. No tengo nada que ver con este lugar. No tengo ninguna obligación para con ninguno de ellos.

La culpa no retrocede. De hecho, parece aferrarse con más fuerza.

—Grey. —Lo sujeto del brazo, mis uñas se clavan en el cuero abrochado alrededor de su antebrazo. Ha reemplazado el cuchillo que perdió contra el soldado de la posada. El acero de la empuñadura está frío contra mi mano—. ¿Rhen le dijo a ella lo que quiero?

Se detiene y me mira. El pasillo es silencioso alrededor de nosotros y está lleno de sombras, arrojadas por la luz parpadeante de las velas.

—Sabe lo que has solicitado. Ha aceptado escuchar tu pedido.

—¿Crees que me enviará a casa?

—Creo que hará lo que sea que cause el mayor daño.

Una flecha de terror atraviesa toda esperanza.

—¿A mí? ¿O a Rhen?

—A él. —Hace una pausa y su voz es resignada—. Lo que podría obrar a tu favor.

Su tono de advertencia es escalofriante, y nada en esas palabras trae alivio.

Una puerta de metal ornamentado espera al final del pasillo, flanqueada por grandes lámparas de aceite. Grey se estira para sujetar el picaporte y la abre por completo.

El suelo se convierte en tierra y estamos en un enorme espacio abierto. Las paredes a mi izquierda están forradas de armas, desde espadas y hachas hasta lanzas y jabalinas. El techo se extiende a dos pisos de altura, sostenido por vigas de madera cruzadas, pintado de blanco. La luz del atardecer atraviesa el espacio desde arriba.

En el centro de la sala se encuentra la mujer más bella que haya visto jamás. Es casi demasiado deslumbrante como para quedarse mirándola, desde el brillo de su pelo negro al satén lleno de joyas de su falda.

A sus pies, de rodillas, con una mano apoyada en el suelo, está Rhen.

Está escupiendo sangre.

La habitación llena de tripas destella frente a mis ojos. Intentó advertirme sobre Lilith todo este tiempo, y yo no lo entendí.

—¡Detente! —grito—. ¿Qué le estás haciendo? ¡Detente!

No me doy cuenta de que estoy corriendo hasta que Grey me atrapa. Sus brazos envuelven mi cintura y me sujetan contra él. Habla en voz baja y tranquila contra mi oído.

—Puede matarte sin pensarlo, milady.

Lucho contra él. Mi voz se quiebra en un sollozo.

—Lo está matando *a él*.

—¿Matarlo? —La mujer se ríe e incluso eso es hermoso en ella, de un modo chirriante, resplandeciente, como un conjunto de campanas desafinadas—. Jamás lo mataría. —Baja la vista a Rhen. No la veo moverse, pero él se sacude y suelta un sonido bajo, profundo. Tose más sangre sobre el suelo.

No tenía idea de que ella sería así.

Rhen ahora abraza su estómago. Su respiración jadeante hace eco por la sala.

—Basta —suplico—. Por favor, basta ya.

—Recuerda esto, joven. Recuerda con cuánta facilidad cae el príncipe.

No hay riesgo de que lo olvide. Forcejeo contra la sujeción de Grey.

Lilith me observa. Su cara es juvenil; sus ojos, cristalinos y vibrantes. Da un paso hacia Rhen y él intenta retroceder.

—No importa cuánto poder te haga pensar el príncipe heredero que posee; en realidad, es insignificante.

Redoblo mis esfuerzos por soltarme. No tengo ni idea de qué puedo hacer, pero sé que no puedo quedarme tan solo mirando.

—Grey —exclamo—, tenemos que ayudarlo.

Es demasiado grande. Demasiado fuerte. Sus brazos rodean mi tórax y mis pies apenas rozan el suelo.

—No podemos —responde.

—¿Crees que nuestro príncipe no puede aguantar el dolor? —pregunta Lilith —. ¿Has escuchado eso, Rhen? Cree que eres débil.

Niego furiosamente con la cabeza. Pienso en lo que Jake tiene que hacer para mantenernos a salvo. Pienso en los hombres que solían enviarle «recordatorios» a mi padre. Jamás pensé que vería algo aún más terrible. Estaba equivocada.

—Por favor —suplico—. No es débil. Por favor, basta.

—Te aseguro que he tenido tiempo para encontrar sus límites. Esto no es nada.

No quiero ver sus límites.

Rhen vuelve a toser con un dejo húmedo, y presiona su frente contra el suelo. Tanta sangre ha tosido que hay un charco oscuro bajo su mentón.

Lilith se estira y sujeta un puñado de su pelo. Tira de él, y de alguna manera

lo yergue. Espero verlo enfurecido. Desesperado. Aterrado, quizás.

En lugar de eso, está resignado. Sus ojos no se enfocan en nada. No se enfocan en Grey. Y desde luego, no en mí.

—Tengo entendido que tienes un pedido para mí —dice Lilith.

Apenas puedo procesar sus palabras. No puedo dejar de mirar a Rhen.

—Por favor, para. —Mi voz se quiebra—. Por favor, deja de lastimarlo.

—¿Ese es tu pedido?

Me quedo helada. Ese no es mi pedido, pero ahora mismo haré lo que sea para detener esto.

Lilith sacude la cabeza de Rhen para levantarlo aún más, y él hace una mueca de dolor.

—Ella *suplica* por ti, Rhen. Y tú me pides que la envíe a casa. Eres muy estúpido.

No. Yo fui la estúpida.

—Haz tu solicitud —dice Lilith—. Comienzo a aburrirme, niña. Y Rhen sabe lo que pasa cuando me aburro. —Tira de su cabeza hacia atrás. Rhen suelta un sonido que no quiero volver a oír nunca.

No sé qué está pasando con mi madre y mi hermano, pero lo desconocido no puede competir con lo que está haciendo justo delante de mí. Fuerzo el brazo de Grey, tratando de usar las hebillas de palanca. No me suelta.

Rhen vuelve a toser. Lilith estira la mano que tiene libre. Un punto de sangre aparece donde los dedos de la bruja tocan su cuello. Rhen se lanza hacia atrás, pero ella lo sujeta en el sitio.

Mi mano se desliza por la empuñadura de uno de los cuchillos de lanzamiento de Grey. Libero el filo. Lo sujeto tal como me enseñó Grey.

«Más suelto».

Lo lanzo directo a Lilith.

El filo vuela derecho, pero solo le roza la falda antes de clavarse en la tierra de detrás.

Lilith dispara la cabeza para mirarme. Espero ver furia en sus ojos, pero solo hay sorpresa.

Suelta a Rhen, que cae en el suelo. Su respiración es jadeante. Ahora su frente no está presionada contra la tierra. Ha girado la cabeza para mirarme.

Lilith se aleja de él y recoge el cuchillo que le he lanzado. Cuelga entre sus dedos; el metal se mece ligeramente y atrapa la luz.

—Has desgarrado mi vestido —dice.

—Estaba apuntando más alto —respondo—, pero aún estoy aprendiendo.

—Quizás necesites una demostración.

—Lilith. —Habla Rhen, su voz está quebrada, ronca—. No puedes lastimarla. Juraste que jamás ibas a interferir con las chicas.

Lilith no deja de acercarse a mí. Es tan elegante que podría estar flotando sobre la tierra de la pista.

—Me ha lanzado un cuchillo, Su Alteza. Yo no he interferido. Ella lo ha hecho.

Rhen está tirado en el suelo, agachado sobre un charco de su propia sangre. Hace mucho más aterrador el acercamiento de Lilith. Pienso en la manera en que mi madre enfrentaba a los que amenazaban a mi padre y, después, los tratamientos para el cáncer. Conozco el dolor. Al igual que mi madre. Lo he vivido. He observado a mi madre atravesarlo. Puedo atravesar esto.

Aprieto los dientes.

—Grey. Suéltame.

Lo hace, pero no se va de mi lado.

Lilith levanta las cejas.

—Impresionante. El Comandante Grey no me hace caso. Veo que *tú* lo has hecho obedecer.

Su voz hace que quiera estremecerme. Me niego a darle la satisfacción.

—No es un perro.

—Si uno no es el perro, uno es el amo, y Grey ciertamente no da las órdenes.

—Hace una pausa—. ¿Qué rol juegas, niña?

—No tengo ni idea, pero sé cuál es el tuyo. —La miro con furia—. Aunque tengo otro nombre para eso.

Lilith se queda inmóvil. Toda diversión ha desaparecido de su cara.

Rhen ha logrado ponerse de pie.

—No puedes hacerle daño —afirma—. Lo juraste.

—Juré no matarlas —responde Lilith—. Juré no interferir en tus intentos por conquistarlas. —Da un paso hacia mí—. Eso —concluye— es todo lo que *juré*.

A mi lado, Grey desenfunda su espada.

Lilith no lo mira. Tampoco hace ningún movimiento hacia mí. Sus ojos están fijos en los míos.

—¿Deseabas pedirme volver a casa? ¿Eso es todo?

Trago saliva.

—Sí. —Pero ahora no quiero pedirle nada.

—¿Y eso es todo lo que quieres?

—Sí. —Mi voz es suave.

—¿Acaso no ves mi poder? —Da un paso más hacia mí—. ¿Y si pudiera terminar el tormento de tu cuerpo roto?

—No —dice Rhen. Se tambalea hacia adelante—. Harper, lo que ofrece viene con un precio.

—Mi cuerpo no está roto —sostengo.

—Me diviertes, niña. ¿Qué hay del cuerpo de tu madre? ¿Consideras que *el de ella* lo está?

Me quedo muy quieta. Mis ojos se humedecen contra mi voluntad.

—¿Sabes algo de mi madre?

—He ido a verla. —Un pausa densa, cruel—. Cree que soy un ángel. Cree que puedo calmar su dolor. Tal vez pueda.

—No —dice Rhen—. Harper, el precio será más alto que perderla…

—¿Y mi hermano? —Una lágrima se derrama por mi mejilla—. ¿Está bien?

—Ah, tu hermano. El gran esbirro. Es un hombre violento. Sus talentos me resultan admirables.

—Está vivo. —Mi voz se quiebra.

—Ah, sí, está vivo —responde—. Pero lejos de estar bien.

—Por favor —susurro—. Por favor, déjame ayudarlos.

Se acerca otro paso. Su mano libre se estira para tocar mi mejilla. Me sobresalto y espero una llamarada de dolor, pero su mano es fría. Casi maternal.

—Pobre niña. No sabes nada de este lado. Es tan injusto que el príncipe Rhen te haya atrapado en esta maldición.

Mi respiración se entrecorta.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—No. —Su expresión se pone tensa—. Si quieres pedirme favores, necesitas aprender a respetarme.

En ese momento, levanta el cuchillo y lo pasa por el lado opuesto de mi cara.

El movimiento es tan repentino e inesperado que no me doy cuenta de lo que ha hecho hasta que desaparece. Se ha desvanecido.

Entonces siento el ardor. El escozor al encontrar mis lágrimas el camino hacia la piel abierta. Llevo una mano a mi mejilla.

Está mojada. Viscosa. Puedo sentir los bordes en mi piel donde ella me ha cortado.

Suelto un gemido. No puedo respirar. Un hilo húmedo baja serpenteando por mi cuello.

Rhen se ha abierto camino hacia mí.

—Debemos llevarte al palacio. —Tiene la voz áspera y agotada.

—Me ha cortado —digo. El dolor se ha afianzado como un fuego que enciende todo el lado de mi mejilla.

Rhen sujeta mi brazo. Tiene manchado el rostro de sangre, así como

también la chaqueta. La tierra se ha pegado a ella en algunos lugares. Está tan pálido como yo me siento.

—Por favor, milady. Hay mucha sangre.

Estoy temblando. Me agito con tanta fuerza que apenas me puedo mantener quieta. Tengo la mano completamente roja y resbaladiza.

—Hay suministros en la armería —señala Grey.

—¿Suministros? —Mi propia voz parece venir desde lejos.

—Necesita puntos. —La voz de Rhen suena como si estuviera debajo del agua, lenta y letárgica—. Milady, por favor, permíteme…

No puedo dar permiso. No puedo hacer nada.

Mi vista se vuelve negra.

Capítulo veintiocho

Rhen

Nunca he pasado la noche haciendo vigilia a los pies de una cama.

Cuando era más joven, lo hubiese considerado algo pesado y aburrido —si alguna vez hubiese tenido que considerarlo: nunca tuve que hacerlo— y, ahora, probablemente no sea necesario. La herida de Harper podría haber sido mucho peor: el cuchillo podría haber llegado a su cuello, o haberle rebanado el músculo del brazo. Podría haber perdido un ojo.

Harper se despertará. Sobrevivirá. Tiene una dama de compañía que podría quedarse sentada junto a su cama. No es necesario que yo esté aquí.

Pero descubro que no puedo irme.

Ironrose nunca pareció tan silencioso. El silencio oprime el aire alrededor de nosotros, roto solo por el suave crepitar del fuego y la respiración lenta y regular de Harper. No hay música en el Gran Salón esta noche, y lo agradezco. Estudio la línea ligeramente arqueada que cruza su mejilla, los veinte puntos que mantienen cerrada su piel. Una herida furiosa que parece fuera de lugar en la suave curvatura de su cara.

Las palabras que dijo en la sala de entrenamiento no dejan de repetirse en mi cabeza, llenas de la emoción que rompía su voz.

«Por favor, basta. Por favor, deja de hacerle daño».

Y la respuesta de Lilith.

«*Suplica* por ti, Rhen».

En lugar de huir de lo que vio, Harper desenvainó el arma de Grey.

Esta parece la estación más cruel de todas. Me presenta una chica con la

suficiente ferocidad para estar a mi lado, pero con un hogar y una familia que la necesitan.

Un leño restalla en el fuego y se deshace en una breve ráfaga de cenizas. Harper se mueve y respira hondo. Sus ojos pestañean hasta abrirse. Abre y cierra los ojos unas pocas veces antes de enfocarse en mí.

—Rhen. —Su voz suena ronca y cansada—. ¿Qué...? ¿Dónde...? —Hace una mueca de dolor y se lleva una mano a la cara.

Agarro su muñeca, pero con suavidad. Freya le aplicó un ungüento para el dolor, pero advirtió sobre la posibilidad de una infección.

—Quédate quieta. No quieres que los puntos se suelten.

—Entonces, realmente ocurrió. —La voz apenas se le escucha.

—Sí. —No ha apartado su mano, y su muñeca descansa en la mía, su pulso golpeando mis dedos con suavidad.

Se queda mirándome y no puedo hacer otra cosa que sostenerle la mirada. Mis encuentros con Lilith han sido una fuente de humillación privada durante... siempre. Un infierno eterno que solo he compartido con Grey.

Y, sin embargo, Harper todavía no ha visto lo peor de mí.

Rompo el contacto visual y observo el fuego. Ahora que está despierta, haber esperado aquí me parece un error. Me siento como en carne viva, demasiado expuesto.

—¿Quieres que llame a Freya?

—No. —Se mueve e intenta rodar hacia mí—. Necesito... Necesito sentarme.

—Ve despacio. Has estado durmiendo durante horas.

Desliza la muñeca fuera de la sujeción de mi mano y hace un esfuerzo por enderezarse. Presiona su abdomen con un brazo y cierra los ojos.

Unos momentos después, su respiración comienza a aquietarse.

—Me late la cabeza.

—Te dimos una dosis de éter somnífero —explico, aunque también podría ser por la pérdida de sangre. Su piel está más pálida que de costumbre—. Nos

preocupaba que te despertaras cuando te estaban cosiendo.

Traga saliva y sus ojos se abren un poco más. Pasan de centrarse en mí a la chimenea, las ventanas, los tapices que cubren las paredes.

—Esta no es la habitación de Arabella.

—No. Es la mía. —Hago una pausa—. Temí que, al estar tan cerca, los niños no te dejaran dormir.

Baja la vista para mirarse. Una repentina tensión parece apoderarse de su cuerpo.

—Y esto… esto no era lo que tenía puesto.

—Freya —le aclaro—. Te trajo una camisa nueva. La tuya estaba… bastante manchada.

—Ah.

Durante un momento, mis emociones no saben dónde posarse. Quiero sentarme al lado de ella y ofrecerle mi gratitud, contarle que ninguna otra joven se había arriesgado por mí jamás. Quiero esconderme y no saber lo que vio. Quiero luchar. Quiero probar que no soy vulnerable.

Ha visto la verdad.

Los ojos de Harper se alzan para encontrar los míos.

—Quiero verme. ¿Tienes un espejo?

—Sí. —Me pongo de pie despacio y después, por costumbre, le extiendo una mano. Espero que la rechace por completo.

No lo hace. La sujeta, sus dedos envuelven los míos, y se pone de pie.

Tras hacerlo, no me suelta.

Está a menos de medio metro de distancia de mí. Tengo tantas ganas de tocar su cara, de susurrar mis pensamientos contra su piel. Esta tortura es casi tan mala como la que padecí en la sala de entrenamiento.

—¿Firme? —pregunto con suavidad.

—Lo suficiente. —Su paso se arrastra detrás de mí y la llevo a mi vestidor, que tiene un espejo en el rincón.

Cuando nos detenemos delante del cristal, se queda estática, en silencio, con expresión apagada. Tiene el pelo suelto: sus rizos caen en cascada desordenadamente sobre su hombro. Se observa, sus ojos clavados en la herida. La incisión está furiosamente roja, pero limpia. La medicina que le aplicó Freya ha frenado la inflamación.

Harper suelta mi mano y se acerca aún más, hasta que su respiración empaña ligeramente el cristal. Traga saliva y apoya las yemas de sus dedos en el espejo.

—Los puntos son más pequeños de lo que esperaba.

—Tu dama de compañía tiene una mano firme.

Da media vuelta para mirarme.

—¿Freya lo hizo?

—Así es. —Hago una pausa—. Fue bastante enérgica, de hecho. Le gritó al Comandante Grey.

—¿Le gritó a *Grey*? —Los ojos de Harper se agrandan.

—Le arrancó la aguja de la mano.

—¿Qué le dijo?

Hablo fuerte e imito la voz cantarina de Freya.

—«¡No pondrá suturas de campo en la *cara* de milady! ¡No es un soldado *cualquiera*!».

Una sonrisa se asoma en los labios de Harper.

—Eso es increíble.

—Es bastante protectora. —Hago una pausa—. Creí que iba a sacarlo de la oreja.

Eso la hace reír, pero entonces sorbe aire, dolorida, y se lleva una mano a la mejilla. Sus ojos se humedecen. Respira lenta, temblorosamente, para luego calmarse a sí misma.

—Ven. —Sujeto su mano otra vez y vuelvo a asombrarme de que me lo permita—. Deberías sentarte.

La llevo a un sillón frente al fuego.

—¿Vino?

Niega con la cabeza.

—¿Agua?

—Bueno.

Hay una jarra apoyada en una mesa baja, cerca de la cama. Sirvo un vaso para ella y una copa de vino para mí.

Mis movimientos son lentos. Harper los observa.

—¿Estás… bien?

La pregunta es conmovedora y humillante al mismo tiempo. Me acomodo en un sofá al lado de ella.

—Lilith es bastante buena descubriendo formas de causar el mayor dolor sin provocar un efecto duradero.

Harper mira el fondo de su vaso.

—Creí… creí que iba a matarte.

—Si me mata, se termina su diversión. —Bebo un sorbo de mi copa y siento cómo el ardor baja a través de mí. Le doy la bienvenida al entumecimiento que vendrá detrás—. Prefiere ver cómo le ruego que me mate.

Harper traga ante esa información.

—Había visto… había visto cosas horribles antes. Pero no… —titubea y se estremece—. No podía que… No podía… —Se atraganta con su propia voz y se detiene—. No podía quedarme mirando.

—Milady. —La emoción en su voz hace que la mía se ponga ronca—. Lo que hiciste por mí… —Descubro que no tengo palabras y aparto la mirada—. Lamento que te hayan herido de forma tan… permanente.

Eso parece estabilizarla pero, al mismo tiempo, se hunde en sí misma.

—¿Por qué no hizo nada Grey? ¿Por qué se quedó ahí, parado?

—Al principio, Grey intentaba detenerla. Pero ella encontraba formas creativas de forzarlo a mirar. Le cortaba los tendones, le rompía las

extremidades… una de sus favoritas era sujetarlo con su propia espada a la pared de la sala…

—Para. Por favor. —Harper levanta una mano.

—Oh. Lo siento. —Aparto la mirada—. He aprendido a llamar su atención y a mantenerla en mí. Lo que hace conmigo es bastante malo. Lo puedo soportar. Pero no puedo observar cómo le inflige dolor a mi pueblo.

Nos quedamos en silencio otra vez, mientras observamos el fuego. Estoy todo el tiempo esperando que me pida que me vaya, pero no lo hace.

Después de un rato, algo se mueve a mi izquierda y vuelvo la vista para encontrarla limpiándose las mejillas. Las lágrimas han rodado por su cara para acumularse en las suturas, lo que las hace brillar con la luz del fuego.

—Milady. —Me muevo hacia el borde de mi silla.

Pese a sus lágrimas, su voz es firme.

—Soy tan estúpida… Me avisaste, pero no me di cuenta de que te referías a esto.

—Eso no es estupidez —digo.

—Es algo bastante parecido. —Su voz es monótona y lúgubre—. Fastidié mi oportunidad.

Por mí. Arruinó su oportunidad por intentar ayudarme.

—Tendrás otra. Lilith regresará. Nunca desaparece durante demasiado tiempo.

—Y entonces, ¿qué? ¿Miro cómo lo hace otra vez? —Me observa con furia, su expresión es ahora más feroz debido a la herida en su rostro—. No sé qué puedo hacerle, pero no me quedaré ahí parada. No puedo.

—¿Qué le ofrecerás para que se detenga? ¿Qué le ofrecerás para que abra un pasaje a tu hogar?

—Lo que sea. —Su respiración se entrecorta—. Por dios, Rhen. *Cualquier*…

—¡No! —Mi voz es aguda y ella se sobresalta. Pongo un dedo sobre sus labios—. *Jamás* hagas una oferta abierta, milady. Ni por tu familia. Ni siquiera

por ti. Muchos menos por mí.

Me mira por encima de mi mano, hasta que me siento un idiota y la aparto.

—No me malinterpretes —digo, con la voz ronca—. Cuando negocias, debes saber cuánto estás dispuesta a perder. Si quieres ofrecer todo lo que tienes, debes estar preparada para que lo tome.

—¿Eso es lo que tú hiciste? —pregunta en voz baja.

Miro fijamente el fondo de mi copa y recuerdo la primera noche, cuando creí que Lilith era tan solo otra pretendiente. La primera mañana, cuando Lilith me destrozó. Cuando destrozó a Grey.

Mientras yacía roto y ensangrentado en el suelo, amenazó con destruir a mi familia. Amenazó con empezar por mis hermanas, extremidad por extremidad.

En retrospectiva, debería haber dejado que lo hiciera. Ahora solo yo cargo con la culpa.

Harper me observa, esperando una respuesta. Termino el vino de un solo trago.

—Sí.

Piensa en eso por un largo rato. Cuando habla, su voz es apagada y lisa.

—Entonces, tengo una pregunta.

Ahora mismo, en este momento, le daría todo mi reino si me lo pidiera.

—Adelante.

—¿Aún crees que tu plan funcionará?

—Así es. He enviado a Grey y Jamison a la posada para que verifiquen si ha regresado algún soldado de Syhl Shallow.

Alza las cejas.

—¿Al final Grey lo contrató?

—Aún no. Pero Jamison parece dispuesto. Y leal. Cree que Lilith trabaja con Karis Luran. Se ofreció a hacer guardia en la posada durante la noche, aunque no creo que vaya a haber más problemas con esos soldados.

—¿Por qué no?

—Porque no atacaron anoche. Tranquilamente podrían haber regresado con refuerzos. Supongo, sin embargo, que se han retirado para enviar un mensaje a su reina y para esperar más instrucciones. Eso llevará varios días. Probablemente semanas. Estamos a mitad del invierno en Emberfall, y Syhl Shallow queda al otro lado de la cordillera.

Harper piensa en ello.

—¿Podría Lilith meterse en el medio?

—Por supuesto. Ya sospecha que estoy intentando engañarla de algún modo.

Harper señala su mejilla.

—Y esto ¿cómo va a afectar mi parte?

—¿Aún quieres proseguir como la princesa de Dese?

—Ciertamente no voy a quedarme sentada aquí sintiendo pena por mí misma. —Hace una pausa y se evapora algo del fuego en sus ojos—. Cada vez que me quedo quieta, pienso en mi madre.

—Lo desharía si pudiese —digo con suavidad. Tengo muchas ganas de estirarme y tocarla, pero me ha dejado muy claro sus sentimientos—. Te lo juro.

—Te creo. —Su voz es igual de suave, pero se endereza—. Suficiente. En serio. ¿Qué vamos a hacer?

Frunzo el ceño. No logro determinar si se está menospreciando o si está siendo práctica.

Sus ojos se entornan.

—Estoy segura de que ya has pensado en algo.

—¿Como que podemos decirle a la gente que la princesa se enfrentó a la malvada hechicera de Syhl Shallow y logró ahuyentarla sufriendo solo una herida menor? Sí, milady. He pensado en algo. —Hago una pausa—. Si aún estás dispuesta a hacerlo.

—Lo estoy.

—Entonces, cuando Grey regrese, haré que envíe un mensaje a Silvermoon Harbor para anunciar nuestra intención de visitarlos. Me gustaría ir pasado mañana, si te parece bien.

—Me lo parece.

La observo mientras sopeso mis pensamientos. Parece creer que su herida la hace menos convincente como princesa. La verdad es, mirándola ahora, que nunca se pareció más a una.

—He vuelto a subestimarte —digo finalmente.

—¿Por qué?

—He estado esperando durante horas a que te despiertes —explico—. Estaba seguro de que esto… te rompería.

Frunce el ceño y mira el fuego.

—Esta no es mi primera cicatriz, Rhen. No era perfecta antes. Lo superaré. —Sus ojos vuelven a encontrar los míos—. ¿Has dicho que has pasado horas sentado aquí?

—Sí. —Hago una pausa—. ¿No estás enfadada por lo que ha hecho Lilith?

—Oh, estoy furiosa. Pero no por mi cara.

—Entonces, ¿por qué?

Su voz se llena de acero.

—Estoy furiosa por haberme *equivocado*.

Capítulo veintinueve

Harper

La mañana en que tenemos programado partir hacia Silvermoon, dejo que Freya arregle mi pelo. Entra con una taza de té y me da pena decir que no a su oferta. No dejo de pensar en el comentario de Rhen sobre que fue muy protectora. Con mis esfuerzos por ser autosuficiente la he estado alejando. Hasta que oí que se enfrentó con Grey, realmente no me había dado cuenta de que se puede ser fuerte y complaciente al mismo tiempo.

Así que me siento frente al tocador de Arabella y Freya se detiene detrás de mí mientras, en silencio, pasa el cepillo por mis rizos. El bebé está envuelto y durmiendo en la habitación de al lado, pero no he visto a los otros niños. La piel de Freya está impecable y sus ojos brillan. La expresión como de estar al borde del pánico, que había estado asomándose en su cara desde que la conocí, ha desaparecido. Ayer, aún estaba usando la ropa que tenía en la posada, pero hoy tiene puesto un vestido color lavanda con una blusa de encaje blanco, y su pelo está peinado en dos trenzas gemelas, que ha sujetado hacia arriba en un moño.

—Estás muy guapa —digo.

Sus manos se quedan quietas y ella se ruboriza.

—Milady, muchas gracias. —Hace una pequeña reverencia—. Había tomado prestada ropa de Evalyn mientras nos alojamos en el Crooked Boar, pero no es apropiada para el palacio. Le pregunté al soldado dónde guardaban sus vestimentas las damas de la reina.

Nos quedamos en silencio otra vez y retoma el cepillado. Creí que iba

encresparme el pelo, pero ha usado un producto de alguna de las decenas de botellas esparcidas en el tocador, y los rizos se han suavizado. El movimiento del cepillo es reconfortante. Me hace recordar mi infancia.

Cuando mi madre podía hacer lo mismo.

Sin advertencia alguna, mis ojos se llenan de lágrimas. Presiono los dedos contra mi rostro.

—¡Ay! —Freya deja de cepillar mi pelo inmediatamente—. ¿Le he hecho daño?

—No. —Casi no reconozco mi propia voz—. No. Estoy bien.

Pero no lo estoy. No puedo parar de llorar. Mis hombros comienzan a temblar antes de que pueda evitarlo.

Freya sujeta mi mano. La suya es tibia y me aprieta con firmeza.

—¿Quiere que llame a Su Alteza?

—¡No! No... estoy bien. —Mi voz se rompe. Es obvio que no lo estoy.

Pone una mano en mi hombro y lo frota con suavidad mientras se acerca. Mi mano aún sujeta la suya. Freya no dice nada, pero su cercanía es más reconfortante que cualquier otra cosa que haya sentido en *meses*.

—Mi madre está agonizando —explico. Estoy segura de que esto no es parte del plan de Rhen, pero no puedo seguir derramando lágrimas o terminaré completamente deshecha—. Mi madre está agonizando y yo no puedo estar allí con ella. Y no dejo de pensar... de pensar que se va a morir antes de que yo pueda despedirme.

—Ay... ay, milady. —Freya me envuelve en sus brazos y, de pronto, estoy sollozando contra su falda como una niña.

Esto no es como con Rhen o Grey. Puedo luchar contra mis emociones para que obedezcan frente a ellos. Pero Freya es pura bondad y calidez, y es tan contenida que me permito hundirme contra su cuerpo. No deja de acariciar mi pelo y de susurrar palabras de ánimo.

Un rato después vuelvo a la realidad. No puedo ser Harper hoy. Tengo que ser la princesa de Dese.

Me aparto. He dejado una mancha húmeda en su vestido.

—Lo siento mucho —digo.

Con su pulgar limpia las lágrimas de mis mejillas.

—Venga —dice en voz baja, aunque firme. Endereza mis hombros—. Siéntese. Permítame terminar.

Obedezco. El cepillo vuelve a encontrar mi pelo. Sus manos se mueven lentas y seguras.

—Cuando mi hermana murió —me cuenta en voz baja—, fue muy repentino. No tuve tiempo de despedirme. Pero ella sabía que yo la quería. Y yo sabía que ella me quería a mí. Lo más importante no es el momento de la muerte. Son todos los que vienen antes.

Mis ojos encuentran los suyos en el espejo.

—¿Tu hermana murió?

Asiente.

—Acogí a sus hijos. Pensar en alimentar cuatro bocas fue abrumador, pero sobrevivimos.

La sorpresa elimina parte de la tristeza en mi pecho.

—¿Son hijos de tu hermana?

—La bebé, Olivia, es mía. Acababa de nacer cuando mi hermana fue asesinada. Yo vivía con Dara y su marido, Petor, en la granja, para ayudar a cuidar a Dahlia, a Davin y al pequeño Edgar. —Una pausa—. Pero un día el monstruo atacó Woven Hollow, y Dara y Petor estaban allí para vender mercancía. Y de pronto todos los niños fueron míos.

—El monstruo. —Cada vez que alguien lo menciona, el miedo se hace patente en su voz.

—Sí, milady. —Freya duda—. Cuando esos hombres vinieron a saquear la granja, pensé que el destino finalmente nos había alcanzado a todos. Pero entonces vino usted en nuestra ayuda y ahora estamos aquí, en este lugar encantado. —Hace una pausa—. Realmente no sé qué es a lo que se enfrenta,

milady. No sé nada de su país ni de sus costumbres. Pero sé que su valentía y su bondad parecen ilimitadas. No tengo dudas de que su madre también sabe eso.

Se hace un nudo en mi garganta.

—Vas a hacer que llore otra vez.

—Bueno, al menos quédese quieta para que así pueda hacer su trenza.

Eso me hace sonreír.

—Me alegra que estés aquí, Freya.

—Lo mismo digo, milady. —Comienza a peinarme con sus dedos, son rápidos y seguros—. Siempre me sorprende descubrir que cuando el mundo parece estar en su momento más oscuro, existe la mayor oportunidad para que surja la luz.

El vestido que elige Freya para mí es de color azul marino, pero cada centímetro de costura está entrelazado con plata, y tiene pequeñas piedras que parecen diamantes diminutos adheridas al corsé. Una sobrefalda azul cae desde la cintura y se divide a la altura de la cadera para revelar una cascada de enaguas blancas. Debajo del vestido llevo unas calzas de cuero de becerro y botas de tacón que se amarran hasta las rodillas. Coloca mis rizos en una trenza suelta, serpenteante, que cae por encima de mi hombro, con hebillas enjoyadas a intervalos regulares. Después espolvorea mis párpados con carboncillo negro.

Cuando me detengo frente al espejo, una extraña me devuelve la mirada. Este es el tipo de vestido con el que sueñan las niñas pequeñas, pero mis ojos se concentran en la línea de puntos a lo largo de mi mejilla. Ahora simplemente es fea. Un recordatorio personal de que las acciones tienen consecuencias.

Llevo una mano a mi mejilla para ocultar la imperfección.

Freya sujeta mi muñeca con suavidad y la baja.

—Prueba de su valentía —afirma—. Nada menos. —Sostiene un pequeño

trozo de alambre retorcido que está adornado con algunas joyas. Creo que es un collar hasta que se estira para deslizarlo en mi pelo.

—Freya —susurro—. Esto es... todo esto es demasiado.

Recoge un corte de cuero y piel del arcón que está a los pies de la cama y lo sostiene en alto.

—¿Está muy acalorada? Puede esperar a cruzar el bosque para añadir el abrigo.

No era eso a la que me refería en absoluto. Trago saliva. Hasta ahora, la princesa era algo que considerar en la teoría.

En este preciso momento, la princesa Harper me devuelve la mirada desde el espejo.

Alguien golpea fuerte a la puerta.

—Milady, los caballos ya están preparados en el patio.

Grey. Ha estado haciendo mandados para Rhen, así que no lo he visto desde que enfrentamos a Lilith en la pista.

Freya se dirige a la puerta y la abre.

—La princesa está lista.

Entra en la habitación y siento el instante en que su mirada se detiene en mí. Sus ojos no revelan nada.

Ha cambiado alguna dinámica entre nosotros. No estoy segura de si tiene que ver con la forma en que me sujetó cuando Lilith estaba torturando a Rhen, o quizás con la forma en que robé su cuchillo para detenerla yo misma. De cualquier forma, nuestra relación parece tirante, y no me gusta.

Acaricio mis manos contra el corsé.

—¿Es suficiente?

—¿Suficiente? —Su expresión no cambia—. Hace que quiera tener más guardias. —Echa una mirada a Freya—. La princesa necesita un arma. Busca un cinturón con una daga. Hay varios en el arcón.

—Sí, Comandante. —Se apresura a ir al vestidor.

Frunzo el ceño.

—¿Una daga?

—Debe darle razones a la gente para que lo piense bien antes de acercarse a usted.

Eso es tan genial como aterrador.

Freya regresa con una tira de cuero oscuro y una simple daga. Tiene la empuñadura decorada con algunas flores de piedra, que combinan con la enredadera de flores azules que están bordadas en la vaina. Al dármela, el bebé comienza a llorar en la habitación de al lado.

Me mira como pidiendo disculpas.

—Milady…

—Está bien —digo—, ve.

Comienzo a envolver mi cintura con la correa, pero es demasiado larga y no tiene hebilla.

Me detengo y miro a Grey.

—Sabes que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo con esto. ¿Podrías ayudarme?

Asiente y extiende una mano para pedir el cinturón. Después se acerca para deslizar el cuero alrededor de mi cintura, que envuelve dos veces. Sus hábiles dedos enhebran el cinturón en un nudo que queda chato contra mi cadera, lo que pone el ligero peso de la daga sobre la parte superior de mi muslo.

La tarea lo coloca lo bastante cerca de mí como para compartir el aire que respiramos, pero sus movimientos son rápidos y eficientes. No me mira del todo a los ojos.

—Gracias —digo despacio.

—No es nada, milady. —Hace una pausa—. Me han ordenado que me quede a su lado hoy. Jamison acompañará a Su Alteza.

Suena a que Grey no aprueba esta disposición, pero no puedo decidir qué parte le molesta más: si protegerme a mí o no proteger a Rhen. De todas

formas, no me gusta esta tensión que hay entre nosotros.

—¿Estás enfadado porque robé tu cuchillo? —pregunto en voz baja.

—Siéntase libre de usar todas las armas que llevo. —Su voz es monocorde—. Le enseñé cómo lanzar cuchillos porque lo pidió. No porque espere que los use.

—Me alegra que lo hayas hecho —sostengo—. Hice que se detuviera.

Sus ojos se disparan a mi mejilla.

—¿A qué precio?

Siento que mi cara se acalora.

—Grey, lo que ella le estaba haciendo... era horrible. Nadie se merece eso. —Mi voz se tensiona con una mezcla de rabia, miedo y remordimiento—. Rhen me dijo que te ordenó que no la detengas, pero no sé cómo lo haces. Volvería a hacerlo, y lo haré si se repite la situación. Puedo soportar una cicatriz.

—¿Y si le rebanaba la garganta?

Aprieto las mandíbulas.

—No me voy a disculpar por lo que hice.

—No busco una disculpa. Entiendo sus razones.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Su confianza.

No tengo una respuesta para eso.

Ante mi silencio, habla con una voz que es tan dura como la mía.

—Su Alteza quiere llegar a Silvermoon a media mañana, milady.

Me he amargado y me siento completamente fuera de eje. Alzo mi abrigo, deseando poder salir rápido de la habitación, con paso regular. Las botas que Freya encontró en el vestidor son mejores que las que usaba. El vestido se mece mientras camino por el pasillo vacío, mis botas taconean erráticamente sobre el mármol.

Grey va a mi lado, un poco por detrás. Se mueve como un fantasma.

Antes de que lleguemos a la escalera, no puedo soportarlo más. Doy media

vuelta para enfrentarlo.

—Mira. Confío en ti. Confié en ti antes que en Rhen. Lo *sabes*.

Sus ojos no revelan nada.

—Confía en que no le haré daño.

—*Sí*. —Obviamente.

—¿Confía en que la mantendré a salvo?

Tomo aire… y entonces vacilo.

—Esa es la confianza a la que me refiero —explica Grey, y finalmente hay enfado en su tono de voz—. Es la princesa de Dese —continúa— y como es una aliada de Su Alteza, obedeceré sus órdenes.

—Pero eso es diferente —respondo—. Eso no es *real*.

—Es lo suficientemente real aquí, en Emberfall —argumenta—. Mi obligación, el mismísimo juramento que hice, es dar mi vida por la de él. Y ahora, por la *suya*, milady.

—¡Pero no te enfrentaste a Lilith! ¿Cómo pudiste quedarte ahí parado *mirando* eso, Grey? ¿Cómo pudiste?

—¿Realmente cree que no me cuesta nada? —Su voz es afilada, pero una tormenta destella en sus ojos—. He visto sus acciones innumerables veces. Y en una extensión mucho más grande.

—Yo intentaría detenerla siempre. —Para mi sorpresa, la emoción se acumula en mi pecho—. Siempre, Grey. No me importaría lo que él me haya ordenado hacer. No me importaría lo que ella me hiciera. Él me contó lo que te ha hecho a ti… Ni siquiera estoy segura de si eso bastaría para detenerme.

—Si Su Alteza lo permitiera, soportaría sus provocaciones mil veces. Lucharía contra ella hasta que no me quedase aliento en los pulmones. —Su voz se vuelve casi letal y, a la luz penumbrosa del pasillo, los ojos de Grey parecen oscurecerse—. *Mi* deber es sangrar para que él no lo haga. Y ahora —afirma—, mi deber es sangrar para que no lo haga *usted*.

Esas palabras son escalofriantes. Trago saliva.

—Lo que ha aceptado hacer es más grande de lo que cree. Su vida ya no es una pertenencia que pueda sacrificar.

—Lo sé —susurro.

—No, no lo sabe. —Ahora está genuinamente enfadado—. O no hubiese arriesgado su vida tan irresponsablemente, como si su muerte no acarreara ninguna consecuencia. No hubiese...

—Comandante. —La voz de Rhen suena al lado de las escaleras. Me sobresalto.

Su tono no es cortante, pero Grey se pone en posición firme inmediatamente. Su expresión se equilibra con tanta rapidez que nadie se daría cuenta de que estábamos teniendo una discusión acalorada.

No sé cuánto ha escuchado Rhen, pero mientras se acerca, me da la sensación de que fue mucho. O al menos lo *suficiente*.

Siento un nudo en la garganta a causa de la vergüenza, especialmente porque sé que va a enfadarse con Grey u ordenarle que se disculpe conmigo, o algo que no seré capaz de soportar.

—Espera —le pido a Rhen. Mi voz está medio rota y estoy a una respiración del llanto. Levanto los ojos hacia Grey—. Lo siento —expreso—. No lo había comprendido. Lo siento.

Exhala y aparta la mirada. Su voz suena apesadumbrada.

—Una princesa no debe disculparse con un guardia.

—Soy Harper —le digo—. Y me estoy disculpando contigo.

Duda, después asiente.

—Como diga.

La tensión aún oscila entre nosotros. Quisiera haber tenido cinco minutos más para ver a dónde nos llevaba la discusión.

—¿Va todo bien? —pregunta Rhen.

—Sí... —Inhalo y doy media vuelta para enfrentarlo... y todo el aire me abandona en un instante.

Un momento atrás, estaba inmersa en una discusión con Grey. Ahora estoy mirando a Rhen con atención, y es como si hubiese salido de un cuento de hadas. No lleva ninguna armadura, sino una chaqueta de brocado azul y negro de cuello alto. Por lo que puedo ver de su cuello, parece estar forrada con la misma piel que el abrigo que llevo colgado en el brazo. Finas extensiones de plata se enroscan en un diseño intrincado a lo largo del cuello, que combina con la decoración de metal en sus guanteletes de cuero negro y en la empuñadura de su espada. Sutil, pero no hay ninguna duda de que es un príncipe.

O quizás simplemente sea por el propio Rhen. Podría estar aquí mismo vestido con un saco de patatas y probablemente parecería de la realeza.

—Va todo bien —termino de decir, pero entonces me percato de que él también se ha quedado mirándome.

El rubor trepa por mis mejillas y aliso mi falda.

—¿Parezco una princesa?

Da un paso adelante y sujeta mi mano. Creo que va a guiarme hacia las escaleras, pero en lugar de eso hace una profunda reverencia y la besa.

—Pareces una reina.

Siento la cara en llamas. El resto de mí, también. Tengo que aclarar mi garganta dos veces antes de poder hablar, e incluso entonces mi voz suena áspera.

—Me han dicho que quieres llegar a Silvermoon a media mañana.

—Así es. —Mira detrás de mí y puedo ver que está sopesando si entrometerse o no—. Le he pedido al Comandante Grey que se quede a tu lado hoy, pero puedo pedirle a Jamison si lo prefieres.

—No. —Trago saliva y miro al guardia—. Confío en que Grey me mantendrá a salvo.

Nos dirigimos al sur, con el sol a nuestra izquierda. La nieve y el lodo

aplastados revelan baches en la gravilla, que evidentemente ya ha sido muy transitada. Líneas de árboles bordean el camino a ambos lados: los remanentes del bosque que rodea Ironrose, y más adelante los árboles dan paso a un largo valle en pendiente. La nieve brilla sobre las casas y las granjas, que parecen pequeñas por la distancia. Bien lejos, detrás, la luz resplandece sobre lo que debe ser agua.

Rhen ha estado callado la mayor parte del camino, y estoy teniendo dificultades para descifrar cuál es su humor. Mantengo la voz baja y acerco mi caballo al suyo.

—¿Crees que la gente se sentirá feliz de que estés forjando una alianza con un país del que nunca han escuchado hablar?

—Creo que mi pueblo se sentirá feliz de que esté intentando salvarlos de la invasión. —Hace una pausa—. Jamison dijo que la batalla en Willminton fue brutal, y que la mayoría perdió su vida. El regimiento fue destruido y su campamento fue devorado por las llamas. Parece que los soldados de Syhl Shallow no solo pretenden apoderarse de mi reino, también desean arrasarlo.

Trago saliva.

—Dijiste que había mil soldados en un regimiento.

Rhen me mira, y la expresión en sus ojos me recuerda a la angustia en la voz de Grey en el pasillo.

—Sí, milady.

—No aceptaron ninguna rendición —dice Jamison—. Los hombres que lo intentaron fueron asesinados antes de poder levantar los brazos.

Rhen me lanza una mirada, y por primera vez empiezo a entender el peso de lo que espera conseguir.

—Tenemos suerte de haber conseguido la alianza con Dese —dice.

—Nuestros soldados están listos —afirmo. Estas son palabras practicadas, sugeridas por Rhen, pero mi voz suena hueca frente a la muerte de hombres reales—. Mi padre está a la espera de mis órdenes.

—Lucharemos codo a codo —dice Jamison. De forma contradictoria a la pena por la pérdida de sus compañeros, su voz está llena de anticipación. Gira las riendas alrededor de su brazo y se golpea el pecho con su puño—. ¡Por el bien de Emberfall!

A mi derecha, Grey hace lo mismo. La pasión resuena en sus voces, con suficiente fuerza como para que llegue a lo más profundo de mi ser.

Rhen también golpea su pecho.

—Por el bien de todos.

Su voz lleva un eco de esa misma pasión, pero también algo más. Algo cercano a la tristeza.

Antes de que pueda descifrarlo, Grey frunce el ceño y señala hacia adelante, siempre atento.

—Un carro cubierto en el camino. Tres caballos. —Echa una mirada a Jamison —. Comprueba de qué se trata.

—Sí, señor. —El caballo de Jamison sale al galope, sus cascos salpican lodo de aguanieve.

Grey se queda observándolo.

—Casi me había olvidado de cómo era esto.

—¿Tener a alguien a quien darle órdenes?

—No. —Rhen mira más allá de mí, a su Comandante de Guardia—. Ser parte de algo más grande.

Grey asiente.

—Sí. Exactamente eso.

Rhen niega con la cabeza.

—No estoy seguro de haberlo comprendido antes. —Alza sus riendas—. No quiero tratar a mi pueblo como una amenaza. —Señala hacia adelante con la cabeza, hacia el carro—. Vamos. Saludémoslos.

Capítulo treinta

Rhen

Olemos el puerto antes de llegar a Silvermoon Harbor. El olor a pescado deja un leve sabor metálico en el aire. Es diez veces peor en verano, según lo recuerdo. Venía a caballo con mi padre para inspeccionar nuestra flota naval o para recibir a los dignatarios que llegaban de otros puertos, y el hedor de los pescados, el sudor y la tierra quedó anclado en mi cerebro. El puerto se ubica en el punto más septentrional de la Bahía Rushing, que está bordeada por tierra que se extiende hacia el sur por cientos de kilómetros, lo que hace que la bahía —y Silvermoon Harbor— sea fácil de defender desde esa dirección. Cuando la criatura se dio a conocer y cerré nuestras fronteras, envié a la flota naval al sur, para que hiciera guardia en el Punto Cobalto, donde la bahía se abre hacia el océano.

No tengo ni idea de si mis barcos continúan apostados en Cobalt, pero después de traer noticias sobre nuestra visita, Grey informó que Silvermoon Harbor está en mejor estado del que había anticipado. Su proximidad con el mar mantuvo a sus habitantes bien alimentados, y les brindó amplios recursos para comerciar con pueblos más lejanos. Aun así, ofrezco monedas de plata y buenos augurios a todos los que nos cruzamos en el camino. A aquellos que parecen necesitar comida, les digo que vayan en dirección a donde la Carretera Sur se cruza con la Carretera del Rey en dos días, ya que habrá un carro con comida y provisiones esperándolos.

A aquellos que se ven bien alimentados y capaces, les cuento que estamos buscando reconstruir el ejército de Emberfall.

A mi lado, Harper ha estado callada y distante, pero ha recitado las oraciones que le propuse a la perfección, dándoles su propia impronta. El rey de Dese anhela otra victoria. El pueblo de Dese está ansioso por entablar relaciones comerciales con el de Emberfall. Los niños de Dese tienen mucho que aprender de la rica y refinada cultura de Emberfall. La marca en su mejilla, la daga en su cintura y el leve filo en sus palabras hacen de ella la perfecta princesa guerrera de tierras lejanas. Lo que sé que en realidad es incertidumbre y preocupación, a quienes cruzamos les da la impresión de ser una distante circunspección.

Pronto, los muros de la ciudad aparecen a la distancia, con las puertas cerradas y protegidas. Una sombra parpadea en la torre de vigía en lo alto del muro, y después de un momento repican las campanas. Resuenan con fuerza, repitiendo *tolón-tolón-tolón*. Nos han visto. Las puertas se abren.

—¿Qué significa eso? —pregunta Harper—. Las campanadas.

—Que se acerca la realeza —respondo—. Suenan diferente para otras cosas. Las escucharás en todas las ciudades que visitemos.

Su mandíbula está tensa. Ella no dice palabra alguna.

—¿Está nerviosa, milady? —Mi voz suena liviana, la pregunta casi insinuante, pero las palabras son genuinas. La tensión ha comenzado a trepar lentamente por mi columna también. Tenemos un guardia y un soldado no probado. Tengo un arco abrochado a la montura y una espada que cuelga de mi cintura. Ya puedo ver al menos cien personas bordeando las calles que atraviesan Silvermoon, atraídas por las campanadas. En mi vida anterior, no habría razón para preocuparse. Hubiese estado viajando con, por lo menos, doce guardias (y aún más en compañía de mi padre).

Ahora, si esta muchedumbre se volviera contra mí, contra el abandono de mi familia hacia ellos, no haría falta demasiado para que nos superasen y termináramos muertos sobre los adoquines.

—Nerviosa, no. —Harper alarga las palabras—. Pero encontrarnos con gente

en la carretera parece diferente a... a *eso*. —Señala con la cabeza a la multitud que sigue acumulándose adelante.

Me inclino para estar más cerca y bajo la voz.

—Me sorprendería si alguien se atreviera a acercarse. Solía decirse que acercarte a la familia real sin invitación era una buena forma de perder la cabeza en plena calle.

Gira la suya con rapidez.

—¿Qué? ¿En serio?

—La Guardia Real tiene bastante fama. —Cruzo la mirada hacia Grey—. ¿No es cierto, Comandante?

—No corremos riesgos. —Su voz suena casi aburrida, o quizás distraída. Sus ojos observan la muchedumbre.

Cuando estamos cerca, tres hombres armados y una mujer a caballo se separan de la multitud y atraviesan el pasaje abovedado, bloqueando el camino y, por lo tanto, la entrada. Un hombre y una mujer visten armadura, y casi tantas armas como Grey y Jamison. Los otros dos cabalgan por delante. A primera vista la vestimenta, con hilos plateados y dorados, les queda bien, pero al aproximarnos noto que sus rostros están demacrados y cansados. Quizás no lleven armaduras, pero están armados.

No reconozco a ninguno de ellos. Muchos de los señores locales huyeron —o perdieron la vida— cuando la criatura desató el terror sobre las tierras cercanas a Ironrose.

—El Gran Mariscal, milord —anuncia Grey, en voz baja—. Y su senescal.

Durante un instante, lamento haber informado de nuestra visita. Este hombre podría sentir nada más que rencor hacia la corona, hacia una familia real que parece haberlos abandonado durante años. La tensión se acumula en el aire entre nosotros y ellos. Estoy tentado de jalar las riendas para detenernos y exigir que manifiesten sus intenciones. Estoy tentado de enviar a Grey a recorrer los quince metros de camino que faltan para preguntar sobre

nuestra recepción en este lugar. La gente está callada detrás de sus representantes, e intenta ver la entrada.

Está claro que Harper no es la única que alberga incertidumbres.

A mi izquierda, Jamison respira con normalidad. Un soldado acostumbrado a seguir a su oficial de mando a la guerra. Es reconfortante. Tengo dos hombres que lucharán a mi lado, y eso es una mejora del cien por cien respecto de ayer. Avanzamos.

A menos de diez metros, los dos hombres a la cabeza desmontan de sus caballos, seguidos por sus dos guardias. Caminan hacia adelante. Desenfundan sus espadas.

La mano de Grey encuentra la empuñadura de la suya. Harper inhala con fuerza.

Pero entonces, los hombres y sus guardias se inclinan sobre una rodilla. Sus espadas quedan apoyadas en la carretera de piedra frente a ellos.

—Su Alteza —dice uno—. Bienvenido. El pueblo de Silvermoon Harbor ha estado esperado su vuelta durante mucho tiempo.

—Lo saludamos con gran alivio —agrega el otro—. A usted y a su dama.

A mi lado, Harper deja salir el aire lentamente.

Hago lo mismo.

—Levántese, Mariscal —pido—. Le agradecemos a usted y a su senescal por esta amable bienvenida. —Tengo que hacer una pausa para asegurarme de que mi voz no revele nada—. Estamos entusiasmados por visitar al pueblo de Silvermoon.

Se levanta y montan sus caballos para guiarnos hacia la ciudad. El Gran Mariscal es un hombre corpulento de la edad de mi padre, de abundante cabellera canosa y un semblante serio, aunque amable. Halaga a Harper, y después comienza a enumerar los logros de Silvermoon durante los últimos años, las formas en que han reforzado las defensas de la ciudad. Incluso contra la criatura, lo que hace que algo se tensione en mis vísceras. Pero

parece ansioso por agradar. Su bienvenida resulta genuina.

Como en aquel momento en el camino, recuerdo cómo parece esto. Ser parte de algo.

Al atravesar las puertas, la gente cede el paso. Se arrodilla. Grita: «¡Que viva el príncipe!».

No es la primera vez que me han dado una bienvenida así.

Pero es la primera vez que significa tanto.

Dejamos a los caballos en la caballeriza para poder recorrer el mercado del puerto a pie. El Gran Mariscal se ofrece a escoltarnos con sus guardias, pero sin duda hará preguntas sobre la alianza y sobre el destino de la familia real, y no estoy preparado para alimentar aún más los rumores del pueblo.

Sin embargo, en cuanto pisamos el lugar, casi me arrepiento de la decisión. Los pasillos están atestados: enérgicas voces discuten y regatean y comercian. Hay cuerpos más cerca de lo que me gustaría. Una daga perdida podría aparecer de la nada. Harper sujeta mi mano.

Pero Grey sabe hacer su trabajo. Da un paso adelante y exclama:

—¡Abran paso para el príncipe heredero y su dama!

Un camino se abre ante nosotros. Hombres y mujeres hacen reverencias.

Pero no todos. Algunos solo me miran fijamente. Miradas que no son amistosas.

Harper se acerca.

—Lo siento, lamento estar tan nerviosa.

Compartir mi propia tensión no hará nada por calmar la suya. La miro de reojo.

—Pareces tan fuerte como de costumbre.

—No estoy acostumbrada a que tanta gente me mire.

—Qué pena. Mereces la atención, sin duda. —Aparto ligeramente su mano y la coloco en mi brazo. Me inclino hacia ella para hablar suavemente sobre su

mejilla—. Necesito tener la mano que uso para esgrimir mi espada libre. No eres la única que está nerviosa, milady.

La sorpresa se registra en sus ojos y aspira aire por la boca. Casi que espero que me suelte, pero no lo hace. Su mano se aferra a mi antebrazo.

La senda empedrada, entre las hileras de vendedores y artesanos, está barrida y libre de nieve. Se han colocado grandes barriles con brasas ardientes cada diez metros para calentar el aire. Cada puesto hace alarde de algo distinto: pañuelos de seda, pendientes de plata cincelada, peinetas con abalorios. Espadas en una caseta, cuchillos en otra. Banderines desgastados que anuncian los oficios de cada artesano ondean con la brisa fría. Me alegra que el mercado sea al aire libre, porque la aglomeración de gente es bastante claustrofóbica. La multitud sigue abriéndonos paso, pero muchos lo hacen solo a regañadientes. Hay hombres que encuentran mi mirada y la sostienen.

Hiere mi orgullo. Mi padre jamás lo hubiese tolerado. Hubiese castigado severamente a alguno para que sirviese de ejemplo y, después de eso, nadie más se hubiera atrevido a semejante insolencia.

Mi padre también hubiese tenido veinticuatro guardias a sus espaldas. Yo tengo dos.

Me inclino hacia Harper otra vez y mantengo la voz relajada.

—¿Qué te parece Silvermoon, milady?

—Estoy tratando de no fijar demasiado la vista.

—Mira todo lo que quieras. ¿Hay algo que te guste?

—Me gusta todo.

—Nombra lo que quieras y es tuyo. —Digo esto último más fuerte y todos los mercaderes giran la cabeza en nuestra dirección.

—No necesitas comprarme —comenta Harper por lo bajo—. Ya he llegado hasta aquí.

—No estoy tratando de comprarte. Estoy tratando de comprarlos a *ellos*. Quiero gastar mis monedas de plata. Darle confianza a mi pueblo. —Hago una

pausa y levanto la voz otra vez—. ¿Seda, dices? Vamos, veamos qué hay.

Gastamos una pequeña fortuna. Dimos órdenes a los vendedores para que envíen rollos de tela, decenas de vestidos, incontables adornos y alhajas de plata y oro y cristal soplado, y hasta una pila de muñecos de madera pintados que Harper eligió para los niños. Compro todo lo que toca. Cuando pasamos por un puesto que vende cerveza y bebidas espirituosas, compramos una ronda para todos los que están cerca. Los hombres que me habían mirado con mala cara han desaparecido, y se ha desvanecido toda incertidumbre en el aire.

Hasta Harper se ha relajado en su rol. Los vendedores la adulan. Las mujeres susurran tapándose la boca con la mano. Sus ojos son curiosos, no malintencionados. Los niños nos ofrecen canastos con nueces caramelizadas y galletas recién hechas, y nadie se atreve a interponerse en nuestro camino. Grey y Jamison parecen más tranquilos, y nos dan más espacio en vez de merodear tan cerca de nosotros.

En el fondo, la incertidumbre no me deja en paz. Miro una cara e imagino que el sable de un soldado de Syhl Shallow lo atraviesa. O peor, miro una cara e imagino que las garras de mi criatura lo destrozan.

Para el final de la tarde, estamos llegando a la última parte del mercado, donde los puestos y los pasillos son más grandes y muchos tenderos ofrecen juegos de azar y entretenimiento. El aroma de las carnes saladas y los vegetales asados se derrama sobre una gran área abierta para comer y reunirse. En esta parte también se venden armas más grandes: espadas, escudos, arcos largos, y otras por el estilo.

Mis ojos se quedan en el puesto del artesano arquero, con su gran variedad de arcos largos de madera de distintos colores: desde un ámbar brillante y pulido hasta un intenso ébano oscuro. La caseta es más grande que el resto, y tiene un pasillo a un lado donde los compradores pueden probar un producto antes de adquirirlo.

Harper sigue la dirección de mi mirada.

—No has comprado nada para ti.

—No necesito nada. —Salvo *tiempo*, y aún no he visto que lo vendan.

—Bueno, técnicamente yo tampoco necesito nada de lo que acabas de comprar.

El artesano arquero percibe que lo miramos, y da media vuelta para sujetar un fino arco largo de la pared. La madera rojiza resplandece de extremo a extremo, el agarre está recubierto de cuero trenzado. Lo ofrece sobre sus manos extendidas.

—¿Le gustaría disparar, Su Alteza? Este es el mejor arco que tengo. La madera es del Bosque de Vuduum.

Tomo aire para rechazar la oferta, pero Harper me mira.

—¿Puedo? ¿Me enseñas?

—Sí, por supuesto.

Atraemos a una multitud casi de inmediato. Dos docenas de personas forman un círculo. Grey se para a nuestro lado, de espaldas a la caseta, y le dice a Jamison que se asegure de que la muchedumbre mantenga la distancia.

—¿Toda esta gente va a estar mirando? —susurra Harper.

El artesano trae una pequeña brazalera de cuero y alzo la mano de Harper para abrocharla alrededor de su antebrazo.

—Nada genera más interés que la oportunidad de ver cómo un miembro de la realeza falla.

Hay flechas apoyadas sobre un estante en la parte delantera del estrecho campo de tiro, que tiene un blanco de madera en el fondo, quizás a unos diez metros de distancia.

Tomo una, la coloco en la cuerda y apoyo el extremo sobre el reposaflechas del arco.

—Observa —le pido—. Mantén derecho el brazo, tira hasta la comisura de tus labios y dispara. —Hago lo que digo. La cuerda produce un chasquido

fuerte y la flecha vuela derecho al centro del blanco.

Eso me vale algunos aplausos. Los ojos de Harper están bien abiertos.

—Qué buena forma de no presionarme.

Sonrío.

—Un niño podría dar en el blanco a esta distancia. —Le extiendo el arco y otra flecha—. Inténtalo.

Sujeta el arco y la flecha. Respira hondo y suelta el aire lentamente. Sus ojos apuntan a la diana. Se concentraba con mucha facilidad. La flecha aterriza en la cuerda como si la hubiese estado disparando toda su vida. Después levanta el brazo para colocarlo a lo largo del arco.

Lo hace con tanta confianza que casi no me percato de que está apoyando la flecha sobre sus dedos en lugar del reposaflechas. Me pongo detrás de ella y cierro mis dedos sobre el brazo que usa para jalar la cuerda antes de que pueda soltarla.

—¿Lo estaba haciendo mal? —pregunta.

—Si quieres podar los dedos de tu mano, lo estabas haciendo a la perfección. —Ajusto la colocación de la flecha mientras adopto la misma postura que ella. Mi brazo descansa debajo de su antebrazo, mis dedos se cierran sobre los de ella para sostener el arco—. Así. Toca tu boca con la cuerda.

Cuando sus dedos rozan sus labios, los míos también lo hacen. Su cuerpo, cálido y cercano, alrededor de mis brazos. La muchedumbre detrás de nosotros se ha evaporado y este momento se centra en esta sola tarea.

—Cuando estés lista —digo suavemente—, suelta la cuerda.

Sus dedos la sueltan. La cuerda hace un chasquido y la flecha sale volando.

Se entierra en el cuadrante superior izquierdo del blanco. La multitud vuelve a aplaudir.

Da media vuelta para mirarme y sonríe.

—¡Lo he hecho! Esto me gusta más que los cuchillos. ¿Me enseñas otra vez?

Me resulta divertido que no deje de pedirlo, como si yo no fuese a hacer esto mil veces más. Sujeta otra flecha y la coloca en el arco, con más seguridad esta vez. Levanto su codo para enderezar su puntería.

Da más cerca de la diana esta vez. Sus ojos brillan y le falta un poco el aire.

—¿Otra vez?

—Por supuesto. —Daría lo que fuera por tocar su cara de nuevo. Su mentón, la suave curva de sus labios. Me conformo con enderezar ligeramente su puntería.

Da en la diana otra vez y me sonríe.

—Me encanta esto. ¿Otra vez?

—Todas las veces que quieras, milady.

Cuando se gira para disparar, se mueve más cerca de mí. No estoy seguro de si es un movimiento accidental o intencionado, pero puedo sentir su calor. Cuando pongo mi mano sobre su brazo, la dejo ahí.

No se aparta. Quizás el destino finalmente me considera digno de misericordia.

Justo cuando tengo este pensamiento, algo se estrella contra mi torso y soy arrojado contra el lado de la caseta del artesano arquero.

Y entonces escucho que Harper grita.

Capítulo treinta y uno

Harper

Un brazo rodea mi cintura y no me puedo mover. Soy tan estúpida que en un primer momento creí que era Rhen el que me sujetaba, para ajustar mi postura de alguna manera, y probablemente eso me hizo perder la oportunidad de luchar. Pero, desde el rabillo del ojo, veo que estrellan a Rhen contra un lado de la caseta.

Un aliento caliente suena en mi oreja y siento el peso de un hombre corpulento sobre mi espalda. El brazo que rodea mi cintura jala con fuerza, me levanta un poco del suelo, y bloquea la daga que llevo en el cinturón que Grey ajustó alrededor de mi cintura. Lucho, pero la sujeción se vuelve dolorosa. Un brazo envuelve mi tórax desde atrás, un puño presiona contra mi cuello.

—Quédese quieta, princesa —ordena una voz ligeramente burlona contra mi oído.

Decenas de caras nos rodean, pero ahora no puedo ver a Rhen. No puedo ver a Grey.

—Matad a los guardias —grita un hombre en algún lugar a mi izquierda—. Llevaos viva a la princesa. Haced lo que queráis con ella.

El arco aún está en mi mano y lanzo un golpe por encima de mi hombro con él. El hombre gruñe, sorprendido, pero redobla su sujeción. Su muñeca presiona mi garganta. Con fuerza. No puedo respirar. Comienzo a ver puntos negros.

Un *tuic* suena justo al lado de mi cabeza, y la mano que hay sobre mi cuello cae. Me derrumbo en un charco de seda y encaje azul y blanco. Mis rodillas se

estrellan contra los adoquines.

Hay un hombre a mi lado en el suelo. De uno de sus ojos sobresale un cuchillo. El otro está abierto, fijo, muerto.

Suelto un pequeño grito, pero el sonido se pierde en el caos de la multitud que nos rodea. Mis ojos encuentran otro hombre muerto. Tiene un cuchillo enterrado en el cuello. Otro yace a un metro y medio de distancia. La sangre mancha toda su ropa, desde su pecho hasta su muslo. Gateo hacia atrás sobre el empedrado.

Finalmente encuentro a Rhen. Está de pie, con la espada en mano. Su mirada está apuntada con preocupación detrás de mí. Jamison está a su lado. Cae sangre desde un corte profundo sobre su ojo.

No veo a Grey. *¿Dónde está Grey?*

—Harper —exclama Rhen—. ¿Estás bien?

Antes de que pueda contestar, otro hombre viene corriendo desde la multitud con una daga en cada puño. Se arroja hacia mí con un filo extendido. Me agazapo y lanzo un brazo hacia arriba para protegerme, pero eso no detendrá una daga.

Grey aparece detrás de mí. Su espada es un arco de plata bajo la luz del sol.

El hombre pierde la mano.

Un golpe rápido de la empuñadura de la espada de Grey lo lanza al suelo.

De pronto, la sangre está en todos lados. No puedo procesarlo del todo. Voy a hiperventilar.

El hombre tampoco parece poder procesarlo. Palidece casi instantáneamente. Se queda mirando el muñón en su brazo y comienza a gritar. Se acumula sangre entre los adoquines.

¿Qué ha dicho Grey esta mañana? «No corremos riesgos».

Nos rodea el caos, y no puedo determinar si la gente está tratando de acercarse en manada o si intenta escapar. Quizás ambas cosas. Mi respiración ruge en mis oídos, la adrenalina circula con fuerza con cada latido de mi

corazón. No puedo dejar de mirar la sangre derramada delante de mí.

Rhen da un paso adelante para ofrecerme una mano. La sujeto. Me ayuda a ponerme de pie y me atrae hacia él.

Quiero enterrar mi cara en su pecho. Eso tal vez no sea lo que una princesa haría, pero hay sangre en el aire y en el empedrado, y mi cerebro quiere hacerse un ovillo y esconderse. Pero estamos rodeados. No tengo ni idea de si esta multitud es hostil o amistosa, o incluso si tenemos alguna forma de salir.

Grey pisa con su bota al hombre con el antebrazo cercenado y apoya la punta de su espada en su garganta. Debe estar presionando porque los gritos agudos del hombre pasan a ser quejidos atragantados.

Grey mira a Rhen, claramente esperando una orden.

—Todavía no —dice Rhen. Mira alrededor, a la muchedumbre—. ¿Alguien más? —pregunta bien alto.

Su voz no es arrogante, está llena de furia. Una voz que dice que, si hay alguien más, se encargará de él rápidamente.

La multitud también parece sentirlo. La gente retrocede, se aleja de la carnicería que hay en el suelo.

No hay concesiones en la expresión de Grey. Este no es el hombre que cautivó e hizo reír a los niños en la nieve. Este ni siquiera es el hombre que habló apasionadamente sobre el honor y el deber en el pasillo. Este es el espadachín letal que me secuestró. Este es el Grey más aterrador de todos.

—Se va a morir desangrado —le digo a Rhen con voz rota, pequeña.

—Todavía queda tiempo. —Rhen mira al hombre con furia—. Iba a matarte, milady. Deja que piense en su destino.

La cara del aludido está blanca, pero escupe a Rhen.

—Nos abandonasteis. Tu familia nos dejó a merced de ese monstruo.

El hedor metálico de su sangre se mezcla con el olor a nieve y pescado en el aire, y mi estómago se revuelve. En la posada, le ordené a Grey con tanto desenfado que les enseñara a esos soldados que hablaba en serio... Pero cada

vez que algo sucede, parece agrandarse lo que está en juego.

Tu familia nos dejó a merced de ese monstruo.

Mientras estoy aquí, mirándolo con la boca seca y las manos temblorosas, el hombre se desangra sobre los adoquines.

—Mátalo —ordena Rhen—. Que sea un ejemplo.

—¡No! —grita una mujer entre la muchedumbre.

Grey levanta su espada. Me alejo a los tropezones de Rhen y apoyo una mano en su brazo.

—Espera. —Mi voz casi vuelve a quebrarse—. Espera.

Grey se detiene.

—No lo mates. —La adrenalina hace que mi voz tiemble y tengo que luchar para que salgan las palabras—. ¿Hay un médico aquí? ¿Un sanador? Necesita... necesita un torniquete.

Una mujer mayor se abre paso a los empujones por la multitud, pero frena en el borde. Tiene el rostro enrojecido y cubierto de lágrimas. Debe ser quien ha gritado. Hace una brusca reverencia.

—Su Alteza, puedo amarrar su brazo.

—Hazlo —respondo. La mano de Rhen aún está entrelazada con la mía, pero sus dedos son como acero. No puedo mirarlo. Me preocupa que su rostro muestre que estoy tomando las decisiones equivocadas aquí, pero no puedo ver a otro hombre morir delante de mí.

La mujer da un paso vacilante hacia adelante y lanza una mirada hacia Grey.

—Comandante. —Tengo que aclarar mi garganta. Mis ojos parecen mojados —. Déjela trabajar.

Da un paso atrás. No enfunda su espada.

La mujer se acuclilla al lado del hombre caído y saca un trozo de muselina de un bolso. Le habla al hombre que está en el suelo y su voz tiembla tanto como la mía.

—Allin, Allin, ¿por qué has hecho esto?

La voz del hombre suena áspera y rota.

—Traerán la guerra... la guerra a Silvermoon. Por sus propios... por sus propios intereses.

Un fuerte murmullo recorre la multitud.

Me estremezco. La reina de Syhl Shallow traerá la guerra... una guerra que estoy prometiendo combatir con mi ejército invisible.

Rhen mira a la gente otra vez.

—¡Silencio!

El silencio desciende como una roca. El miedo se extiende por el aire con más fuerza que antes. Puedo sentir la incertidumbre en la multitud. Los quejidos del hombre se mezclan con la respiración aterrada de la mujer.

—No habrá más derramamiento de sangre en Silvermoon —exclama Rhen—. Vosotros sois mi pueblo y he jurado protegeros. —Me mira—. La princesa de Dese ha jurado protegeros, y hoy incluso ha mostrado misericordia con un hombre que no la merece en absoluto.

Un murmullo bajo recorre la multitud.

—¡Silencio! —vuelve a exclamar Rhen.

Obedecen. Él los mira.

—Sé que una vez jurasteis lealtad a mi padre. A mí. Sé que tenéis miedo. Sé que la reina de Syhl Shallow ha comenzado un ataque contra Emberfall. Sé que estáis preocupados. Sé que habéis tenido que arreglárosla por vuestra cuenta durante demasiado tiempo.

La pasión resuena en cada palabra. Están escuchando.

Rhen da un paso adelante.

—Estoy aquí ahora. Y lucharé por vosotros. Lucharé *con* vosotros. Daré mi vida por vosotros. La pregunta que os hago es: ¿haréis lo mismo por Silvermoon?, ¿por Emberfall?

El silencio dura una eternidad.

Rhen se golpea el pecho y da otro paso adelante.

—¿Haréis lo mismo por mí?

Su pueblo parece congelado.

La mujer en cuclillas sobre Allin hace el último nudo en el vendaje, tras lo cual se endereza para arrodillarse.

—Sí, lo haré, Su Alteza.

—No. —Allin gime—. Marna, no.

Marna pone una mano sobre su pecho. Su voz ha temblado antes, pero ahora su tono es claro y firme.

—¡Por el bien de Emberfall!

Un hombre mayor y corpulento con una barba tupida y una barriga que sobresale por encima de su cinturón da un paso adelante desde la multitud. Se deja caer sobre una rodilla.

—Sí, Su Alteza.

Otro hombre, más joven, con la cara pálida y la mirada clavada en la sangre derramada en el círculo. Su voz también es clara.

—Sí, Su Alteza.

Lentamente al principio, pero después con más rapidez, el resto de la gente en el mercado se deja caer sobre una rodilla. Sus gritos de "Sí, Su Alteza" se vuelven ensordecedores.

Rhen levanta su espada.

—¡Por el bien de Emberfall!

—¡Por el bien de todos! —exclaman.

Me quedo mirándolo. Ha transformado la energía de la multitud; la tensión y la duda han dado paso a la lealtad. Formarían un ejército y enfrentarían a esta reina invasora ahora mismo si él se los pidiera. Puedo sentirlo.

—De pie —dice—. Recoged a sus muertos. Que el alguacil ponga a este hombre bajo custodia.

Tras eso, enfunda su espada y se dirige a Marna.

—La princesa ha decretado que este hombre vivirá. Si hace una lista de lo

que necesita para tratar su herida, haré que se lo suministren.

La mujer parece un poco aturdida.

—Sí, Su Alteza.

—¿Cuál es su relación con él?

—Es mi hermano. —Marna pasa una mano temblorosa por su mejilla—. La criatura mató a su hija dos años atrás.

A mi lado, Rhen se envara.

—Le ofrezco mis condolencias. —Hace una pausa—. Fue la primera en jurar. ¿Por qué?

La mujer empuja un mechón de pelo gris detrás de su oreja.

—Recuerdo las visitas del rey a Silvermoon, Su Alteza. No hubiese permitido que este hombre siguiera vivo.

Rhen me mira.

—La princesa de Dese permitió que viviera.

—Pero… usted permitió esa decisión. —Marna vuelve a dudar, pero entonces parece armarse de valor—. Hace tiempo que creemos que la familia real ha abandonado Emberfall. Si los rumores son ciertos, significa que han huido para salvarse y que nos han dejado a todos a merced de la criatura. Y ahora, a merced de Karis Luran.

Rhen frunce el ceño.

—Y aun así, ha realizado el juramento.

—Sí, Su Alteza. —La mujer inclina la cabeza—. Solo usted ha regresado.

Me quiero ir a casa.

O, al menos, al castillo.

Aunque de todas formas, estoy jodida. Rhen dice que no podemos irnos. No quiere dar la impresión de que nos intimidan con tanta facilidad.

Sin embargo, yo lo estoy. Estoy intimidada.

Cada vez que parpadeo, veo la sangre de Allin derramándose sobre los

adoquines.

Y sin embargo, lo peor fue escuchar a Rhen diciendo «Mátalo».

Y ver a Grey levantar el brazo.

Estamos en el Patio ahora, un área abierta al final del mercado donde se cocina y se vende comida. Es un lugar ajetreado, pero sin la aglomeración de gente que atestaba los pasillos. Los aromas a cerveza y carne asada llenan el aire, suavizados por la dulce calidez del pan recién horneado.

Ha caído el crepúsculo, pintando el cielo con trazos rosas y amarillos, y con él ha regresado el frío. Se han colocado más barriles de fuego cerca de las mesas. Caras extrañas parpadean bajo la luz de las llamas. Todos me miran. Antes, era ligeramente perturbador. Ahora que sé que nos quieren muertos, es aterrador.

El Gran Mariscal y su senescal vinieron a buscarnos después del ataque. No podían parar de disculparse, e insistieron en agregar un contingente de guardias para apoyar a Grey y Jamison.

Rhen rehusó la asistencia. Una muestra más de confianza, me explicó, aunque, para ser honesta, medio que dejé de escucharlo para ese entonces. Es lo único que puedo hacer para mantener esta fachada de aburrimiento en mi cara.

—Milady.

Parpadeo y levanto la vista. Rhen me ha estado hablando otra vez.

—Lo siento, ¿qué?

Sus ojos muestran preocupación.

—Ven. Siéntate. Haré que traigan algo de comida.

—No creo que pueda comer.

—No has comido nada desde esta mañana.

Mantengo la voz baja.

—Si crees que puedo comer después de lo que ha pasado, estás loco.

—Siéntate, entonces. Los guardias también necesitan comer.

Eso me alarma y hace que me siente. No había pensado en Grey y Jamison.

—Regresaré en un momento —dice Rhen. Su mano roza mi hombro cuando se va caminando con Jamison a un lado. Estoy sola en una gran mesa de piedra, sentada sobre un amplio banco de madera. Grey está cerca. La luz del fuego parpadea contra las hebillas pulidas de su uniforme.

—¿Quieres sentarte? —le pregunto.

Me echa una mirada, pero solo durante un breve instante. Espero que su voz sea cortante, seca, como parece ser su ánimo, pero su tono es bajo y suave.

—No debería.

Sigo su mirada hasta donde Rhen está hablando con una mujer que atiende un asador. La mujer ríe y hace una reverencia. Una moneda brilla en la luz cuando Rhen se la entrega.

La voz baja de Grey me da valor para hacerle una pregunta de la que no sé si quiero saber la respuesta.

—¿Crees que habrá otro ataque?

—Estamos seriamente superados. Estuvieron demasiado cerca de vencernos hace un rato. Un atacante más y quizás el resultado hubiese sido otro.

Considero el *tuic* de sus cuchillos de tiro, la forma en que nuestros atacantes se derrumbaron sobre las piedras.

—Pareció que lo hiciste bien.

—Me alegro de que haya parecido eso. No debería haber pasado en absoluto. —Con la cabeza señala hacia donde está Rhen, que da media vuelta desde el fuego, con Jamison a sus talones—. Es peligroso que nos separemos, aunque sea momentáneamente. Jamison es un soldado, no un guardia. Olvidé eso antes. No volveré a hacerlo.

Analizo esas palabras en mi mente hasta que lo descifro. Grey está enfadado *consigo mismo*.

Rhen se ha dirigido a otro vendedor. Observo cómo más monedas cambian de manos.

—¿Lo he hecho mal? —pregunto, y la voz me sale áspera y baja—. Cuando Rhen te ordenó que mataras a ese hombre, ¿debí dejar que lo hicieras?

Observa a la gente que pasea por el Patio y, durante un largo rato, me pregunto si también dejará esta sin responder. Nuestra relación parece avanzar como las agujas del reloj, siempre cambiantes la una respecto de la otra.

Un rato después, Grey finalmente dice:

—Usted es compasiva y amable. Pero la compasión y la bondad siempre encuentran su límite, más allá del cual se transforman en debilidad y miedo.

—¿Dónde está el límite? —pregunto suavemente.

Sus ojos encuentran los míos.

—Esa respuesta es diferente para cada uno de nosotros.

Rhen regresa con dos tazones de cerámica. Apoya uno en la mesa delante de mí.

—Si no comes —dice—, por favor bebe.

Dudo, pero envuelvo el tazón con las manos.

—Gracias.

Parece animado por esto, y se deja caer en el banco que está frente al mío.

—Pronto traerán la comida. —Levanta la vista al soldado—. Jamison. Grey. Sentaos con nosotros.

Detrás de él, Jamison se adelanta y coloca las dos jarras de cerveza que lleva en la mano sobre la mesa, para luego pasar una pierna sobre el banco. Empuja una jarra a lo largo de la mesa, con una expresión relajada.

—¿Comandante?

Grey permanece a mi lado. Desde el rabillo del ojo, veo que le lanza una mirada a Jamison.

El soldado flaquea y comienza a ponerse de pie.

—No —ordena Rhen—. Sentaos. —Levanta la vista para echarle un vistazo a Grey—. Es una orden.

Grey se sienta. No toca la jarra.

—Creo que nos estamos ganando a la gente —comenta Rhen—. Quiero que sepan que nos sentimos seguros a pesar del ataque. Que tienen nuestra confianza. —Mira a Grey—. ¿No estás de acuerdo, Comandante?

Grey puede estar sentado a la mesa, pero sus ojos aún están sobre la gente que nos rodea.

—Permítame responder cuando haya salido de Silvermoon sin ninguna flecha en mi espalda.

—Mira alrededor. El Gran Mariscal ha enviado a sus propios guardias de todos modos. Nadie es tan idiota como para intentar algo ahora.

¿Lo ha hecho? Miro alrededor y los veo, hombres y mujeres uniformados merodeando en las sombras. Me hace sentir mejor. Un poco.

Rhen me mira y habla en voz baja.

—Nuestra visita ha sido un éxito, milady.

No estoy segura de estar de acuerdo con eso. Bebo un sorbo del tazón que me ha traído.

Una mujer se acerca con una bandeja llena de platos de carne asada. Descarga todo en la mesa entre nosotros.

—Come. —Empuja un plato en mi dirección—. Por favor.

Es el «por favor» lo que me puede. No hay demasiadas cosas que Rhen no diga como una orden. Mordisqueo despacio la comida, que me recuerda al estofado de pollo, aunque es un poco diferente. En lugar de sal, hay una especie de dulzor en mi lengua.

Una mujer joven se acerca a la mesa y Grey se pone de pie con un movimiento rápido y fluido. La joven se detiene en seco. Lleva el pelo trenzado hasta la cintura y un vestido rojo que luce llamativo sobre su cálida piel marrón.

Sus preocupados ojos oscuros van desde Grey a Rhen y ofrecen una reverencia profunda.

—Discúlpeme, Su Alteza. Me llamo Zo, soy aprendiz del Maestro de

Canciones de Silvermoon. Quería solicitar una audiencia con usted.

Rhen asiente.

—Está bien, Comandante.

Zo comenta:

—El rey siempre abría el baile nocturno. Quisiera preguntarle si usted y la princesa desearían hacer lo mismo.

Rhen me mira.

—¿Tienes ganas de bailar?

Debe estar de broma.

—No —respondo cortante—. Gracias.

Rhen me mira detenidamente, después se vuelve hacia la joven.

—Tal vez en otra ocasión.

Duda antes de retirarse.

—¿Es cierto que la Guardia Real está aceptando candidatos nuevamente?

—Sí —contesta Rhen—. Si conoces a alguien que…

—Pregunto por mí.

Rhen toma aire para hablar. No tengo ni idea de qué va a decir, pero recuerdo cómo reaccionó con Jamison. Será peor con una chica de mi tamaño. Ya estoy irritada, así que me adelanto:

—Sí. Ven al castillo para postularte.

Su cara se ilumina con una sonrisa, y ofrece otra reverencia antes de irse a toda prisa.

Doy otro bocado al estofado y mantengo los ojos en mi plato. Mis hombros están rígidos por una razón completamente nueva. Comemos en silencio durante un rato larguísimo. Hombres y mujeres comienzan a avanzar hacia el fondo del Patio y se reúnen en el espacio abierto que debe estar reservado para el baile.

Después de un momento, Rhen mira a Jamison y Grey.

—Dejadnos.

Lo hacen, pero se quedan parados a una corta distancia.

Sigo sin mirar a Rhen.

—Pareces enfadada —comenta, y su voz tiene suficiente filo como para hacerme creer que es él quien lo está.

—¿Por qué me preguntas si quiero bailar? —espeto—. Acabamos de matar personas. Es inapropiado.

—Esas personas *nos atacaron* y perdieron la vida. No asesinamos gente en la calle al azar. No podemos darnos el lujo de parecer débiles, milady.

Me pregunto si es una indirecta sobre el hombre al que le permití seguir con vida o sobre la joven que acabo de invitar a postularse para la Guardia Real. Grey tenía razón sobre los límites. No tengo ni idea de dónde están los míos. No tengo ni idea de dónde están los de Rhen, si vamos al caso.

—De acuerdo —respondo—, aunque fuese apropiado, apenas puedo caminar sin renquear. ¿Crees que puedo deslizarme por una pista de baile? Llevo la marca del fracaso en la mejilla. No necesito brindarles más evidencia.

Los ojos de Rhen se entornan ligeramente.

—¿Crees que te he pedido que bailaras como una forma de... humillarte?

—No lo sé. Pero ¿acaso estás pensando en lo que pides? ¿Crees que la gente me verá como una feroz reina guerrera cuando caiga de bruces?

—Suficiente. —Su tono es mordaz—. Puedes montar a caballo. Te has enfrentado a un hombre armado para salvar a la familia de Freya. Te enfrentaste a *otro* en la posada. E incluso un ataque más esta misma mañana. —Se inclina contra la mesa. Sus ojos se han vuelto oscuros y enfurecidos—. Le pediste a Grey que te enseñe a lanzar cuchillos y a mí que te muestre cómo usar un arco. Has convencido a mi pueblo de que gobiernas una nación vecina y no creo que comprendas lo impresionante que es eso.

—De acuerdo. ¿A dónde quieres llegar con esto?

Parece tan irritado como yo me siento.

—Todo eso, ¿y de algún modo piensas que quiero humillarte con un baile? —

Estampa su jarra de cerveza contra la mesa—. Milady, debo preguntar: ¿acaso sabes lo que estás diciendo?

Antes de que pueda responderle, se levanta del banco y se va hecho una furia.

Capítulo treinta y dos

Rhen

Voy enfurecido hacia el borde del Patio, donde el suelo cae en una especie de acantilado vertical para revelar el puerto que hay debajo, los muelles y los barcos que relucen bajo la luz de la luna en ascenso. Pequeñas barcazas pesqueras y grandes embarcaciones cangrejeras están amarradas por la temporada invernal, y el hielo se aferra a los postes en el agua. La luz de las velas parpadea en unas pocas ventanas, pero la mayoría de las edificaciones están oscuras y silenciosas. Faroles se columpian alegremente en manos de marineros y trabajadores portuarios que regresan a casa.

A lo largo de un muelle desierto y helado, diviso a una pareja fundida en un abrazo amoroso.

Qué fácil. Qué injusto.

La música atraviesa el espacio abierto y las parejas se han unido al baile en el extremo opuesto del Patio. Los faroles arden colgados de los altos postes que rodean al grupo de música. Pese al júbilo, puedo sentir el peso de los ojos sobre mis espaldas. He proporcionado suficientes cotilleos para mantener a todo Silvermoon entretenido durante días. Obtengo el control al detener un ataque y exigir su alianza... y ahora estoy a punto de deshacer todo por un momento de irritación.

No debería haberme ido como lo hice. Imagino la voz de mi padre.

La gente puede crear un escándalo de una palabra. De una mirada. Tú, hijo, no dejas de proporcionarles ambas.

Harper se acerca a mí. No la miro. No estoy seguro de qué es lo que quiero

decir.

Debe percibir mi ánimo beligerante, porque tampoco habla.

Siento como si le debiese una disculpa, pero posiblemente ella también me deba una. Nos quedamos juntos, mirando el agua, el cielo nocturno salpicado de estrellas. El viento azota el puerto y silba entre nosotros, me despeina y levanta su falda. El silencio se prolonga por mucho tiempo, hasta que mi irritación comienza a disiparse y se transforma en algo más cálido. Más relajado.

—En el castillo —finalmente digo—, la música nunca cambia. En cada estación, las canciones vuelven a empezar, sin importar lo que haga.

Está callada y la música sube desde el otro lado del espacio abierto, amortiguada por la cercanía del agua, y el crujir de los botes y el suave chapoteo de las olas proveen un sonido de fondo.

—Solía amar la música —agrego—. Mi familia también. En parte es por eso que los instrumentos suenan todos los días… mi padre una vez ordenó que así fuera. Que hubiese música en todas las fiestas, en todos los eventos, en todas las mañanas al alba. Le encantaba.

Sigue sin decir nada, pero puedo ver el contorno de su perfil. Se ha girado ligeramente para mirarme.

Mantengo los ojos en el puerto.

—Ahora la odio.

Deja escapar un suspiro. Un sonido de conformidad, o de derrota.

—Pero aquí la música es nueva. —Una pausa—. Diferente.

—Sí.

—Así que invitarme a bailar no era parte de tus esfuerzos calculados para ganarte al pueblo. Esto era para olvidarte un rato de la maldición.

Tiene razón, pero puestas así, mis razones parecen infantiles, especialmente teniendo en cuenta nuestro objetivo aquí. Frunzo el ceño.

—De acuerdo —dice—. Enséñame.

La miro. Alzo una ceja.

Se humedece los labios.

—No seré buena en esto. Cuando era pequeña, mi fisioterapeuta recomendó que hiciera ballet como ayuda para estirar mis músculos y mejorar mi equilibrio, pero lo odié. Era malísima. Mi madre tuvo que usar la equitación como soborno para hacerme ir.

Un soborno. Para *bailar*, sobre todas las cosas. Tan Harper.

Extiendo la mano.

—¿Me permites?

Mira mi mano y duda.

Espero.

Su mano finalmente se apoya en la mía. Sus dedos suaves y ligeros contra los míos. Me vuelvo para quedar frente a ella y coloco su mano en mi hombro.

Su respiración se entrecorta. Está tan quieta que creo que no respira.

Me acerco hasta que su falda roza mis piernas y apoyo una mano sobre su cintura.

—Te estoy invitando a bailar, no estoy arrastrándote detrás de un caballo. —Suspiro de forma dramática—. ¿Es necesario que parezcas tan *torturada*?

Eso la hace sonreír. El gesto debe haber tirado de los puntos en su mejilla, porque su sonrisa flaquea y desaparece. Su mano libre se queda flotando, en pausa, sobre la mía, como si estuviera considerando apartarme de un empujón.

Está muy tensa. La chica que bajó trepando de las espalderas del castillo y lanzó un cuchillo hacia Lilith tiene miedo de *bailar*.

—¿Nos están observando? —susurra.

Es muy probable, pero no giro la cabeza para mirar.

—Lo dudo —le respondo—. La noche se vuelve oscura. —Una cierta intensidad calienta mi voz—. Mis ojos solo te ven a ti.

Se sonroja, después niega levemente con la cabeza y aparta la mirada hacia

el puerto.

—Eres demasiado bueno en esto. ¿Con cuántas chicas bailaste?

—¿Qué número calmaría tus preocupaciones? ¿Una decena? ¿Cien? —Hago una pausa—. ¿Ninguna? ¿Todas?

—Estás eludiendo la pregunta.

—No tengo la respuesta. ¿Quién llevaría la cuenta de eso? Además, debes saber que bailé con otras mujeres antes de la maldición. —Hago una pausa y me acerco más—. Puedo decir con certeza que no le enseñé a ninguna a bailar al borde de un acantilado en Silvermoon.

—Estoy quieta. No bailo.

—Es parte de la lección. Cierra los ojos.

Frunce el ceño, pero sus ojos se cierran. Me acerco aún más, hasta que estamos separados apenas por un suspiro. No nos movemos, simplemente estamos quietos, atrapados entre los suaves sonidos del puerto y la melodía más fuerte que viene desde el Patio.

El momento me golpea con un recuerdo y no me muevo.

—Antes de la maldición —digo despacio—, solía bailar con mi hermana...

—¿Arabella?

Me sorprende que se acuerde.

—No. Nunca con Arabella. No le faltaban pretendientes, ni tampoco temperamento para mantenerlos a raya. Mi hermana menor, Isadore. —Mi voz se empaña de emoción, lo que me toma por sorpresa. Necesito aclarar mi garganta—. Tenía tan solo catorce, pero el Gran Mariscal de Boone River había expresado interés en su mano. El hombre tenía el triple de su edad. Cuando venía a la Corte, Isa ponía excusas sobre obligaciones familiares, entonces me buscaba y se quedaba a mi lado. —Mi voz se apaga. No estoy seguro de por qué he comenzado este tema de conversación.

Harper abre los ojos. Sus dedos se han relajado sobre mis hombros y ahora su antebrazo descansa sobre mi bíceps. Su cintura parece suave bajo mi mano.

—Isa y tú erais cercanos.

—No. —Niego con la cabeza—. Yo era el príncipe heredero. Fui criado lejos de mis hermanas. Rara vez la veía.

Parpadeo, no obstante, y veo a Isa en mi mente, como la encontré después de mi primera transformación. Su cuerpo no estaba para nada cerca de los del resto de mi familia.

Hasta el día de hoy, me pregunto si Isa había ido a buscarme. Como si yo no hubiese sido la causa de la mismísima destrucción de la que quería escapar.

Los ojos de Harper se han oscurecido con empatía.

—Lo siento, Rhen.

—Fue hace bastante tiempo. No sé qué me ha hecho hablar de eso. —Mis pensamientos se enredan con el remordimiento y siento que me he perdido. Parpadeo y sacudo la cabeza, deseando que fuera así de fácil apartar los recuerdos—. ¿Dónde estábamos?

—Lecciones de baile.

—Ah, sí. —Vuelvo a acercarme—. Cierra los ojos.

Lo hace. Aún no nos hemos movido, pero la conversación —o la lástima— la ha distraído. Doy un paso adelante al tiempo que empujo con suavidad mi mano y ella cede un paso, pero demasiado rápido.

—Con tranquilidad —susurro, sujetando aún su cintura—. No huyas de mí.

—Lo siento. —Sus ojos se abren lentamente—. Te dije que era mala en esto.

Niego con la cabeza.

—Cierra los ojos.

Obedece, lo que debe ser alguna especie de milagro.

—Otro paso —explico— y luego tres a un lado, después tres atrás.

Si bien sus movimientos son lentos y dubitativos, se queda dentro del círculo que forman mis brazos y me permite guiarla. Gradualmente, poquito a poco, músculo a músculo, se relaja en el movimiento. Nuestros pasos comienzan a coincidir con la música que viene del otro lado. Por un instante,

me permito olvidar la maldición. Bailamos a la luz de la luna, al borde del acantilado, rodeados del aire nocturno.

La canción termina y es reemplazada casi de inmediato por algo rápido y alegre.

Me detengo. Harper también lo hace. Sus ojos se abren y alza la vista hacia lo míos.

—Esta es demasiado rápida —dice en voz baja.

—Podemos esperar a la siguiente.

Espero que se aparte, pero no lo hace.

—Creo que la parte de quedarnos quietos sigue siendo mi favorita.

Sonrío.

—Te sale magníficamente bien.

Sus ojos se entornan una fracción y atrapan un destello de la luna.

—No eres tan arrogante como finges ser.

Me quedo quieto.

—Realmente eres bueno para emprender la conquista —dice—, pero me gusta más este Rhen.

—¿«Este Rhen»?

—Cuando no estás tramando nada y simplemente *actúas*. —Una pausa—. Como tu historia sobre Isadore. Hiciste que sonara como una molesta hermana pequeña, pero creo que te gustaba que fuese a buscarte. O la forma en que no permites que Grey se enfrente a Lilith. Al principio creía que era una cuestión de orgullo, pero no lo es. Lo estás protegiendo.

Su evaluación me recuerda a Grey, a aquella vez en que estábamos en la nieve, fuera de la posada. Cuando bromeé con él sobre castigarlo por quedarse dormido durante la guardia. Cuando dijo: «El rey lo hubiese ordenado… Pero no usted, no lo creo».

Entonces, el comentario me había hecho sentir débil.

El comentario de Harper, no.

—Y eres inesperadamente paciente —añade—, para alguien que espera que todo se haga según ordene.

Está equivocada. Mis hombros se tensionan, pero al mismo tiempo no quiero que se detenga. Como siempre, sus palabras llegan a lo más profundo de mi ser. Pero estas no parecen reprobatorias y, por el contrario, me llenan de calidez.

—Nadie diría que soy paciente.

—Lo eres. De una forma diferente.

—¿De qué forma?

—En el hecho de que estás quieto aquí, sin hacerme sentir una idiota por no poder bailar. —Hace una pausa—. En la forma en que no me hiciste sentir una idiota por pedirte que me enseñes a disparar una flecha.

—Lo hiciste bastante bien —comento, y lo digo en serio.

Su voz se vuelve más baja.

—En la forma en que me tratas como si no hubiera cosas que no puedo hacer.

—¿En serio? —Suelto su mano para apartar ese mechón de pelo errante de su rostro—. Me has convencido de que puedes hacer lo que sea.

Se sonroja.

—No empieces con los halagos.

—No es un halago. —Mis dedos se quedan sobre su mandíbula, rozando la suavidad de su piel.

—Incluso ahora —dice—, arriesgas nuestras vidas, confías en que te ayudaré a salvar a tu pueblo, cuando en realidad no sabes nada sobre mí. Cuando se supone que deberías estar en el castillo dándome de comer uvas y tratando de que me enamore.

—¿Uvas? —pregunto—. ¿Es eso lo que hace falta?

—Las rojas son, secretamente, el camino a mi corazón.

Mi pulgar acaricia la curva de su labio. Su respiración se estremece.

Su mano libre vuela a atrapar mi muñeca.

Me quedo helado. Me apartará otra vez, como hizo en la posada.

—Espera —susurra—. Tan solo espera. —Entonces su labio se tuerce y repite la línea que he dicho antes—: No huyas de mí.

—No huiré.

Para sorpresa mía, se forman lágrimas en sus ojos, un destello de diamantes en sus pestañas.

—Quiero confiar en ti —dice, tan suave que su voz podría perderse en el viento—. Quiero… quiero saber si es real. Que no intentas engañarme para romper la maldición.

No comprendo cómo puede llenarme simultáneamente de tanta esperanza y miedo. Llevo su mano a mi pecho y me inclino hacia ella, hasta que compartimos un suspiro. Mis labios rozan los suyos.

No llega a ser un beso, pero de alguna forma Harper está más cerca de mí, su cuerpo es un remanso cálido contra el mío.

Deseo con tanta desesperación convertirlo en algo más, ver hacia dónde llevará esta floreciente atracción.

Pero he estado cerca antes. He encontrado este momento antes.

La única diferencia es que jamás lo había querido con tantas ansias.

Me aparto y presiono los labios sobre su frente.

—Yo también quiero saber si es real —revelo.

Su cuerpo se queda inmóvil contra el mío y entonces ella asiente. Su cabeza cae sobre mi hombro, su cara lo bastante cerca como para sentir la calidez de su respiración en mi cuello. Eso hace que lleve una mano hacia la curva de su espalda y la otra a su hombro.

Hablo bajo, contra su sien.

—¿Quieres que les pida a los guardias que hagan traer los caballos?

—Todavía no —responde—. ¿Está bien?

—Siempre.

Me quedo quieto, sosteniéndola, hasta que la música se desvanece y la noche se vuelve demasiado fría.

Pero por dentro hay calidez, y mi corazón solo quiere cantar.

Llegamos a Ironrose de madrugada. Las estrellas iluminan el cielo y las antorchas arden en la fachada del castillo, alumbrando los espacios donde solían estar apostados los guardias.

Grey y Jamison se ocupan de los caballos, y yo acompaño a Harper por el Gran Salón y las escalinatas. El aire está cargado de un silencio cansino y ninguno de los dos lo rompe, pero por primera vez ningún muro de tensión se interpone entre nosotros.

Nos detenemos frente a su puerta y levanta la vista para mirarme.

—¿Vamos a hacer todo esto de nuevo mañana?

No puedo darme cuenta por su tono de si está entusiasmada, inquieta, o simplemente exhausta.

—No. Haré que Grey envíe un mensaje al Gran Mariscal de Sillery Hill para avisarle que lo visitaremos en tres días. Daré tiempo a los rumores para que corran.

—Entonces nos quedaremos aquí.

—Si te parece bien.

—Quizás podamos terminar la lección, ya que no he aprendido demasiado hoy.

—¿De baile? —pregunto, sorprendido.

Me da una palmada en el brazo.

—De arco y flecha. —Un ligero rubor encuentra sus mejillas, cuando añade—: Pero eso también estaría bien.

—Todo lo que quieras.

—Probablemente debería ir a dormir.

Pero se queda, y no hace movimiento alguno para abrir la puerta.

Entonces *yo* me paralizo, y me pregunto si esto será una invitación a terminar lo que comenzamos al borde del acantilado en Silvermoon. No estoy seguro de precisamente qué ha cambiado entre nosotros, si es confianza, respeto, o la simple capacidad de ver al otro con una mirada distinta. No estoy seguro de que eso importe. Lo único que sé es que anhelo sujetar su mano y llevarla al interior de sus aposentos, sentarme a su lado y compartir secretos. Pasar mis dedos por su pelo y descubrir el sabor de su piel.

No puedo recordar la última vez que sentí este anhelo.

En verdad, no estoy seguro de haberlo sentido jamás.

La puerta del cuarto de Freya se abre despacio. Harper se sobresalta y da un paso atrás.

Los ojos de Freya se abren de golpe.

—¡Ah! —Rebota en una reverencia y habla en voz baja—. Su Alteza. Milady. Disculpen. Estaba yendo a avivar el fuego en el dormitorio.

Qué coincidencia, pienso, *estaba considerando hacer exactamente lo mismo*.

Me vuelvo hacia Harper antes de que mis pensamientos tomen la delantera.

—Debo dejar que descanses. —Hago una reverencia, luego sujeto su mano y acaricio sus nudillos con un beso—. Hasta mañana, milady.

Necesito hasta el último miligramo de autocontrol que tengo para irme.

Mis aposentos son un pozo de oscuridad, el fuego ardiendo bajo en el hogar. Durante la primera estación, a esta hora ya me encontraba durmiendo, bien alimentado y agotado después de un largo día de caza con el rey y otros nobles —hombres que no tenían idea de lo que les esperaba—. El agotamiento cabalga sobre mi espalda también hoy, pero no es rival para la pequeña pero exaltada ilusión que recorre mis venas.

Dejo mis velas sin encender y disfruto del silencio después del ruido del día. Me desprendo de mis armas, mis brazaletes y grebas, y comienzo a desabrochar mi chaqueta.

Un largo suspiro escapa de mi pecho. La esperanza es un lujo que no puedo

darme. Una emoción que no me atrevo a sentir.

La esperanza florece en mi pecho de todos modos, un pequeño capullo que da paso a los primeros rayos de la primavera, con pétalos que se atreven a abrirse para revelar el color que hay dentro.

Quiero saber si es real.

Eso debe significar que es real para ella.

La última hebilla cede y arrojo la chaqueta a la silla. Cuando mis dedos encuentran los lazos de mi camisa, unas manos se apoyan sobre mis hombros. Me quedo helado.

—Príncipe Rhen —dice Lilith—. Había olvidado cuán en forma estás.

Me sacudo para librarme de sus manos y doy media vuelta para encararla. Quiero volver a ponerme la chaqueta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Viene hacia mí. Sus ojos son oscuros en la habitación iluminada por el fuego.

—Una vez disfrutaste de mi compañía en tus aposentos —dice—. ¿Tanto ha cambiado?

—Sabes lo que ha cambiado.

Se acerca más, hasta que una respiración llevaría mi pecho contra el de ella.

—¿Fue buena la visita a Silvermoon? Me divierten tus intentos por convencer a la gente de que has conseguido esta misteriosa alianza. Dime, ¿qué harás cuando descubran que tu familia no está exiliada, sino muerta? —Finge sorpresa—. ¿Les dirás que fueron tus propias manos?

—Si puedo salvar a Emberfall del ejército de Karis Luran, me preocuparé por eso llegado el momento. —Señalo la puerta—. Sal de mi habitación, Lilith. No eres bienvenida aquí.

Alza la mano para acariciar mi pecho. Sus dedos trazan una línea de retorcida incomodidad en mi piel, lo que me hace inhalar con fuerza y apartarme antes de que pueda evitarlo.

Esto no llevará a nada bueno. Sujeto su muñeca.

—¿Qué quieres?

Se acerca más a mí, y nuestras manos unidas quedan presionadas entre nuestros cuerpos. Es como aferrar un carbón contra mi tórax, y no puedo evitar que un gruñido bajo salga de mi garganta. Intento dar otro paso atrás, pero ahora me sujeta con fuerza.

—Puedo detener esto tan fácilmente… —suspira—. ¿Alguna vez consideraste cortejarme *a mí* para romper esta maldición?

—Suéltame. —Quiero que suene amenazante, pero parece más una súplica.

Se pone en puntillas para rozar mis labios con los suyos, una perversión cruel del momento que compartí con Harper. Giro la cara para apartarme. El dolor me roba el aire.

—No… no puedes interferir.

—No interfiero con nada —susurra contra mi mejilla—. Tu joven maltrecha no está por ningún lado. —Una pausa—. ¿Quieres llamarla? Quizás le gustaría volver a suplicar por…

—¡No!

Lilith ríe. Su respiración es una ráfaga caliente en mi cuello.

—Eres tan fácil, Rhen. Es por eso que no recuperarás Emberfall. Es por eso que tu reino ha caído incluso sin mi interferencia. ¿Sabías que primero intenté seducir a tu padre, pero me rechazó? —Vuelve a inclinarse sobre mí—. El rey de Emberfall supo entonces que sucumbir a la tentación equivocada podía deshacer a un hombre.

Mi padre, el gran Don Juan, el que se llevaba a la cama a cualquier mujer de la corte con ojos, tuvo el tino de decirle que no a Lilith.

Tonto como de costumbre, yo caí directamente en su trampa.

Otro fracaso que se une a los otros que están clavados como flechas en mi corazón. Cierro los ojos con fuerza.

—Dejarás a Harper en paz. Dejarás a Grey en paz.

Su lengua traza la línea de mi mandíbula y me estremezco.

—Por supuesto, Su Alteza. Sabes que prefiero jugar contigo.

Su mano agarra mi mentón. Gira mi cabeza. Sus labios se presionan contra los míos.

Mi mandíbula está atascada, pero no importa. Esta es la peor clase de tortura. Algo que excede al dolor.

Pienso en Harper en el espacio abierto, con su mano en mi hombro, sus dedos suaves entrelazados con los míos. *Quiero saber si es real.*

Pienso en Harper lanzándole un cuchillo a Lilith. *Por favor, deja de hacerle daño.*

La humillación arde en mis ojos y en mi garganta. Cuando corta el beso, el alivio casi me rompe. Quiero apartarla de un empujón, pero estoy atrapado contra la pared. Mi respiración es agitada e irregular.

No puedo mirarla. Apenas me puedo mover. Mis manos aún están cerradas en puños, mis músculos están tan tensionados que estoy temblando. Toda esperanza que había florecido en mi pecho se ha marchitado y muerto.

—¿No quieres mis atenciones? —pregunta.

Tengo que tragar para poder formar palabras.

—No. Jamás.

—Qué desperdicio. —Apoya una mano contra mi mejilla y me estremezco. Sonríe—. ¿Cómo pretendes movilizar a tu pueblo cuando te acobardas con tanta facilidad?

—Haré lo que pueda para salvarlos. —Un pensamiento escalofriante envuelve mi pecho—. ¿Vas a arruinar eso, Lilith? ¿Estás trabajando con Karis Luran?

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver en esto. Hasta puedo jurar que permitiré que tu farsa se desarrolle.

Parpadeo. Es raro obtener un juramento tan directo de ella.

—No interferirás con mi pueblo.

—No interferiré con tu pueblo.

Estoy casi sin aire.

—Y Karis Luran. No revelarás nuestros planes…

—No revelaré tus planes. —Su mano todavía está presionada contra mi mejilla, y ella se inclina hacia adelante—. Realmente quiero ver cómo ella te arrebata Emberfall, Rhen. Disfrutaré viéndolo.

Esta promesa me da fuerza. Me enderezo.

—Te decepcionarás.

—Su Alteza. Considera el estado de tu pueblo.

—Lo he hecho…

Una luz blanca roba mi visión. De pronto estoy en mitad de un pueblo. Llueve a cántaros. Los cuerpos están desparramados por todos lados. Hombres. Mujeres. Niños. Algunos han sido desmembrados. De otros sobresalen flechas. La sangre se mezcla con la lluvia para formar charcos resplandecientes a lo largo de la carretera. A la distancia arden casas, el humo es una columna densa que fluye hacia el cielo.

Mis rodillas amenazan con fallar, pero parpadeo y vuelvo a mirar a Lilith.

—¿Me muestras el futuro? —digo tosiendo.

—No. Te muestro lo que los soldados de Syhl Shallow han hecho en tu ciudad fronteriza.

Abro la boca, pero mi habitación vuelve a desvanecerse. Una ciudad, esta vez, más grande. Valle Wildthorne. Se ha desatado una pelea. Hombres que están demasiado flacos para combatir luchan por los restos de un ciervo asado. Alguien lanza un puñetazo y una mujer termina en el lodo. Algunos hombres la pisan en un intento por alcanzar el animal muerto. Un niño llora en algún lado, más allá.

Grito, pero estoy de vuelta en mis aposentos.

—Te muestro el presente —señala Lilith con voz baja y cruel.

—Detente —susurro—. Detén esto.

Mi habitación vuelve a desaparecer. Estamos en mitad de una población

soleada. El olor a pescado llena el aire, pero no es Silvermoon. Otra ciudad que depende del puerto, no obstante. La gente parece mejor alimentada. Un joven lleva un tablón colmado de pescados sobre sus hombros. Va silbando, y una mujer le grita desde una choza cercana:

—¡Jared! ¡Date prisa y llévalos a la pescadería! ¡Ya has perdido medio día!

—¡Estoy yendo, madre! ¡Estoy yendo!

Puedo respirar. Esta escena no es tan terrible.

Un gruñido bajo carga el aire. La melodía que silba el muchacho se detiene en seco. Se gira, un gesto súbito de pánico invade su rostro.

—¡Jared! —grita la mujer—. ¡No!

Una forma negra se abalanza desde el borde de mi visión y derriba al muchacho. La criatura tiene tres veces su tamaño. Mitad puma, mitad oso, todo garras y dientes y furia rugiente. Lo destroza en menos de lo que tardo en parpadear. En un momento, un muchacho. Al siguiente, nada, excepto sangre y carne y vísceras.

La mujer grita durante tanto tiempo, y con tanta fuerza, que no me doy cuenta de que he reaparecido en mis aposentos. Estoy de rodillas, mis brazos se aferran a mi abdomen. Me he mordido el labio y la sangre arde sobre mi lengua.

Sé lo que hace mi criatura. He escuchado las historias de boca de Grey. De boca de mi propio pueblo.

Jamás lo había *visto*. Nunca con ojos humanos.

—Por favor —gimo—. Por favor, basta.

—Ay, pero Su Alteza… creo que mereces saber el verdadero estado de tu pueblo. —Sus ojos destellan—. Antes de que los lleves a la guerra, debes conocerlos a todos. Antes de que destroces a Harper extremidad por extremidad, debes saber de qué eres capaz.

—No. —Una lágrima rueda por mi mejilla—. Por favor.

No tiene piedad. Mi habitación desaparece. Lilith continúa con su ataque.

No importa cuánto ruegue, no se detiene.

Capítulo treinta y tres

Harper

Me despierto, aún embelesada. Los rayos del sol entran por las ventanas abiertas, y el aire templado del otoño trae los aromas de las madreselvas y el césped recién cortado. Casi puedo ver mariposas de dibujos animados volando alrededor de mí.

Lo hubiese besado. *Quería* besarlo. Puedo ver por qué ha fracasado en romper esta maldición tantas veces: mantiene demasiado de sí mismo escondido. Incluso ahora, siento que apenas he arañado la superficie. Esa fachada arrogante hace que me pregunte qué se esperaba de él antes de que la maldición destruyera su vida. La gente parece temer a la realeza. Parece temerle a él. Si me baso en mis primeros días aquí, lo comprendo. Pero ahora he visto la verdad. Debajo de esa distancia arrogante, es bondadoso. Profundamente leal. Dulce, de hecho. Inesperadamente paciente. Parece tener miedo de enseñar ese costado suyo, como si su pueblo fuese a abandonarlo si lo viera.

Pero le importa protegerlos. Eso, creo, le pesa más que la maldición.

Pensar que lo voy a ver esta mañana me deja un poco mareada. Hasta Freya hace un comentario al respecto cuando viene a trenzar mi pelo.

—¿Pasó una buena noche con el príncipe? —pregunta de forma juguetona, chocando mi hombro con su cadera.

Me sonrojo tanto que me duelen las mejillas.

Freya amarra la trenza.

—Creo que está en la sala de entrenamiento con el Comandante Grey. —Una

pausa burlona—. Por si sentía curiosidad, milady.

La siento.

Espero encontrar más gente que solo Rhen y Grey en el círculo polvoriento, pero no hay nadie más. Sus armas se mueven a una velocidad casi cegadora. Están dando golpes rápidos, y cada choque de aceros me hace estremecer. Tienen el pelo mojado por el sudor, lo que me dice que han estado haciendo esto durante bastante tiempo.

Empiezo a ir más lento a medida que me acerco. El aire parece distinto. Desagradable, de alguna manera. El calor se desvanece de mis mejillas mientras intento descifrarlo.

Rhen elude un ataque, carga contra Grey y lo desarma enganchando su espada. Grey se estrella contra el suelo y Rhen lo sigue, con la espada apuntada al cuello del hombre.

Grey arranca una de sus dagas para detener el filo a tiempo, y su otra mano sujeta el antebrazo de Rhen para mantenerlo alejado. Sus respiraciones agitadas hacen eco en la sala.

Hay algo de esto que parece muy personal. Como si los hubiese encontrado en mitad de una discusión. Quiero retroceder y salir en silencio de la sala.

Entonces escucho la voz de Grey, baja y afilada por el esfuerzo.

—Su pelea no es conmigo, milord.

Rhen maldice, se lanza hacia atrás y enfunda su espada. Su expresión es tensa; sus ojos, severos y fijos. Cuando me descubre parada junto a la barandilla, parece sobresaltarse.

La tensión en su rostro se afloja al verme. Está tan frío y distante como el día en que llegué. Las mariposas que habían estado revoloteando en mi abdomen se detienen y mueren.

Me ofrece un seco «Milady», da media vuelta y se va caminando a un lado de la sala donde hay una pequeña mesa con una jarra de agua. Se sirve con movimientos tensos y forzados.

Algo ha ocurrido.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Nada en absoluto. —Vacía el vaso y pasa por debajo de la barandilla otra vez. Aún no me ha mirado—. Podría haber otro ataque como el de Silvermoon. Debemos estar preparados.

Echo una mirada a Grey, pero también está observando a Rhen. Si bien ha recogido su arma, no la ha envainado.

Observa a Rhen como si previera otro ataque.

Probablemente sea algo bueno, porque Rhen desenfunda su espada.

Paso por debajo de la barandilla y me pongo frente a él antes de que ataque.

Aprieta su mandíbula.

—Apártate.

—No. Dime qué ha pasado.

Se acerca a mí. Cada movimiento está lleno de una furia apenas contenida. Sus ojos finalmente encuentran los míos.

—Te moverás o…

—Milord. —Detrás de mí, la voz de Grey no es fuerte.

Durante un momento, no estoy segura de que Rhen vaya a detenerse en absoluto, pero entonces lo hace. Aparta la mirada.

—Por favor, milady. Déjanos.

—Si ha ocurrido algo —digo lentamente—, necesito saberlo. Si tenemos una alianza, necesito…

—No la tenemos —responde.

Su voz es tan suave que creo que no escuché bien.

—¿Qué?

—No hay ninguna alianza, Harper. Fue una tontería pensar que tenía una posibilidad de éxito. Mi pueblo ha sido arrastrado a la ruina. Tu ejército es una farsa. Si tenemos que luchar por Emberfall, ¿quién combatirá contra Karis Luran? No hay nadie.

Estoy confundida. Nada de esto es diferente a dónde estábamos dos días atrás.

La puerta a la sala se abre de golpe. Freya está en el umbral, un poco agitada.

—Su Alteza. Milady.

Rhen no aparta la mirada de mí.

—¿Qué?

—Jamison y yo llevamos la comida al cruce de carreteras, como usted ordenó, pero la gente que se acercó era demasiado numerosa para poder alimentarla…

—Como lo suponía —acota Rhen. Su expresión se transforma en un gesto de cansancio. Suspira—. Que Jamison les diga que enviaremos más mañana.

—Lo hicimos. Pero siguieron el carro de vuelta al castillo. Les dijimos que le traeríamos el mensaje a usted, pero había demasiados para negarnos y…

—¿Cuántos?

—Cientos, Su Alteza.

—¿Los han seguido hasta aquí? —Rhen echa una mirada a Grey y comienza a avanzar hacia la puerta. Me lanza una mirada furiosa que expresa «te lo dije» mejor de lo que su voz podría.

Me avergüenzo. Es cierto: me lo dijo.

Rhen atraviesa la puerta con pasos largos. Cada palabra que dice es tensa y cortante.

—Hablaré con ellos. —Echa una mirada a Freya—. ¿Dónde está Jamison?

—Haciendo guardia en las puertas del castillo.

—¿Contra *cientos*? —pregunta Rhen—. Podrían masacrarlo.

Sube al trote los escalones que llevan al Gran Salón y hago lo mejor que puedo para seguirlo. La música es lúgubre esta mañana. Se oye el punteo suave de un arpa. Con suerte, no será un presagio.

Freya se rezaga para caminar conmigo.

—Las noticias deben haber volado —comenta, con voz apresurada y baja—. Esta gente no viene solo de Silvermoon. Había al menos cien haciendo cola cuando llegamos al cruce. Enseguida llegaron más.

—¿Hay peleas? —pregunto cuando llegamos a la cima de las escaleras, apresurándome en seguir a Rhen y a Grey. Una sensación horrible se retuerce en mi estómago. Rhen solo quería proteger a su gente, y ahora mi idea podría causar más daño que otra cosa.

—¿Peleas? —Está sorprendida.

—Sí —respondo—. ¿No es una especie de protesta porque no enviamos suficiente comida?

Rhen llega a la puerta y la abre de par en par. La luz del sol se vierte en el vestíbulo. Después de su preocupación de que cientos de personas pudieran destrozar a Jamison, Rhen sale con ímpetu, con Grey a su lado.

Un clamor surge de la multitud que está afuera y corro hacia la puerta, segura de que están a punto de rodearlo, de atacarnos a todos.

La gente se ha agolpado en los jardines y el camino de piedras. Freya tenía razón, son cientos. La mayoría son hombres y chicos; pero hay muchas mujeres y chicas también. Algunos están armados y llevan versiones más crudas de las armaduras que les he visto a Rhen y Grey. Otros visten ropas simples; la mayoría, demasiado gruesas para el clima templado que rodea el castillo.

No están gritando.

Están vitoreando.

—¡Por el bien de Emberfall! ¡Larga vida al príncipe! —Sus voces resuenan en el patio y hacen eco contra las piedras de los muros del castillo.

Rhen los observa.

Jamison se acerca.

—Su Alteza, están aquí para luchar. No pudimos evitar que nos siguieran.

—Para luchar —repite Rhen.

—Para luchar contra los soldados de Syhl Shallow —explica Jamison—. Para unirse al Ejército del Rey.

Camino hasta quedar al lado de Rhen. Sus ojos siguen fijos en la multitud frente a nosotros. Su expresión es impenetrable.

Pienso en su furia en la sala de entrenamiento. Al menos, cuando Grey se convierte en el Temible Grey, sé quiénes son sus blancos. Con Rhen, no tengo ni idea de lo que sucede en su cabeza.

—Te preguntas quién luchará contra el ejército de Karis Luran —digo en voz baja—. Creo que aquí está tu respuesta.

La multitud sigue coreando:

—¡Por el bien de Emberfall! ¡Larga vida al príncipe!

Y porque no es nada sino enigmático y calculador, Rhen parece tragarse su furia, avanza hasta el borde de los escalones y alza un puño.

—¡Por el bien de Emberfall! —exclama—. ¡Por el bien de todos!

Capítulo treinta y cuatro

Rhen

Enfoco mis pensamientos en lo que puedo controlar. Estrategia. Tácticas. Planes.

Bloqueo lo que no.

Lilith.

Se fue antes del amanecer, pero no dormí. Me quedé sumergido en la bañera durante horas, hundido debajo del agua, conteniendo la respiración hasta que mis pulmones suplicaron alivio. Me he ahogado antes, pero nunca lo había deseado tanto como esta mañana. Cada visión que me mostró está fija en mis pensamientos, tan vívida es como si hubiese presenciado cada tragedia.

Sabía que mi pueblo estaba sufriendo. No sabía cuánto lo hacía. Deseo el olvido.

Salí del baño listo para matar algo. Tengo suerte de que Grey sea tan habilidoso.

O quizás él sea quien tiene suerte.

—Rhen.

Parpadeo.

—¿Qué?

Harper abre la boca, luego la cierra, sus labios se fruncen. No he sido capaz de mirarla a los ojos en toda la mañana, y ahora tampoco es diferente. Estamos en la Biblioteca del General, la sala de estrategias de mi padre, y me encuentro frente a la ventana, observando a la gente, abajo en el jardín.

—Te he preguntado si estabas contento —explica Harper— de que la gente

haya venido a postularse. Puedes disponerte a crear tu propio ejército.

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre regimientos? —Mi voz suena vacía y no estoy seguro de cómo arreglar eso. Igualmente, continúo—. Un regimiento del ejército de Syhl Shallow podría destripar a toda la gente que hay en el jardín.

—¡Acabas de enardecerlos! —exclama—. Si no quieres que formen un ejército, ¿por qué has dicho todo aquello de «Por el bien de Emberfall»?

—Ya estaban «enardecidos», como dices. —Mantengo los ojos en la gente que se mueve abajo, poniéndose en la cola—. No tengo ningún deseo de provocar a una muchedumbre. Apenas les he dado un grito de batalla.

—Es un comienzo —responde.

No tengo nada para decir ante eso.

Desearía estar de nuevo bajo el agua, conteniendo la respiración, esperando el olvido.

Desearía estar en la sala de entrenamiento otra vez, blandiendo una espada.

En vez de eso, estoy aquí, y todos mis músculos están tensos como la cuerda de un arco.

Después de un rato, Harper pregunta.

—Grey, ¿tú qué crees?

—Creo que es bueno que la gente esté dispuesta a luchar. Que su lealtad no haya disminuido. Parecen creer que la familia real está en el exilio. La mayoría ha dejado de lado el miedo a la criatura, al castillo mismo, para venir aquí. Para luchar por sí mismos y por Emberfall. —Hace una pausa y su voz adquiere un ligero filo—. Necesitarán que alguien los lidere.

Esas palabras son una especie de advertencia. Un recordatorio de que tengo un rol que jugar aquí.

No le he dicho nada a Grey de lo que sucedió con Lilith, pero estoy seguro de que ha adivinado *algo*. No he sido sutil en el entrenamiento de esta mañana.

—¿Puedes liderarlos? —pregunta Harper, y creo que me está hablando a mí.

No, pienso. *Solo puedo llevar a la gente a la muerte. ¿No lo ves?*

—No soy un general —responde Grey—. Ni siquiera soy un soldado. El Ejército del Rey y la Guardia Real no entrenaban juntos.

—Jamison era un soldado. Un teniente, ¿no?

—Lo era.

—Sé que cometió un error en Silvermoon, pero un teniente es un tipo de oficial, ¿verdad? ¿Podrías hablar con él y trazar un plan para determinar qué hacer con toda esta gente una vez que esté dividida por habilidad?

—Sí, milady. —Se va, y la puerta se cierra lentamente detrás de él. Ni siquiera esperó a que yo le diera una orden.

O quizás supo que yo necesitaba que ella la diera.

Harper aparece a mi lado frente a la ventana, pero deja unos buenos pasos de distancia entre nosotros.

—Fue Lilith, ¿no es cierto? —pregunta en voz baja.

Me sobresalto al escuchar su nombre, y Harper me mira alarmada.

—No estaba segura de que fuese ella lo que te ha afectado tanto —explica—, pero no te he oído hablar de nadie más que tenga el poder de hacerte esto.

—Tiene mucha habilidad para encontrar cualquier debilidad —digo.

—Entonces anoche regresó.

—Sí. —Me preparo para que me pregunte qué ocurrió o por qué no la invité a mis aposentos para otra sesión de negociaciones. El solo pensarlo me revuelve el estómago.

Pero Harper no dice nada. Se queda quieta a mi lado y respira, casi de la misma manera en que nos quedamos uno al lado del otro frente al acantilado en Silvermoon. Mucho ha cambiado desde anoche. En muchos niveles.

—¿Quieres hablar al respecto? —pregunta.

—No.

Observamos a la gente en el jardín. Me sorprende la variedad de voluntarios.

Un niño que no puede tener más de seis años está en la cola. Mira el castillo con asombro, después pica con el dedo a un chico más grande que está a su lado, probablemente su hermano. Pienso en el joven Jared siendo destripado delante de mí y aparto la vista con rapidez. Una mujer mayor se apoya sobre un bastón más allá, y me recuerda a un anciano que fue empalado por una lanza de los hombres de Syhl Shallow en otra visión. Tras emerger del bosque, más personas se dirigen hacia el jardín.

Una joven me resulta familiar, y me lleva un momento reconocerla.

Zo. La aprendiz de música. Es pequeña de estatura, pero en vez de un vestido, hoy tiene puestos pantalones y botas. Lleva un arco amarrado a la espalda, y una daga colgada en su cintura. Una cazadora, quizás.

Interesante. Me pregunto si Grey la rechazará.

Debería rechazarlos a todos.

Doy media vuelta desde la ventana, hacia la mesa de estrategias y me dejo caer en la segunda silla —no en la primera, que era donde mi padre siempre se sentaba—. Hay mapas extendidos a lo largo de la superficie, de la última reunión que mi padre tuvo con sus consejeros durante la primera estación. Esta no es una habitación que visite con frecuencia.

Harper también se aleja de la ventana.

—Esto es un como un juego de *Risk*, pero a gran escala —dice cuando se acerca a inspeccionar el mapa mayor que está fijado en el centro de la mesa. Se trata de las tierras septentrionales, que muestran la cordillera que bordea Syhl Shallow.

—¿*Risk*? —repito como en eco.

—Es un juego de estrategias de guerra. —Harper levanta una pequeña figura de hierro—. Hasta tenéis los muñequitos.

Dejo escapar una breve risa, aunque no tengo humor.

—Vaya, un mundo donde la estrategia de guerra es un juego.

—Ey. —Sus ojos me atraviesan—. Sabes que mi vida tampoco es color de

rosa.

Asiento con la cabeza, cediendo.

—Como digas.

—Enséñame cómo funciona.

Dudo, ya que no quiero pensar en la inminente destrucción de mi pueblo de manera que pueda trazarla en un mapa, pero Harper me observa, expectante.

Suspiro y me levanto de la silla. Reúno una docena de piezas de hierro en mis manos.

—Syhl Shallow está aquí —señalo al ubicar seis caballos con sus jinetes a lo largo de la cordillera—. Jamison dijo que hubo una batalla en Willminton y su regimiento fue destruido, lo que significa que puedo dar por sentado que los soldados de Karis Luran controlan el acceso a través del paso de montaña.

—¿Qué tan amplio es el paso de montaña? —pregunta—. ¿Podríamos tender una emboscada o algo por el estilo?

Levanto la mirada, impresionado.

—Podríamos, pero probablemente controlen una parte importante del área que rodea la entrada al paso para prevenir eso mismo. —Niego con la cabeza —. Nuestra mejor apuesta será dar la ilusión de fuerza. No entablar combate en absoluto. Dar la impresión de un ejército de gran tamaño, no necesariamente poderoso. —Coloco más figuras alrededor de Ironrose—. Si podemos formar un batallón alrededor del castillo…

—Sabes que no conozco esas palabras militares.

—Si podemos colocar grupos de soldados alrededor del castillo y después enviar mensajeros a las ciudades fronterizas para que den instrucciones a sus soldados de que se reúnan estratégicamente *aquí* y *aquí*… —Pongo más figuras —… dará la ilusión de que se trata de milicias bien preparadas.

Harper rodea la mesa para detenerse a mi lado y examina el mapa.

—Entonces, ¿por qué no pareces contento?

El destello de una imagen: una casa que arde en llamas mientras soldados

atascan la puerta, palabras de dolor de la gente que intenta escapar entre los tablones de madera.

Me estremezco y me aparto.

—Porque no tengo ni idea de si aún tengo soldados apostados en las fronteras. No hay nadie en quien confíe para entregar un mensaje seguro.

—¿Grey?

—Lo necesitamos aquí si vamos a seguir visitando las ciudades más cercanas. No lo enviaré lejos durante semanas.

Algo se modifica en su expresión.

—Claro.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Has dicho «semanas». Es solo que... no había pensado que esto duraría tanto.

Ah. Su madre. Esta misión —esta maldición— no promete más que miserias hacia todos lados.

—Aún deseas negociar la vuelta a casa. No hubieses querido encontrarte con Lady Lilith anoche, milady. Te lo aseguro.

Harper me observa, y el peso de sus ojos hace presión en mí.

—He visto lo que Lilith puede hacer —dice—. No entiendo qué ha cambiado.

No puedo explicárselo sin hablarle de todo. Me dejo caer en la silla y estudio el despliegue de figuras de hierro sobre la mesa. Una permanece atrapada entre mis manos, y la hago girar una y otra vez.

Harper da unos pasos hacia mí y la figura se queda quieta. Mis músculos están tensos y tengo que obligarme a permanecer en la silla.

Debe percatarse, porque no se acerca más. Se deja caer en la silla que está a tres asientos de distancia.

Pero entonces dice con suavidad:

—No huyas de mí.

Las palabras que nos dijimos anoche. Mucho ha cambiado desde entonces hasta ahora. Una noche ha cambiado demasiado, en más de una forma. No puedo ofrecerle nada más que fracaso. La maldición ya ha probado eso. En realidad, lo único que Lilith me dio fue un recordatorio.

Miro a Harper y respiro para asegurarme de que mi voz esté tan firme como siempre.

—No huiré. —Hago una pausa y me levanto—. Pero por ahora, milady, quizás sea mejor que evites buscarme.

Capítulo treinta y cinco

Harper

A medida que los días pasan, los preparativos para la guerra —o para dar la impresión de una guerra— alcanzan un punto álgido. Un mensajero de las Colinas del Norte, un pueblo al sur del paso de montaña, le informa a Rhen que más soldados de Syhl Shallow han montado un campamento en esa zona. De pronto, todo el tiempo hay gente entrando y saliendo y rodeando el castillo: entrenan en el jardín y en la pista, ejercitan con los caballos o reparan armas.

Rhen está siempre ocupado. Todos y todo requiere su atención. El único momento que pasamos juntos son nuestros viajes a las ciudades vecinas, pero incluso entonces está aislado. Juega el rol del príncipe enamorado bastante bien, pero en cuanto los ojos de sus súbditos nos abandonan, se vuelve distante y distraído.

Grey también está siempre atareado. Seleccionó a diez guardias de aquellos que se postularon, y ahora sus días están llenos de simulacros, entrenamientos y prácticas... cuando no está custodiando él mismo a Rhen.

Para mi sorpresa, Zo fue una de los que Grey eligió. La única mujer. Grey debe confiar en ella, porque con frecuencia la encuentro haciendo guardia delante de mi puerta cuando me despierto por la mañana.

—¿Contrataste a Zo por lo que hice en Silvermoon? —le pregunto a Grey una noche, en un momento excepcional en el que nos encontramos solos. Estamos en el establo, donde ha estado evaluando qué caballos son los más adecuados para los guardias que ha escogido.

—La he contratado porque sabe pelear —responde—. Es rápida con el arco y tiene pies firmes. Su manejo de la espada es pobre, pero no se distrae con facilidad. Creo que lo hará bien.

La observo mientras entrena con uno de los otros postulantes, pero no sé qué es lo que estoy mirando, así que no entiendo demasiado.

—Pero... ¿no era la aprendiz de un músico?

—Sí, milady. —Ajusta una montura en un gran caballo castaño—. Así como yo solía ser un granjero.

Claro, supongo que hay que tener eso en cuenta. Desliza una brida sobre la cabeza del caballo.

Desde el día en que la gente comenzó a acercarse al castillo, Grey se ha vuelto más reservado, probablemente como se supone que debe ser por deferencia a la princesa de Dese. Es una de las dos personas que saben la verdad sobre mí, y la única a la que le puedo preguntar sobre Rhen. En un minuto atravesará la puerta, y voy a perder otra oportunidad de hablar con él.

—Grey —digo en voz baja—. Espera, por favor.

Lo hace, por supuesto, y me mira, aunque su expresión no revela nada. Me doy cuenta de que espera una orden o algún tipo de pedido.

No quiero darle una orden. Necesito que sea mi amigo.

Quizás ya he cerrado la puerta a eso.

—Olvídalo —digo. De pronto me siento más sola que nunca—. Ve. Estás ocupado.

—Milady —responde en voz baja.

Cuando me doy la vuelta, se ha acercado unos pasos. Sus ojos inspeccionan los míos.

—Estás afligida.

—Rhen sigue sin hablarme —digo suavemente.

Grey aparta la mirada. Ya lo sabe.

—¿Habla contigo?

Duda un momento.

—No. En realidad, no.

—¿Crees que Lilith lo tortura en secreto por las noches?

Grey echa un vistazo al otro extremo del pasillo, donde un mozo de cuadra está barriendo los granos derramados. Incluso cuando estamos solos, ya no estamos verdaderamente solos.

—Esta noche cabalgaremos a Fortaleza Hutchins —dice.

—Lo recuerdo. —Una cena con un Gran Mariscal que tiene su propio ejército privado. Rhen dijo que mi presencia no era necesaria.

Grey agrega:

—No creo que el príncipe Rhen se disguste si el viaje se extiende hasta bien entrada la noche.

Lo que quiere decir que Lilith no podrá molestarlo. Trago saliva.

—No puedo ayudarlo si no habla conmigo, Grey. No está tratando de romper la maldición, no la está deteniendo… —La frustración me interrumpe—. He tratado de darle espacio, pero… no sé qué hacer.

Grey se acerca más, hasta que sus palabras solo son para mí.

—Él no le negará nada, milady. Ni siquiera aquello que no quiere dar.

Oh. Lo miro a los ojos.

Grey se aparta. Echa una mirada a la puerta y al cielo, que se oscurece lentamente.

—Disculpe. La luz se disipa. —Saluda al caballo con un chasquido y sale del establo.

Zo espera fuera, lista para escoltarme a mis aposentos. Cuando llegamos a mi puerta, me detengo antes de encerrarme dentro.

—Zo, ¿podrías hacerle llegar al príncipe el mensaje de que quiero acompañarlo en su viaje a Fortaleza Hutchins?

—Sí, milady. —Inclina la cabeza y se va.

Mientras espero que regrese, me quito las prendas del camino y me enjuago

rápidamente con el agua caliente que siempre hay en la bañera. Después busco algo apropiado para vestir en una cena con la nobleza.

Suena un golpe en la puerta.

—Entra —llamo—, por favor.

Zo abre la puerta y entra, pero su expresión revela que no tiene buenas noticias.

—Su Alteza dice que su presencia no es justificada ni requerida.

Mi boca forma una línea. Menos mal que no iba a negarme nada.

—Genial.

—Lo siento —dice Zo con suavidad.

Rhen me pidió que no lo busque. He estado intentando no hacerlo. Pero esto ya no es una alianza. Es... no sé en qué se ha transformado.

¿Qué fue lo que dijo Grey? «Ni siquiera aquello que no quiere dar».

Levanto la vista, miro a Zo y me pregunto si obedecerá mi orden por encima de la de Rhen.

—Pide los caballos —anuncio—, vamos a ir tras ellos.

La sorpresa ilumina sus ojos. Espero que rehúse hacerlo.

No lo hace.

—Sí, milady. Ahora mismo.

Fortaleza Hutchins es más pequeña que Silvermoon Harbor, menos fortificada, y el agotado guardia que hay a la entrada nos hace pasar con un gesto de la mano después de apenas echarnos un vistazo. En muchas de estas ciudades, según lo que hemos escuchado, la seguridad solo es por el monstruo, no por las personas.

Hemos estado viajando despacio porque no quiero que Rhen vea que lo estoy siguiendo y me envíe a casa. Mi única posibilidad es unirme a él frente a sus súbditos, donde no se arriesgará a montar una escena.

Es lo bastante tarde para que las calles no estén pobladas, y los cascos de

los caballos resuenan sobre los adoquines cubiertos de aguanieve.

—La residencia del Gran Mariscal es allí —señala Zo en voz baja, mientras apunta con la cabeza a una vivienda enorme que se eleva por encima del resto de la ciudad. Lleva un arco amarrado a la espalda junto a un carcaj con flechas —. ¿Deberíamos rodearla para llegar desde la dirección opuesta? —Duda—. Quiero decir, si el objetivo es no ser detectadas…

Le lanzo una mirada sorprendida.

Sonríe de manera vacilante, como si no estuviese segura de cómo reaccionar.

—¿No debía notarlo?

Después de la indiferencia de Rhen y la seriedad de Grey, es bueno tener una compañera que sepa cómo sonreír, y que no me diga qué tengo que hacer. No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Me alegra que lo hayas hecho.

Serpenteamos las calles de la ciudad. Hay poca gente en el exterior, pero los rumores se han extendido hasta aquí. La gente nota la insignia en mi capa o en la armadura de Zo y hacen reverencias cuando pasamos a su lado. Caminamos alrededor del extremo más lejano de la vivienda del Gran Mariscal y amarramos los caballos a un poste que hay allí. Un muro bajo rodea la edificación y da forma a un pequeño patio en el frente, que está vacío. Todos los invitados han entrado ya.

Observo el edificio. Está muy silencioso aquí fuera, donde la nieve cae ligera. Las velas parpadean en las ventanas, pero no hay sonidos que indiquen peligro. No tengo ni idea de dónde están Rhen y Grey, o de si este silencio es significativo o amenazante.

El patio no es grande, de todos modos, y es evidente que estamos solas.

—El Gran Mariscal debería tener guardias —dice Zo en voz baja—. Estuve aquí con el maestro de canciones al final del verano. Había cuatro guardias en el patio.

Ahora no hay ninguno. He visitado suficientes ciudades para saber que esto es inusual.

He estado tan preocupada de que Lilith estuviese torturando a Rhen que realmente no consideré qué pasaría si la amenaza surge en una de la ciudades. La mayoría de nuestros guardias son jóvenes o no tienen experiencia —como prueba la chica que me ha acompañado fuera del palacio con tanto entusiasmo—.

—Deberíamos entrar —indico finalmente.

La nieve silencia nuestros pasos. Cuando entramos al patio, me doy cuenta de que Zo ha sacado su arco.

Se queda quieta y su voz pasa a ser casi un suspiro.

—Milady. Justo ahí.

Un cuerpo en la nieve, escondido en un rincón penumbroso del patio. El cuello rebanado, una línea carmesí contra el blanco de la nieve.

Tiene el uniforme de la Guardia Real. Tardo un momento, pero reconozco el mechón de pelo rojizo. Su nombre es Mave. De su cuello sobresale un cuchillo. La nieve se ha acumulado en los huecos de su rostro, cubriendo sus ojos.

Mi respiración se sacude. Casi nos asesinan en Silvermoon Harbor, y entonces teníamos a Grey y Jamison. Esta noche tengo una daga y tengo a Zo. Hace demasiado frío y estamos solas.

La miro, pero ella me está mirando a mí. Soy la princesa y estoy a cargo.

Nunca he estado a cargo de nada. En casa, Jake me decía qué hacer. En Emberfall, siempre lo hace Rhen o, a su manera, Grey.

Siento un destello de la responsabilidad que debe sentir Rhen por su pueblo. Zo hará lo que yo diga. Estoy poniendo en riesgo su vida.

Lo único que puedo pensar es en Grey diciendo «Mi deber es sangrar para que no lo haga usted».

—Vamos —digo. Zo asiente y me sigue, una sombra a mi lado. Su flecha,

lista en la cuerda.

La puerta cede cuando la empujo y, durante un largo e inquietante momento, no escucho nada. La vivienda es siniestramente silenciosa. El vestíbulo está vacío, así que nos deslizamos por el pasillo central. Un hombre ríe con fuerza en algún lugar en la parte trasera de la casa, en un sonido largo y estridente. Otros se le unen.

Luego la voz de Rhen.

—Gran Mariscal, echaba de menos su humor. Mi padre solía decir que su apoyo era una alegría para él.

Está vivo. Ríe. Durante un momento, me pregunto si nos hemos equivocado. Me pregunto si voy a destrozar algo.

Pero el cuerpo de Mave yace en el patio. Eso no es normal... y Rhen no estaría riendo si lo supiera.

A nuestra izquierda se abre una puerta, y Zo gira en esa dirección con su arco apuntado.

Una chica del servicio grita y deja caer la bandeja que estaba llevando. La cubertería de plata resuena contra el suelo de piedra. Los platos de sopa se hacen añicos apenas impactan.

De pronto, estamos rodeadas por guardias; los nuestros, incluido Grey, y otros que deben pertenecer al Gran Mariscal. Todos apuntan sus armas. Más allá de ellos, en el extremo lejano del pasillo, han aparecido tres hombres.

Rhen es uno de ellos. Su expresión es tensa.

—Milady. —Hace una pausa—. Pensé que estabas ocupada esta noche.

La chica del servicio está en cuclillas en el suelo, gimoteando, con las manos sobre su cabeza.

—Mis planes han cambiado. —Cuento rápidamente en mi mente. Siete guardias bloquean el pasillo y solo tres son nuestros. Hay dos hombres junto a Rhen. Parece que hay más personas en la habitación detrás de él. Nos superan dos a uno... y aún no tengo ni idea de quién mató a Mave. Nada en esta

reunión parece correcto.

Los ojos de Rhen atraviesan los míos, luego se disparan más allá de mí para observar a Zo, que aún tiene una flecha encocada. Aclaro mi garganta antes de que él pueda decir nada.

—Disculpen mi tardanza. Lamento haber dado semejante susto a la chica del servicio.

Camino hacia adelante con determinación, como si esperara que los guardias se apartaran y cedieran el paso en el pasillo… y lo hacen.

El corredor da lugar a un gran salón comedor con suelos de mármol y paredes cubiertas de mosaicos pintados de dorado y rojo, los colores de Emberfall. Los guardias se mueven para volver a entrar uno a uno en el salón y regresar a sus posiciones a lo largo de la pared. En el pasillo, escucho a la chica del servicio intentado recoger los platos de prisa. Zo se queda a mi lado, el arco todavía en la mano, la flecha apuntada al suelo.

Rhen me mira con furia, pero dice:

—Permíteme presentarte al Gran Mariscal de Fortaleza Hutchins y su senescal.

—Caballeros. —Hago un saludo tenso con la cabeza. El Gran Mariscal es un hombre delgado, de contextura esbelta y fuerte, que lleva una barba corta. Su expresión es pensativa y calculadora. Su senescal es su opuesto en todo sentido: corpulento, con una barriga que se apoya en su regazo, una barba espesa que parece engrasada, ojos pequeños y redondos. Él es el petulante.

Desearía que Rhen y yo no estuviésemos tan distanciados. Al menos en mi primer día en Emberfall, sabía cuáles eran sus motivos. Ahora *nada* tiene sentido.

—Quisiera hablar contigo en privado —pido a Rhen.

El senescal me echa un vistazo y lanza una risita. Eso hace que todo su cuerpo tiemble. No es un sonido agradable.

—Su Alteza, he oído hablar de su princesa guerrera con cicatrices, pero no

creí que ella fuera tan… —Sus ojos recorren mi figura con rapidez—… pequeña. —Da un codazo al Gran Mariscal.

Ríen juntos, pero Rhen dice:

—No subestimen a la princesa. —Su voz podría atravesar el acero.

La risa del Gran Mariscal se apaga, pero no se disculpa.

—Somos todos amigos aquí. Sin duda puede hablar abiertamente, milady.

Miro a Rhen, con la esperanza de que diga lo contrario, pero su mirada aún es inflexible y está más preocupado por el hecho de que estoy interrumpiendo su velada.

Toda esta situación parece frágil. Me encuentro detrás de una silla y apoyo las manos en el respaldo para evitar moverlas nerviosamente.

—¿Dónde están sus guardias, Gran Mariscal? Esperaba que me saludasen al llegar.

—Parece haber encontrado el camino hasta aquí sin problemas. —Entorna los ojos como si aún considerara que soy graciosa—. No controlo todos los movimientos de mis hombres. Tengo un ejército privado. Nadie se atrevería a atacar mi residencia.

—Uno de *nuestros* guardias está muerto en el patio —sostengo—. Discúlpeme si no siento demasiada confianza en la fuerza de su ejército.

La tensión cae sobre nosotros como un hacha.

—Explique esto —ordena Rhen.

Grey se mueve desde la pared para quedarse a su lado. Da una orden en voz baja a uno de los guardias contra la pared, un joven rubio que se llama Dustan. El hombre asiente y sale de la habitación.

—Debe estar equivocada —disiente el senescal. Vuelve a reír, pero ahora es un sonido más atragantado—. Nim, ve con su guardia. Fíjate qué sucede.

Un hombre, que debe ser Nim, se mueve desde la pared para seguir a nuestro guardia.

Cuando Nim pasa a mi lado, comienza a desenfundar su arma.

No sé por qué, pero eso hace que mis pensamientos se detengan.

El Gran Mariscal está mirándome con furia.

—¿Por qué siento que me estás acusando de algo, joven?

—Esta *joven* es la princesa de Dese —aclara Rhen cuidadosamente. Debe percibir el peligro también—. Tal vez no estaba al tanto.

Los ojos del gran mariscal no abandonan los míos.

—Lo estoy.

—Invitó al príncipe Rhen a su residencia para alguna clase de negociación —declaro—, pero a mí me parece más una trampa.

—¿Por qué necesita Emberfall mi ejército si Dese está dispuesto a suministrar sus tropas?

Quisiera poder ordenarle a Grey que le lance un cuchillo. Esto es mucho más complicado que cuando enfrentamos a los soldados en la posada. Alzo una ceja.

—¿Por qué mataría a nuestro guardia si su interés en una negociación fuese genuino?

—¿Quién ha dicho que he matado a su guardia?

Cuando Rhen habla, su voz es baja y letal.

—Me gustaría que responda la pregunta de la princesa.

El senescal se inclina hacia delante.

—Si su hombre fuera un verdadero miembro de la Guardia Real, no hubiese caído con tanta facilidad. —Tose y su cuerpo se sacude—. Sospecho que no está siendo completamente honesto, Su Alteza.

—Yo sospecho que *vosotros* no lo sois —responde Rhen.

—Su padre no hubiese necesitado a mis hombres —afirma el Gran Mariscal.

—¿Mandó a matar a mi guardia?

—¿Qué diferencia haría? —El senescal ríe—. ¿Cómo responderías?

—Ejecutar a ambos por traición —afirma Rhen.

—¿Tú y qué ejército? —Da una palmada a la mesa.

Su mano apenas ha golpeado la superficie de madera y la espada de Grey ya está sobre su garganta. La risa del hombre se detiene en seco. Se echa hacia atrás en su silla. Un punto rojo surge en su cuello.

—No necesito un ejército para tratar contigo —dice Rhen.

Uno de los guardias comienza a desenfundar su espada. La flecha de Zo vuela antes de que pueda dar una orden. El asta se clava justo en la muñeca del hombre, que grita.

Otro guardia saca su espada. Zo ya tiene otra flecha encocada, pero Rhen exclama:

—Espera.

Ella lo hace. Su respiración suena como una ráfaga junto a mí.

Los otros guardias también se quedan quietos. La tensión camina por el filo de un cuchillo en la habitación. Todos tienen sus armas esgrimidas ahora, pero nadie más ha avanzado.

En el pasillo detrás de mí suenan ecos, y Zo me empuja a un lado. Su flecha está apuntada, pero es Dustan, nuestro guardia, que arrastra a un amarrado Nim por el pasillo.

—Mave está muerto —dice, jadeante—. Este lo hizo. Casi me toma desprevenido.

Rhen da un paso atrás.

—Esto ha sido una emboscada. Matadlos a los dos.

—¡No! —grita el Gran Mariscal. Se desliza de la silla para ponerse de rodillas —. No lo hemos emboscado. Lo juro. Admito que tenía mis sospechas, pero siempre he sido leal a la corona.

—Mataste a un guardia —increpo—. ¿Cómo lo llamarías?

—¡Lo juro! —Su voz se ha vuelto más aguda—. ¡Lo juro!

El senescal vuelve a toser.

—Ten algo de orgullo, hombre. —Después escupe a Rhen.

—Comandante. —Los ojos de Rhen apuntan a Grey.

—No —suplica el Gran Mariscal. Su frente toca el suelo—. Por favor. Lo juro. Esto no ha sido traición.

—Espera —digo. Miro al guardia que Dustan ha sujetado contra la pared en el pasillo—. Nim, ¿quién te dio la orden de matar a nuestro guardia?

No responde.

Dustan le da un puñetazo entre los omóplatos. El hombre tose y cae de rodillas.

—Sirvo al senescal.

—Yo lo hice matar —confiesa el senescal.

—¿Por qué? —pregunta Rhen.

—Para demostrar tu debilidad. —Hace una mueca y sorbe aire al sentir la espada de Grey contra su piel otra vez—. Para negociar un precio más alto a cambio de soldados hábiles.

Rhen camina hacia adelante y sujeta al Gran Mariscal del cuello de su chaqueta. Lo sacude para que quede de rodillas. Su voz es tensa e inflexible.

—¿Así que buscabas engañar a la corona para ganar plata?

—No, Su Alteza. Actuó por su cuenta. —Su voz casi tartamudea—. Lo juro… juro lealtad a la corona. Ofrecería todo lo que tengo.

Rhen mira al senescal.

—¿Es verdad? ¿Actúas por tu propia cuenta?

—No necesité ayuda para burlarme de ti, si es eso lo que estás preguntando.

La mandíbula de Rhen se tensa. Baja la mirada al hombre de barba cuya chaqueta aún sujeta en su puño.

—Gran Mariscal, les pagaré a sus hombres un precio justo por sus servicios. Me gustaría tener una rendición de cuentas completa de los impuestos que ha ordenado pagar a sus ciudadanos y, si veo que les han cobrado un solo centavo más de lo necesario, les devolverá el dinero de sus propias arcas.

—Sí… sí, Su Alteza. —Hace una mueca de dolor—. Por favor… tenga piedad con mi senescal… tiene una familia. Usted ha estado lejos por tanto tiempo…

perdónelo…

Rhen mira a Grey.

—Retroceda.

Grey baja su arma. El senescal lleva una mano a su cuello. Su respiración aún es temblorosa, pero entonces tose una risa rancia.

—No tienes ninguna oportunidad contra Karis Luran. Apenas has podido con esta habitación. —Tose—. Espero que la criatura regrese al castillo y os masacre a todos vosotros.

—Terminaste una vida por egoísmo y por tu propia avaricia. Buscabas debilitarme a mí y a mi guardia personal. Todo esto según tu propia confesión. —Se inclina hacia adelante—. Eso, señor, es traición.

—No será la última.

—Seguramente no, pero serás un ejemplo para aquellos que pretendan lo mismo. —Rhen retrocede—. Mátelo, Comandante. Deje el cuerpo.

Inhalo, no sé si es para gritar o protestar u otra cosa completamente distinta, pero es demasiado tarde. La garganta del hombre ya está rebanada. Se desploma en su silla. Se derrama la sangre.

A mi lado, la respiración de Zo está tan acelerada como la mía. Tengo las manos sobre la boca.

Entonces Rhen está delante de mí. Sus ojos son severos y su voz es afilada. Lanza una mirada a Zo.

—Buen disparo.

Ella traga.

—Gracias… gracias, Su Alteza.

Los ojos de Rhen regresan a mí.

—Milady.

Lo observo por encima de mis manos. No sé qué decir. No sé qué hacer.

Una emoción destella en sus ojos, casi demasiado rápido para que pueda captarla, pero lo hago. No es la desaprobación severa que esperaba. Es

resignación. Derrota. Tristeza.

Miedo.

Debe ver la pena que surge como respuesta en mis ojos, porque aparta la mirada. Su expresión se cierra. Suspira.

—Vamos, princesa. Te acompañaré hasta tu caballo.

Cabalgamos de vuelta a Ironrose en silencio, Rhen va a un lado. Zo, Dustan y Grey nos siguen detrás. El resto de los guardias se han quedado para asegurarse de que el Gran Mariscal siga las órdenes. La tensión hace que la nieve que cae parezca algo afilado, y el aire frío serpentea entre nosotros, lo que me hace recordar la noche sobre el acantilado en Silvermoon. La noche en que casi nos besamos.

La noche en que todo se desmoronó.

—¿Podrías decir algo? —le pido con voz suave—. ¿Por favor?

—No quieres hablar conmigo ahora, milady, te lo aseguro. —Su voz está tensionada por la furia, y su caballo arroja la cabeza hacia atrás, luchando contra las riendas.

—Prefiero cualquier cosa que días de silencio.

—No deberías haber venido esta noche.

—Quizás se haya perdido algo en la traducción, porque eso no suena nada parecido a un «gracias».

—¿Estás esperando que te dé las *gracias*? —Gira la cabeza con rapidez—. No sabías nada sobre su plan. ¿Y si había asesinos esperando en los pasillos? ¿Y si tu guardia no tenía tanta puntería? ¿Y si estaban trabajando en equipo? Nos superaban en número. Podrían haber asesinado a cada uno de nosotros.

No sé qué decir, así que no digo nada. Tiene razón en todo.

—Lo que hiciste fue imprudente y estúpido —agrega Rhen.

Giro la cabeza y lo miro con furia.

—Te *he salvado*.

—El plan del senescal hubiese salido a la luz. Grey lo hubiese frenado. —Toma aire—. Ahora hay un hombre muerto por órdenes mías. Una vez más, no traigo más que muerte y sufrimiento a mi pueblo.

Durante un instante, percibo la resignación que capté más temprano. Me estiro para tocar su mano.

La aparta con rapidez, inflexible, sus ojos fijos en el frente.

—Tienes suerte de que no fuera tu cuerpo el que encontré en el patio.

—Traje a Zo.

—Eres muy imprudente. Como en la sala de entrenamiento. Actúas sin pensar.

—En la sala actué para *protegerte*.

Su mandíbula está tensionada. Nunca lo había visto tan enfadado. Está desatando mi propia rabia. Hablaba en serio cuando dije que prefería el enfado al silencio interminable.

Pienso en el destello de emoción que le vi en el pasillo de la residencia del Gran Mariscal. Me obligo a respirar hondo.

—Por favor, dime qué está pasando. —Mis palabras son suaves, presionadas dentro de este pequeño espacio que ocupamos, como si la noche, incluso, quisiera mantener este momento privado—. Sé que es Lilith. Tiene que ser Lilith. Hiciste un pacto conmigo. Cúmplelo. Dime qué está pasando.

Inhala. Observo cómo su amplio pecho se expande. Sus ojos destellan con rabia, un seguro preludio a más furia. Pero entonces su respiración se entrecorta y él parece… *desinflarse*.

Cabalgamos en silencio. Es como si toda lucha lo hubiese abandonado.

—Rhen —susurro.

—Te libero de nuestro acuerdo —dice en voz baja—. Ya no tengo nada que ofrecerte.

Me vuelvo y miro a los guardias por encima de mis hombros.

—Retroceded —digo—, por favor.

Grey me mira a los ojos, después asiente. Se rezagan unos diez metros.

—No quiero que me liberes —afirmo—. Quiero saber qué está sucediendo.

No responde. No dice nada. Cabalgamos kilómetros.

Finalmente habla.

—Me siento atrapado, milady. —Su voz es tan baja—. Hice un trato contigo, pero me encuentro incapaz de llevarte ante su presencia otra vez.

Inhalo para hablar, pero entonces me mira.

Sus ojos se disparan hacia la cicatriz en mi mejilla.

Entonces entiendo.

—Crees que volverá a a hacerme daño.

Asiente.

—Pero te está haciendo daño *a ti*, Rhen.

—Lo he soportado cientos de estaciones. ¿Qué diferencia hace una más?

Su voz es desoladora.

—¿Te tortura todas las noches? —susurro.

—No me hace nada. Me muestra lo que he hecho.

—No te entiendo.

Traga.

—Viene a mí todas las noches. Me muestra a mi pueblo. A aquellos que han muerto. A los que están muriendo de hambre. Los que sufren. —Presiona una mano contra su estómago—. Me muestra a la criatura. Me muestra sus muertes. Su dolor. Su angustia. No puedo soportarlo.

Quiero matarla.

—Rhen… estás intentando salvarlos…

—Y estoy fracasando, Harper. Incluso esta noche, no tengo nada que ofrecer excepto muerte, dolor y miedo. —Presiona la base de una mano contra sus ojos—. Nunca deseé que terminara una estación con tanta fuerza. —Su voz se rompe y respira hondo, de forma temblorosa.

—No los estás matando —insisto, con furia—. Estás intentado salvarlos.

—Los estoy matando, milady. Uno por uno.

—No lo haces —protesto—. Incluso esta noche, cuando ese hombre intentaba engañarte para sacarte dinero para sus soldados, no fue en ti en lo primero que pensaste. Te preocupó que hubiesen estado robándole a la gente también.

—No puedes hacer que me vea con otros ojos —dice—, sé lo que he hecho. Lo veo noche tras noche.

—Haces todo lo que puedes —argumento. Por alguna razón, mi padre aparece en mi mente. Los hombres horribles que él trajo a mi familia. Él nos abandonó, pero quizás también creyó que estaba haciendo lo mejor que podía hacer.

La mano de Rhen se arrastra y cae desde su cara.

—No sé cómo ser el líder de mi pueblo cuando todo lo que veo son mis fracasos.

—Lo estás siendo —respondo con suavidad—. El Gran Mariscal te juró lealtad esta noche. Tienes un castillo lleno de personas que han jurado su lealtad a ti. Una vez me dijiste que fuiste criado para gobernar un país, y lo estás *haciendo*.

—Por favor —me dice—. Por favor. Te lo ruego. No lo comprendes.

Te lo ruego. Esas palabras me rompen el corazón, porque no son palabras que él diría.

—Está bien —susurro—. Está bien. Cabalguemos.

Viajamos el resto del camino al castillo en silencio. Ha recuperado la compostura para cuando entrega su caballo al mozo en el establo, y después da media vuelta para acompañarme al castillo.

Se detiene delante de mi puerta. La última vez que estuvo parado aquí, acabábamos de regresar de Silvermoon. Estuve a un suspiro de besarlo.

Esta noche sus ojos están llenos de resignación.

—Buenas noches, milady.

Casi como en el patio en Fortaleza Hutchins, me encuentro sin saber qué hacer, pero sí sé que necesito ayudarlo.

—¿Por qué no entras conmigo?

Eso lo sobresalta. Quizás sean los ojos cansados o los hombros caídos, pero nunca me había parecido tan joven.

—¿Qué?

—Quédate en mi habitación esta noche. Lilith no tiene permitido interferir en tu cortejo, ¿verdad?

Una línea aparece entre sus cejas.

—Deja que te corteje. —Flaqueo al darme cuenta de cómo suena eso. Un calor sonroja mis mejillas—. Digo, no realmente. Quiero decir… yo solo…

—Milady. —Se endereza—. No te voy a poner en riesgo.

—Una vez me dijiste que me darías todo lo que estuviese en tu poder.

Suspira.

—Ahora me atraparás con mis palabras.

—No te estoy atrapando. —Me acerco—. No te estoy buscando. No te estoy engañando.

No dice nada.

—Te estoy invitando —digo en voz baja.

Duda, luego asiente.

Capítulo treinta y seis

Rhen

La habitación de Harper está templada por el fuego que arde en la chimenea. Hay una bandeja con té caliente, galletas y miel en la mesa lateral. Esta estación ha sido tan distinta a las otras que ya no sé si la bandeja apareció siempre o si Freya la trajo.

La puerta se cierra con un suave *clic* detrás de mí. Estamos solos aquí. Juntos.

Eso debería ser alentador, pero después de lo que Lilith me ha mostrado, no lo es. He fracasado en romper esta maldición. Sin importar lo que haga esta estación, he hecho daño a mi pueblo. Probablemente de forma irreparable.

Harper se detiene en mitad de la habitación y me mira.

—Por favor, pasa. No tienes que quedarte en el umbral.

No estamos en mis aposentos, pero las ventanas están llenas de oscuridad y, después de días de encarar a Lilith por la noche, me siento tenso y nervioso. Había visto a hombres morir por órdenes de mi padre, pero hasta esta noche, nadie había muerto por las mías.

—Ordené la muerte de un hombre, Harper.

—Grey dijo que la compasión y la bondad pueden transformarse en debilidades pasado cierto límite. Si ese hombre estaba dispuesto a engañarte hoy, quién sabe cuál hubiese sido su próximo movimiento. —Hace una pausa —. Mató a un guardia. Mave te hizo un juramento dos días atrás. El senescal lo mató. Por *monedas de plata*.

Me estremezco. Tiene razón, pero, aunque la decisión de matar a este

hombre fuese la correcta, eso no anula el resto de mis fracasos.

Pienso en mi familia, despedazada por los pasillos del castillo.

Pienso en los niños que el monstruo desmembró frente a sus padres.

Pienso en toda la gente que está muriendo de hambre a lo largo y a lo ancho de Emberfall, aquellos sin acceso a una ciudad, a muros, a protección, a trabajo.

—Lo que Lilith te está haciendo está *mal* —sostiene Harper—. Todos cometemos errores. Dormiste con ella sin intenciones de tener una relación. ¿Qué importa? No eres el primer hombre que lo hace. ¡Y ella no es ninguna inocente! Te buscó por ser quien eres. —Tiene las mandíbulas apretadas—. Espero que venga aquí. Espero que venga a esta habitación. Porque no me importa lo que tenga que hacer, voy a *acabar* con ella.

Me quedo inmóvil, con la espalda contra la puerta, incapaz de respirar. Me aterra que esas palabras invoquen a Lilith en este preciso instante.

Pero el aire no cambia. Lilith no aparece.

Harper camina hacia mí.

—Lo siento. No te he invitado aquí para comenzar a gritarte. Especialmente no ahora.

Hago una mueca.

—Al contrario, tu pasión en mi defensa es muy inspiradora.

Un rubor ilumina sus mejillas y da un paso atrás.

—Bueno, tu pasión en defensa de todos los demás es muy inspiradora.

Me dirijo a su ventana y miro la oscuridad que hay afuera. Veo soldados en la entrada de los establos, apostados ahí por orden de Grey o Jamison, sin duda. En la distancia, las antorchas iluminan figuras de guardia en las torres de vigía al borde del bosque. Estos hombres y mujeres han jurado defenderme... mientras yo me refugio en el castillo.

—Vaya pasión. —Miro a Harper—. Estoy escondido en tu habitación.

Se une a mí frente a la ventana.

—Accediste a entrar. Durante un minuto, no estuve segura de que hicieras eso siquiera.

Yo tampoco estaba seguro. Mis ojos se posan sobre la cicatriz en la mejilla de Harper… estaba tan seguro de que la acción de Lilith la rompería. En vez de eso, después de tantas estaciones, Lilith parece haberme destrozado a mí.

—¿Quieres dormir? —La voz de Harper es fervorosa—. Puedes usar mi cama. —Hace una pausa—. Tienes aspecto de no haber dormido desde que regresamos de Silvermoon Harbor.

—En efecto. —Niego con la cabeza—. No puedo dormir. Aún no.

—Puedo encender más velas. ¿Quieres jugar a las cartas? —Su voz es casi juguetona, pero me doy cuenta de que la oferta también es genuina—. ¿Disparar flechas por la ventana? ¿Bailar?

Alzo las cejas.

—Realmente debes sentir pena por mí si te ofreces a bailar.

Su expresión pierde todo rastro de humor.

—No siento pena por ti, Rhen. —Hace una pausa—. ¿Sientes pena por mí?

—Jamás. Eres la persona más fuerte que conozco.

—Eso no es verdad. Conoces a Grey, por el amor de Dios. Conoces a Lilith.

Niego ligeramente con la cabeza.

—Es verdad.

El rubor vuelve a encontrar sus mejillas.

—Bueno. Lo mismo digo sobre ti.

Por primera vez quiero hablarle sobre la criatura. Anhelo tanto ser sincero con ella que me duele el pecho.

Merezco este dolor, Harper. No sabes lo que he hecho.

—Podemos bailar —dice—, si eso es lo que quieres hacer.

Si me toca con alguna clase de dulzura, me derrumbaré sobre ella.

Vuelvo a la ventana y apoyo los dedos sobre el alféizar. Mi voz suena ronca.

—No hay música esta noche.

Eso la descoloca durante un momento, pero después su cara se ilumina.

—Espera. Tengo una idea.

—¿Milady? —Pero ya ha volado a la puerta, está asomada y habla en voz baja.

Después de un momento, vuelve a cerrarla.

—Ya viene la música.

—Quieres…

—Solo espera. Ya verás. —Regresa a mi lado, un poco agitada. Su voz se vuelve más suave—. ¿Quieres quitarte la armadura?

Dudo. Me siento reacio a quitarme parte alguna. Los eventos de esta noche me han dejado alterado. Y las visiones de Lilith, abatido.

Los dedos de Harper se cierran sobre mi brazal y aparto el brazo.

—¿Confías en mí? —pregunta con suavidad.

—Sí. —Cuando parpadeo, veo a la criatura destripando a una de las primeras chicas. Me imagino haciéndole lo mismo a Harper, y dejo salir un suspiro tembloroso. Me obligo a abrir los ojos—. No confío en mí.

—Bueno, yo sí. —Toma mi mano. Sus dedos son cálidos contra mi palma, y me desafío a permitirlo.

Después de un momento, voltea mi muñeca y se pone a trabajar en las hebillas.

—¿Está bien si hago esto?

—Sí. —Mi voz es apenas un susurro ronco. Su contacto suave me está rompiendo de una forma completamente distinta.

Cada correa de cuero se afloja lentamente. Nuestra respiración suena fuerte en el silencioso espacio entre nosotros, y me descubro deseando que hubiese más de tres hebillas. Ese brazal cede y ella lo arroja a una silla, después va a por el otro.

El silencio es casi demasiado. Su cercanía, su amabilidad, la suave calidez de su contacto. Anhelo arrancar el otro brazal y sostener su cara con mis manos.

No puedo. Esta confianza es algo muy endeble. Por ambas partes.

—Tienes mucho talento —digo suavemente—. Deberías ser escudera.

—Realmente no sé qué es una escudera. —El segundo brazal cede y su mano se mueve hacia la hebilla del talabarte con mi espada, donde este se abrocha con mi pechera, y sus dedos vacilan.

Sus mejillas se han sonrojado. Ambos estamos completamente vestidos —más que vestidos, considerando mi armadura—, pero de pronto esto se parece más a que estuviera desvistiéndome en vez de quitándome la armadura. Casi puedo saborear su respiración.

Entonces dice:

—Desearía que me hubieses hablado sobre Lilith.

He pasado los últimos días intentado protegerla, sin darme cuenta de que Harper podría haberme protegido a *mí*. No estoy acostumbrado a esta sensación: una combinación de gratitud, vulnerabilidad y alivio.

—Yo también.

Harper parece armarse de valor y sus dedos se cierran sobre la hebilla.

—Sé que no soy una verdadera princesa. Pero cuando dije que te ayudaría, lo dije en serio.

Asiento. La hebilla cede. El cinturón se suelta.

Sus ojos encuentran los míos y lo arroja a la silla.

—Ningún secreto más.

Tengo un secreto. El más grande. El que no puedo compartir.

El que quiero contarle con desesperación.

Sus dedos aterrizan en la correa de cuero de mi pechera y asiento, porque no puedo hacer nada más.

—Ningún secreto más —concuerdo.

—Bien. —Tira de la hebilla en la base de mi tórax y la abre.

Soy más que capaz de hacer esto yo mismo. Debería detenerla.

No lo hago. En lugar de eso, levanto la mano para apartar ese mechón de

pelo de su cara. Mi mano se queda ahí. El deseo batalla con el miedo cuando mi pulgar roza la línea de su cicatriz. Imagino su sangre en la nieve. A ella muerta en el jardín. Como en las visiones que Lilith compartió, es demasiado real. Demasiado terrible. Harper es tan ingenua. Tan valiente.

No se ha apartado.

Mi pulgar acaricia su boca. Su respiración se entrecorta.

Dudo, inseguro otra vez.

Comienza a sonar un violín, una melodía lenta, triste, y me sobresalto. Esta no es una canción que haya escuchado jamás en el castillo.

Harper sonríe ante mi reacción.

—Es Zo. Le pregunté si podía tocar. —Se sonroja—. Recordé lo que dijiste sobre la música en Silvermoon.

Algo se estremece en mi pecho. Que se haya acordado, que pensara en esto... es demasiado. Mi voz es baja y ronca.

—Esto es un verdadero regalo, milady.

A mi lado, Harper extiende una mano.

—¿Te gustaría bailar?

Desabrocho el otro lado de mi pechera y la arrojo sobre la silla con mis brazaletes. Su mano se desliza por la mía y de pronto estamos cara a cara, a unos pocos centímetros de distancia.

Su otra mano se levanta, pero yo vacilo.

—No tenemos que bailar si no quieres —dice—. Realmente solo te he traído aquí para protegerte.

Mi orgullo se encoge.

—*Yo* debería estar protegiéndote a ti.

—Has estado haciéndolo durante mucho tiempo. Quizás sea mi turno.

Agarro su mano y la pongo sobre mi hombro. Después me coloco en su espacio, y mi mano cae a su cintura.

Respecto a esconderme, no me molesta tanto como pensé.

Está tan tensa como lo estaba sobre el acantilado en Silvermoon. Sonrío, entretenido.

—¿Es realmente tan distinto el baile en Dese?

—La mayoría de la gente no baila realmente. Más bien, es como que nos... mecemos.

—Enséñame.

Suelta mi mano y se acerca. Sus brazos se posan sobre mis hombros.

—Pon las dos manos sobre mi cintura.

Lo hago y ella comienza a moverse. Nos mecemos, supongo, nuestros pies se mueven de un lado a otro.

—Increíble —comento—. Qué maravillas tenemos aún que aprender de tu pueblo.

Me da una palmada en el brazo.

—No te burles. Te dije que soy pésima bailando.

—No me burlo —aclaro—. Esto, en serio, es... algo.

—No siempre es así de rígido —explica—. Si a una chica le gusta un chico, apoya la cabeza en su hombro.

—¿Y a esta chica le gusta este chico? —Mi voz es ligera, juguetona como la suya, pero mi pregunta es verdadera.

El rubor en su cara aumenta y sus ojos brillan con la luz del fuego. No dice nada, pero se acerca más, hasta que su cuerpo está contra el mío y deja caer la cabeza sobre mi hombro.

La tortura de Lilith no supera esto.

Cuando Harper habla, su aliento es cálido contra mi clavícula.

—Tiene que haber una forma de derrotarla, Rhen.

—Si la hay, no la he encontrado aún.

—Puedes quedarte conmigo de ahora en adelante —declara—. O puedo quedarme contigo. Lo que sea. Pero no tienes que seguir enfrentándola solo.

—Me quedaré esta noche.

—Todas las noches.

No tengo deseos de discutir. Llegará la noche en que no querrá que me quede con ella. Llegará la noche en la que la pondré en un peligro mayor que la propia Lilith.

Acaricio la frente de Harper con mis labios.

—Me quedaré las veces que desees.

Una noche se convierten en dos.

Dos se convierten en siete.

Cada noche me acuesto en la cama de Harper sin poder dormir, a menos de un metro de distancia, y su suave respiración se mofa de que el sueño se niegue a atraparme. Permanezco acostado en tenso silencio, cada restallido del fuego o crujido del suelo anunciando una visita de Lilith.

Desde que vengo a la habitación de Harper, la hechicera no ha vuelto a aparecer.

Para la octava noche, mi cuerpo necesita un descanso y un sueño profundo me encuentra. Me despierto y encuentro que Harper se ha movido durante la noche para quedar contra mí, suave y cálida; su pelo, una cascada salvaje de rizos sobre la almohada. Me siento tentado de tocarla, de acariciar su piel, pero sentí su vacilación cuando mis dedos delinearon su cara.

Confía en mí. Confío en ella. Esto parece más colosal que el amor. Más precioso. Más logrado. Mantengo las manos lejos.

Harper ha asumido el rol de princesa mejor de lo que había anticipado. Es compasiva y amable con todos los que se cruza, un contraste directo con la familia real de Ironrose del pasado. Mis hermanas se hubiesen encerrado en el castillo, pero Harper siempre está rodeada de gente, siempre atenta, siempre dispuesta a aprender. Determinada a ser independiente, insiste en entrenar con los soldados y se lanza a hacer sus rutinas sin vacilar. Ellos creen que su renquera es el resultado de una herida de guerra, pero Harper rápidamente los

corrige.

—Nací así —insiste—, y voy a morir así, así que enseñadme a hacer que funcione.

La quieren por ello.

De noche, cuando los soldados se retiran, busca a Grey o, con más frecuencia ahora, a Zo. Lanzan cuchillos hasta que ella domina su puntería. Entrenan con dagas o puños, o con las dos cosas al mismo tiempo. Cuando sus guardias no están disponibles, me trae un carcaj y un arco y dice: «Vamos, enséñame cómo disparar». Se han comenzado a formar músculos alrededor de su cuerpo: una guerrera va reemplazando a la delgada chica que apareció en mi sala de estar tantas semanas atrás. Algunas noches nos recostamos en su cama y me cuenta sobre su vida en Dese. Escucho cuánto le importa su hermano, lo profunda que es su preocupación por él —probablemente tan profunda como mi sentimiento de culpa por haberla atrapado aquí—. Me entero del romance secreto de Jake con un chico llamado Noah, de la incertidumbre de Harper por este secreto que su hermano no le ha contado. Me habla sobre su madre y la enfermedad que deteriora su cuerpo.

Me habla sobre su padre y los errores que cometió.

A su vez, me pregunta sobre mi familia y, al principio, soy reacio a perderme en los recuerdos. Le cuento secretos sobre mis hermanas, sobre cómo mi padre nunca le fue fiel a mi madre, cómo el personal del castillo cotilleaba sobre nosotros. Susurro mis miedos sobre cómo nunca podré estar a la altura del hombre que fue mi padre, sobre lo endeble que parece este control, sobre cómo parece que irá a deslizarse lejos de mis manos en cualquier momento.

Le revelo más de lo que jamás le había revelado a ninguna otra chica.

Ha comenzado a crecer un sentimiento en mi pecho. Ha florecido tan despacio que casi no lo percibo. No es amor, aún no, porque eso parece demasiado lejos de mi alcance. Pero es más que deseo y atracción. Es algo más profundo. Más real.

Oficiales retirados y soldados privados se han unido a nuestras fuerzas, lo que me ha brindado un apoyo que necesitaba con desesperación y ha hecho crecer la lealtad. El castillo produce comida en masa para mi pueblo y, cuanto más sacamos de las cocinas, más aparece allí. Dos mensajeros regresan a casa y traen noticias de que *sí* hay regimientos apostados en las fronteras meridionales, y que enviarán la mitad de sus fuerzas a Ironrose. *Verdaderos* soldados, no nuevos reclutas.

Todo para salvar a un país que quizás no tenga gobernantes en unas pocas semanas.

La transformación está cada vez más cerca con el transcurso de los días. En el campamento del castillo, una oleada de preocupación ha ido creciendo. Mis súbditos allí reunidos esperan a que el monstruo vuelva a materializarse.

El tiempo continúa su marcha, y también lo hace la maldición.

Hace semanas que espero fracasar, que espero que este plan se derrumbe frente a mis ojos, que mi pueblo se vuelva contra nosotros e invada el castillo. Cuando no estoy preocupado por Lilith, estoy preocupado por un golpe de Estado militar o por que los soldados de Karis Luran vayan a masacrar a mi gente.

El único momento en que olvido todo eso es durante la noche, cuando la habitación está oscura, el fuego restalla, y el mundo parece desvanecerse.

Cuando Zo toca al otro lado de la puerta de Harper y nos mecemos.

Capítulo treinta y siete

Harper

Rhen siempre se despierta antes que yo, y normalmente se ha ido antes de que la luz del sol se filtre por mi ventana. Para cuando estoy vestida y he desayunado, él ya ha estado despierto durante horas, reunido con sus nuevos generales o estudiando la situación de su creciente ejército. A medida que pasan las semanas me va presentando a nobles que han cabalgado hasta el castillo, aunque apenas pueda recordar a la gente que vive *aquí*.

Rhen, por supuesto, los conoce a todos. Algunos son claramente aliados de su familia, mientras que otros deben oler sangre en el agua, porque lo presionan en busca de información de su padre, el rey, e intentan interrogarme sobre Dese. Después de lo que pasó en Fortaleza Hutchins, Rhen es más cauteloso. Pero aun así es tan adorable con su gente como lo es conmigo en público: pura precisión y estrategia. Cuando me quedo sin palabras frente a las preguntas, él dice lo correcto, ya sea para darles confianza o para ponerlos en su lugar.

Si no durmiera a su lado por las noches, pensaría que no duerme nunca. No puedo creer que alguna vez pensé que era vago y arrogante.

Esta noche, Rhen está cenando con Micah Rennells, un hombre mayor que era consejero de comercio de su padre. Estaba lista para acompañarlo, pero Rhen me dijo que sería una comida aburrida llena de adulaciones falsas, y que estaba seguro de que yo encontraría una forma más eficaz de entretenerme.

Así es. Zo y yo esgrimimos nuestras espadas mientras Grey nos da instrucciones.

Bueno, Zo está esgrimiendo una espada. Yo mojo mi ropa con sudor y estoy aprendiendo que quizás el uso de la espada no sea para mí. No me puedo mover con suficiente velocidad. Me falta equilibrio. Muy parecido a lo que me sucede con el ballet, lucho contra esto más de lo que debería.

Después de una hora, levanto la mano para que nos detengamos. Si no lo hacemos vomitaré en la arena de la pista.

—Puedes decirlo —le digo a Zo—. Esto no es para mí, ¿verdad?

Ella sonríe.

—Podemos volver a intentarlo mañana. —Me extiende su puño.

Sonrío y lo golpeo con el mío.

—Lleva las espadas de entrenamiento a la armería —le ordena Grey—. Luego releva a Dustan en el pasillo. Yo escoltaré a la princesa a sus aposentos.

—Sí, Comandante. —Hace el saludo militar y recoge las armas para llevar a cabo las órdenes.

Sin decir nada, Grey me sirve un vaso de agua sobre la mesa que está junto a la barandilla. Vacío todo el vaso de un trago.

Me echa un vistazo y extiende un puño.

Me sonrojo y lo golpeo con el mío.

—Es una costumbre en Dese.

—Ya veo. —Vuelve a llenar el vaso—. Tú y Zo os habéis vuelto amigas.

—Así es —confirmo. Freya se ha convertido en una especie de madre postiza, pero Zo se ha transformado en la amiga que siempre quise. A veces, tarde por la noche, cuando Rhen está dormido y ella está apostada tras mi puerta, me escabullo al pasillo y hablamos sobre las posturas absurdas que tienen los guardias o sobre el pedido frívolo que una mujer noble le haya hecho a Rhen. Me cuenta sobre cómo su madre la obligó a ser aprendiz del maestro de las canciones de Silvermoon para pagar una deuda y hace una imitación increíble de las fanfarronadas de ese hombre. También hace una gran imitación de Grey, una que me hizo reír tan fuerte que desperté a los hijos de

Freya. Tenemos que reír en susurros porque no quiero que Rhen nos descubra y ponga a alguien más aburrido a custodiar mi puerta, pero sospecho que lo sabe y no le importa.

Grey me ha estado sirviendo agua como un mozo, así que levanto la jarra y lleno un vaso para él.

—¿Estás contento con cómo están saliendo las cosas? —pregunto—. Creo que Rhen no espera esta clase de respuesta.

—Estoy contento de que hayas encontrado confort y amistad. Estoy contento de que nuestro pueblo parezca unido. —Duda—. No estoy contento de que se nos esté acabando el tiempo.

Porque Rhen no ha roto la maldición.

—Lo siento, Grey —susurro.

Suspira y aparta la mirada.

—No le debes una disculpa a nadie. Fuiste traída aquí contra tu voluntad. Has hecho más por nosotros de lo que nadie tendría derecho a esperar.

—Oh, sí —dice la voz de una mujer desde las sombras—. La *princesa Harper* y su alianza han sido una bendición para el pueblo de Emberfall.

La tensión se aferra a mi columna, pero me obligo a dar media vuelta y encarar a Lilith. Sale de un rincón ensombrecido. El vestido de hoy es rojo, con un corsé carmesí que cae en cientos de finas capas de seda que se derraman al suelo y van destiñéndose hasta llegar al blanco en el dobladillo. Rubíes destellan por todos lados, como gotas de sangre salpicadas por sus faldas.

—¿Qué quieres? —increpo.

—Me preguntaba si seguías tan interesada en regresar a casa —responde—. Ya que traigo un mensaje.

—Como si fuera a confiar en un pacto contigo después de lo que le has hecho a Rhen.

—¿Qué he *hecho*? —Ríe con un sonido hermoso, infantil, que duele como un atizador de hierro atravesado en mi tímpano—. Mi querida niña, tan solo le

mostré el estado de su pueblo.

—Eres horrible —le escupo—. Eres *despreciable*.

Lilith permanece inmutable. Está parada delante de mí con los labios retorcidos en una sonrisa afectada.

—¿Sabes qué encuentro yo despreciable? —comenta—. Un príncipe que tuvo la oportunidad perfecta para romper esta maldición, una y otra vez, y sin embargo, eligió mal cada una de las veces. Podría haber acabado con esta maldición el mismísimo primer día si tan solo hubiese visto lo que estaba justo delante de él.

Mi respiración se ha vuelto superficial.

—Rhen nunca te amaría.

—Quizás no *ahora*. —Lilith extiende una mano para tocar la cicatriz de mi cara—. Pero tal vez algún día. ¿Sabías que soborné a Grey para acceder a los aposentos del príncipe?

Derribo su mano. No creo ni una sola palabra de lo que dice.

—No me toques.

Su mano toma impulso para darme una bofetada. Veo venir el golpe y apenas tengo tiempo de prepararme para el impacto.

Pero Grey da un paso delante de mí y sujeta su muñeca. Su daga está apoyada contra el estómago de la hechicera.

—No cumplo órdenes aquí —señala—. Y no golpearás a la princesa.

Lilith lo mira con furia.

—Si esa cuchilla abre mi piel, te lo haré pagar.

—¿Esa es la mejor amenaza que tienes? —pregunta Grey—. Porque realmente ya no queda nada que puedas arrebatarme.

Entonces empuja la daga hacia adentro.

Ella casi se desploma, pero Grey la sostiene del brazo y la mantiene erguida. La sangre se derrama alrededor de la cuchilla y se mezcla con los rubíes.

—Mátala —digo.

—Lo he intentado —responde Grey—. No puedo.

—¿Y si le cortas la cabeza?

Su voz es amarga.

—Volverá a unirse.

Lilith sonríe. Tiene sangre en los dientes. Saca la daga de su abdomen y la sangre se derrama libremente mientras ella se tambalea, aún sujetada por Grey.

—Un simple acero no puede matarme. —Arroja la cuchilla ensangrentada al suelo—. No en este lado, niña estúpida. La magia busca el equilibrio. ¿Aún no sabes eso?

No puedo decidir qué es más perturbador, si su invulnerabilidad a la muerte o la sangre que se derrama en la parte frontal de su vestido.

—Encontraré una forma de matarte —espeto—. No me importa lo que cueste.

Ríe. Presiona una mano contra su abdomen y tose sangre. El olor está en el aire, cobre mezclado con algo amargo.

—¿Tú? Chica estúpida y maltrecha. Ni siquiera me escuchaste. No me preguntaste por el *mensaje*.

—¿Qué *mensaje*?

—Tu madre. Tu hermano. Qué triste.

Tu madre. Tu hermano.

Qué triste.

Siento que soy la que acaba de recibir un puñal en el estómago.

—¿Qué ha pasado?

Levanta una mano ensangrentada y la presiona contra la mejilla que cortó.

La sala de entrenamiento desaparece. Estoy en la sala de estar con Jake. Está de rodillas, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Una cicatriz nueva cruza su ceja y de algún modo lo veo un poco más corpulento, como si hubiese estado yendo al gimnasio o hubiese subido de peso.

No puedo prestar atención a nada de eso porque hay un hombre delante de

él, sosteniendo un arma contra su cabeza.

—Has tenido suficiente tiempo. —El sujeto tira hacia atrás el martillo del revólver.

—Mi madre quizás no sobreviva a esta noche. —Las palabras de Jake me llenan de alivio y terror al mismo tiempo—. Te lo he estado diciendo durante meses, no sé dónde está mi padre.

—Entonces será mejor que lo encuentres.

—Por favor —suplica Jake—. Mi madre está en el dormitorio. No puedes estar aquí. ¿No podemos tener…?

—¿Me escuchas, chico? Sabes cómo funciona esto. Hemos estado esperando demasiado. Tenemos órdenes que cumplir.

Entonces una voz débil, desde algún otro lado.

—¿Jake? Jake, ¿qué…? ¿Qué sucede?

—¡No pasa nada, madre! —La voz de Jake se quiebra. Su cara se retuerce—. Por favor. Una noche. Mi madre. Por favor. Me lo debes, Barry. Sabes que sí.

Barry inhala, luego suspira.

—Tienes hasta las nueve de la mañana. Es todo lo que puedo darte. —Hace una pausa y su voz es extrañamente amigable—. Si no consigues el dinero para entonces, tendré que hacerlo.

—¡No hay nada abierto siquiera! —Jake estalla—. ¡No sé dónde está mi padre! ¿Qué vamos a hacer antes de…?

—¿Qué? ¿Crees que te van a dar un préstamo en el banco? —Barry suspira—. Eso es todo, chico. Es todo lo que puedo darte. Despídete. Regresaré.

Lilith suelta mi mejilla. La visión desaparece.

—Vaya tragedia familiar —lamenta Lilith—. Qué pena.

La furia crece en mi pecho.

—Grey, apuñálala otra vez.

No espero que Grey obedezca, pero lo hace. Su cuchilla destella con la luz y se entierra en su hombro. Lilith no grita, pero un pequeño sonido escapa de

sus labios.

La expresión en su cara no es de dolor, sin embargo. Está más cerca de la euforia.

—Disfrutaré mucho visitándote esta noche, Grey. Pero creo que tengo una idea mejor.

Es muy retorcida. Mis pensamientos no funcionan hacia ningún lado.

—¿Qué quieres? —Mi voz se agrieta—. ¿Qué es lo que quieres para mandarme a casa?

—¿De ti? Nada. —Otra tos—. ¿Sabes por qué le otorgué a Grey la habilidad de cruzar a tu lado?

Apenas puedo pensar.

—¿Qué? No. No tengo ni idea.

—Él no está atrapado por la maldición. Puede irse cuando quiera, pero no lo hace. Ni siquiera cuando le di razones para hacerlo.

—Sigo sin comprenderlo.

—El Comandante Grey no cede —explica—. Ni siquiera cuando le describí cómo moriría su familia.

La expresión de Grey está congelada, sus ojos inexpresivos. No dice nada.

—No los maté a *todos* —aclara Lilith—. Tenías demasiados hermanos y hermanas. Probablemente le hayas hecho un favor a tu madre libertina.

Cada vez que creo que Lilith no puede volverse más terrible, descubro que estoy equivocada.

—Grey —susurro—. Lo siento mucho.

—Renuncié a mi familia —responde. Su voz es tensa y oscura.

Me contó eso una vez. Nunca pensé sobre lo que significaba eso.

—Es solo gracias a la lealtad de Grey que Rhen no necesita cazar entre su propio pueblo —explica Lilith. Le sonríe—. Realmente te subestimé, Comandante.

—Tu error.

—Pero no fue un error. Creo que tu lealtad funcionará a mi favor.

No lo comprendo. Estoy tan perturbada por la imagen de mi madre y mi hermano que apenas puedo concentrarme en lo que está diciendo en este momento.

Entonces anuncia:

—Le otorgaré a Grey la habilidad de cruzar el velo entre mundos a su antojo. Puede devolverte en cualquier momento, *princesa*.

—Tú... ¿qué?

—Puede llevarte a casa. No necesitas negociar nada conmigo. La persona con la que debes negociar es con Grey.

Con eso, desaparece.

No puedo dejar de temblar. Mi madre ha estado agonizando durante meses... su muerte estaba al final del túnel antes de que yo llegara a Emberfall. Pero esto va más allá de mi madre. Esto también concierne a Jake.

Miro a Grey. Sus ojos están cerrados.

—Por favor —imploro.

—Si te llevo de vuelta a casa, no hay oportunidad de romper la maldición.

Pongo las manos contra su pecho.

—Por favor, Grey. Mi hermano no tiene a nadie.

—Esta es nuestra última estación. Nuestra última oportunidad.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Mucha gente depende de nosotros. De mí. Pero no puedo borrar el ruego de mi hermano de mis oídos.

—Por favor, Grey. Por favor.

Aparta la mirada. Una clara negativa.

—Rompiste tu juramento una vez —insisto, desesperada—. Dijo que aceptaste un soborno...

Su cabeza se dispara hacia mí, hay furia en sus ojos.

—Fue una moneda presionada en mi mano de una mujer con quien lo había visto compartir sus afectos en el Gran Salón. Fue estúpido por mi parte.

Frívolo. Cientos de guardias antes que yo lo habían hecho. Era joven y estaba agotado y aburrido. Así que *sí*. Guardé su moneda y permití que esperara en sus aposentos. En vez de pasar la noche solo, pasó la noche con ella. Si crees que no he lamentado ese momento cada segundo de cada una de estas estaciones, estás muy equivocada.

—Por favor —susurro.

—No.

La puerta al final de la pista se abre de golpe. Rhen aparece por allí, un poco agitado.

—¡Harper! ¡Tengo buenas noticias! Ha llegado un mensajero de… —Se detiene en seco y todo el optimismo abandona su rostro—. Algo ha ocurrido. Cuéntamelo.

Abro la boca para decirle.

En lugar de eso, rompo en llanto.

Rhen se para delante de mí.

—Milady, por favor…

Me alejo bruscamente de él. Cegada por las lágrimas, abandono la sala corriendo.

Capítulo treinta y ocho

Rhen

Encuentro a Harper en su dormitorio, llorando sobre sus manos, mientras Freya acaricia su pelo.

—Por favor, milady —susurra Freya—. Por favor, dígame qué ha pasado.

Me detengo en el umbral y levanto una mano antes de que Grey pueda anunciar mi presencia. La tristeza en su postura es potente. El miedo y la pena la han invadido con mucha rapidez.

—Freya —digo—. Déjanos, por favor.

Freya se pone de pie y hace una breve reverencia.

—Su Alteza.

—No —protesta Harper. Su voz tiembla y caen más lágrimas de sus ojos—. Rhen, vete tú. No puedo… no puedo hacer esto ahora.

Freya vacila, claramente indecisa sobre si cumplir mi orden o la de ella.

—La princesa ha recibido noticias desalentadoras de su familia en Dese —explico.

Harper ríe, pero no hay alegría alguna en el sonido.

—Desalentadoras. Sí.

—Déjanos —repito, y esta vez mi voz es inapelable.

Freya hace otra reverencia rápida y se escabulle velozmente fuera de la habitación. La puerta se cierra detrás de ella con un *clic*.

Harper me mira a través de las lágrimas.

—Entonces, ¿Grey te lo ha contado?

—Así es. —Cruzo la habitación y me detengo en el banco donde está

acurrucada. Tiene las mejillas rojas y mojadas, y hay sangre en su camisola—. ¿Puedo sentarme contigo?

Ignora mi pregunta y dice:

—Comencé a olvidarlos.

—¿A olvidar?

—Comencé a olvidarlos. —Levanta la mirada, sus ojos están atormentados —. Empezaron a ser como un sueño. Otra vida. Estaba feliz aquí. Y ahora... ahora sé exactamente lo mal que están sus vidas. Van a morir, Rhen.

—Lo sé. —Me siento a su lado en el banco.

—Fueron diez segundos y fue horrible. El sonido, el olor... Pude sentir las lágrimas de Jake. No sé cómo pudiste soportar eso día tras día.

Aparto el pelo de su cara.

—Milady...

—Le rogué a Grey que me llevara de vuelta. No lo hará. —Sorbe por la nariz y presiona su estómago con una mano—. Lo peor es que entiendo por qué no.

—¿Lo entiendes?

—Claro que sí. Ni siquiera sé si yo lo haría. Es tu última oportunidad. Soy la única que puede romper la maldición. Está todo el problema con Karis Luran. Es solo que... es solo que yo...

—No me quieres.

—No se trata de no quererte. Se trata de quererlos a *ellos*.

En la habitación hace calor y hay poca luz. Hemos pasado incontables horas aquí mismo; sin embargo, esta conversación parece más íntima que todo lo demás que hemos compartido.

—Quieres proteger a tu familia.

—Sí. —Se quiebra—. Probablemente sea egoísta por mi parte. Hay *miles* de personas que están aquí en peligro. Ellos son *dos*. Y mi madre vive tiempo prestado. Pero no hay nadie que ayude a Jake. Nadie, Rhen.

—Como dije, no siempre enfrentamos las elecciones que queremos, pero no

dejan de ser elecciones.

—Lo sé. Y sé por qué Grey hizo la elección que hizo. —Presiona su cara con las manos—. Aunque ahora lo odie un poco. —Toma un respiro tembloroso—. Lilith es horrible, Rhen. La forma en que mi casa está *aquí mismo*... y yo no tengo forma de llegar allí.

—Sí. —Mi voz es seria—. También sabe que, si te atrapamos aquí, jamás me querrás. Y entonces, ella gana. Sin embargo, si regresas a casa, la maldición tampoco se romperá, y gana también.

—Gana sin importar qué.

—Así es. —Paso un dedo a lo largo de su mandíbula y levanto su cara—. Y por eso le he ordenado a Grey que te lleve a casa.

Toma mi muñeca.

—¿Qué?

—Le he ordenado a Grey que te lleve a casa. —Hago una pausa—. Mencionaste un problema de dinero, y al menos eso es algo con lo que puedo ayudarte. Así que tendré un bolso con monedas de plata o joyas, si lo prefie...

Harper se lanza desde el banco y se arroja contra mí. Sus brazos sujetan con fuerza mi espalda, su cara presiona mi hombro.

—Gracias —susurra—. Gracias.

A diferencia de nuestro momento en el pasillo de la posada, ya no estoy indeciso respecto a cómo reaccionar a esto. Mis brazos se apoyan contra su espalda. Dejo caer la cabeza para hablar sobre su sien. Tengo un nudo en la garganta, pero hablo pese a eso.

—Reaccionas con mucha sorpresa siempre. Te dije que te daría todo lo que estuviera en mi poder darte.

Se echa hacia atrás de una sacudida para mirarme.

—Pero... Karis Luran...

—Todo irá bien —digo—. Recibiste noticias sobre la salud en deterioro de tu madre, así que tuviste que regresar a Dese. Sabíamos que esto podía pasar.

Trazamos planes por si ocurría.

—Planeas todo.

No es cierto. No tenía planeado qué sentiría yo al dejarla ir.

Tiene razón. Lilith es horrible. No importa lo que yo haga, encuentra la forma más cruel de torturarme a cada paso.

—Lo siento —susurra Harper—. Lamento no haber roto la maldición.

Levanto una mano para secar las lágrimas en sus mejillas. *Ay, Harper*.

Desearía que lo hubiese hecho. No por la maldición, o por Karis Luran, o por Emberfall.

Sino porque me he enamorado de *ella*.

—Estás siendo muy bondadoso. —Vuelve a dejarse caer contra mí—. No… no sabía que esto sería tan difícil…

—Shh —susurro—. Has hecho más por mí de lo que podría haber pedido.

Respira hondo y levanta la mirada, sus ojos atraviesan los míos.

—Te voy a echar tanto de menos.

Está rompiéndome el corazón.

—Y yo a ti.

—Pensaré en ti todo el…

Me inclino hacia adelante y la beso.

Lo hago despacio y con suavidad, y es casi un roce de labios al principio. Una pregunta, no una orden. Espero que dude, que se aparte, pero esta noche sus labios se separan y sus manos encuentran mi cara, y entonces me corresponde el beso.

La atraigo contra mí, enredo una mano en su pelo y me pierdo en la dulzura de su boca y en la calidez embriagadora de su perfume.

Esto, no dejo de pensar. *No hay necesidad de estar seguro. Esto es seguro. Esto es real*.

No quiero que este momento termine jamás.

Soy terrible. Soy egoísta. Mis manos encuentran su cintura. Acaricio la

extensión de su costado. Mis dedos chocan contra el encaje de su chaleco, debido a la forma en que su camisola está abrochada con tanta firmeza por la hebilla del cinturón de su daga.

Sus manos se deslizan debajo de mi chaqueta. Abren mi camisa. Sus dedos acarician mi cuerpo. Este momento vale una eternidad de sufrimiento. Suspiro en su boca.

Entonces lanza un grito agudo de dolor y se aparta bruscamente.

Mira fijamente sus dedos. La sangre decora sus yemas. Parpadea, confundida.

—¿Qué… qué? ¿Rhen?

Jadea. Yo también. Nos quedamos mirando esas manchas de sangre.

Entonces arrojo mi chaqueta a un lado y termino de quitarme la camisa.

Escamas azules y verdes, luminiscentes, resplandecen bajo la luz del fuego. Han crecido como parches en mi piel.

Dejo de respirar.

Escamas. No logro recordar un momento con escamas. Piel, seguro, en todos los colores imaginables. Piel de reptil en distintas gamas de verde y marrón. Hueso expuesto. Púas. Nunca escamas.

Toco mi costado con la mano, en donde ha crecido el parche más grande. Las escamas son engañosamente afiladas, con bordes afilados de cuchillo que rebanan mis yemas. Aparto la mano con brusquedad y aspiro aire. La sangre se acumula en pequeñas rayas en mi piel.

Maldita sea. Obviamente, Lilith le ofrecería un escape este día. *Obviamente*.

Harper se aleja.

—¿Qué es? —susurra.

No puedo respirar.

—La transformación —respondo. Mi voz suena ronca, con demasiadas emociones como para nombrarlas.

—¿La transformación?

Respiro hondo de forma temblorosa.

—La criatura.

Traga con fuerza.

—El monstruo. —Una pausa, y una respiración temblorosa—. El monstruo que viene todas las estaciones.

No puedo mirarla a los ojos, pero debo hacerlo. Los suyos están encendidos por la traición. Y por el miedo.

El mismo miedo que me permite sostener su mirada. Todas terminan mostrando miedo. No sé por qué pensé que Harper sería diferente.

—Sí, milady. El monstruo.

No dice nada. El silencio entre nosotros podría expandirse hasta llenar el castillo.

Recuerdo nuestra promesa susurrada. *Ningún secreto más.*

—Así que ya lo ves —digo—, si no te has enamorado de mí aún, no logro ver cómo tu corazón podría cambiar cuando mi forma lo haga.

—¿Eres el monstruo? ¿Has matado a toda esa gente?

Mi voz se rompe.

—Por favor. Debes comprenderlo. —Me estiro hacia ella.

Se aparta sin poder evitarlo. Nos sentamos, respirando uno al lado del otro. Mi traición pesa en el espacio entre nosotros.

—Matarás a todos otra vez —susurra—. El castillo está lleno de gente.

—He planeado todo, milady. Mi pueblo estará a salvo. —Respiro hondo—. *Tú* estarás a salvo.

Humedece sus labios.

—Rhen.

Hay un límite para lo que puedo soportar.

Me pongo de pie y doy media vuelta.

—Debes irte.

Espero que me diga lo contrario. Que me llame. Que me detenga antes de

llegar a la puerta.

No lo hace.

El Comandante Grey no está contento con mis órdenes.

Está firme, en el pasillo, mientras esperamos que Harper se despida de la gente con la que se ha vuelto cercana, pero puedo leer la frustración en sus ojos. Si el castillo estuviera tan vacío como lo ha estado durante las últimas trescientas veintisiete estaciones, me desafiaría. Pero ahora no estamos solos. La puerta de la habitación de Freya está abierta y Harper abraza a Zo, a Freya y a los niños. Un criado espera a un lado, cerca de las escalinatas que llevan al Gran Salón. Hay guardias quietos en la entrada de este pasillo.

Incluso desde allí pueden percibir su enfado.

Nuestra presencia aquí, mi gobierno sobre estas personas en ausencia de mi padre, está basada en una jerarquía precaria. Una insubordinación podría deshacerlo todo con rapidez.

Sobresaltado, pienso en el mal genio de mi padre, en su intolerancia, y me pregunto si esta era la razón detrás de ello. Cuando mi padre estaba en el trono, nunca pensé de dónde venía su poder.

—Debe regresar enseguida, Comandante —ordeno a Grey—. Asegúrese de que la princesa llegue a casa a salvo, pero no se quede.

—Sí, milord.

Su voz es moderada, estable, pero parece como si quisiera desenfundar su espada y atravesarme con ella.

No lo culpo. Esta maldición lo ha atrapado de forma tan eficaz como me tiene atrapado a mí. Enviar a Harper a casa elimina toda esperanza.

Grey tendrá la oportunidad de atravesarme con el hierro muy pronto.

Saco un trozo de papel doblado de mi cinturón y lo sostengo en alto.

—La urgencia de tu vuelta no es una cuestión menor. Este mensaje fue entregado mientras tú y Harper estabais en la sala de entrenamiento.

Abre el papel enérgicamente. Su expresión se congela mientras lee, la frustración es reemplazada por la sorpresa.

Sus ojos se disparan hacia los míos y mantiene la voz baja:

—Karis Luran quiere reunirse al amanecer. —Una pausa, seguida de un vistazo a la puerta de Freya. Entonces adivina—: No ha compartido esta información.

—La princesa no puede darse el lujo de retrasar su vuelta a casa —explico, consciente de los oídos atentos en este pasillo. Bajo la voz—. Aunque pudiera, no puedo garantizar la seguridad de Harper si se quedara lo suficiente para unirse a nosotros. Tal vez triunfemos en convencer a Karis Luran de retirarse de Emberfall, o quizás la reunión lleve a una guerra abierta. No necesito que Harper esté presente físicamente para hablar de la alianza de Emberfall con Dese. Suficientes personas creen en la alianza como para que parezca real. —Hago una pausa—. Pero te necesito, Grey.

Dobla la nota y me la ofrece. Todo rastro de disgusto ha abandonado su expresión.

—Regresaré tan pronto como sea posible.

Harper aparece en la entrada de la habitación de Freya. Sus ojos están enrojecidos y mojados, pero su voz es segura. Evita mirarme.

—Estoy lista.

Durante un instante, el aire parece vacilar.

Grey quiere negarse a seguir mi orden.

Quiero rogarle que se quede.

Harper finalmente me mira.

—Desearía que me lo hubieses dicho.

—Mira dónde estamos, milady. Ahora lo sabes. Si lo hubieses sabido antes, ¿habría sido otra tu elección?

Eso parece reafirmarla. Estamos todos atrapados por las circunstancias, buscando un camino hacia la libertad. Un camino que no existe.

—No, habría sido la misma. —Harper respira hondo—. Yo no… no quiero que termine así. Con una mentira. Con una traición.

Me acerco a ella. Su aliento se entrecorta, pero no se aparta esta vez. Me inclino para sentir su respiración en mi mejilla una última vez.

—No recuerdes este momento, milady. Los momentos importantes son todos los que vinieron antes.

—Rhen —susurra—, por favor.

Doy un paso atrás.

—Comandante Grey. Llévela a casa. Es una orden.

Como siempre, obedece.

Capítulo treinta y nueve

Harper

El olor de la ciudad es lo primero que me golpea. El aire está frío y cortante, lleno de humo del escape de los coches, aceite de cocina y un fondo de orina y, como extra, un contenedor repleto de basura. Grey y yo llegamos a un callejón intercalado entre restaurantes y una farmacia. El cielo nocturno cuelga encima de nosotros, lleno de las mismas estrellas que veía en Emberfall, pero de alguna manera parecen más lejanas aquí, obstruidas por las luces de neón que brillan por todos lados.

A continuación, me golpea el sonido. Nunca me había dado cuenta de lo *ruidosa* que es D. C. aun en mitad de la noche. Compresores de aire y neones zumbantes y tráfico en la distancia. Hasta el viento es más ruidoso al azotar el callejón para hacer volar mis rizos y deslizarse por entre los hilos de mi jersey.

La familiaridad es más lenta, aunque reconozco este callejón y la farmacia detrás de la que estamos. Después de seis semanas en Emberfall usando pantalones de montar y chalecos o faldas y corsés, ahora mi jersey raído y mis vaqueros parecen extraños. Lo único que me he quedado del castillo son mis botas... y el sencillo bolso de cuero que cuelga de mi hombro, que Rhen llenó con un monedero rebosante de plata, la mitad de las joyas de Arabella y cinco barras de oro. No tengo ni idea cuánto vale todo esto aquí, pero como mínimo comprará más tiempo para mi familia.

Grey está a mi lado, completamente fuera de lugar con su armadura y sus armas, debajo de un cartel de comida china que parpadea. Su expresión es hermética, ilegible.

Ha dicho muy poco desde que Rhen le dio la orden de traerme a casa.

Me siento inconmensurablemente culpable. Y traicionada. No sé qué más.

Trago saliva.

—Estoy aquí. —Mis ojos se inundan en contra de mi voluntad y me limpio la cara de prisa—. Puedes regresar.

—Debo ver que llegues a casa a salvo.

—¿Vas… vas a caminar por la calle así? —Contengo un escalofrío entre los dientes. He pasado tanto tiempo con capas de lana y chaquetas forradas de piel que he olvidado la vida que dejé atrás.

—Me mantendré fuera de vista. —Desabrocha su capa y la coloca sobre mis hombros. Sus dedos ajustan la hebilla con rapidez—. No estás vestida para este clima, milady.

—No soy «milady» aquí —digo—. Soy solo Harper.

—Eres mucho más que solo Harper, sin importar el lugar.

—Grey… —Pero mi voz se apaga. Nada de lo que pueda decir parece suficiente.

Lo estoy condenando a él. Estoy condenando a Rhen.

Posiblemente esté condenando a todo Emberfall.

—El tiempo se acorta y debo regresar.

—Cierto. —Presiono mis mejillas con mis manos y respiro hondo. Mis dedos se deslizan sobre la tersa cicatriz en mi cara y dejo caer las manos—. Lo siento. Vamos.

Se ciñe a la oscuridad con tanta eficacia que apenas noto que está allí. Es como si estuviese caminando por las calles de D. C. sola, mis botas murmuran cuando mis pasos irregulares raspan la acera. La capa de Grey cuelga, pesada, sobre mis hombros.

Cada paso es un recordatorio de las palabras de Rhen sobre las elecciones.

Me siento tan segura de estar haciendo la elección equivocada… pero no puedo abandonar a Jake a lo que sea que Barry va a hacerle.

En la esquina de la calle D y la Sexta Avenida, me detengo. Mi edificio se erige al otro lado de la calle. Solo un apartamento tiene la ventana iluminada.

El de mi familia. Mi ventana, aunque ya no la sienta así.

Me detengo a la sombra del toldo de un negocio, y Grey viene a mi lado. Estamos entre dos escaparates de cristal, lo bastante cerca como para que pueda sentir su calor. Señalo la ventana encendida al otro lado de la calle.

—Ese es el apartamento de mi familia.

Asiente.

—Como digas.

Me quedo mirándolo. Sus ojos parecen fríos y oscuros.

—Temible Grey —susurro—, lo siento mucho.

Su semblante estoico se quiebra un poco. Suspira y toca mi barbilla con un dedo. Me ofrece una sonrisa triste.

—Una princesa no debe disculparse con un...

Me lanzo hacia adelante y lo abrazo. De cierto modo, es como abrazar una pared de ladrillos, pero sus brazos rodean mi espalda. Suspira, y siento cómo su respiración aparta mi pelo.

De pronto deseo que me lleve de vuelta a Rhen, a Emberfall y a toda la gente que tan rápidamente ha encontrado un lugar en mi corazón.

Esa sola ventana iluminada al otro lado de la calle se mofa de mí.

Si me quedo, no volveré a ver a Grey. No volveré a ver a Rhen.

Se aparta antes de que esté lista, pero su pulgar limpia las lágrimas de mis mejillas.

—Si la elección hubiese dependido de mí —señala Grey—, te habría dejado atrapada en Emberfall.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé?

—Tu familia hubiese sufrido —añade con voz monótona—. Probablemente hubieses visto cómo ocurría, si Lilith se saliera con la suya. —Una pausa—. Y nunca me lo hubieses perdonado.

Hay algo estabilizante en esa afirmación. Saber que esto no fue una elección fácil para nadie.

—Te acompañaré hasta la puerta —ofrece—, si quieres. —Echa una mirada al otro lado de la calle, su expresión tan atenta como cuando custodia a Rhen.

Lo imagino caminando por el pasillo del edificio con la espada colgando a un lado. La anciana al final del corredor, que vive del seguro social, probablemente se infarte al verlo.

—No estoy en peligro ahora —digo—. Al menos eso creo. Mi familia tiene una prórroga hasta la mañana.

Grey me mira a los ojos. Después desabrocha el brazal con cuchillos de uno de sus antebrazos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Se estira para sujetar mi mano, después empuja la manga de jersey hacia atrás.

—No tengo monedas o joyas para dejarte. —El más leve asomo de una sonrisa—. Pero tengo armas.

—Grey. —Trago—. Estas son tuyas.

—Tengo más.

Coloca la pieza de cuero alrededor de mi brazo y ciñe las correas lo más posible para que queden justas, aunque siguen estando un poco sueltas. Desabrocha su otro brazal y hace lo mismo. Cuando termina, baja las mangas de mi jersey para cubrirlos. Los cuchillos y el cuero cuelgan pesados sobre el borde de mis manos, pero es un buen peso. Reconfortante.

—Mucho más efectivos que esa barra de hierro —comenta.

Me sonrojo.

—Me fue bien.

—Es cierto.

Otra lágrima se escapa rodando por mi mejilla.

—Grey.

Da un paso atrás para dejar un poco de lugar entre nosotros.

—Milady.

Mi pulso se acelera.

—Espera.

—Tengo órdenes de regresar rápido —dice Grey.

—Está bien. —Trago mis lágrimas, pero después alzo una mano con prisa—. ¡Espera! Espera.

Ahora suspira.

—Vuelve —le pido con rapidez—. ¿Puedes volver?

Nunca había visto a Grey tan sorprendido.

—¿Milady?

—Necesito… necesito ver a mi madre. Necesito salvar a mi hermano. Pero ahora… ahora puedes regresar, ¿verdad?

Me mira como si pensara que estoy intentado engañarlo de alguna manera.

—Veinticuatro horas —añado—. ¿Puedes regresar en veinticuatro horas? ¿Aquí mismo?

—¿Con qué propósito?

Mi voz se rompe. No estoy del todo segura. Hay demasiado en el aire, y no sé si seré capaz de salvar a mi familia. No sé si podré romper la maldición de Rhen. Pero sé que no puedo dejar que esto termine aquí, ahora.

—Para llevarme de vuelta a Emberfall. —Trago—. Lilith dijo que puedes ir y venir a voluntad, ¿no? Por favor, Grey. Solo necesito tiempo para ayudar a mi familia. Por favor.

Su expresión no cambia, pero puedo ver que está sopesando las diferentes consecuencias de esto.

—Sabes la verdad —enfatiza—. Sabes en qué se convertirá. ¿Y aun así pides regresar?

—No sé la verdad —susurro—. Pero quiero intentarlo.

—Medianoche —dice—. Un día. Esperaré aquí. Quince minutos. No más. —

Hace una pausa—. No le daré falsas esperanzas.

Sobresaltada, me doy cuenta de que cree que no vendré.

—Estaré aquí. Estaré esperando.

Asiente. Sus ojos se disparan a la ventana al otro lado de la calle.

—Se le acorta el tiempo, milady.

—Lo sé. —Respiro hondo, pero entrecortado—. Te veré mañana por la noche.

Mi voz se eleva un poco al final, casi como una pregunta.

—Sí —responde—. Volveré.

—Por el bien de Emberfall —digo con esperanza.

Eso lo hace sonreír. Una sombra de la verdadera naturaleza de Grey se asoma.

—Por el bien de todos.

Da un paso atrás y, con solo un resplandor en el aire, desaparece.

Me detengo frente a mi puerta. He desaparecido durante semanas, pero todo en este pasillo parece tan familiar que podría haber sido ayer cuando me fui. El número cuelga un poco torcido bajo el picaporte sin lustre, tal como lo recuerdo.

Golpeo con suavidad, así no despierto a nadie más en este corredor.

Me responde el silencio, una latente falta de sonido que palpita con mi corazón. Tengo las palmas de las manos mojadas. No tengo ninguna explicación acerca de dónde he estado. Ninguna explicación sobre dónde obtuve las monedas y las joyas que traigo.

Hay una parte de mí que desearía simplemente haber dejado el bolso en el escalón de la entrada, para después pedirle a Grey que me lleve de vuelta.

O haberle rogado que lleve a toda mi familia de vuelta con nosotros.

¿De vuelta a qué?, pienso. *¿De vuelta a una guerra con Syhl Shallow? ¿En serio eso es mejor?*

¿Y qué haría con mi madre, lejos de cualquier médico? ¿Lejos de su bomba de morfina?

No lo sé.

No lo sé.

Pero sé que voy a volverme loca si nadie abre la puerta. Vuelvo a golpear, un poco más fuerte esta vez.

Más silencio.

Entonces, al otro lado, un insulto por lo bajo. Se abren los cerrojos.

De pronto, Jake está parado delante de mí.

Parece más viejo y, a la vez, más joven de lo que lo recordaba. No me percaté de eso en la visión de Lilith. Su cara está más delgada, pero ha estado ejercitándose, porque sus hombros son más anchos. Su pecho estira la camiseta. En su mentón se aferra la barba crecida de varios días y sus ojos están oscuros, cansados, y en shock.

Me toma en sus brazos y me aplasta con un abrazo.

—Dios mío, Harper. Dios mío.

Está llorando.

Nunca había visto llorar a Jake.

No lo estoy viendo ahora, porque tengo el rostro presionado contra su hombro, pero puedo sentir cómo se sacude contra mí.

—Estaba muy preocupado —dice—. Pensé que te tenían. Pensé que estabas muerta. Pensé… pensé…

—Ya, ya. —Se me rompe la voz, y también me echo a llorar—. Ya estoy en casa. Estoy bien.

Cuando digo eso, me aparta de él.

—No estás bien. Tu cara… ¿Quién te ha hecho eso? ¿Dónde has estado? —Antes de que pueda responder, sus ojos se llenan de pánico—. Tienes que irte de aquí. ¿Te han visto entrar? Regresarán en unas horas. Harp, las cosas van mal. Yo no… no… —Se queda en silencio y pasa una mano por su pelo—.

¿Dónde *estabas*?

No tengo oportunidad de responder, porque comienza a negar con la cabeza.

—Tienes que irte de aquí. Tienes que esconderte. Estoy intentando descifrar cómo trasladar a nuestra madre...

—No me voy a esconder.

Mi voz es firme. Jake parpadea, sorprendido.

—No les importa que ella esté muriendo. —La voz de Jake es severa—. Por favor, Harper. Podemos encontrar la forma...

—No me voy a esconder.

Su voz cambia.

—¿Te tenían? ¿Eres una advertencia? Esto... ¿ellos te hicieron *esto*? —Sus ojos apuntan a mi mejilla otra vez.

Sabía que estaba regresando en mitad de un conflicto. Sabía que mi vuelta a casa sería agridulce.

No esperaba... *esto*.

Los brazaletes de Grey pesan sobre mis brazos.

—Jake —pronuncio con suavidad.

Pasa sus tensas manos por su pelo otra vez.

—Tenemos hasta las nueve de la mañana. No sé...

—¡Basta! —Deslizo el bolso por mi hombro—. Deja de andarte con rodeos, Jake. Toma esto. Pensemos en un plan.

Ríe por la nariz, indignado.

—Harper, a menos que tengas cien mil dólares ahí dentro, o quizás un chaleco antibalas, debes irte a un lugar seguro. No sé por qué regresas justo *ahora*, pero es el peor momento.

Había olvidado esto. Cómo no era capaz de solucionar nada. Cómo siempre me convertía en algo que meter en la habitación del fondo, o en la vigilante en el callejón que jamás tenía nada que ofrecer.

Empujo la bolsa contra su pecho. El peso de su contenido se estrella contra él, y las monedas tintinean unas contra otras.

—Toma —espeto—. He traído dinero.

—¿Qué? —susurra.

—Dinero. Quiero ver a nuestra madre. —Mi voz casi se quiebra—. Te lo contaré todo. Y después, vamos a pensar en un plan.

Capítulo cuarenta

Rhen

Pese a mis órdenes, parte de mí espera que el Comandante Grey regrese con Harper. Mi imaginación conjura la imagen de ella dando patadas y gritos mientras él la arrastra impasiblemente adentro del castillo y de vuelta a mi puerta.

Estos pensamientos son inútiles. Debería estar planeando mi discusión con Karis Luran. He hablado con mis generales y han apostado a los soldados alrededor del castillo.

Aún hay una oportunidad de salvar al pueblo de Emberfall.

Quizás haya tiempo de encontrar a otra mujer que rompa la maldición.

El pensamiento sería hilarante si no hubiese tanta desesperación detrás. Remuevo el tapón de cristal de una botella y observo el líquido rojo intenso llenar el vaso mientras me sirvo. Bebo un sorbo y me quito la camisa, preparándome para ir a la cama. Cruzo la habitación para arrojarla sobre el respaldo de una silla.

En ese momento es cuando echo una mirada al espejo.

Las escamas se han extendido, incluso en el breve tiempo que ha pasado desde que Harper se fue.

Un claro golpe a la puerta.

Maldita sea. Alzo mi camisa y tiro hacia abajo por encima de mi cabeza. Veo una sombra resplandeciente por entre las cintas del cuello, así que también me pongo la chaqueta, y lucho con sus correas de cuero en el apuro por ajustarlas en su sitio.

—Entre —digo.

La puerta se abre para revelar a Grey. Le falta el aire y tiene las mejillas rojas por el tiempo que ha pasado fuera del territorio del castillo. No tiene sus brazaletes, pero ha regresado ileso.

Y solo.

—Entonces, está hecho —digo—. Se ha ido.

Asiente.

Tomo la copa y la termino de un solo trago.

—Entra. Cierra la puerta.

Duda durante un instante fugaz, pero después comenta:

—Vi que ha duplicado la cantidad de soldados apostados en los límites de los terrenos del castillo. En preparación para la llegada de Karis Luran, le aconsejaría que los guardias…

—Grey.

El comandante se queda en silencio.

—No quiero hablar de Karis Luran. —Quito el tapón de cristal de la botella y vuelvo a servir. El rojo intenso llena la copa.

Espera.

Sin dudar, lleno una segunda copa y se la extiendo a Grey.

Me devuelve la mirada; sin embargo, no hace movimiento alguno para tomarla.

—No me hagas ordenártelo —pido.

Agarra la copa de mi mano.

Alzo la mía como para hacer un brindis. Se forma una línea entre sus cejas, pero hace lo mismo.

—Perdóname —digo en voz baja—. He fallado.

Se queda muy quieto, dejando escapar un suspiro y, para mi sorpresa, vacía la copa. Lo hace toser.

Levanto las cejas y sonrío.

—¿Te voy a encontrar en el suelo en breve?

—Posiblemente. —Sacude la cabeza y toma aire, como si la bebida le quemara al bajar. Su voz se ha vuelto ronca—. Eso no es vino.

—No. Licor azucarado. Del Valle Valkins. Mi padre siempre tenía uno al alcance.

—Lo recuerdo.

—Imagino que sí. —Me pregunto si recuerda que mi padre jamás dejaba que nadie lo tocara, ni siquiera yo. La regla estaba tan arraigada en mí que pasaron muchas estaciones antes de que me atreviese a probarlo, incluso después de que muriera.

Vacío mi propia copa, luego vuelvo a levantar el decantador.

—¿Más?

Duda, después alza la copa.

—Por favor. —Aunque no parece del todo seguro.

Le ofrezco una sonrisa débil y le sirvo.

—Si hubiese sabido que estabas dispuesto a ser un compañero de tragos, te lo habría ofrecido hace años.

—Hace años no hubiese estado dispuesto. —Levanta su copa de la misma forma en que lo he hecho yo un momento atrás, esperando a que imite su movimiento. El alcohol aún no lo ha golpeado; sus ojos están despejados y concentrados—. No me debe ninguna disculpa.

Vacía su copa con la misma velocidad que la primera.

Mi sonrisa se amplía.

—Terminará en el suelo en serio, Comandante Grey. —Señalo los sillones frente al fuego con la cabeza—. Desármese, señor.

Cuando me siento en el sillón más cercano al vestidor, desabrocha su cinturón y se acomoda en el sofá que está frente al fuego, mientras apoya su espada en el suelo a su lado. Aún no está borracho si mantiene sus armas al alcance.

—¿Otra?

—El amanecer no está lejos, milord. No debería…

Su voz se apaga mientras le sirvo por tercera vez.

Grey suspira, pero sostiene la copa cuando se la ofrezco.

No espero para brindar esta vez. Simplemente vacío la mía.

—¿Recuerdas la noche en que Lilith me atacó y me trajiste aquí, a mis aposentos?

—¿Cuál de todas las veces?

Es cierto.

—El día que Harper llegó.

—Lo recuerdo.

El alcohol ha comenzado a abrirse paso por mis venas, ardiente, y ha liberado los pensamientos en mi cabeza.

—Dije que te liberaría de tu juramento si fracasaba en romper la maldición.

Su expresión se queda inmóvil.

—Así es.

Sé que está recordando lo que le pedí a continuación: que me matase si yo no había roto la maldición y se presentaba alguna señal de la inminente transformación.

El fuego restalla en la silenciosa oscuridad.

—Te libero de tu juramento, Grey —sostengo—. Una vez que nos hayamos encontrado con Karis Luran, quiero que…

—No.

—¿Qué?

Inclina la copa hacia atrás y también la vacía. Después, la estrella contra la mesa que hay entre los sillones con demasiada fuerza. Tose.

—He dicho que no.

—Grey…

Se pone de pie y saca su daga con tanta velocidad que retrocedo con

brusquedad en mi asiento, con la sensación repentina de que va a clavarla en mi pecho aquí y ahora.

En lugar de eso hace girar la cuchilla en su mano, y me la ofrece con la empuñadura hacia adelante.

—Use mi daga si lo desea. Pero no terminaré casi una eternidad de servicio destruyendo al mismísimo hombre al que juré... —Sus palabras comienzan a arrastrarse y unirse—... al que juré proteger.

Río por la nariz, pero lo cubro con una tos.

—Guarda tu arma antes de que te hagas daño.

Sus ojos se entornan y estrella la daga sobre la mesa auxiliar. Que estrelle todo —la copa, el arma— resulta curioso, hasta que va a sentarse y está a punto de caerse del sillón.

Esta vez río en voz alta.

—Grey, no han pasado ni diez minutos.

—Culpe a su padre. —Su voz aún es ronca, pero ahora que está sentado, parece más estable—. Fue orden suya que los guardias se abstuvieran.

—Independientemente de los resultados de mi reunión con Karis Luran, y de si me concederás mi último pedido, creo que deberías irte de aquí en cuanto termine el encuentro, Grey.

—¿Y a dónde iría?

—Eres un talentoso espadachín. No tendrás problemas para encontrar trabajo. ¿Quieres que escriba una carta de recomendación para ti?

—Bromea sobre esto.

—He fracasado, Grey. Puedo beber hasta quedar pasmado y dar pisotones contra el suelo, enfurecido, pero eso no cambiará las cosas. Harper se ha ido. No me quería. —Hago una pausa—. Pensé que quizás ella podría... —Dejo que mi voz se apague y niego con la cabeza. Después levanto los ojos para encontrar los suyos—. Deberías regresar por ella. Una vez que todo esté dicho y hecho. Detecté una chispa entre vosotros...

Aparta la mirada.

—¿Me equivoqué? —pregunto—. ¿O dejaste tus cuchillos y brazaletes con otra?

—No se equivoca. —Duda, después habla con rapidez, tropezándose con sus propias palabras de una manera casi cómica—. Es decir... nunca hice nada para des... desviar las atenciones de ella, de usted...

—Lo sé.

Niega con la cabeza, luego lo vuelve hacer con más fuerza.

—Estoy hablando de más. Esta maldita bebida ha hechizado mis pensamientos.

—A la mayoría de la gente le gusta. —Hago una pausa—. Entonces, ¿regresarás por Harper? —El pensamiento me pesa de una forma desagradable. Quiero lo mejor para ella. Quiero lo mejor para Grey. Parece justo que se encuentren el uno al otro como parte de mi caída.

Pero mi fracaso arde desde adentro, tan doloroso como lo que Lilith puede hacer.

—Lo haré —responde.

No necesita la daga. Esta conversación ya está perforando mi corazón. Me sirvo otra copa.

—Bien.

—Porque ella me pidió que volviera.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Su última orden antes de que la dejara en la puerta de su casa. Que regrese una vez que ella haya tenido tiempo de arreglar las cosas con su familia. Que la traiga de vuelta a Emberfall.

Ahora estoy deseando no haber bebido el licor azucarado. Mis pensamientos se tropiezan y caen en un intento por no quedarse atrás.

—¿Cuándo? Grey, ¿cuándo?

—En un día. A la medianoche.

Un día. *Un día.*

—Demasiado tarde —sostengo.

Su mirada se agudiza —o eso intenta—.

—¿Por qué?

Cualquier destello de esperanza que se haya encendido en mi pecho se ha apagado con rapidez para convertirse en cenizas. Me desabrocho la chaqueta. Abro mi camisa y le enseño las escamas.

No se sorprende, lo que era de esperar, sino que suspira. Levanta su copa otra vez.

—He cambiado de opinión. Otra copa, por favor.

Le sirvo. Bebemos.

Nos quedamos sentados en silencio durante un largo rato, hasta que el alcohol comienza a hacer que mis pensamientos se dejen llevar hacia el sueño. La habitación está cálida, el fuego chisporrotea de forma agradable. Mis ojos parpadean. Una parte de mí desearía poder dejarse llevar hacia la muerte ahora, como si fuese un paso tan fácil como dejarse ir hacia el sueño.

Aún no. Le debo esto a mi pueblo.

—No recuerdo que hubiese escamas antes —dice Grey después de un largo rato.

Mis ojos se abren.

—También creí que eran algo nuevo.

—En realidad son bastante bonitas… —Se interrumpe y maldice—. Maldición. Milord… he querido decir que…

Vuelvo a reír, pero esta vez es una risa lenta. Perezosa.

—Eres divertido cuando estás borracho. Siento que en serio he perdido una oportunidad.

Su expresión se pone seria.

—¿Realmente cree que Harper llegará demasiado tarde? —Una pausa—.

Puedo volver por ella antes.

—No, Grey. Si es que vuelves, hazlo por ti. —Toco las escamas con una mano otra vez, con cautela para que no me corten—. Quizás no tengamos un día, mucho menos dos. —Hago una pausa—. Si no fue amor, Harper vio... algo prometedor en mí. No quisiera... no quisiera que ella vea el monstruo en el que me convierto.

—No es... —Se interrumpe y maldice otra vez—. No debo hablar de más...

—Sí, deberías. Te he liberado de tu juramento. Has estado a mi servicio más tiempo del que nadie debería. Di lo que piensas, Grey.

Me mira.

—Su tiempo aún no ha terminado. Ha movilizado a su pueblo. Concibió un plan que, al escucharlo por primera vez, me pareció absurdo, pero lo ha llevado a cabo.

—Gracias, en gran medida, a ti.

Le resta importancia a mi comentario con un gesto de la mano.

—Tenemos guardias. Un ejército. Una reunión con la reina de Syhl Shallow. Un país lleno de gente que proteger.

Levanto mi copa y la vuelvo a llenar.

—Así es.

Arranca la copa de mi mano y la arroja al fuego. Explota con un estrépito y un chisporroteo, y me quedo mirándolo.

—Ha conseguido todas estas cosas porque se atrevió a actuar como si pudiera. —Recoge su daga y la vuelve a envainar con determinación—. Lilith no ha ganado. Aún no. Usted todavía no ha perdido. Deje de actuar como si lo hubiese hecho.

Es tan imperioso. Tan seguro. No es de sorprender que se haya ganado el respeto de sus guardias con tanta rapidez. Sonrío. Inclino la cabeza.

—Sí, milord.

Durante un momento, un destello de furia atraviesa sus rasgos, pero debe

de decidir que no vale la pena. Se deja caer en su silla.

—Es incorregible. No sé cómo lo he aguantado todo este tiempo.

Alzo una ceja, más divertido que otra cosa.

—¿Es la bebida la que habla?

La sombra de una sonrisa malvada encuentra sus labios.

—Me pidió que dijera lo que pienso.

Me reclino sobre el sillón. Me invade una repentina emoción, que me cierra la garganta y atraviesa el sopor del alcohol.

—Lo intenté, Grey. —Casi se me rompe la voz, pero lo prevengo—. Realmente lo intenté.

—Lo sé.

—No hay salida. Una vez dijiste que planeo mis acciones con veinte movimientos de anticipación. No quedan movimientos que hacer.

—Entonces quizás sea tiempo de jugar como un guardia y no como un rey.

Lo miro y parpadeo.

—Deje de planear —dice—. Espere que ellas, que Lilith y Karis Luran, realicen su jugada. Ha tenido estación tras estación para pensar, planear y tramar.

Saca su mazo de cartas del sobre de su cinturón, y después las abre entre sus dedos para mezclar.

Sus ojos encuentran los míos.

—Quizás es hora de que piense sobre la marcha.

Capítulo cuarenta y uno

Harper

Mi madre ha estado durmiendo durante horas.

Son casi las cinco de la mañana y he estado acurrucada a su lado en la cama, escuchando el silbido de su tanque de oxígeno. Huele a enfermedad. Me había olvidado de eso.

Cuanto más tiempo me quedo acostada escuchando su suave respiración, más me preocupa haber llegado demasiado tarde, y más creo que va a irse conmigo aquí, sin tener jamás la oportunidad de decirle nada más.

—Harp. —Jake habla desde la puerta.

Apenas levanto el rostro de la almohada para mirarlo.

—¿Qué?

—Has estado aquí dentro muchas horas.

—Estoy esperando a que se despierte.

—A veces... realmente no lo hace. —Una pausa—. Debes... debemos... —Su voz se apaga.

Sé lo que necesita. Sé lo que quiere. Una explicación. Froto mis ojos cansados. Los brazaletes con cuchillos aún están amarrados a mis antebrazos debajo de mi jersey, y soy consciente de ellos cada vez que me muevo.

—Esperaré —le digo a Jake—. Quiero que sepa que estoy aquí.

Entra en la habitación y se deja caer en el sillón que hay al lado de su cama. Tiene las mejillas y los ojos enrojecidos. Por su aspecto, parece que la vida lo ha lanzado contra una pared decenas de veces y no tuviese intenciones de detenerse. Ha cambiado mucho en las semanas que no he estado. Sus ojos

son más duros que nunca. Más desconfiados. Quiero arrojar mis brazos alrededor de su cuello y rogarle que sea el dulce hermano que recuerdo.

—Ha preguntado mucho por ti. —Sorbe por la nariz, como si estuviera aspirando sus lágrimas—. Yo no... no le dije que habías desaparecido. Leí que perder a un hijo puede acelerar la muerte en los pacientes terminales y no quise... no pude... —Su voz se entrecorta y pellizca el puente de su nariz—. Harper, ¿dónde estabas? ¿De dónde sacaste todo lo que hay en esa bolsa?

La pregunta no es sentimental como el resto de las palabras. Hay cierto filo en su voz, algo de desconfianza.

—No sé cómo explicarlo. —Había preparado una historia de secuestro y escape con riquezas, pero no quiero mentirle. No así, sentada en el lecho de muerte de mi madre.

—Harper... necesito preguntarte algo.

Mi madre se mueve y respira profundamente. Me quedo inmóvil, expectante, con la esperanza de que se despierte.

No lo hace.

Vuelvo a mirar a Jake.

—Adelante.

—¿Es esto... estás trabajando para ellos? —Sus ojos, oscuros y entornados como los míos, están fijos en mi cara. Nunca ha desconfiado de mí—. ¿Es esto algún tipo de trampa?

—¿Qué? —exclamo—. ¡No! —Quiero golpearlo—. He vuelto para *ayudarte*.

—Sí, bueno, has estado desaparecida durante semanas y apareces el último día en que podemos hacer algo para sobrevivir. Es todo muy... —Respira hondo, pero sus ojos siguen mirando con dureza—... conveniente.

—De acuerdo —estallo—. Fui secuestrada por un príncipe de cuento de hadas. Me hizo princesa. Está maldito por una malvada hechicera. Tenía la oportunidad de ayudarlo a romper la maldición o regresar aquí...

—Nuestra madre se está muriendo ¿y tú haces bromas? ¿Qué demonios pasa

contigo? —Se pone de pie y se cierne, amenazante, sobre mí—. ¿Dónde has *estado*, Harper?

—No me creerás.

Se inclina más cerca. Para mi sorpresa, sus manos forman puños. Los tendones de sus antebrazos sobresalen.

—Pruébame.

Debería ser intimidante, pero es mi hermano mayor, y siempre ha sido protector conmigo. Además, he peleado con el Temible Grey y la mitad de los soldados del nuevo ejército de Rhen, y Jake no les llega a los talones.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto—. ¿Me darás una paliza como a todos los que has estado sacudiendo a pedido de Lawrence?

Se aparta de golpe, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—¿Jake? —Los ojos de mi madre pestañean. Su voz es un susurro—. Jake, ¿qué ocurre?

Su garganta se sacude al tragar toda su rabia.

—Madre. —La voz de Jake suena ronca y susurrante—. Lo siento.

La cabeza de mi madre se vuelve lentamente.

—¡Ah! Harper. Estás… aquí.

Su voz es tan débil. Apenas puedo oírla.

Sin darme cuenta, me echo a llorar.

—Estoy aquí, madre.

Sus ojos se han cerrado.

—He estado… pensando tanto… en ti. ¿Lo sentiste?

—Sí. —Me atraganto—. Sí, lo sentí.

—Estoy muy orgullosa de ti. Has estado… trabajando tanto.

Dejo de respirar.

—¿Madre?

—No siempre tiene sentido lo que dice —susurra Jake, tan bajo que casi no

sale voz.

—Es tan bonito... veros... juntos —dice mi madre—. Siempre... cuidaos el uno al otro siempre.

—Lo haremos. —Levanto su delgada mano y beso su muñeca.

Sus ojos parpadean y me mira.

—Me alegra que estés aquí. He estado esperando tanto... —Una larga pausa. Tan larga que creo que se ha quedado dormida—. Os quiero mucho a los dos.

—Yo también te quiero, madre.

He estado esperando hasta este momento para estar con ella, y ahora el tiempo se agota. Ha sido horrible verla sufrir, pero ahora que estoy aquí, quiero más tiempo.

—Yo también te quiero —dice Jake. Ya no es amenazador. Su cara está demacrada y pálida.

Ella toma aire otra vez.

Y después ya no vuelve a respirar.

Capítulo cuarenta y dos

Rhen

Karis Luran viaja con pocos guardias y sirvientes. Su séquito es casi inexistente.

Grey y yo nos encontramos frente a una ventana alta, y observamos cómo el carruaje entra traqueteando al patio. Cuatro guardias, dos al frente, dos detrás. Tienen armaduras negras con ribetes verdes y negros, y una tela plateada oculta la parte inferior de sus rostros. Llevan estoques, las espadas más livianas que se prefieren en el norte. Son rápidas, brutales y mortíferas. Sus guardias también lucen así.

El vehículo está cubierto con largas rayas de seda verde; los caballos, adornados con campanillas de plata que tintinean contra los arneses. Las ventanas del carruaje están tapadas con un material vaporoso de color blanco que aletea con la brisa. No podemos ver el interior, pero Karis Luran seguramente pueda ver hacia afuera. Mis propios soldados bordean el patio, pero muchos son nuevos. No han sido probados. Mucho de lo que suceda hoy depende de las acciones de otros.

Aunque... supongo que siempre fue así. Incluso para mi padre. Nunca me había dado cuenta realmente.

—Solo cuatro guardias —señala Grey, con voz baja—. ¿Revela debilidad?

—No. —Señalo con la cabeza el carruaje que se detiene frente al castillo—. Cree que no tiene nada que temer. —Mi plan original era que la recibieran a ella y a su séquito en el Gran Salón, y hacer que me esperasen allí. Una pequeña muestra de superioridad, algo que mi padre hubiese hecho.

Pero si ha llegado con un grupo de viaje tan pequeño, ya ha arrojado la carta de superioridad.

Es verdad que estoy pensando sobre la marcha.

—Vamos —le indico a Grey—. Debemos recibirla.

No puedo controlar qué música suena en el Gran Salón ni qué comida habrá en las mesas, pero hoy la melodía es ligera y alegre, harpa y flauta suaves, música de fondo para una reunión matutina. Las damas del castillo se han puesto a trabajar para que las cosas sean más alegres. Por primera vez, cascadas con los colores del otoño cuelgan desde el techo y adornan las mesas con verdes oscuros, cafés opacos y dorados mate. Han cambiado la larga alfombra que recorre todo el camino hacia las escalinatas por una nueva, ribeteada de vibrante dorado y rojo. Mientras avanzo con pasos firmes, los guardias que hemos apostado al pie de las escaleras se mueven para seguirnos. Grey hace señales para que se queden en su lugar.

Si puede entrar en mi castillo con cuatro guardias, puedo enfrentarla con uno.

Mi corazón golpea contra mis costillas como una bestia encadenada que quiere escapar. No tengo nada por lo que vivir, pero mi pueblo sí. Esta es mi última oportunidad para protegerlo.

Los guardias que están en las puertas avanzan para abrirlas cuando me acerco. Al moverse, la madera cruje. Quiero pedirles que esperen.

Como siempre, quisiera suplicar que me den más tiempo.

Ay, Harper. Medianoche. No creo que sea lo bastante pronto.

Sé que no lo será. Las escamas se enganchan bajo mi ropa y tiran de la tela.

Las puertas se abren. El aire fresco del otoño corre dentro del Gran Salón.

Karis Luran está quieta en el mármol, justo detrás de la puerta, vestida en túnicas de seda verde y marfil que caen detrás de ella, hasta el suelo. Una tiara de plata se posa sobre su frente, brillante con la luz de la primera mañana, y desaparece debajo del pelo negro intenso. No es preciosa, pero sí impactante.

Sus ojos son de color oscuro, lo que podría implicar algún tipo de calidez, pero no hay bondad alguna en su mirada. Domina la atención de todos los que están en la habitación de inmediato. Esta es una mujer que puede ordenar a un ejército que masacre a un pueblo de a cientos, y lo ha *hecho*.

Sus cuatro guardias forman un cuadrado a su alrededor. Todos tienen una estatura similar, aunque ninguno es demasiado alto. Su contextura es más bien delgada, pero ensanchada por la armadura. El denso tejido que cubre la mitad inferior de sus caras los vuelve andróginos, lo que de alguna manera resulta intimidante.

Juegos mentales. Conozco esto. Soy *mejor* que esto.

Hago una reverencia.

—Karis Luran —comienzo a decir con calidez—. Bienvenida a Emberfall.

Encuentra mis ojos, y luego aparta la mirada despectivamente. Cuando habla, su voz tiene un acento marcado, pero las palabras se entienden perfectamente:

—Busca a tu padre, niño.

Cada palabra es un insulto de una forma diferente.

Busca.

Tu padre.

Niño.

Emberfall ha estado, en la práctica, bajo mi gobierno desde que comenzó la transformación y maté a mi familia; pese a toda la tragedia, también ha ocurrido algo bueno. Esos cambios están aquí mismo, en el Gran Salón, conmigo, a mis espaldas, listos para pelear de ser necesario. He organizado encuentros con nobles y líderes de las ciudades. Cuando caiga —y caeré, ya sea a manos de Grey o por las mías propias—, Emberfall no estará perdido. Mi ejército es pequeño, pero sus miembros están dispuestos a pelear. Por primera vez en mi vida, siento una chispa de orgullo por quién soy y lo que he creado.

Karis Luran casi apaga esa chispa con una oración.

Lucho por mantener la compostura. La transformación bulle, no demasiado lejos, y me resulta más difícil de lo que debería mantener mi rabia bajo control. Dejo que pase un momento para respirar con tranquilidad.

—Fui yo quien te citó. Te reunirás conmigo.

—A mí no me cita nadie.

No lo dice con furia. Es una simple declaración.

Detrás de mí, suena la suave melodía del harpa. El Comandante Grey es una sombra a mis hombros.

—Envié una citación —digo; mi tono, igual de expresivo—. Y aquí estás.

Su expresión se endurece una mínima fracción.

—Hablaré con el rey. Con nadie más.

—Te reunirás conmigo o regresarás a Syhl Shallow. Mi ejército, con gusto, escoltará a tus fuerzas hasta la frontera.

Su mirada es impasible.

—¿Dónde está tu padre?

—Solicitó que te diese sus saludos.

—¿Dónde está?

Quiero declarar que no tiene derecho a exigirme respuestas, pero necesito que esta reunión termine en algo que no sea una guerra generalizada.

—Está visitando al rey de Dese. Están negociando nuestra alianza. —Cada palabra es nivelada y medida, pero esta conversación parece más violenta que un cruce de espadas—. Tus soldados casi matan a la princesa Harper hace varias semanas. Su padre está ansioso por enviar sus fuerzas a Emberfall.

—Desconozco al país de Dese.

—Muy a tu pesar, estoy seguro. —Hago una pausa, y una intensa crispación se posa sobre nosotros, arremolinándose con la brisa que corre a través de las puertas abiertas—. ¿Te importaría discutir lo que esta alianza significará para mi país? —Otra pausa—. ¿Y para el tuyo?

—En Syhl Shallow, si un hombre me miente, le extirpo la lengua y lo obligo a

comérsela.

Detrás de ella, uno de sus guardias desenfunda una espada y la apoya sobre las palmas de sus manos. Una amenaza. Una clara amenaza.

A mi derecha, Grey no se mueve, pero su atención se agudiza. No desenfundará ningún arma hasta que sea estrictamente necesario. Espero que sus guardias sean igual de pacientes.

—Fascinante. Dime, Karis, ¿haces que tu chef la prepare primero…?

—No te dirigirás a mí de semejante forma vulgar. —Sus ojos se oscurecen—. Y no te burlarás de mí.

—Te dirigiste a mí como «niño». Pensé que deseabas un trato familiar.

—Soy la reina de Syhl Shallow. Recuerda tu lugar.

—Soy el príncipe heredero de Emberfall. —Rehúso dejar que una pizca de furia encuentre mi voz—. Recuerda el tuyo.

—Ah, lo hago. —Sus labios se curvan en lo que podría ser llamado una sonrisa si hubiese algo de bondad en ella—. Mis espías me han advertido sobre este Dese. De tu alianza. He escuchado hablar de la princesa Harper y los soldados que promete traer. La invasión que esta princesa lisiada espera detener.

—No te atrevas a hablar mal de la princesa.

Karis Luran continúa como si yo no hubiese hablado.

—He oído noticias sobre tu creciente ejército. Sobre la forma en que tu vuelta a Emberfall ha movilizado a la gente.

—Me alegra haber regresado de Dese con tan buenas noticias para mis súbditos.

Su voz es más baja:

—Mis espías no han visto soldados de Dese. Ni emisarios. Ni sirvientes de tu supuesta «princesa». —Una pausa, luego mira todo alrededor—. Ni siquiera hay una princesa que se encuentre a tu lado. Volveré a preguntarte, niño. ¿Dónde está tu padre?

Estoy perdiendo esta conversación. Estoy fracasando. Otra vez.

—He respondido tu pregunta.

—Sospecho que no estás siendo sincero. No preguntaré una tercera vez.

—Te invité aquí para discutir una forma de evitar que tus soldados sean expulsados de mi país por la fuerza. Llevo el sello del rey. Mi palabra vale. ¿Estás diciendo que prefieres dejar que tu gente muera, antes que hablar conmigo?

—¿Crees que serás capaz de expulsar a mis soldados de tus tierras? Te invito a intentarlo.

—¿En serio eres tan arrogante como para arriesgar a tus súbditos?

—No. Tú lo eres. —Hace una pausa—. Haz que tus súbditos huyan a Dese si creen que el rey les dará la bienvenida con los brazos abiertos. Sospecho que encontrarán que les has estado haciendo falsas promesas. —Sus ojos no abandonan los míos—. Sospecho que encontrarán que el rey está muerto, y que su príncipe se aferra al trono con tan solo un poco de esperanza y algunas artimañas.

Detrás de mí, uno de los guardias hace un ruido de sorpresa. Quizás más de uno. No sé si es sorpresa en mi defensa o por mi traición, pero es un claro rompimiento de filas, y no pasa desapercibido. Karis Luran sonríe.

—Has hecho un buen trabajo al crear la ilusión. Debo admitir que me has impresionado, niño.

La miro con furia. Ha adivinado demasiado con demasiada precisión.

—¿Qué hará falta para que retires tus fuerzas de mi país?

—No hay nada que puedas ofrecerme que no pueda conseguir por mi cuenta. —Una pausa—. No soy una monarca despiadada. Permitiré que le des a tu pueblo una semana para que huya de tus tierras. —Esa sonrisa cruel otra vez—. Eso les dará suficiente tiempo para llegar al mítico Dese.

Doy un paso adelante antes de poder evitarlo. No sé si es la inminente transformación o mi propia furia lo que impulsa mis pasos, pero sus guardias

desfundan sus armas. Inquietantemente. Al unísono.

Grey desenvaina su espada.

Karis Luran levanta una mano. Todos se detienen.

Nada hace que su «niño» penetre tanto como este momento.

—Te detendré —ladro.

—Puedes intentarlo. —Su expresión no cambia—. Me sorprendió cuando tu padre dejó de pagar el diezmo, ¿sabes? Por eso sé que esto es una farsa.

Me quedo helado.

No sé nada sobre ningún diezmo. Especialmente no uno que se pague a un país como Syhl Shallow.

Karis Luran continúa:

—Al principio, me sentí confundida. ¿Era un acto de agresión? ¿La antesala a una guerra? Tu padre conocía las sanciones por la falta de pago. Cuando se cerraron las fronteras, tuve más certeza. Pero cuando mis espías comenzaron a informarme de que no se admitía a nadie en la corte, comencé a sospechar. Comenzaron a surgir rumores de que una criatura monstruosa estaba masacrando a Emberfall. Pasaron meses, después años. Nadie ha visto al rey durante ese tiempo. Nadie ha visto a la familia real. Se decía que el rey había huido y que estaba gobernando desde lejos. Así que envié a un regimiento de soldados a que tomaran una ciudad pequeña. Para ver qué respuesta había. ¿Sabes qué descubrieron?

Descubrieron que mis ciudades habían quedado sin defensa.

Estaba perdido antes de empezar.

—¿Por qué te pagaba un diezmo mi padre?

—Tendrás que preguntarle. —Sus ojos destellan con peligro—. Si puedes.

—Si ya no lo paga, ¿qué daño haría que admitieses la razón?

—Ya no necesito hablar contigo, niño.

—Si estás tan segura de que mi padre está muerto —estallo—, entonces te dirigirás a mí con el respeto digno del rey de Emberfall.

Ríe y se da media vuelta.

—Qué seguro estás de ser el verdadero heredero del trono de Emberfall. Tú, más que nadie, deberías saber las propensiones de tu padre. Lo caprichoso que era su gusto por las mujeres. Cuando tu abuelo no le permitió casarse con esa hechicera, ¿realmente crees que permitió que la mataran?

—Fue asesinada —afirmo—. Hay registros…

—Es cierto. También hay registros de su primer matrimonio. —Sus ojos se entrecierran—. ¿Dónde crees que se casó? ¿Dónde crees que consumó su matrimonio? —Una pausa—. Hubo un heredero. Tu abuelo ordenó que también lo mataran, pero tu padre intentó enviármelo. Rehusé. ¿Un niño mestizo? ¿En Syhl Shallow? Jamás. Vio el tormento que tu padre vivió. La avaricia de tu abuelo permitió que esa gente se reprodujera en tus tierras, y mira cómo terminó.

Y mira cómo he terminado *yo*. Estoy helado. Nada de esta reunión ha salido como yo quería.

Como ha ocurrido durante toda esta temporada, nunca hay suficiente *tiempo.*

La sigo hasta el exterior del castillo.

—¿Qué niño? ¿Dónde está ahora?

—¿Acaso importa? —Gira con otra sonrisa de labios finos—. ¿En serio? Has perdido a tu país, niño. ¿Acaso importa quién es el verdadero heredero del trono de tu padre? —Sube a su carruaje, pero evita que su lacayo cierre la puerta—. Cuando huyas, dirígete al norte. Te daré un puesto entre el personal de mi castillo. Creo que mis damas disfrutarían de un nuevo juguete.

—No voy a huir. —Pronuncio las palabras con los dientes apretados.

—Entonces te llevaremos a la fuerza.

—No vas a invadir Emberfall tan fácilmente.

—No —responde, y todo rastro de diversión desaparece de su voz—. Se perderán vidas en ambos lados. Más allá de si eres o no el verdadero heredero

al trono de tu padre, hay una diferencia clave entre tus acciones y las de un rey. Sabes cómo movilizar a tu pueblo. Has reunido una fuerza para enfrentarme. Pero no sabes que has perdido. *Ellos* no saben que han perdido. Una cosa es levantar a tu pueblo. Otra completamente distinta es mantenerlo unido.

Con eso, cierra la puerta de golpe.

Quiero ordenarles a mis soldados que los detengan. Prender fuego este carruaje y destruir a sus guardias.

Cualquier cosa que le haga solo acelerará la guerra.

Especialmente si hay espías entre nosotros.

—Podría estar provocándolo, milord —dice Grey en voz baja.

—Por supuesto que lo está haciendo. —Veo como su carruaje se va rebotando sobre los adoquines—. Y está dando resultado. —Suspiro. Como anoche, en mi sala de estar con Grey, no tengo ni idea de cómo avanzar desde aquí.

Huir.

Luchar.

No sé qué hacer. No sé qué decirle a mi gente que haga.

Después de lo que acaba de revelar Karis Luran, ni siquiera sé si soy la persona indicada para decirles algo.

Al anochecer, me encuentro sentado solo en la sala de estrategias de mi padre. He estado observando los mapas de Emberfall todo el día, preguntándome si hay alguna forma de organizar mi exiguo ejército en una formación que resista a una fuerza como la de Syhl Shallow.

Harper llamó «juego» a esto una vez, y tiene razón. De algún modo lo es.

Un juego que estoy destinado a perder. Karis Luran tiene la mayoría de las piezas.

—Pareces preocupado, príncipe Rhen.

Lilith habla desde las sombras.

No la miro.

—No debería sorprenderme que vengas a buscarme ahora.

—Has estado demasiado ocupado para prestarme atención. —Su tono me dice que está haciendo muecas.

La ignoro. La idea de Harper de atraer a los soldados al paso de montaña era buena, una forma sencilla de reducir sus tropas y liquidarlos con más eficacia. Si Karis Luran no ha enviado al grueso de su ejército por el paso aún, podría hacerse. Sus soldados darían batalla. Moriría gente. Pero si mi ejército pudiese sobrevivir lo suficiente como para lanzar una segunda oleada, podríamos eliminar a sus fuerzas cuando intentasen avanzar por el paso.

Podría llevar a la mitad de mi ejército a la muerte con la esperanza de detener a Karis Luran.

¿Y con qué fin? Probablemente sea un monstruo en cuestión de horas.

Manos delgadas aterrizan sobre mis hombros desde atrás y me acarician.

—Te veo tan preocupado…

Me vuelvo con rapidez y aparto sus manos de una bofetada.

—No vas a volver a tocarme. Harper se ha ido. He fallado.

Da unos pasos atrás, como si hubiese querido soltarme desde un comienzo.

—Tu reunión con Karis Luran me ha resultado muy entretenida. ¿Quién hubiese imaginado que el gusto de tu padre por las mujeres había dejado a un heredero pudriéndose en algún lugar de tu reino? —Lleva un dedo a su boca—. ¡Un mestizo! Debo admitir que la idea de un familiar olvidado en algún lugar de Emberfall casi me hace querer salvar a tu pobre país. Aunque probablemente sea inútil. El pobre hombre no tiene idea de lo que es. Y, la verdad, detener a un ejército invasor suena realmente aburrido.

Odio que sus comentarios me duelan.

—Vete.

—Es que ya tengo tu correa lista, príncipe Rhen. ¿Quieres verla?

Correa. La palabra se retuerce alrededor de mi garganta y se ciñe con fuerza.

—No.

En ese momento, me doy cuenta de lo que tengo que hacer. Karis Luran tiene razón. He reunido a mi pueblo. Solo hay una manera de mantenerlo unido.

Me alejo de Lilith y me dirijo hacia la puerta. Ella me sigue.

—Debería visitar a Karis Luran para charlar un poco, solo para cerciorarme de que no estoy entendiendo mal. Te llevaré conmigo, encadenado, para asegurarme de que sea generosa con la información.

Grey está esperando al otro lado de la puerta, y parece alarmarse cuando ve que Lilith me está siguiendo.

—Ignórala —le digo, y sigo caminando.

Me dirijo a las escaleras.

Ella me sigue. También lo hace Grey.

Paso de largo el tercer piso y voy hacia las escaleras de piedra que llevan a la pasarela de torrecillas en el techo del castillo. Hay un guardia apostado ahí: un vigía. Su nombre es Leylan. Le ordeno que se retire del servicio.

Duda, pero después mira a Lilith y a Grey con curiosidad.

—Te he dado una orden —ladro—. Retírate.

Obedece. Estamos solos en el techo del castillo, quietos bajo las estrellas. La luna arroja un gran rayo de luz sobre mis tierras. El aire es frío, vibrante con la promesa de un invierno cercano.

Por primera vez en trescientas veintisiete estaciones, quizás caiga nieve sobre Ironrose.

Pienso en mi familia.

—Tan pero tan preocupado… —murmura Lilith—. ¿Cuáles son tus planes, mi querido príncipe?

Me dirijo a Grey.

—Su espada, Comandante.

Como siempre, no duda. Sus ojos son charcos negros, oscuros y brillantes a la luz de la luna. Saca la espada y la apoya sobre sus manos para ofrecérmela.

Sujeto el arma y sostengo su mirada.

—Gracias por su servicio —le digo.

Lilith une sus manos con un aplauso, encantada.

—¿Le prometiste a Grey que acabarías con su suplicio antes de transformarte?

—Así es.

Después doy media vuelta y entierro la espada en su pecho.

Cae de rodillas, atravesada por la espada de Grey. Su boca funciona, pero ya sea por shock o por dolor, no puede hablar. Sus manos arañan la empuñadura, en un intento por sacarla.

—Eso no la retendrá demasiado —sostiene Grey.

—Lo sé. Envía a los generales a los pueblos. Haz que la gente se dirija hacia al sur, lejos de la invasión del ejército de Karis Luran. Distribuye la plata del tesoro del castillo. Diles que no se resistan. Los barcos pueden llevar gente a las costas meridionales. Deberían estar a salvo si no dejamos ningún barco. Llévate el sello. Diles que actúas por órdenes mías.

—Sí, milord.

Miro a Lilith con furia. Aún se está ahogando. Aún intenta quitar la espada. No puede tomar aire para hablar, lo que es una bendición inesperada. Sus ojos son pozos de ira maligna.

—Quizás hayas ganado en todo lo demás —ladro—. Pero no me ganarás a mí.

Sujeto el borde del parapeto y me subo sobre este. El viento es feroz, y hace que mi piel y mis ojos ardan.

Miro a Grey.

—Mis palabras eran verdaderas. Tienes mi agradecimiento.

—Y usted el mío.

Aparto la mirada. De pronto, mis ojos se llenan de lágrimas.

—En cuanto mi pueblo esté a salvo, ve a buscar a Harper, Grey. Escapa de todo esto.

—Sí, milord.

Mis dedos se aferran a la piedra fría. Encuentro que no puedo moverme. No puedo respirar.

No soy lo suficientemente valiente, ni siquiera para sacrificarme a mí mismo.

Esto es permanente.

Esto es para siempre.

He fracasado.

Grey se acerca. Me ofrece una mano.

La agarro y él la sujeta con fuerza. Sus ojos sostienen los míos.

No quedan elecciones que hacer. Todo camino lleva a la destrucción.

Siempre hay una elección.

—Por el bien de Emberfall —dice Grey con suavidad.

Aprieto su mano. Mi voz tiembla.

—Por el bien de todos.

Suelto.

Caigo.

Capítulo cuarenta y tres

Harper

Jake les da los collares a los hombres de Lawrence. Dice que las barras de oro y las monedas darían lugar a demasiadas preguntas, pero los collares son fáciles de explicar.

Estamos a salvo. Por ahora.

Viene una ambulancia a llevarse el cuerpo de mi madre. Siento un vacío cuando observo cómo los médicos cargan su cuerpo sobre una camilla y cierran la cremallera de la bolsa de nylon que lo envuelve.

Llega un momento en el que sucumbo ante el agotamiento. Al principio duermo de forma irregular. Me despierto a mediodía. Tan tarde que casi es hora del almuerzo.

Me he acostumbrado tanto a mi habitación en el castillo, a las charlas de madrugada con Zo, al calor del cuerpo de Rhen a mi lado en el dormitorio, que despertarme en la fría cama doble es desconcertante.

No quiero estar aquí. Jake no me quiere aquí. No sé para qué he regresado.

Por mi madre.

No podía salvarla. Ni siquiera creo haberle dado algo de paz.

Le he contado todo a Jake. Después de que los médicos se fueran, después de que los hombres de Lawrence se fueran, nos sentamos en la sala de estar y le expliqué todo.

No cree una sola palabra. Y, en realidad, ¿quién podría culparlo?

Luego comenté:

—¿Por qué no vas a ver a Noah? Pregúntale qué piensa.

Se quedó helado. Realmente creo que vi cómo la sangre abandonaba su cara.

—¿Qué Noah?

—Dios, Jake. Sabes que lo sé. —Dudé—. Te he hablado sobre las fotos en tu teléfono. Te he hablado sobre la maldición. —Encogí los hombros—. Pero no entiendo por qué nunca me lo contaste.

Entonces miró sus manos.

—Quería algo que el problema de nuestro padre no pudiese fastidiar.

Eso puedo entenderlo. Así que no insistí.

Grey regresa esta noche. Pensé que estaría insegura sobre regresar a Emberfall, que de alguna manera mi familia me anclaría aquí, que estaba obligada a jugar un rol en este drama. Creo que nunca me había dado cuenta de que no estoy atrapada por sus elecciones, como ellos tampoco están atrapados por las mías.

Voy a echar de menos a Jake. No somos cercanos ahora —no tanto como solíamos serlo—, pero podríamos serlo otra vez.

Una vez que crea en todo el asunto sobre cómo me convertí en una princesa.

Esa tarde me pongo unos vaqueros y una camisa de mangas largas y salgo a caminar. Estoy segura de que hay alguna ley que prohíbe los cuchillos escondidos en mis muñecas, pero de todos modos los llevo. Quiero ir hacia Dupont Circle, donde las aceras estarán más pobladas de turistas y *hipsters*, pero en lugar de eso, termino yendo hacia el sur. Las nubes cubren el sol, los edificios de concreto combinan con el cielo sobre ellos.

Recuerdo haberme escondido en los umbrales, con miedo de que alguien me molestara mientras esperaba que Jake nos mantuviera a salvo.

No tengo miedo ahora. Puedo mantenerme a salvo por mi propia cuenta.

Estoy en el exterior toda la tarde. Compro la cena en un puesto callejero y voy recordando cómo solía sentir que la ciudad era enorme para ser agradable.

Camino por las calles oscurecidas por el atardecer, mis pies se arrastran ligeramente contra el pavimento a causa del cansancio, y pienso. *Estoy lista para volver a casa.*

«Casa» no significa aquí.

«Casa» significa Emberfall.

Capítulo cuarenta y cuatro

Rhen

Hay un momento durante la transformación en el que soy consciente de quién soy y de dónde estoy.

Hay un momento en el que soy consciente de qué soy.

Un momento antes estoy cayendo en la oscuridad. El viento es una ráfaga salvaje en mis oídos; la muerte, una certeza bienvenida al final.

Al siguiente estoy volando, poderosas alas baten contra la corriente de aire y atrapan mi peso antes de que golpee contra el suelo. Remonto el vuelo. Un chillido horrible sale de mi garganta. Vuelo hacia arriba, me elevo bien alto.

Mis agudos oídos perciben el sonido de hombres que gritan con súbita alarma cuando me ven.

Corred, pienso.

Entonces mis ojos encuentran a las figuras paradas sobre el techo del castillo. Mis garras se extienden. Siento cada músculo y tendón. Lucho contra la necesidad de atacar y matar.

Corred, suplico. *Corred*.

Y después, no pienso nada más que en muerte.

Capítulo cuarenta y cinco

Harper

Para mi sorpresa, Jake viene a sentarse a mi lado en el banco antes de la medianoche, y dice que esperará a Grey conmigo.

Cree que está siendo condescendiente conmigo. No estoy del todo segura de qué cree que va a pasar *en realidad*, pero nos acurrucamos en un banco cerca del toldo donde Grey me dejó, mientras la ciudad se va apagando alrededor nuestro.

—¿Estás nerviosa por volver al país de las hadas? —La voz de Jake tiene un dejo de burla.

—Vete a la mierda, Jake.

No dice nada, pero después de un rato, se le escapa un largo suspiro.

—No estoy seguro de qué decir, Harper.

—No tienes que decir nada. Regresa a casa.

No dice nada. Tampoco se va.

—Estaba realmente preocupada por ti —comento—. No puedo creer lo que estabas haciendo para Lawrence.

Niega con la cabeza, como si estuviera arrepentido.

—No quería hacerlo, Harper. Pero no... no encontré otra salida.

—Lo sé. —Mi voz es un hilo. No dejo de pensar en Rhen y en todas las elecciones que tuvo que hacer a lo largo del camino.

Me pregunto qué estará haciendo ahora.

¿Hubiese sido tan difícil decirle que lo quería?

¿Acaso era una elección?

¿Lo quería *en serio*?

Todo esto es tan desconcertante... Nunca he estado enamorada antes, pero siento que no debería ser así.

Miro a Jake.

—Podrías venir conmigo. A Emberfall.

Su rostro se retuerce, como si estuviera atrapado entre creerme y querer ser condescendiente antes de que yo desaparezca de nuevo.

—Harper...

—¿Qué?

Frota su mentón, áspero después de dos días sin afeitarse. Su voz es baja y susurrante.

—No puedo dejar a Noah.

Duda. Hay un tono en su voz que no había escuchado antes.

—Lo quieres.

Me mira de reojo. Su expresión es casi tímida.

—Sí. —Hace una pausa, y esa timidez se transforma en tristeza—. Nuestra madre era la única que lo sabía.

Me levanto sobre mis rodillas y pongo mis brazos alrededor de su cuello.

Se tensiona al principio, pero después también me abraza.

—Te eché mucho de menos —murmura contra mi hombro.

—Yo también te eché de menos.

—Incluso aunque una parte de mí cree que te has vuelto loca.

Río un poco, pero no me suelta, así que yo tampoco lo hago.

—Desearía haber conocido a Noah.

Se aparta y hace una mueca. El tráfico nocturno ruge al pasar a nuestro lado, pero las aceras están vacías.

—No quiero involucrarlo. No quiero que sepa nada sobre esto. —Saca su teléfono (uno nuevo que debe haber comprado para reemplazar el que perdí en Emberfall) de su bolsillo y lo mira—. De todos modos, está en el hospital

esta noche. Dijo que sale a la medianoche, lo que realmente significa que trabajará hasta las seis de la mañana.

—¿Cómo lo conociste?

Jake vacila, pero entonces una pequeña sonrisa encuentra sus labios.

—Una vez que estaba comprando café. Cuando estaba ahí con nuestra madre. Ya sabes. Se había olvidado la cartera, así que pagué su café también.

—¿Es médico?

—Sí, pero aún es residente.

—No sé qué significa eso.

—Que aún está aprendiendo. Está haciendo una rotación en el hospital. Ahora está en Urgencias.

—Sexy.

Sonríe.

—Sí.

Siento un ardor en los ojos, pero por una razón completamente nueva.

—No puedo creer que quieras irte —dice Jake—. Acabas de volver.

Presiono mi cara con mis manos.

—Hay demasiado en juego.

—En Emberfall. —Duda—. También hay mucho en juego aquí, Harp.

—Sí. —Hago una pausa—. Por favor. Por favor, ven conmigo.

—Sabes que en realidad no creo en todo esto que me estás contando.

—Me crees un poco, lo sé.

Se sonroja.

—Sí. La parte de mí que solía esconderse en mi habitación con *Eragon* y *Harry Potter,* te cree. Pero ellos no son reales.

—Esto es real. —Dudo mientras me pregunto qué pensará Jake de Grey—. Ya verás. A medianoche. Ya verás.

—Incluso si este espadachín mágico aparece…

—No es mágico.

—Está bien. —Jake mira hacia arriba—. Incluso si este espadachín *completamente mundano* aparece, no puedo limitarme a chascar los dedos e irme de casa. Es una locura, Harper. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sé que no vas a estar a salvo —respondo—. ¿Crees que Lawrence no va a usar lo que hiciste para obligarte a hacer más cosas para él?

Se estremece, pero no dice nada. Nos sentamos y observamos cómo, cada poco, pasa un coche por la calle. En algún lugar, a lo lejos, una mujer está chillándole a alguien: un niño o un novio. No hay forma de saberlo.

La oscuridad finalmente se desliza desde del cielo para envolvernos. La tienda cierra. Estoy acurrucada en el banco, apoyada contra Jake. Hay mucho en él que me es familiar. Su aroma. El patrón de su respiración.

—Harper.

Me despierto con brusquedad. La calle está completamente oscura y estoy helada.

—Es casi medianoche —dice Jake—. ¿Tienes que hacer algo en especial?

La adrenalina me golpea más fuerte que un trago de café solo.

Es casi medianoche.

Grey está en camino. Esto es todo. Voy a despedirme de Jake... posiblemente para siempre.

Mi respiración es agitada y rápida. Miro las calles oscurecidas, el umbral de la estrecha tienda.

Jake debe percibir mi pánico, porque dice:

—Harper. Podemos irnos a casa. No tienes que ir a ningún lado.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Son las once y cincuenta y nueve.

Trago saliva. No hay nadie como Grey para llegar en el último minuto.

No sé qué hacer. Jake sujeta mi mano.

—Está bien —me tranquiliza—. Decidas lo que decidas.

Cuento hasta sesenta.

Después vuelvo a hacerlo, por si he contado demasiado rápido. Y otra vez.
Grey no aparece.
Un sonido atragantado sale de mi garganta.
—Está bien —repite Jake.
Lo golpeo en el hombro.
—No, *no* está bien.
Algo ha pasado.
Grey aparecería. Sé que sí.
—Debemos esperar —le digo a Jake—. Solo... tenemos que esperar.
Esperamos toda la noche.
Grey no aparece.

Capítulo cuarenta y seis

Monstruo

Capítulo cuarenta y siete

Harper

Hubo un momento en Emberfall, cuando estaba en los establos detrás de la posada, en que todo lo que estaba a mi alrededor pareció real, y mi vida real en Washington D. C. pareció un sueño. Una fantasía.

Está pasando otra vez. Solo que al revés.

Han pasado dos días desde que se suponía que Grey debía regresar. He pasado tanto tiempo en la entrada de la tienda al otro lado de la calle que llamaron a la policía y me acusaron de merodeo. He caminado por las calles que Grey y yo caminamos para llegar a casa. He esperado en el callejón donde apareció por primera vez.

Debería estar ayudando a Jake a descifrar qué hacer con el cuerpo de mi madre. Debería estar tratando de encontrar a mi padre. Debería estar revisando las cosas de mi madre o rezando en la iglesia.

Para el jueves por la noche, Jake finalmente acepta invitar a Noah a casa. No tenemos demasiada comida en el apartamento, pero mezclamos macarrones con queso, puerros calientes, y dos latas de guisantes que hay en la alacena.

Si algo hace que Emberfall parezca una fantasía elaborada por mi mente es esta comida.

Puedo ver por qué Jake quiere a Noah. Me di cuenta por las fotos que pude ver en el teléfono de Jake, pero es completamente distinto verlo en persona. Estamos jugando a las cartas y sus dedos largos y delgados las abren con facilidad al mezclar. Su voz es más profunda que la de Jake y tiene una forma de ser amable y dulce que es muy reconfortante. También tiene un trato

familiar y relajado con mi hermano, pequeños roces y momentos de calidez que me pillan por sorpresa. Es un buen contrapeso para la ansiedad y la tristeza que han estado colándose por las paredes de nuestro apartamento.

Noah se sienta delante de mí, y no estoy segura de cuánto le ha contado Jake sobre dónde he estado, pero se vuelve dolorosamente claro cuando comenta:

—Harper, Jake me dice que has tenido una gran aventura.

—Sí —respondo sin comprometerme. No sé si está siendo condescendiente o qué, pero sé que no me cree. Cuando Grey no apareció, estoy bastante segura de que me despedí de la fe que Jake tenía en mí. Mientras preparaba la cena, escuché a Noah murmurando cosas como «mecanismo de supervivencia», «fantasía escapista», «no sabes lo que ha tenido que atravesar».

Noah reparte las cartas sobre la mesa. Estamos jugando al *Ocho loco*, pero desearía tener el mazo de cartas pintadas de Grey para poder decir: «¿Veis?, no me lo inventé. Fue real».

—Jake mencionó que orquestaste una alianza con un país falso —señala Noah—. Muy creativo, debo decir.

—Es una locura. —Jake ríe por la nariz—. ¿Por qué alguien creería semejante cosa?

Frunzo el ceño y no digo nada. Quizás fue un *poco* loco, pero estaba funcionando.

—Tal vez no tanto —sostiene Noah—. Si el presidente apareciera en la televisión y dijera que estamos en guerra con un país del que nunca has oído hablar, no subirías a un avión para averiguar si es cierto, ¿no? —Noah encoge los hombros—. ¿Por qué crees que las teorías conspirativas ganan terreno?

Jake lo considera un momento, y me lanza una mirada.

—Es demasiado inteligente para mí.

—Probablemente —concuerdo.

Sonríe y me da una palmadita de apoyo en el hombro.

—Hablando de inteligencia, ¿no quieres averiguar cómo reinscribirte en el instituto? —pregunta Jake.

Mis manos vacilan sobre las cartas. El instituto parece estar a miles de kilómetros de distancia. Incluso cuando iba, mi mente estaba aquí, con mi madre, con el desastre en que mi padre había convertido nuestras vidas. Mantenía la cabeza gacha y hacía la tarea, y dudo que alguien se sorprendiera cuando desaparecí.

—Estamos en la primera semana de abril. ¿Crees que me va a aceptar?

—Debes graduarte, Harper. Podríamos averiguar qué necesitas para obtener el diploma. No podemos depender de tu bolsa de oro para siempre, si es que encontramos la manera de venderlo sin que parezca que lo hemos robado.

Como la cena que estamos comiendo, nada remarca lo permanente de esta situación como Jake al mencionar el diploma y la necesidad de que encuentre un trabajo.

Bienvenida a casa. Me reiría si no fuera todo tan patético. Una semana atrás era una princesa intentado salvar un país. Ahora me estoy preguntando si el supermercado estará contratando personal.

Suena un golpe fuerte contra la puerta.

Jake está de pie antes de que termine de sonar. Un cuchillo encuentra mi mano.

—Ey —exclama Noah. Deja sus cartas sobre la mesa.

—*Shh* —sisea Jake con ferocidad. Hace un gesto como de rebanar el cuello contra su garganta.

Algo se mueve contra la puerta otra vez.

—¿Lawrence? —susurro.

—No lo sé —responde Jake.

Voy de puntillas hasta la puerta y observo por la mirilla. Todo lo que veo es ropa oscura. Quien sea que está ahí afuera está apoyado contra el marco de la

puerta.

Sujeto el cuchillo con más fuerza y me muevo hacia un lado para no estar directamente frente al umbral. Jake está justo detrás de mí. Noah está sentado a la mesa, con los ojos bien abiertos.

—¿Quién es? —pregunto en voz bien alta.

Algo se mueve contra la puerta una vez más. Después una voz de hombre dice:

—Milady.

Mi corazón de detiene. Abro la cerradura.

Lo primero que veo es su cara, demacrada y pálida y manchada con lodo… o algo peor.

Es entonces cuando veo la sangre: está en todos lados, en su armadura, en la funda vacía de su espada, en su capa.

—Grey —digo—. Grey, ¿estás…?

Comienza a caer. Me supera en peso por al menos cuarenta kilos, especialmente con la armadura y las armas, pero dejo caer el cuchillo y doy unos pasos para sujetarlo. Jake de pronto está a mi lado, prestando su fuerza a la tarea. Juntos colocamos a Grey en el suelo y cerramos la puerta.

Le brota sangre por todos lados. Debajo de su armadura, alrededor de sus botas, a través de sus mangas. Ya está en la alfombra. Su uniforme está rasgado en varios lugares. Tiene un corte especialmente profundo en el brazo.

—Grey. —Quiero poner mi mano sobre su pecho para sacudirlo un poco, pero no quiero hacerle daño—. Grey, por favor.

No responde. Un pequeño sonido escapa de mi garganta.

Noah se apoya sobre una rodilla. Levanta el cuello y, cuando habla, su voz es muy diligente.

—¿Se llama Grey?

Asiento.

—Grey, ¿me escuchas? Voy a intentar averiguar de dónde viene toda la

sangre. —Sin esperar una respuesta (no es que vaya a obtenerla), Noah sujeta el cuchillo y comienza a cortar las hebillas de cuero que sostienen la armadura en su lugar. Hay líneas excavadas por garras en el cuero. Las correas están resbaladizas por la sangre, pero el cuchillo es afilado y las corta. La correa que está más arriba ya está rota.

Los ojos de Noah se disparan hacia Jake.

—Está en shock. Llama a Urgencias. —Después me mira a mí—. Trae unas toallas.

—No. —Trago saliva y miro a Jake—. Quiero decir... no puedes. No puedes llamar. —No tengo ni idea de qué harían en un hospital con Grey, pero no imagino que vayan a tratarlo y dejarlo ir. No tiene carné de identidad. No tiene seguro. Habría preguntas que no podríamos responder.

Preguntas que puedo ver en los ojos de Noah ahora mismo.

—Por favor. —Mi voz se rompe—. Por favor, ayúdalo.

—Necesita ir al hospital. —Noah rebana las correas al otro lado de la armadura de Grey y la aparta.

El aire abandona mis pulmones de golpe. Lo que sea que lo ha atacado encontró el tramo vulnerable de piel debajo de su brazo y cavó cuatro surcos profundos en sus costillas. Una franja rosada de músculo brilla debajo de toda la sangre.

—Toallas limpias —ordena Noah—. Ya.

Va Jake. Regresa con tres. Noah enrolla una con firmeza y la presiona contra la herida. Con su mano libre, pone dos dedos contra el cuello de Grey, en busca del pulso.

—Debes llamar. —Su voz es grave—. Respira, pero su pulso es débil. Ha perdido mucha sangre.

Jake me mira. Sus ojos están bien abiertos. Ha escuchado todo sobre el Temible Grey y mis historias sobre Emberfall, pero escucharlas y verlas son dos cosas completamente distintas.

No quiero pensar en qué podría pasar si Grey se despertara en una ambulancia. Una vez me dijo que estaba un poco familiarizado con este mundo, pero hay una diferencia entre secuestrar chicas en la calle y despertar en la sala de urgencias.

—No es... no es de aquí. No lo entenderá. La policía lo acosará. —Miro a Noah—. ¿No puedes coser sus heridas?

—¿Con qué? —pregunta Noah—. ¿Aguja e hilo?

Cuando asiento, parece exasperarse.

—Aunque pudiera, necesitará antibióticos. Una inyección contra el tétanos. —Su expresión se oscurece—. Llama, Jake.

Jake duda.

—Creo que está diciendo la verdad.

—¿Sobre qué? ¿Que este chico es un príncipe en un mundo de fantasía? Eso es sangre de verdad. Harper, sujeta esta toalla. Presiona con fuerza.

Me muevo hacia allí y presiono con fuerza contra el costado de Grey. Estos cortes son profundos y mis ojos se apartan.

—No es el príncipe —aclaro—. Es el Comandante de la Guardia.

—Ah, eso es mejor. —Noah usa el cuchillo para quitar la manga del brazo herido de Grey—. Esta también necesita puntos.

—¿No puedes...?

—¡No! —Suena como si no pudiera creer que lo estemos discutiendo—. ¡Ni siquiera tengo suministros aquí!

—Puedo ir a buscarlos —dice Jake con rapidez—. Puedo ir corriendo a tu casa. O... o... ¿a la farmacia?

—¿A la *farmacia*? ¿Estás bromeando? —Noah maldice y usa el cuchillo para desgarrar una tira de otra toalla—. No puedo hacer esto. Podría morir. Podría...

Grey inhala con fuerza, después hace un sonido bajo con la garganta. Sus ojos parpadean hasta abrirse. Alza una mano.

—Estarás bien —le digo. Sujeto su mano y la presiono entre las mías. Su piel

está pegajosa por la sangre. Está muy pálido—. Estarás bien —susurro. No tengo ni idea de si mis palabras son ciertas—. Estarás bien.

Sus ojos se cierran lentamente antes de que pueda terminar la oración.

Mantengo bien apretada su mano y lanzo una mirada a Noah.

—Por favor.

—Podría perder mi trabajo. Podría…

—Por favor —dice Jake.

Noah inhala como si fuese a negarse, pero después deja salir el aire en una ráfaga. Mueve las toallas a un lado para revisar el sangrado. Después las presiona de vuelta en su lugar.

—Jake, toma las llaves de mi bolsillo trasero. Mis cosas están al lado del escritorio en la habitación…

—Lo sé. Sé dónde están. —Jake busca las llaves y va hacia la puerta.

Antes de que pueda cerrarlas, Noah lo llama:

—Ey, Jake.

—¿Sí?

—Tienes que darte prisa.

Grey está estable.

Al menos, según Noah. Él y Jake lo trasladaron al dormitorio hace una hora, porque Noah necesitaba más luz para coser el costado de Grey.

Las partes de la armadura que han sobrevivido están apiladas en un rincón de la cocina. Después de que Jake se fuera, Noah estuvo a punto de quitársela toda con el cuchillo, pero lo detuve y comencé a desabrocharla. No tengo ni idea de qué está ocurriendo en Emberfall o a qué tendrá acceso Grey, pero no quiero destruir lo que le queda.

Noah envió a Jake a buscar más suministros a la farmacia, y estoy frente al lavabo intentando lavar la sangre de las cuchillas que Grey aún llevaba: su propio juego de cuchillos de lanzamiento y la daga amarrada a su muslo.

Entonces me quedo helada. Que Grey esté aquí... ¿significa que Rhen está muerto?

Apoyo los cuchillos sobre una toalla y voy al dormitorio.

Grey aún está inconsciente. Su piel es casi tan blanca como las sábanas y toallas que hay debajo de él; su pelo, oscuro y despeinado contra la almohada. Nunca lo había visto tan vulnerable. Cicatrices más viejas decoran su torso, pero nada tan grave como los cortes en su pecho. Parece más pequeño también sin camisa y herido, sin toda la armadura y las armas. El Temible Grey no se deja ver por ningún lado.

La habitación huele a yodo y a sangre. Noah ha terminado de suturar el lado del tórax de Grey, cuatro largos arcos de puntos colocados con cuidado. Ha pasado al corte en su brazo.

Cuando Noah habla, su voz es baja y tranquila.

—Dos centímetros más abajo y habría rebanado el tendón. No hubiese podido remediar eso.

—¿Va a estar bien?

—Su presión sanguínea aún está baja. Necesita un litro de sangre. Suero. —Su voz es suave, pero entremezclada con irritación.

No sé si debo disculparme o darle las gracias. Probablemente las dos cosas. Y quizás más.

—¿Va a sobrevivir? —susurro.

—Las próximas horas, sí. La mayor preocupación en los próximos días serán las infecciones. Ahora mismo, me sentiría mejor si se despertara y me dijera su nombre.

Yo también.

—Gracias —digo—. Gracias por hacer esto.

Noah no dice nada durante un rato muy largo, y no lo conozco lo suficiente como para interpretar su silencio. Estoy a punto de alejarme cuando comenta:

—No quería creerte. Jake es a quien le encantan todas las películas de

superhéroes. Mi mundo es bastante delimitado.

—Está bien. —No sé adónde va esto, y mi voz lo demuestra.

—Tiene otras cicatrices. —Noah echa un vistazo por encima de su hombro para mirarme—. Ninguna fue tratada en un hospital. Me doy cuenta de eso. —Una pausa—. Tampoco la cicatriz en tu cara.

No digo nada.

—Su ropa no tiene etiquetas —agrega Noah—. Y esas armas... no son de acero inoxidable, por lo que veo.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé. —Se gira para volver al brazo de Grey, y su voz suena pensativa —. Supongo que quiero decir que no *desconfío* de ti.

Lo acepto.

La puerta del apartamento se cierra de golpe.

—He vuelto —grita Jake—. También he traído café.

—Solo me queda un punto y luego voy a limpiarlo —dice Noah—. Enseguida voy.

Dejo el dormitorio para ayudar a Jake.

Ha traído cuatro cafés de la tienda de la esquina. Como si hubiese creído que Grey estaría recuperado a su vuelta.

Mi hermano, en ocasiones, se comporta como uno de esos tontos a los que solo les importan los deportes, pero en otras puede ser realmente encantador. Lo envuelvo en un abrazo.

—¿Y eso por qué?

—Has traído cuatro cafés.

—Sí, bueno. —Suena avergonzado. Pero entonces me mira y baja la voz—. Hay un coche fuera. Creo que pueden ser los hombres de Lawrence.

Un escalofrío oprime mi pecho.

—¿Por qué?

Un estruendo repentino y un grito salen desde el dormitorio, después la luz

de la entrada parpadea.

—¡Espera! —grita Noah, con voz estrangulada—. Jake... ayuda...

Jake y yo casi chocamos uno contra otro al intentar entrar a la habitación. Grey está erguido y sujeta con violencia la muñeca de Noah para sujetar su antebrazo contra su pecho. La otra mano de Grey envuelve la garganta de Noah, que se ve forzado a alzar bien alto la cabeza.

Grey aún está terriblemente pálido y jadea por el esfuerzo.

—Me vas... me vas a decir dónde estoy.

—¡Suéltalo! —Jake avanza con furia.

—¡Espera! —Lo agarro del brazo y lo sujeto mientras Jake me arrastra hacia adelante. La mirada de Grey se dispara desde Noah hasta mí, y después a Jake, que se dirige a toda velocidad hacia él. Está inestable y tembloroso, pero no parece listo para soltar a Noah *en absoluto*.

Esto no está saliendo nada bien.

—Está asustado. Grey, está bien...

—Tranquilo —dice Noah con los dientes apretados—. Solo estaba... intentando ayudar...

—Saca tus manos de encima de él —gruñe Jake. Se libera de mi sujeción y avanza como si fuera a darle un puñetazo.

Grey aprieta con más fuerza. Noah suelta un sonido pequeño.

—¡Comandante! —grito—. ¡Suéltelo!

Lo hace. Noah se tambalea hacia atrás. Grey se vuelve para enfrentarse a Jake. Sus ojos se mueven entre nosotros, como si tratara de descifrar quién es una amenaza y quién un aliado.

—Estoy bien —dice Noah rápidamente. Frota la muñeca que Grey le tenía sujetada—. Se despertó desorientado. No me ha hecho daño.

Jake lo mira. Algo de la tensión abandona su cuerpo.

—Está bien. —Da un paso atrás—. Está bien.

Camino hacia Grey, quien aún está observando a los dos hombres con

recelo. Su respiración es demasiado superficial, y unas gotas de sudor han aparecido en su frente. La adrenalina probablemente sea todo lo que lo mantiene de pie.

—Debes recostarte —señalo—. Has estado inconsciente por más de una hora.

—¿Dónde están mis armas? —Su voz todavía es débil.

—En la cocina. Las buscaré.

—Lo último que necesita son las armas —murmura Jake.

La postura de Grey se endurece.

—¡Basta! —exclamo—. Jake. Dios mío. Haz algo útil. ¿Por qué no le das una camiseta? —Observo los pantalones manchados de sangre que cuelgan de las caderas de Grey—. Quizás pantalones limpios.

—Ve —indica Noah a Jake. Su voz tranquilizadora de médico ha regresado. Comienza a recoger los suministros que debe haber desparramado Grey al despertarse—. Estaremos bien.

Jake sale de la habitación.

—Siéntate —le digo a Grey—. Por favor, estás a punto de caerte.

Lentamente se acomoda en un lado de la cama.

—No estaba seguro de poder encontrarte.

—Lo has hecho. —Me siento a su lado. Siento que me arde la cabeza con preguntas sobre Rhen, sobre Emberfall, pero su aspecto me hace pensar que una brisa podría derribarlo, así que me contengo.

—¿Puedo medir tu presión arterial? —pregunta Noah. Ya tiene el estetoscopio en los oídos, el mango en las manos.

Grey me echa una mirada. Cuando parpadea, es demasiado lento.

—Es un médico —le explico—. Ha cosido tus heridas. No te hará daño.

Asiente. Noah se mueve hacia adelante y reclama su silla. Desliza el mango con velcro alrededor del brazo de Grey y comienza a inflarlo. Estamos todos sentados, en silencio, escuchando el *fisss* del aire.

Finalmente, no lo soporto más.

—¿Fue… fue el monstruo? —le pregunto a Grey. No puedo soportar decir «Rhen»—. ¿Fue el monstruo el que te hizo esto?

Asiente con lentitud.

—Pensé que tenía un plan. Un plan para proteger a su pueblo.

—Demasiado tarde.

Noah desinfla el aparato.

—Noventa y cinco sobre cincuenta. Todavía está demasiado baja. —Una pausa—. Pero puedo entender por qué no querías llevarlo al hospital.

Aún estoy paralizada por lo que ha dicho Grey.

—¿Demasiado tarde?

Asiente con la cabeza otra vez. Tiene que respirar hondo para continuar.

—Intentó saltar desde el techo. Se transformó en el aire. Tiene alas… esta vez. Puede atacar desde… desde arriba.

—Realmente me sentiría mejor si podemos hacer que se recueste de nuevo —insiste Noah, con voz suave.

Intentó saltar desde el techo.

Rhen intentó sacrificarse para proteger a su pueblo.

Incluso en su último esfuerzo por vencer a Lilith, fracasó.

Capítulo cuarenta y ocho

Harper

Grey se niega a recostarse.

Apenas puedo conseguir que se quede sentado, aunque sus heridas ayudan. La presencia de Jake parece inquietarlo. No sé si tiene que ver con la historia de Jake o con el hecho de que Grey no está en condiciones de defenderse, pero observa a mi hermano como si no confiara en él.

Jake no ayuda con esto, ya que observa a Grey exactamente de la misma manera.

Antes, Noah vendó los puntos del pecho y del brazo de Grey, y después envolvió todo con una capa de vendaje elástico. Colocó tres comprimidos de ibuprofeno frente al espadachín y dijo:

—Eso debería calmar el dolor. Si quieres algo más fuerte, tendrás que ir al hospital.

Grey se tragó las pastillas y dijo:

—Tiene mi agradecimiento, sanador. —Antes de que pudiera alcanzarle un vaso de agua, las masticó como si fueran caramelos, después hizo una mueca.

Eso provocó que Noah lo mirara de reojo, en un gesto contemplativo. Eso provocó que Jake frunciera el ceño.

Ahora estamos todos sentados en la mesa de la cocina, bebiendo el café que ha traído Jake. Grey todavía parece un poco débil, pero su tono de piel ha mejorado un poco. Quizás la cafeína está ayudando. La camiseta verde prestada le queda ajustada en el pecho y los brazos, pero los pantalones sueltos de color negro le van bastante bien. Su daga está apoyada en la mesa,

al lado de su taza, pero salvo por el arma, parece un atleta universitario con resaca. No creo haber visto jamás sus antebrazos desnudos. Es muy difícil conciliar esta figura con el guardia estricto y disciplinado que conocí en Emberfall.

Jake está sentado justo delante de él, con los brazos cruzados sobre su pecho. Noah está a su lado y su expresión es más curiosa. Mira a Grey como si no pudiera descifrarlo del todo.

Me siento tan estúpida. Tendría que haber deducido todo antes.

—¿Por qué no me dijo nada Rhen?

—¿Qué hubiese cambiado?

No sé. *Quizás me hubiera quedado*.

Luego pienso en lo que Jake estaba enfrentando. No habría podido dejar a Jake o a mi madre. Rhen lo sabía. Me estaba protegiendo, incluso al final.

Grey agrega, con voz baja y áspera:

—Has oído las historias de los daños que ha causado la criatura. Las vidas que se perdieron. Creo que está avergonzado. —Una pausa—. *Estaba* avergonzado.

El tono en su voz me hace levantar la cabeza de golpe.

—¿*Estaba*?

Asiente.

—No tiene conciencia de sí mismo cuando está en esa forma. —Grey se mueve en su silla otra vez, después pone una mano sobre sus costillas, como si necesitara sostenerse—. Atacó a chicas antes. Algunas no sobrevivieron. He aprendido a mantenerlo alejado, a atraerlo hacia las áreas menos pobladas del reino, pero... —Una mueca de dolor—. El castillo está lleno de personas ahora. Se han refugiado, pero esta criatura es fuerte. Está tirando Ironrose abajo, ladrillo por ladrillo.

Pienso en Freya y en los niños. Pienso en Jamison. En todos los que he conocido y he aprendido a querer.

—¿Ha muerto alguien?

—Sí. —Su voz es seria—. Estamos haciendo todo lo posible por alejarlo del castillo. Pero puede volar y nosotros no. Las flechas no penetran en su piel. Tiene garras que aferran y desgarran. Me arrancó del caballo. Atravesé su ala con mi espada y cayó, pero eso apenas lo detuvo. Me hubiese destrozado.

—¿Hubiese? —pregunta Jake—. ¿Qué hiciste?

Grey le echa una mirada.

—Crucé al otro lado. —Una pausa—. Vine aquí.

—¿Por qué? —El tono de Jake es desafiante y no entiendo bien por qué.

—Porque… —Grey gira hacia mí—… no tenemos otra esperanza.

—Quieres que vuelva —suspiro.

—No —estalla Jake—. *No*.

Todos lo miramos.

Jake presiona las manos contra la mesa.

—Aun si creyera todo esto, y no digo que así sea, de ninguna manera voy a dejar que regreses con él, Harper. Este tipo *realmente* se ha desmayado frente a nuestra puerta dos horas atrás. Si Noah no hubiese estado aquí, estaría muerto ahora mismo. ¿Has escuchado que acaba de decir que lo arrancaron del caballo y que casi lo destrozan?

Como si no hubiese visto a Grey desplomarse en la alfombra con mis propios ojos.

—Sí, pero…

—Pero *nada*. ¿Escuchas lo que estás diciendo? ¿Lo has escuchado *a él*? —Mueve sus enfurecidos ojos hacia el guardia—. Si tú no puedes detener esto, ¿qué te hace pensar que *ella* sí?

—Hablas como si buscara ayuda en una batalla. No la busco.

—No me interesa. No importa. Es un monstruo. No se va a enamorar de él *ahora*. Ella ha sufrido bastante. No te puede ayudar.

Nada ha cambiado aquí. Quiero a Jake, pero siempre me verá como la

pequeña Harper que necesita ser ocultada en una habitación en el fondo y ser protegida.

Quizás tenga razón en algo. Si Rhen es un monstruo, no sé si queda esperanza alguna. No puedo enamorarme de una criatura asesina.

—¿Qué hay de Karis Luran?

—La reina vino al castillo. La mañana que te fuiste. No se dejó engañar. Habló de secretos que solo ella y el rey de Emberfall sabían, y después le dio una semana a Rhen para que evacuara a su pueblo antes de que sus soldados comenzaran a ocupar Emberfall a la fuerza.

—Pero ahora el pueblo se está escondiendo del monstruo.

—Sí, milady.

—¿Y Lilith?

—La hechicera —dice Noah suavemente. Parece maravillado por todo este intercambio. No estoy segura de que crea algo de todo esto. Pero pese a su discurso sobre ciencia y lógica, su expresión revela que *quiere* hacerlo.

—Lady Lilith huyó. En esta forma, Rhen es una criatura mágica y *puede* hacerle daño.

Eso debería ser una ventaja, pero si Rhen está determinado a matar a todo lo que está a la vista, quizás no lo sea.

—¿Aún tenemos un ejército? ¿Cuántos han muerto?

—Hasta ahora, han sido pocas las bajas. Varios soldados que estaban haciendo guardia la noche que se transformó. La gente no sabe que el príncipe es el monstruo. Muchos temen que esté muerto. —Hace una pausa y su voz es amarga—. Muchos guardias escucharon las palabras de la reina. Han corrido los rumores de que no hay alianza. Que Dese no tiene nada que brindar.

Todos los planes cuidadosamente trazados se han deshecho en unos pocos días.

—¿Qué esperas que haga Harper? —espeta Jake—. ¿Que entre cabalgando y haga de princesa?

—Sí —responde Grey con simpleza. Sus ojos me apuntan—. Te pediría que regreses a tranquilizar a tu pueblo.

Mi pueblo. Le sostengo la mirada. Sigue pálido, pero su vista está despejada.

Le hablo a Noah.

—¿Cuando podrá volver a luchar Grey?

El médico parece pasmado.

—¿*Luchar*? Semanas. No debería ni estar sentado.

—Puedo caminar —sostiene Grey—. Puedo luchar.

No estoy segura de eso, pero si puede caminar, me puede llevar de vuelta a Emberfall.

—¡No vas a ir! —exclama Jake.

Salto de la silla y camino por la cocina para buscar las partes de la armadura de Grey que sobrevivieron.

—Iré. No pude… —La respiración casi me abandona. Vuelvo a la mesa con los brazaletes y grebas—. No pude salvar a nuestra madre, pero puedo arreglar esto.

Cuando los dejo caer en la mesa frente a Grey, Jake toma mi brazo y me hace girar. Su agarre es casi doloroso.

—No vas a hacer esto, Harper. No sé dónde crees que has estado o qué crees que has hecho, pero esto suena como una trampa elaborada. Si tengo que arrastrarte a tu habitación y encerrarte ahí…

De pronto se ha alejado de mí. Noah se levanta ruidosamente de su silla, alarmado.

Grey ha retorcido el brazo de Jake hacia atrás y la punta de su daga se posa sobre la suave piel que hay debajo de la oreja de mi hermano.

—No harás nada semejante —sostiene.

Levanto la mirada a los ojos bien abiertos de mi hermano y suspiro.

—No mentí cuando dije que era temible.

—Suéltame —gruñe.

Mis ojos se dirigen a Grey.

—Suéltalo antes de que te hagas daño. Te ayudaré a ponerte tu armadura.

Lo hace, y Jake se aparta con brusquedad. Grey vuelve a sentarse en la silla, temblando nuevamente.

—Si sigues haciendo eso —lo reprende Noah—, vas a terminar arrancándote los puntos.

—Harper —dice Jake con voz sombría, aunque esta vez no me toca—. No puedes hacer esto.

—Puedo. —Me arrodillo y le paso las botas a Grey—. Y lo haré.

Grey suda. Está pálido y sin aire para cuando ha vuelto a ponerse las partes de su armadura que han sobrevivido. Quiero rogarle que espere. Pero sostiene mi mirada y sé que no lo hará. Si no voy, regresará de todas formas a Emberfall. Aunque Rhen ya no esté, hay gente a la que debe proteger.

Jake no ha dicho ni una sola palabra. Sigue enfurecido, pero en silencio, mira todo esto desde donde se encuentra, apoyado contra la encimera de la cocina.

—Al menos esperad hasta la mañana —propone Noah—. Una noche. Seis horas. Dale tiempo a los puntos para que se asienten.

—No tengo una noche, sanador —dice Grey. Su voz es susurrante—. Tampoco la tiene Emberfall.

—¿Cómo vas a mantenerla a salvo? —cuestiona Jake—. ¿Qué pasa si regresáis y sois atacados?

—Seremos cautos —responde Grey. Se agarra de la mesa para ayudarse a ponerse de pie.

—¿Cautos? Estás loco. *Todo esto* es una locura.

Suena un golpe en la puerta y todos nos quedamos helados.

Es casi medianoche.

¿Qué dijo Jake cuando regresó con el café?

«Hay un coche fuera. Creo que pueden ser los hombres de Lawrence».

Miro a Jake.

—¿Qué hacemos? —susurro.

No tiene tiempo para responder. La madera se astilla, se escuchan gritos. Dos desconocidos irrumpen por la puerta, con armas listas y a punto.

—Esos collares eran muy caros. ¿A qué estás jugando aquí?

Jake me empuja detrás de Grey. El peso de Noah presiona contra mi espalda.

—No hay nada —contesta Jake—. No tenemos nada.

—¿Quién es este hombre? —pregunta uno de los recién llegados.

Grey se mueve. Saca un arma, creo. No lo puedo ver.

Alguien tira del martillo de un revólver. Una bala le gana a una espada. Todo esto está sucediendo demasiado rápido. Necesitamos un plan. Un curso de acción. Necesitamos…

Se dispara el arma. Me encojo sobre mí misma.

Y entonces estamos en el bosque. La temperatura templada del otoño nos envuelve. En la distancia veo antorchas colgadas a intervalos regulares, marcando el territorio del castillo. Aún estoy medio agazapada. Mis oídos silban por el disparo.

Nos encontramos en la misma posición exacta en la que estábamos: Grey y Jake delante de mí, Noah a mi lado. Todos estamos quietos. Todos respiramos. Mi corazón golpea con tanta fuerza que casi no puedo escuchar nada más.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jake—. ¿Dónde estamos?

—Emberfall —susurro.

—Pero… ¿qué *ha pasado*?

—Esperad —dice Noah—. Esperad. —Suena al borde del pánico. Recuerdo esa sensación.

Grey da media vuelta y me mira. Está muy pálido, incluso en la oscuridad.

—Debemos caminar. Los soldados de Karis Luran se han acercado. El castillo podría estar… —Parpadea con fuerza—. Debemos caminar.

Sin advertencia alguna, vuelve a derrumbarse.

Jake lo sostiene como hizo en casa.

—Esto parece *extremadamente* cauto —gruñe. Porque es Jake y hace lo que hay que hacer, aunque no quiera, pone el brazo de Grey alrededor de su cuello y lo sostiene erguido.

—¡Vosotros! ¡Alto ahí! —Tres soldados aparecen entre los árboles. Sostienen arcos con tres flechas apuntadas hacia nosotros desde todas las direcciones. En la oscuridad, no reconozco a ninguno.

—¡Es el comandante! —grita uno—. ¡Teniente!

Grey está completamente inconsciente. La mayor parte de su peso está sostenido por mi hermano.

No sé si me reconocen, pero estoy en vaqueros y una camiseta, lo que no es para nada principesco. Definitivamente no conocen a Jake y a Noah. Nuestra situación no parece nada buena.

Un cuarto soldado sale de entre los árboles con una espada en la mano.

—Explicaos.

Lo reconozco. Gracias a Dios.

—Jamison. —Siento tanto alivio que casi salgo corriendo a abrazarlo.

Me ve y parpadea.

—Princesa. —Veo cómo sus ojos suben y bajan por mi figura, y después miran a los soldados—. Bajad las armas.

Sus flechas dejan de apuntarnos, pero no las bajan del todo.

Eso solo me dice cuánto he caído en su estima.

Mentalmente estoy atrapada entre Emberfall y D. C. No estaba lista para salir de golpe de mi cocina y meterme en el rol de la princesa Harper. Necesito recomponerme o terminaré de destruir lo que queda.

—El Comandante Grey está herido. Necesita asistencia.

—Vimos que el monstruo lo agarraba. —Una pausa pesada—. Buscamos su cuerpo. Pensamos que estaba muerto.

Está esperando alguna clase de explicación.

Piensa, Harper. Piensa.

—Estaba regresando al castillo cuando el monstruo atacó a mi séquito —sostengo—. Mi carruaje fue destruido. Nos vimos obligados a seguir a pie. Encontramos al Comandante Grey y, por suerte, mi sanador estaba conmigo. —Echo una mirada a Noah.

Me devuelve la mirada, incrédulo.

Por favor, pienso. *Por favor, no fastidies esto.*

Imagino lo que Rhen haría en esta situación.

—Que sus hombres lleven al Comandante —ordeno—. Necesitaré una habitación y suministros para mi sanador. Estamos preparados para asistir a aquellos que hayan sido heridos por el monstruo.

—Harper —dice Jake con una voz baja, de advertencia.

Todos los soldados se vuelven para mirarlo. Las puntas de flecha se alzan algunos centímetros.

—¿Quién es este hombre? —pregunta Jamison.

Miro la espada que cuelga de su mano. Las flechas listas. Lo que haya pasado con Karis Luran ha dañado profundamente toda la confianza que Rhen y yo habíamos construido.

—Mi hermano —respondo—. El príncipe Jacob. Heredero del trono de Dese. Capitán de... del Ejército Real. Hemos oído las mentiras que ha esparcido Karis Luran y estamos aquí para luchar.

Jamison duda, pero después saluda a Jake con un gesto de la cabeza.

—Discúlpeme, Su Alteza. Estamos en alerta. Hay rumores de que los soldados de Syhl Shallow están en el bosque. Y el monstruo, por supuesto.

—Está disculpado —contesta Jake. Su voz es hueca. Me estiró hacia abajo y aprieto su mano.

—Ayuden al Comandante —ordena Jamison a sus hombres. También me hace un gesto con la cabeza—. Nos alegra que haya vuelto, princesa. La escoltaremos al castillo.

Capítulo cuarenta y nueve

Monstruo

¿H*arper?*

Dolor.

Dormir.

Capítulo cincuenta

Harper

El castillo está más oscuro de lo que lo haya visto jamás, incluso de noche. Todas las ventanas han sido tapiadas. Las velas arden a lo largo de los súbitamente claustrofóbicos pasillos. Dos soldados han llevado a Grey a la enfermería, pero Jamison nos acompaña personalmente a las habitaciones.

Los guardias apostados al final de mi pasillo me observan con cautela ahora, pero Freya me envuelve con sus brazos al verme.

—Ay, milady —lamenta, con voz susurrante, porque la mayoría duerme en el castillo—. Estaba tan preocupada... Los rumores han sido tan perturbadores. ¿Cómo está su madre?

Es tan cálida y suave, y huele a casa. No me di cuenta de lo desesperadamente que necesitaba un abrazo hasta que sus brazos me encontraron. Me aferro a ella. Mi voz se rompe.

—Freya... Murió. Apenas llegué a tiempo para despedirme.

—Oh, qué tristeza. —Su mano acaricia mi espalda—. Lo siento mucho.

Entonces veo a Zo, a una corta distancia. Mi guardia. Mi *amiga*. Si me mira con desconfianza, no sé si podré soportarlo.

Se acerca caminando a grandes pasos y me sujeta con un abrazo que casi me deja en el suelo.

La aferro con fuerza. Mis ojos se llenan de lágrimas por una razón distinta.

—Te he echado de menos.

—Pensé que no te volvería a ver —comenta—. Le pedí al Comandante que me dejara ir a buscarte.

Un hombre tose detrás de mí. Jake me llama.

—Eh, ¿Harp?

Su voz no suena enfadada, pero es un recordatorio de que están atrapados aquí conmigo, al menos hasta que Grey pueda despertarse. Sorbo por la nariz y me recompongo.

—Lo siento. —Me enderezo—. Zo y Freya, este es mi hermano, Jacob. —Me obligo a hablar sin dudar. Una cosa es que yo desempeñe un papel; otra completamente distinta es involucrar a mi hermano y su novio en esto, cuando no han tenido preparación alguna—. El príncipe heredero de Dese. Y Noah, el sanador personal del rey.

—¡Ah! —Freya les ofrece una reverencia a los dos, que están detrás de mí—. Su Alteza. Milord.

—Bienvenidos —saluda Zo.

Jake y Noah se quedan mirando a las dos mujeres y no dicen nada. Ambos parecen seguir en un shock total.

—Nuestro carruaje fue destruido —explico—. Descansaremos en mis aposentos hasta que Jamison pueda encontrar habitaciones para Jacob y Noah.

—Sí —dice Freya—. Sí, por supuesto. Haré traer comida. —Se dirige a las escaleras.

Zo me observa, luego a mi hermano y a Noah.

—¿Quizás también vestimenta? —Duda, hay un ligero dejo de curiosidad en sus palabras—. Ya que sus cosas fueron destruidas.

Freya cree lo mejor de la gente, pero Zo es más espabilada. No desconfía de mí, pero sabe que algo ocurre. Quiero contarle la verdad, pero desharía todo lo que le hemos prometido al pueblo de Emberfall.

—Sí —le respondo—. Gracias.

Echa una mirada a mi hermano y a Noah otra vez.

—Sí, milady.

En cuanto se ha ido, llevo a Jake y Noah a mi habitación. Cierro la puerta. Un fuego arde en el hogar y todos los candelabros de la pared están encendidos. Ambos dan una vuelta completa para registrar todo.

—No termino de creerlo —dice Noah, finalmente—. Necesito que me pellizques.

—Estoy demasiado ocupado pellizcándome a mí mismo —responde Jake.

Noah le lanza una mirada apesadumbrada.

—Al menos a ti te toca ser el príncipe. Yo estoy condenado a ser el *sanador*.

—Bueno. Intercambiemos roles. Sé tú el príncipe falso. —Jake cruza los brazos sobre su pecho—. ¿Cuándo nos puede llevar de vuelta tu amigo?

Frunzo el ceño ante su tono.

—¿De vuelta a la casa, con los hombres que estaban a punto de dispararnos? Quizás deberías dejar pasar algunas horas.

Se contrae y aparta la mirada.

—No podemos quedarnos aquí, Harper.

—Bueno, yo no puedo llevaros a casa, y Grey debe descansar.

Noah se ha ido hacia la chimenea. Pasa una mano por la repisa.

—¿Estamos en el pasado? —Frunce el ceño y niega con la cabeza—. Es una pregunta ridícula. Eso es imposible. Pero *esto* es imposible…

—En el pasado no —sostengo—. Ellos lo llaman «el otro lado». O quizás *nuestro* lado es el otro lado. De alguna forma, nuestro mundo es paralelo al de ellos.

De pronto, me siento exhausta. Necesito saber qué rumores se han echado a correr. El estado de mi ejército. Qué dijo Karis Luran.

Me dirijo al vestidor de Arabella y revuelvo la cómoda hasta encontrar los pantalones de montar y los jerséis tejidos que me he acostumbrado a usar cuando entreno con los soldados. Arrimo la puerta sin cerrarla del todo y hablo detrás de esta mientras me visto.

—Bueno, escuchad —les digo—. Freya va a regresar con comida y ropa.

Vestíos de forma que no parezcáis tan forasteros. Comed algo. Descansad si queréis. No me importa. Pero no interfiráis con lo que está pasando aquí.

—¿Qué vas hacer? —La voz de Jake suena incrédula.

—Voy a averiguar qué ha pasado mientras no estaba. Voy a averiguar dónde está el monstruo. Voy a hablar con el ejército de Rhen y veré si podemos encontrar la forma de salvar a su pueblo.

—Ah, ¿sí?

Me pongo un chaleco sobre la camisa y ajusto las lazadas.

—Sí. Así es. No hay nadie aquí para liderar a esta gente. Temen que la familia real esté muerta.

—¿Y tú crees que puedes liderarlos?

No. No tengo ni idea.

—Sí —respondo. Saco un cinturón para dagas del arcón que hay debajo de los vestidos y rodeo mi cintura dos veces con él mientras salgo del vestidor. Amarro el cuero con un movimiento practicado—. ¿Crees que puedes mantenerte alejado de los problemas durante una hora?

Jake balbucea mientras me mira.

—Harp, ¿qué estás… quién te crees que eres?

—La princesa Harper —respondo—. Y tú eres mi hermano, el príncipe heredero de Dese, así que más te vale actuar como tal.

—¿Cómo actúo como un príncipe? ¡Ni siquiera sé *dónde estamos*!

—Estás en Emberfall. Y actuar como un príncipe generalmente significa actuar como un arrogante sabelotodo, así que no deberías tener ningún problema.

El castillo está atestado de gente que se ha refugiado de la criatura. Los soldados de Karis Luran han avanzado al este de las montañas, para bloquear cualquier acceso al pasaje que lleva a Syhl Shallow. Todo aquel que ha intentado entablar combate ha sido asesinado. Se envían mensajes de ciudad a

ciudad una vez al día, y los mensajeros viajan en grupos de tres. Muchos no regresan. El pueblo teme que Rhen esté muerto, que el rey de Emberfall esté muerto. Muchos de ellos creyeron que *yo* estaba muerta.

Me entero de los rumores que dicen que Rhen no es el verdadero heredero, que Emberfall caerá ante las tropas de Syhl Shallow, que escapar es imposible ahora que la criatura ha regresado con sed de sangre.

Les digo que Dese también ha sido atacado por la criatura de la hechicera, y que casi toda mi compañía de viaje fue asesinada. Por suerte, he regresado con un hábil sanador y la supervivencia de Grey es suficiente prueba de ello.

No podemos huir sin arriesgarnos a un ataque de la criatura. No podemos quedarnos aquí sin arriesgarnos a un asalto de los hombres de Karis Luran.

Nuestro pueblo está agotado y tiene miedo, y necesita una guía. Hasta los soldados más experimentados quieren órdenes, una oportunidad para *actuar*.

Cada historia sobre la criatura es peor que la anterior, y no sé dónde termina la verdad y dónde comienza el miedo. Lo único que puedo hacer es escuchar. Y reconfortar.

Y preocuparme.

Para cuando vuelvo a mis aposentos, no he estado fuera durante una hora. He estado fuera durante cuatro. Jake y Noah se han quedado dormidos en mi cama. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí. Me duele la pierna, pero salgo silenciosamente de la habitación y me dirijo a la enfermería.

Está vacía salvo por Grey. Duerme en un estrecho catre en el rincón más alejado, con una manta de muselina encima. Estamos en el sótano del castillo, bajando por el pasillo desde las cocinas, y la luz de la mañana se filtra desde las ventanas que hay cerca del techo.

Con cuidado, acerco una banqueta a su cama. La madera se arrastra sobre la piedra casi imperceptiblemente, pero es suficiente para que se despierte sobresaltado.

—Lo siento —digo en voz baja—. Intentaba no despertarte.

Cierra los ojos con fuerza y pasa una mano por su cara. Un asomo de barba áspera y oscura ha aparecido en su mandíbula.

—Discúlpame.

Pone una mano contra el borde de la cama y se obliga a erguirse. Tiene el torso desnudo, pero las vendas de Noah aún están ajustadas alrededor de su pecho y de su brazo. La manta se amontona en su regazo.

—No era necesario que te sentaras —digo—. Realmente solo he venido a ver cómo estabas.

Sus ojos se disparan a mi cara.

—Parece que necesitas más reposo que yo.

—Es probable. —Pero no puedo dormir. No sabiendo que en este castillo todos viven de tiempo prestado—. Has dicho que Karis Luran le dio una semana a Rhen para evacuar Emberfall. Han pasado tres días. ¿Rhen no tenía un plan para vencerla? ¿Qué iba a hacer?

Grey niega con la cabeza.

—Enviar a nuestro ejército a enfrentarse a ella sería enviar a nuestra gente a la muerte. Quizás podamos detener sus primeras líneas, pero ella tiene reemplazos. Nosotros no los tenemos. —Frunce el ceño—. Sus órdenes finales fueron que los generales evacuasen a la gente. Dirigirnos al sur, y después abordar los barcos en Silvermoon Harbor hacia las costas meridionales.

Aun rindiéndose, estaba salvando a su pueblo. Y conociendo a Rhen, comprendo lo difícil que debe haber sido para él esa elección.

—Si intentamos hacer eso, ¿Rhen... el monstruo... atacará?

—Si no lo hace, lo harán los soldados de Karis Luran. Un ataque podría caer en cualquier momento. Temo por quienes viven fuera del territorio del castillo.

—¿Y él atacará a los soldados?

—Tal vez... pero también destruiría a los nuestros. Sus ataques son bastante indiscriminados. Pero lo herí al clavar mi espada en su ala. Quizás eso nos dé un alivio temporal. No hay forma de saberlo hasta que vuelva a atacar. —

Vuelve a mirarme—. ¿Has hablado con alguien desde tu llegada?

—Sí, por supuesto. He hablado con todos. Nos reuniremos con los generales a media mañana.

Una mezcla de sorpresa y tristeza cruza su rostro.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Niega con la cabeza y encuentra mis ojos. Su voz es baja y suave en el calor de la habitación iluminada por el sol—. No podría haber elegido a alguien mejor, milady. En serio.

Un rubor encuentra mis mejillas antes de que pueda evitarlo.

—Gracias, Grey.

—No estaba seguro de si regresarías conmigo tras conocer la verdad. —Hace una pausa—. No sé qué podemos hacer, incluso ahora.

Le ofrezco una sonrisa triste.

—Tenía la vaga esperanza de que te despertarías y tendrías todas las respuestas.

Me devuelve una sonrisa apenada.

—El príncipe generalmente tiene todas las respuestas. Yo solo sigo sus órdenes.

—¿Qué haría Rhen? —pregunto.

—Probablemente ordenaría a sus soldados que cazaran a esta criatura y la destruyeran. O que, al menos, la alejaran de Ironrose para que el resto de castillo pudiese escapar. Pero, de todas formas, es una misión suicida: atraer al monstruo para alejarlo de la gente significaría ir directamente hacia donde están las fuerzas de Karis Luran.

Una misión suicida. Como Rhen al saltar al vacío en su intento por salvar a su pueblo. Trago.

—Yo haré eso. Llevaré a Will. Es rápido y firme. Tú haz que partan.

Sus ojos se abren, alarmados.

—No quise decir que tú…

—Está bien. —Respiro hondo para calmarme—. He pasado semanas convenciendo a esta gente de que la ayudaría. Eso no significaría nada si no lo hago en serio. Esta es mi elección.

—Iré contigo.

—¡No! Grey…

—Esta es *mi* elección. —El tono de Grey es inflexible—. Vendrá tras de mí antes que tras cualquier otro. Creo que incluso en esta forma me conoce… aunque quizás él no sepa *por qué*.

—Estás herido. —Aprieto los dientes—. Podría ordenarte que te quedes.

Él aprieta los suyos, igual de determinado, a su propio modo.

—En realidad, no. El príncipe Rhen me liberó de mi juramento. No obedezco a nadie.

Retrocedo un poco.

—¿En serio?

—Sí.

Y aun así, se quedó. Regresó a por mí.

Durante un momento deslumbrante, no es el Comandante Grey, quien ha jurado obedecer al príncipe heredero de Emberfall. No hay uniforme, no hay armas, no hay hombres a los que dirigir aquí. Solo es Grey, y yo soy solo Harper.

Sus ojos, oscuros y determinados, no han abandonado los míos.

—¿Crees que la maldición se puede romper? —susurro.

—Esa no es una pregunta que me toque responder. ¿*Tú* lo crees?

Rhen es un monstruo. Tan perdido que ha atacado a Grey. No estaba segura de estar enamorada de él antes. No veo forma posible de avanzar ahora. ¿Puedo estar enamorada de un recuerdo? Trago.

—No lo sé.

Su expresión es de resignación.

—Entonces haremos lo que tengamos que hacer.

Capítulo cincuenta y uno

Harper

Jake es un problema.

No, quizás yo sea el problema. Mi mente ha estado tan concentrada en salvar al pueblo de Rhen que olvido que mi hermano está esperando regresar a casa hasta que viene a buscarme.

Estoy en la armería con Grey, quien se mueve con rigidez, aunque ya no está tan pálido y sudoroso como anoche. Le hizo bien dormir un poco. Desearía poder decir lo mismo de mí. Está colocando un cinturón alrededor de su cintura cuando Jake aparece en la puerta, con el guardia Dustan a su lado.

Jake se ha puesto unos pantalones de cuero y unas botas pesadas, y ha abrochado una chaqueta sobre su camiseta. Las prendas le quedan bien, y la expresión de ofendido en su rostro realmente lo hace parecer un joven príncipe rebelde.

—¿Pensabas volver en algún momento? —cuestiona.

—A mí también me alegra verte. —Mi mirada va más allá de él, hacia Dustan —. Déjanos, por favor.

Cuando lo hace, empujo la pesada puerta hasta cerrarla, dejando a Jake dentro de la estrecha habitación, con nosotros. Grey apenas le echa un vistazo a mi hermano.

—Volví —le respondo a Jake—. Tú y Noah estabais durmiendo. ¿Cómo has llegado hasta aquí abajo?

—Le dije a alguien que necesitaba encontrarte. No eres la única que ha leído *Juego de tronos*, ¿sabes? También puedo fingir. —Se da cuenta de que estoy

poniendo una armadura sobre mi ropa—. ¿Qué estás haciendo?

—Tenemos que irnos unas horas. Debes encerrarte en la habitación con Noah. Regresaremos al atardecer. Grey puede llevarte a casa cuando podamos cerciorarnos de que es seguro.

Con suerte.

—No. —Jake me mira con furia—. Ahora.

—Esto es importante, Jake.

—*Esto* también. —Mira a Grey, quien está asegurando una daga en su muslo —. Ordénale que lo haga. Ahora mismo. O les diré a todos detrás de esta puerta quién y qué eres.

Grey se endereza y se mueve para quedarse frente a Jake. Su voz es baja y fría.

—Te llevaría de vuelta en este mismo instante, pero tu hermana se preocuparía por tu supervivencia. Así que te regresaré cuando podamos asegurarnos de eso, así como también de que Emberfall no esté bajo peligro inminente. ¿Comprendes?

Jake no retrocede.

—No te tengo miedo.

—No es necesario que me temas. Pero respetarás a tu hermana, y me respetarás a mí.

—¿No debería ser al revés si soy el príncipe heredero de Dese?

Grey se queda helado. Cuando gira la cabeza para mirarme, su expresión es casi asesina.

Cubro mi cara y miro por entre mis dedos.

—¿Lo siento?

Suspira y vuelve a apuntar esos ojos furiosos a Jake. Su voz es cortante y está llena de veneno.

—Discúlpeme, milord.

La expresión de Jake es sombría y triunfal.

—Entonces nos llevarás de vuelta.

—Respetaré el título que te ha dado tu hermana. —Grey aparta la mirada y saca una cuchilla más corta de la pared—. Pero no he jurado servirle, y no estoy obligado a actuar según sus órdenes. —Una pausa—. Un verdadero príncipe lo sabría.

Mi hermano inhala como si fuera a discutir.

—Jake —estallo—. Estamos perdiendo tiempo. Podría morir gente. *Morirá* gente. Te estoy pidiendo doce horas, ¿está bien? Doce estúpidas horas en las que tienes que encerrarte en una habitación y comer exquisiteces y sentarte junto al fuego con tu novio. ¿Puedes *hacer eso*?

—No hasta que me digas qué vas a hacer.

Dudo.

—Vamos a ver si podemos distraer a Rhen…

—¿Que vas a hacer *qué*?

—… para que todos los demás puedan escapar a los barcos que hay en Silvermoon Harbor. —Su cara comienza a cambiar y me apresuro a continuar —. Esta es la única forma de proteger a todos. Reconoce a Grey. Creo que, tal vez, me reconocerá también…

—Harper.

—No puedes detenerme —le advierto.

—Créeme, ya he recibido ese mensaje en los últimos días. —Respira hondo y echa una mirada a toda la habitación, como si estuviera viendo todas las armaduras y armas por primera vez—. Solo… dame algo.

—Que te dé… ¿algo?

—Algo. —Señala la pared—. Puedes ser una chica muy fuerte, Harper. Pero yo también he pasado las últimas semanas haciendo todo lo posible por sobrevivir. Tampoco soy un inútil.

No estoy del todo segura de qué decir.

—¿Crees que voy a quedarme arriba comiendo tarta con Noah mientras tú

arriesgas la vida? —espeta—. Deja de mirarme así. Voy contigo.

El día es demasiado hermoso para que estemos cazando un monstruo. El sol brilla con fuerza a ambos lados del territorio de Ironrose. Hemos llegado al punto de la estación en el que la temperatura no cambia cuando atravesamos el bosque, aunque las hojas pasan de los rojos y dorados del fin del otoño al verde vibrante de comienzos de la primavera. No estoy segura de que Jake lo note.

Mantenemos los caballos a un ritmo de caminata por el bien de Jake. Recibió algunas lecciones cuando yo hacía equitación, pero no las suficientes como para conseguir dominarlo. Considerando la rigidez con la que se sienta Grey sobre el animal, creo que este ritmo también es por su bien. Lo pillé haciendo una mueca de dolor cuando se empujó para acomodarse en la montura.

Antes, Grey equipó a mi hermano con dos dagas y una espada.

—Genial —dijo Jake cuando Grey ensartó la espada en un cinturón para él.

La mirada de Grey era oscura, y apretó el cinturón un poco más de lo necesario.

—Es en caso de que pierda la mía otra vez.

Fue difícil dejar a Zo, pero confío en que ayudará a la gente a salir del castillo. Me miró durante un tiempo cuando le ordené que cuidara a las mujeres y niños, pero obedeció.

Quiero decirle la verdad. Pero no sé cómo.

Ahora es cuando comprendo cómo hizo Rhen para mantener este enorme secreto por tanto tiempo. Elección tras elección. El pensamiento oprime mi pecho. Necesito pensar en otra cosa. Miro a Grey.

—¿Crees que tendrán suficiente tiempo para llevar a la gente a Silvermoon?

Alza un hombro, después hace una mueca de dolor.

—Si la criatura está en tierra el tiempo suficiente, sí. Si no, será capaz de llevarse a uno por uno.

—¿Entones vamos a buscar a esa cosa y a matarla? —expresa Jake.

Las mandíbulas de Grey se tensionan, pero no dice nada.

—Lo siento —vuelvo a decir por lo bajo—. Me sorprende que lo hayas dejado venir.

Suspira y echa una mirada hacia mi lado.

—No sería propio de mí rehusar un pedido del «príncipe heredero de Dese».

Su tono es mordaz. Frunzo el ceño.

—¡Estabas inconsciente! ¡Creí que Jamison iba ordenar a los soldados que nos dispararan! ¿Cómo se suponía que debía llamarlo?

Alza una ceja.

—¿Un sirviente? ¿Un criado?

Abro la boca. La cierro.

Grey no ha terminado.

—Un esclavo, milady. Un *guardia*.

—Pero eligió príncipe —estalla Jake—. Supéralo.

Grey lo ignora.

—¿El concubino del sanador?

Jake ríe por la nariz, pero dos puntos rosados encuentran sus mejillas.

—Probablemente a Noah le hubiese encantado.

Hemos estado en el bosque durante una eternidad. El camino es amplio y abierto. Esta es una carretera principal, pero lo único que escuchamos son pájaros y pequeños animales bajo los arbustos. No hay viajeros. No hay gente.

Todos están escondidos.

—Estamos cerca —anuncia Grey. No estoy segura de si este silencio lo preocupa o lo alienta. Señala—. Caímos justo allí.

Veo las ramas rotas de los árboles. Hay una amplia salpicadura de color café a lo largo de la corteza. De pronto, caigo en la cuenta de que es sangre seca.

Un brillo blanco titila entre las hojas.

—¡Ahí! —Señalo—. Grey, ¿ves…?

Un chillido inhumano parte el aire.

Esa pizca inmóvil de brillo explota contra el suelo y sale disparada por entre los arbustos para convertirse en una monstruosa criatura de cuatro patas. Otro chillido... y de pronto está galopando hacia arriba, por la colina, arremetiendo contra nosotros.

No puedo ver su apariencia. Es enorme y resplandece bajo la luz del sol. Jake está gritando mi nombre. Will se encabrita. Caigo.

Grey sujeta mi brazo, me arrastra a su caballo y me coloca detrás de él. Lo sujeto de la cintura automáticamente y grita de dolor.

—¡Lo siento! —exclamo—. Lo siento.

Ya está clavando los talones en los flancos de su caballo.

—Agarra las riendas —dice, sin aire, mientras las presiona contra mi mano, antes de soltarlas para sacar sus cuchillos.

Dirijo el caballo hacia la criatura. La sigo viendo en destellos de terror, por debajo del brazo de Grey, mientras el caballo avanza. Un gigantesco cuerpo de cuatro patas que debe medir tres metros de altura se alza sobre nosotros. Una cabeza como de caballo, pero con ojos negros y dientes acolmillados que cuelgan desde su boca para terminar en punta varios centímetros más abajo. Escamas iridiscentes resplandecen a lo largo de su piel y se transforman en plumas que surgen sobre sus enormes hombros. Un ala está plegada con fuerza contra su cuerpo, mientras que la otra se arrastra a un lado. Las patas frontales terminan en garras plateadas. El monstruo nos persigue con determinación, y vuelve a chillar cuando Grey no muestra señales de desacelerar.

Es terrible y hermoso y, de alguna manera, completamente Rhen... y al mismo tiempo no tiene nada que ver con él.

Cuando nos acercamos, se encabrita sobre nosotros. Estoy segura de que esas patas con garras rapaces van a destrozarnos.

Grey es demasiado rápido. *Flic, flic, flic*, sus cuchillos salen disparados de su

mano. Uno rebota contra sus escamas, pero los otros dos se entierran con precisión, en la piel de la base de un ala. Veo sangre seca debajo de la envergadura de sus alas y me doy cuenta de que Grey tenía razón.

La criatura da un alarido y se lanza hacia atrás.

—¡Rhen! —grito—. ¡Rhen, por favor!

—Las alas —susurra Grey—. Es ahí donde es vulnerable.

Rhen —el monstruo— se estrella contra el suelo y lucha por encontrar un agarre. Va a arremeter contra nosotros otra vez. Lucho por mantener las riendas bajo control.

No puedo ver...

No puedo maniobrar...

No puedo...

Esto va demasiado rápido...

Jake sujeta nuestras riendas desde el lomo de su caballo.

—¡Vamos! —grita—. Creí que íbamos a llevarlo lejos. —Clava sus talones en los flancos de su caballo y entonces, cuando nuestros animales se disparan hacia adelante, casi salgo despedida del de Grey.

Las patas del monstruo sacuden el suelo al perseguirnos. Atravesamos el bosque, nuestros caballos lado a lado, sus cascos golpeando con fuerza el césped. Grey sostiene las riendas otra vez y me aferro con fuerza a su armadura.

—Está corriendo —dice Grey, casi jadeando—. No puede volar en el bosque.

—Aun así, es veloz —grita Jake. Sus piernas se sacuden contra los flancos del animal y sujeta la crin con un puño. No hará falta demasiado para que caiga del caballo.

El monstruo vuelve a chillar. El sonido viene de bastante cerca, por lo que debe estar justo sobre nosotros. Temo mirar. El caballo de Grey remete su grupa y avanza a toda velocidad. Me sujeto con más fuerza.

—Nos va a atrapar —dice Grey. Tiene razón. Agacho la cabeza y veo

destellos blancos directamente detrás de nosotros.

—Escóndela —grita Jake—. Llévala a un lugar seguro.

Antes de que pueda emitir una palabra de protesta, Jake tira con fuerza de las riendas del caballo y se gira para enfrentarse a la criatura que se lanza hacia nosotros.

—¡Vamos! —Lo escucho gritar—. ¡Ven a por mí!

—¡No! —Lo matará. Rhen matará a mi hermano—. ¡Grey, no! No puedes…

No hace movimiento alguno para desacelerar.

—Por favor —insisto. Intento luchar contra él para tomar las riendas—. Por favor, Grey. Por favor…

Una garra se atasca en la armadura abrochada alrededor de mi torso. Soy alzada desde el lomo del caballo.

Grito. El caballo desaparece debajo de nosotros. El viento se arremolina sobre mí. Las garras son como acero contra mi espalda. Un poco más de fuerza y mi armadura se abrirá a la mitad.

Grey estaba equivocado. Quizás esté herido, pero puede volar.

—Por favor —exclamo—. Por favor, Rhen. Por favor, reconóceme.

La criatura grita y se lanza en picado. Puedo ver a Grey debajo de nosotros, alentado a su caballo a ir más rápido.

Tengo un brazo libre. Saco una daga. No llego a sus alas, pero sí a la piel carnosa que conecta las garras con sus patas delanteras.

—¡No! —grito. Lo apuñalo con la cuchilla.

El monstruo flaquea en el aire y bate las alas contra la corriente. Vuelvo a apuñalarlo. La garra se afloja, tan solo una fracción de segundo.

Después vuelve a ceñirse. La armadura se presiona contra mí. Casi no siento mi brazo izquierdo.

—¡Maldita sea, Rhen! —lo llamo—. ¡Escúchame!

Planeamos y volvemos a zambullirnos, esta vez hacia Jake. Mi hermano tiene una daga en cada mano y gira, listo para…

Nos estrellamos contra él. Estoy envuelta en las garras de Rhen, pero siento el impacto. Jake y su caballo caen al suelo con fuerza.

Rhen remonta sobre la corriente de aire y nos alzamos bien alto en el cielo. De pronto, el suelo es un borrón; mi hermano y su caballo, un pequeño bulto inmóvil entre los árboles.

—¡No! —grito. Se me rompe la voz. El viento hiela mis mejillas—. No. Rhen. Por favor. Te quiero. Te quiero. Diré lo que quieras. Por favor, basta ya.

No lo hace. Volvemos a lanzarnos en picado.

—¡Recuerda! —grito—. Tú me enseñaste cómo sostener un arco. Salvaste mi vida en Silvermoon. Me enseñaste a bailar sobre el acantilado.

No vacila. Enviamos a Grey al suelo. Lo escucho gritar. Siento cómo intenta sujetarme, liberarme.

No funciona. Estoy otra vez en el aire.

—Por favor, Rhen. —Pese a mi súplica, vuelvo a clavar mi daga en su piel carnosa. La garra resbala y él grita, pero no me suelta—. Recuérdame. Recuerda. Por favor. Recuerda cuando fui a buscarte bajo la nieve. ¿Después de Lilith? ¿Recuerdas cómo nos mecimos?

Me estoy atragantando con mi propio miedo. Nada cambia.

O tal vez sí. Necesito un minuto para darme cuenta de que está dando vueltas sobre los árboles. Primero baja para amenazar a Jake y Grey, pero después se eleva alto, donde no pueden amenazarlo a él.

Y no me ha aplastado.

Dejo de apuñalarlo.

—¿Rhen? —Tengo la voz quebrada—. Rhen. Por favor.

El aire parece hacer una pausa.

Entonces Jake grita desde abajo.

—¡Ey! ¡Suelta a mi hermana!

Rhen chilla y se lanza. No conoce a Jake. Sus colmillos brillan con la luz del sol.

—¡No! —exclamo.

No escucha. El momento de reconocimiento ha pasado. Estamos volando en picado. Va a destrozar a mi hermano.

—Por favor —grito—. Dijiste que me darías todo lo que estuviera en tu poder dar. Por favor basta. *Por favor*.

Esta última palabra es un alarido desesperado.

Rhen planea por encima de mi hermano sin tocarlo.

Mi respiración casi se corta. Ha funcionado. *Ha funcionado*.

Volvemos a bajar bruscamente, pero sin ir a gran velocidad esta vez. Mis pies se arrastran contra el suelo.

Me suelta.

Tropiezo y caigo. Intento rodar para ponerme de pie, pero mi cuerpo no se mueve con esa rapidez. Siento en mi hombro como si la garra aún estuviese incrustada en mi armadura. Me tambaleo y encuentro mi equilibrio justo cuando aterriza a una corta distancia de mí.

También respira con fuerza. Pero se queda quieto.

Como antes, es hermoso y terrible. Parte dragón, parte caballo, parte algo que ni siquiera puedo nombrar. No puedo dejar de observar lo aterrador que es. Cuánto daño podría causar. No tengo ni idea de cómo romper esta maldición. No tengo ni idea de cómo salvarlo.

Pero al menos está en tierra. No está atacando.

Con el rabillo del ojo, capto un movimiento. Jake se está acercando, con una daga en cada mano. Sus ojos están bien abiertos y decididos.

Rhen se agazapa y le chilla. Sus piernas parecen preparadas para saltar al aire otra vez. La parte inferior de una de sus alas está cubierta de sangre fresca, desde donde los cuchillos de Grey penetraron su piel y se clavaron.

—¡No! —grito—. ¡Jake! —Entonces me pongo frente a Rhen y levanto las manos inofensivamente—. Detente. Rhen. Detente.

Suelta un largo respiro y patea el suelo. Una garra cava una zanja de dos

metros de longitud.

—Está bien —digo con suavidad. Mi voz tiembla. Doy un paso hacia él.

Chilla y me detengo. Extiendo una mano.

—Está bien —susurro—. Rhen. Soy yo. Tranquilo.

Da un paso lento. Grey no está demasiado lejos, detrás de él, pero está absolutamente quieto. Su espada cuelga de su mano, lista para atacar de ser necesario.

Cuando la criatura se acerca, trago saliva. Sus colmillos tienen el largo de mi antebrazo. Su cabeza tiene la mitad de la longitud de mi cuerpo.

—Rhen —susurro.

Da otro paso. Miro al monstruo a los ojos y no veo nada familiar.

Pero casi puedo *sentir* a Rhen.

Muevo mi mano hacia adelante lentamente, como si él fuera un perro y yo quisiera que percibiese mi olor.

Rezo para que no me arranque la mano de un mordisco en la muñeca.

Baja la cabeza, pero no frena en mi mano. Me quedo helada. Dejo de respirar.

Presiona la cabeza contra mi pecho. Sopla aire caliente contra mis rodillas.

Alzo la mano y la presiono contra su mejilla, justo debajo de su ojo. Mi otra mano se levanta para acariciar la parte de abajo de su mandíbula. Las escamas parecen de seda.

Apoya su cara contra mí y suelta un suspiro.

Me apoyo sobre él y hago lo mismo.

—Ay, Rhen —digo, y me doy cuenta de que estoy llorando. Está aquí. No está haciendo daño a nadie.

Pero sigue siendo un monstruo.

La maldición no está rota.

Capítulo cincuenta y dos

Monstruo

Oh, Harper.
Has regresado.

Capítulo cincuenta y tres

Harper

Mientras estoy aquí, hablando con él, Rhen, el monstruo, es tan dócil como un perro faldero.

Si Grey y Jake se acercan, serpentea su enorme cuello y les chilla. Pero han mantenido la distancia, así que se ha calmado. Se recuesta en el suelo ante mi pedido para sacarle los cuchillos de Grey de la base de su ala.

Mis dedos tiemblan por la adrenalina y los bordes de las escamas hacen pequeños cortes en mi piel, pero saco los cuchillos. Chorrea sangre por su cuerpo en estrechos riachuelos, pero no parece importunarlo. Es tan grande que quizás estos eran más una molestia que otra cosa.

Rhen gira la cabeza y presiona su cara contra mi cuerpo otra vez.

Cada vez que hace eso, me invade una oleada de tristeza.

No quiere esto. No puedo remediarlo. No puedo matarlo tampoco. No de esta forma.

Levanto la mirada y llamo a Grey.

—¿Qué hacemos?

El guardia está pálido de nuevo, recostado sobre su caballo, a una corta distancia. Me pregunto si se le habrán vuelto a abrir los puntos.

—Nunca había visto a la criatura calmada —dice—. Ni en esta estación ni en las otras. —Duda—. No sabemos cuánto durará.

—Bueno, pero no podemos sentarnos aquí en el bosque para siempre. —Tengo miedo de alejarme de él, como si lo que lo mantiene a mi lado fuese un hechizo que puede romperse con la distancia.

—En verdad, milady, no sé cuál debería ser nuestro próximo movimiento. —Grey suspira y se endereza.

Tan pronto como Grey da un paso hacia mí, el monstruo se levanta del suelo y da una vuelta para encararlo. Un gruñido bajo sale rodando desde su garganta para terminar en ese chillido estremecedor.

Los caballos se asustan y dan respingos hacia atrás, cabriolando contra las riendas que los mantienen amarrados a los árboles. Grey no retrocede. Alza las manos.

—Si una fracción de su mente existe dentro de esta criatura, sé que usted no tiene intención de hacerme daño.

El gruñido bajo otra vez, pero sin la misma intensidad.

—Harper acaba de sacar tus cuchillos de su ala —reflexiona Jake desde donde está parado, cerca de los caballos—. Quizás no te crea.

Grey no aparta la mirada de la criatura.

—Cien puntos mantienen mi pecho unido, así que quizás estemos en paz.

Rhen patea el suelo. Después, da un paso atrás.

No sé si es una tregua o qué.

Un fuerte sonido hace eco en la distancia, como trompetas, pero más grave. La cabeza de Rhen se levanta de golpe y rota en dirección al sonido.

—¿Qué es ese ruido?

—Los soldados de Syhl Shallow —responde Grey—. Sus cuernos de batalla. Están avanzando.

No tenemos forma de saber si todos han sido evacuados del castillo. Hemos detenido al monstruo, pero no a los hombres de Karis Luran.

Los cuernos suenan otra vez.

—Tenemos que regresar —señalo—. Tenemos que cerciorarnos. ¿Puedes decirme cuánto tiempo tenemos?

—Si cabalgamos con rapidez, posiblemente podamos ganarles por media hora. Lleva tiempo mover a las tropas.

—¿Qué hacemos con esa cosa? —pregunta Jake.

—No lo sé. —Grey vacila. Hay tristeza en su voz, que refleja lo que siento cuando Rhen presiona su cabeza contra mi pecho. Grey mira a la criatura—. ¿Desea regresar a Ironrose? ¿Quiere volver a casa?

Rhen se agacha para saltar al aire, atrapa el viento con sus alas y planea bien alto, antes de girar al oeste. Sus escamas brillan bajo la luz del sol en una gama resplandeciente de rosas, azules y verdes. Desde aquí, es pura belleza. Solo de cerca se puede ver el peligro.

—De prisa —enfatiza Grey. Se dirige a su caballo y tira de las riendas para liberarlas—. Si queda alguien, quizás lo ataquen.

O quizás sea Rhen el que ataque.

No lo digo. Solo renqueo por el pequeño claro y llamo a Will con un silbido.

Cabalgamos a toda velocidad y ganamos tiempo. Rhen es más rápido, pero nos va siguiendo; primero vuela más adelante y después circunvuela para permanecer cerca. Me preocupa que esta conexión que lo mantiene dócil se rompa y que vaya a sobrevolar Ironrose para encontrar a las personas que se abren camino hacia Silvermoon y a los barcos que las esperan. Es lo bastante grande como para destruir con facilidad las embarcaciones, para aplastar mástiles y velas. Con su capacidad para volar, podría ahogarlos a todos.

Debo dejar de pensar así.

Especialmente cuando nos acercamos a los terrenos que rodean el castillo y él baja planeando al suelo, para viajar con nosotros a pie. Es difícil no encogerse del miedo.

Se alza por encima de los caballos. Will se encabrita debajo de mí y sostengo las riendas con firmeza, pero Rhen camina al lado de nosotros como si nada.

Echo una mirada a Grey.

—¿Qué haremos con él en el castillo?

—Dejaremos que se esconda en el patio y esperaremos a que Karis Luran nos fuerce a salir, supongo. —Hace una pausa—. Perdóname, milady. No veo camino posible a la victoria aquí.

Los cuernos suenan a la distancia otra vez. Rhen gruñe.

Vuelvo a mirarlo y, antes de poder evitarlo, la emoción invade mi pecho.

—No debería haberme ido, Grey. Él me necesitaba, y yo me estaba enamorando de él. Pero... mi familia... —Presiono mis ojos con mis manos.

La voz de Grey es angustiada.

—Él lo sabe, milady. Te lo prometo. Él lo sabe.

—Aun así me dejó ir.

—Sí, por supuesto.

Cuando vuelvo a mirar a Grey a los ojos, caigo en la cuenta.

Rhen se enamoró de *mí*.

Pienso en su voz cuando estábamos en el acantilado de Silvermoon. *Yo también quiero saber si es real*.

Era *real*. Para él, era real.

Estaba esperándome a mí.

—Yo soy quien ha fallado —digo, y mi voz se quiebra—. Yo. No él.

—No. —Grey está anonadado—. No. No fallaste en nada.

—Sí...

—No —sostiene Jake, que habla por primera vez en un largo rato—. Harper, tú no has hecho esto.

—Pero podría haberlo frenado. No pude dejar de complicarme a mí misma...

—No —estalla—. Y maldita sea, ¿puedes escucharme por una vez? No lo maldijiste. No viniste hasta aquí por elección. —Respira hondo—. No le... no le provocaste el cáncer a nuestra madre. No obligaste a nuestro padre a pedir dinero prestado a la gente equivocada...

—Tú tampoco —señalo—. Pero de todas formas fuiste a trabajar para Lawrence.

—Hice lo que tenía que hacer —responde—, para darle tiempo a nuestra madre. Para protegerte.

—Yo también.

Entramos en el bosque, y la criatura se rezaga para seguirnos. Debería haberlo sabido. Debería haberme dado cuenta. Ahora vamos a regresar a un castillo vacío. Grey regresará a Jake y Noah a Washington D. C.

Yo no sé qué haré.

Mientras cabalgamos por entre los árboles, vemos movimiento adelante. Unas voces hacen eco a la distancia.

Detengo mi caballo.

—Grey, ¿es el ejército de Karis Luran?

¿Lograron sobrepasarnos de alguna manera?

Pero entonces, el dorado y rojo del ejército de Rhen se hacen visibles entre los árboles.

—¡No se fueron! —La confusión toma el nudo en mi pecho y los aplasta para darle una forma completamente nueva—. ¡Siguen aquí! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué...?

—¡El monstruo! —grita un hombre—. ¡El monstruo está en el bosque!

Los hombres avanzan en masa. Gritos a nuestro alrededor. Veo arcos alzados. Caballos que taconean el suelo.

Con un chillido, el monstruo de Rhen despliega las alas e intenta elevarse, pero la arboleda es demasiado densa en esta parte, y él es demasiado grande. Van a atacarlo. Él va a responder.

—¡No! —grito—. ¡Esperad! —Will se encabrita y le doy un poco de rienda para poder cabalgar frente a los hombres que lideran el ataque—. ¡Bajad las armas! ¿Dónde está su general?

Detrás de mí, Rhen chilla. Muchos de los soldados retroceden. Los caballos se encabritan y cabriolean en una formación apenas contenida. Algunos pocos empujan para avanzar.

—¡Suficiente! —exclamo—. He dicho que *suspendan el ataque*.

El ejército de Rhen se detiene. Grey está detrás de nosotros, bloqueando a la criatura. Espero que esté convenciendo a Rhen de que tampoco embista. Estamos atrapados en un tenso círculo de miedo y odio brutal. Todos quieren atacar.

—Milady. —Zo se acerca cabalgando entre los soldados. Su rostro es feroz y está cubierto de tensión. Echa una mirada preocupada al monstruo detrás de Grey—. ¿Has... *capturado* a la criatura?

Las garras de Rhen rasgan el suelo. Un gruñido bajo rueda por el bosque. Un murmullo nervioso se extiende entre los soldados detrás de Zo.

—Debíais haberos ido —le digo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Todos los que estaban dispuestos se *han* ido.

—¿Todos los que estaban dispuestos? —Hay varios cientos de hombres y mujeres detrás de ella—. Nuestras órdenes fueron que todos os marcharais.

Un hombre se acerca. Es el General Landon, quien sirvió al padre de Rhen. Detiene su caballo al lado de Zo.

—Milady, si usted está dispuesta a arriesgar su vida para salvarnos, nosotros estamos dispuestos a arriesgar la nuestra para salvar a Emberfall. No formamos este ejército para huir.

No estoy segura de qué decir.

—General... el ejército de Dese no ha podido trasladarse. —Siento que se forman lágrimas en mis ojos y me preocupa que esto sea visto como una debilidad—. Nuestros números no son suficientes para detener a los soldados de Karis Luran. Ya están avanzando.

—Si podemos contenerlos hasta que lleguen refuerzos...

Refuerzos.

—General. —Mi voz se quiebra—. Yo no... yo no tengo...

Rhen chilla y patea el suelo. Giro y lo miro por encima de mi hombro.

Quizás no sea él mismo, pero me reconoce. Reconoce a Grey.

Paso la pierna por encima del lomo del caballo y salto al suelo. Camino por la maleza para ir hasta la criatura.

En cuanto me detengo frente a él, deja de mirar con furia a los soldados entre los árboles y presiona su cara contra mi pecho. Su respiración sopla aire caliente hacia mis rodillas otra vez.

Otro murmullo atraviesa a los soldados, y va volviéndose cada vez más fuerte.

«La ha domado. La princesa ha domado a la criatura».

Acaricio las suaves escamas debajo de su mandíbula y me pregunto si eso es cierto. Rhen una vez me dijo que, si podíamos conseguir que el ejército de Karis Luran retrocediera por el paso, podríamos apostar suficientes hombres para evitar que volvieran a entrar. Solo necesitamos hacer que su ejército huya.

Rhen es lo suficientemente aterrador para que huyan de él. Solo que no sé cómo hacer para que los persiga.

—No podemos quedarnos aquí. Estamos todos en peligro. Los soldados de Karis Luran se aproximan. —Pongo las manos a ambos lados de su cara y miro sus ojos oscuros como la noche—. Por favor. ¿Lo entiendes?

Apoya la cabeza contra la mía, después patea el suelo de nuevo, pisoteando la tierra con sus patas con garras, lo que hace que el suelo tiemble. Las zarpas de sus patas traseras cavan surcos en el camino.

Los soldados gritan y se mueven entre los árboles.

—¡No permitáis que haga daño a la princesa!

Rhen ruge y retrocede sobre dos patas. Al hacerlo, alcanza los seis metros de altura. Quizás más. El chillido que emite atraviesa el bosque y produce una reacción visceral en mi cuerpo. Me dejo caer y me cubro.

Va a aplastarme. Los va a matar. No lo entiende.

Un brazo sujeta el mío y me arrastra hacia atrás, fuera del camino. Es Zo, y su espada está alzada frente a nosotras. Las patas con garras de Rhen se

estrellan contra el suelo. Ruge justo en la cara de Zo, y la empujo detrás de mí.

—¡No! —grito.

Se detiene, pero se vuelve hacia mí. Los colmillos enganchan la armadura en mi espalda. Me alejan de Zo. Va a destrozarme. Los hombres gritan. Veo un destello de acero cuando Grey desenfunda su espalda. Jake grita:

—¡Harper!

No puedo pensar. Respiro. Espero el dolor.

No viene. Estamos corriendo, tan rápido que los árboles son un borrón a los lados. Cuelgo de su boca como un gatito errante.

Dejamos atrás los árboles y sus alas atrapan el aire. El suelo comienza a quedar cada vez más abajo. Alguien grita.

Soy yo. Estoy gritando.

Todo lo que me sostiene en el aire son estas hebillas de cuero que mantienen la armadura sobre mi cuerpo.

Volamos tan alto que puedo ver kilómetros a la redonda. El castillo de Ironrose. Los soldados que se mueven para convertirse en una manada. Los caballos son tan pequeños que podrían ser ratones. Puedo ver la posada y Silvermoon a la distancia.

Estamos tan alto que el aire se rarifica. Mis brazos comienzan a entumecerse por la presión de las correas contra mi pecho.

—Por favor —sollozo—. Me estás haciendo daño. Llévame de vuelta. Por favor, Rhen.

No me lleva de vuelta.

Me suelta.

Capítulo cincuenta y cuatro

Monstruo

Destruir.

Capítulo cincuenta y cinco

Harper

No dejo de caer. El viento es un bramido salvaje en mis oídos, una ráfaga helada contra mi cara. El suelo avanza a toda velocidad hacia mí.

Aparecen unas alas debajo, su blanco llenando mi campo visual. Espero estrellarme contra él, pero Rhen compensa mi caída colándose debajo de mí al mismo tiempo que vuela en picado, hasta que mis rodillas conectan con la base de sus alas. Después se nivela. Envuelvo su cuello con los brazos y las escamas rebanan mi piel, pero me sostengo con fuerza.

Miro hacia abajo. Los soldados nos persiguen a caballo. Vamos más rápido, pero ellos nos siguen, un pequeño borrón en la distancia.

No podrán ayudarme. Puede volar hacia cualquier lado. Puede dejarme caer otra vez.

Puede *atacarlos*.

No puedo detenerlo. Solo puedo sujetarme con fuerza.

Fui estúpida. Jake tenía razón. Deberíamos haberlo matado.

Adelante, en la distancia, una enorme línea de hombres a caballo avanza con rapidez. Banderines de color verde y negro flamean en el viento. Suena un cuerno a través del aire.

El ejército de Karis Luran.

Cargan artillería más pesada. Dos catapultas. Tienen ballestas.

No sé mucho sobre estrategia militar, pero sé que este ejército hace que el nuestro parezca diminuto. Si Grey, Jake y todos los demás aún nos siguen

serán destripados.

En cuanto Rhen y yo nos acercamos, nos divisan. Hay gritos, y los caballos giran y se desplazan para encontrar una nueva formación. Flechas surcan el aire alrededor de nosotros. Grito.

—¡Rhen! Debemos regresar. Debemos advert…

Ruge, el sonido termina en ese chillido ensordecedor. Rhen se precipita bien abajo, arrastra a los soldados fuera de sus caballos y los hace caer unos sobre otros. Los hombres gritan e intentan tomarme, pero en su forma monstruosa Rhen es demasiado grande, demasiado poderoso. La sangre invade el aire cuando los destroza y después vuelve a elevarse en el cielo.

No estaba intentando matarme. Estaba haciendo lo que le pedí. Estaba tratando de detenerlos.

No quiero verlo así. No quiero ver cómo mueren estos hombres.

Pero tampoco quiero ver morir a *nuestros* soldados.

Rhen tenía razón sobre las elecciones. No hay elecciones fáciles. Ninguna.

Vuelve a precipitarse sobre los soldados, dejando una huella en sus filas. La sangre salpica y se mezcla con las lágrimas en mis mejillas. Estoy a salvo entre sus alas, pero es una clase terrible de seguridad.

Embiste otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Los soldados son habilidosos y reacomodan su formación para compensar nuestros ataques. No consigo saber si sus esfuerzos están haciendo una diferencia. Quiero enterrar mi cara contra su cuello, pero no puedo. Vuelan flechas alrededor de nosotros, y hasta el momento mi armadura me ha mantenido a salvo. Las arranco de las alas de Rhen cuando se clavan.

Un fuerte *ñiiic* y un *crac* suenan desde algún lugar a mi derecha, y mi cerebro necesita demasiado tiempo darse cuenta de que han cargado la catapulta.

—¡Agáchate! —grito. Le doy al cuello de Rhen un empujón. Una piedra más grande que mi cuerpo pasa por encima de nosotros, demasiado cerca.

Rhen vuela más allá de los soldados, y capta una corriente de aire para

planear y llevarnos demasiado alto como para que la catapulta nos alcance. Jadeo, me atraganto con las lágrimas. Debajo de nosotros, los hombres heridos gritan. Franjas de sangre cubren el campo de batalla debajo, y me recuerdan a la habitación maldita en Ironrose.

Los soldados buscan otra formación. Tenemos que hacer algo. Es demasiado indiscriminado. Ellos son demasiados.

Rhen ha pasado mucho tiempo hablando sobre estrategias de batalla, pero no conmigo. Siempre con sus generales o los soldados. Solo escuché fragmentos, pero sé que la gente importante cabalga detrás.

No quiero hacer esto. Quiero que me lleve volando lejos de aquí.

Mientras pienso en eso, ya estoy hablando.

—Las líneas de fondo— le digo a Rhen. Mi voz se entrecorta. Recuerdo lo roto que estaba después de ordenar la muerte del hombre en Fortaleza Hutchins—. Tenemos que acabar con sus oficiales. —Trago saliva y obligo a mi voz a ser fuerte—. La última línea, Rhen. Las banderas. Los oficiales. El *fondo*.

Da una vuelta y se lanza.

Me preparo para el impacto, aferrándome a su cuello. Atraviesa la línea del fondo a toda velocidad, destruyendo banderas y cuerpos. El sonido se entierra en mi cerebro. Los caballos relinchan. Los hombres gritan y mueren. Piedras vuelan en el aire y aterrizan con estruendos que resuenan al igual que los huesos que se quiebran.

En cuanto estamos de nuevo en el cielo, me asomo por su hombro y registro el daño que hicimos abajo. Mis dedos dejan huellas de sangre en sus hermosas escamas y en las plumas de sus alas. Él no muestra señal alguna de estar agitado.

Los cadáveres decoran el campo. La tierra de cultivo está empapada de sangre.

No hay señales de nuestro ejército. No sé si eso es bueno o malo. Jadeo contra él.

—Ahora el frente —digo—. No podemos dejar que avancen. El frente, Rhen. —Jalo de su cuello y señalo—. ¿Entiendes?

Como respuesta, se precipita.

Estos soldados son más jóvenes. Más pequeños. Muchos avanzan a pie. Mueren con la misma facilidad, atrapados por sus garras o sus zarpas. Los soldados de Syhl Shallow pierden todo sentido de la formación y ahora corren descontroladamente, con la única intención de salir del camino de Rhen. Algunos hombres corren hacia el oeste. Hemos detenido completamente cualquier avance hacia Ironrose.

—Estamos ganando —grito a Rhen, aunque nada de esto parece como una victoria—. Está funcionando.

Lanza un largo chillido que empuja a más hombres a huir. Especialmente cuando vuela hacia ellos con las garras extendidas.

Un *bang* y un silbido parten el aire.

El impacto golpea a Rhen como un tractor de remolque. Volamos de lado. Se estrella contra el suelo.

Sus alas amortiguan mi caída, pero el impacto me arroja fuera de su lomo. Salgo patinando por la tierra y siento cómo la arenilla rasguña el costado de mi cara. La catapulta finalmente acertó un disparo.

Esto va mal.

Una bota me golpea para hacerme caer de espaldas. Hay flechas apuntadas a mi cabeza. Un fuerte chillido hace eco desde algún lugar a mi izquierda.

Uno de los hombres que me apuntan a la cara alza la cabeza para gritar:

—¡Bestia! ¡La destruiremos! ¡No puedes matarnos a los seis de una vez!

Otro chillido. El suelo tiembla cuando Rhen estampa sus patas contra el suelo.

Un hombre sujeta mi armadura y levanta su cuchillo. Mi cabeza aún está recuperándose del golpe contra el suelo. Tengo la vista borrosa. Estoy segura de que está a punto de apuñalarme en un costado, pero no lo hace. Rebana mi

armadura para soltarla. Debajo del cuero forrado de acero, estoy empapada de sudor, repentinamente frío por el aire que corre por mi pecho.

Otro chillido.

El hombre que se encuentra sobre mí deja que su flecha vuele.

La flecha atraviesa mi hombro y se clava en el suelo debajo de mí.

Después vuelve a hacerlo.

Duele peor que todo lo que he sentido. Veo estrellas. Veo galaxias enteras. Mi mundo no es nada más que dolor.

El monstruo grita otra vez. Sus alas golpean el aire.

—¡No te acerques! —grita el hombre—. Hay más lugares a los que puedo disparar sin matarla.

Rhen debe precipitarse. *Chas chas chas.*

Le disparan a él. Me disparan a mí.

Esta flecha me atraviesa el brazo.

No logro darme cuenta de si estoy gritando, llorando, o ambas cosas.

Ambas. Me voy a desmayar. Me muero.

El suelo tiembla alrededor de mí. Vienen más hombres. No puedo ver nada.

—¡No te detengas! —Le grito a Rhen. Estoy llorando. Balbuceo. No sé si puede oírme, pero todo esto no puede ser en vano—. No te detengas. Salva a tu pueblo. Deja que me maten. Deja que me maten, Rhen.

Vuelve a chillar, y el chillido crece hasta ser un rugido feroz que sacude el suelo.

Se disparan flechas. *Chas. Chas. Chas.* Espero el dolor agudo.

Nunca llega. De pronto, la luz del sol encuentra mis ojos. Los hombres que están alrededor de mí caen, con flechas atravesadas en el pecho y en la cabeza. Hay soldados luchando, espadas esgrimidas. Capto un destello dorado y rojo.

Mi ejército ha llegado.

Uno de los soldados de Karis Luran se acerca a mí. Debe saber que es

hombre muerto, porque tira de la cuerda del arco. La flecha apunta derecho a mi cara.

Una cuerda chasquea y una flecha aparece en su brazo. Su propio tiro se dispara descontroladamente.

La luz del sol destella contra metal. Una espada rebana.

La cabeza del soldado se desconecta de su cuello. Vuela sangre. Su cuerpo se desploma.

Parpadeo. Grey está ahí, con Zo. Están arrodillados delante de mí. Mis ojos se cierran. El olor a sangre inunda el aire. Las flechas se disparan alrededor de nosotros. Hay un choque de aceros en algún lugar lejano.

La criatura chilla y algunos hombres gritan.

—¡Milady! —La mano de Grey. Mi cara—. ¡Mírame, Harper!

Parpadeo. Mis ojos están abiertos.

—Tú nunca… me dices Harper.

Deja salir la respiración. Aún está muy pálido. Luego levanta la mirada más allá.

—Sobrevivirá. La mantendré a salvo.

Creo que está hablando con Zo, pero una ráfaga de aliento cálido me acaricia el pelo y me doy cuenta de que es Rhen. Intento levantar una mano para tocar su hocico, pero mi brazo está clavado al suelo.

En lugar de eso, grito.

—Grey —gimo. Sueno como una niña llamando a su madre.

—Debemos cortarlas para sacarlas.

Me atraganto con un sollozo.

—Está bien. Está bien.

No espera. Saca una daga y parte las astas por debajo de mi brazo. Luego Zo tira de las tres flechas en una secuencia rápida. Antes de que termine, ruedo hacia un lado y vomito sobre el césped empapado de sangre. Cuando mi cuerpo deja de sacudirse con las arcadas, tiemblo y abro los ojos.

Estoy mirando los ojos sin vida del hombre que casi me mata.

Grito, y de pronto me levantan. Por un instante creo que es Rhen y no sé cómo voy a sobrevivir a otro viaje por el aire. Pero unos brazos me toman por debajo de las rodillas y por detrás de mi espalda, y mi cabeza cae sobre un hombro. Mi cara está presionada contra un cuello.

—Tranquila, milady. —La voz de Grey es baja y dulce, y de alguna forma más fuerte que todo el combate.

No debería estar llevándome. Se le van a abrir los puntos.

Abro la boca para decírselo.

Y en lugar de eso, me desmayo.

Recupero la consciencia lentamente.

Durante un largo, lento y delirante momento, creo que estoy en un hospital. Hay un hombre ladrando órdenes sobre vendajes limpios. Una sensación de movimientos apremiantes alrededor de mí.

Mis ojos se abren y estoy en la enfermería. Reconozco el techo, la forma de la ventana oscurecida sobre mi cama. Estoy en el mismo rincón que Grey ocupó una vez. ¿Esta mañana? No lo sé realmente. Me duele todo el brazo izquierdo.

Me quejo y me doy la vuelta.

La enfermería está atestada. Todas las camas —dieciséis— están ocupadas. Hay sábanas manchadas de sangre por todos lados. Hombres y mujeres gimen débilmente.

Noah está sentado en una banqueta al lado de uno de ellos. Está inmovilizando el antebrazo ensangrentado de un soldado sobre una tabla, envolviéndolo con retazos de muselina.

—¡He pedido vendajes limpios! —exclama con brusquedad.

Una mujer joven que está cerca de la puerta parece atónita, con los ojos bien abiertos y al borde del pánico. Su nombre es Abigail y ha estado a cargo

de curar heridas menores desde que Rhen abrió las puertas del castillo. Es redonda, lenta y maternal, pero claramente no está acostumbrada a que un médico de Urgencias le grite órdenes.

—Sí, doctor. —Pronuncia *doctor* como si fuera una palabra extranjera—. Sí. He mandado a traerlas.

—Noah. —Mi voz sale carrasposa de la garganta.

Me echa un vistazo. Sus ojos recorren mi forma en menos de un segundo.

—Bien. Estás despierta. —Rasga un girón de muselina—. Necesitamos la cama. ¡Abigail!

La mujer junto a la puerta se sobresalta.

—¿Sí…?

—Busca a Jake. Dile que Harper está despierta. —Pasa su codo por su frente.

—Eh… ¿*Jake*? —pregunta.

Noah mira hacia arriba y enrolla la muselina.

—El príncipe Jacob. —Ella se va de prisa y él me mira—. Necesitarás un cabestrillo. Freya hizo uno para uno de los chicos. Le pediré que te haga uno.

Mi cerebro no puede ponerse al día tan rápido. Jake debe estar bien. Mis ojos recorren los cuerpos que hay sobre las camas a toda velocidad, buscando a Grey. Buscando a Rhen, por si acaso. No encuentro a ninguno.

—Noah…

—Jake dijo que vosotros dos teníais que «hacer algo que no llevaría nada de tiempo», y que después nos iríamos a casa. Qué gracioso. Después aparece aquí con tres decenas de personas con heridas graves. ¿Cómo es que no tienen un médico aquí? Tienen un *ejército*. ¡Abigail!

Aparece rápidamente por la puerta.

—Sí, mi… sí…

—Haz que traigan a quien sigue. Asegúrate de que estén limpiando las heridas de flecha con *agua salada hervida*. Que no se utilice agua común. ¿Comprendes? ¿Com…?

Su voz se apaga en mi cabeza. Lucho por sentarme derecha. Tengo que colocar mi brazo izquierdo contra mi cuerpo para evitar que me duela.

—Harp. —Jake está delante de mí. Su voz suena áspera y exhausta. Sus ojos están ojerosos y dañados, y su ropa está gastada y manchada en algunos lugares, pero no veo ningún vendaje.

—Jake. —Mi voz se quiebra—. Estás bien. —Dudo—. ¿Qué pasó con Rhen?

La expresión de Jake se endurece, pero me ofrece una mano.

—Vamos. Noah va a volverse loco si no despejamos la cama.

—¡Espera! —Barro la enfermería con la mirada—. ¿Dónde está Zo? ¿Está...?

—¿La chica con trenzas? Está bien. Es más mandona que tú. Ese tal Grey le tuvo que ordenar que se fuera a dormir hace una hora.

Grey. Tengo que hablar con Grey. Necesito averiguar qué ha pasado con Rhen. Con ayuda de mi hermano, me pongo de pie y salimos al pasillo. Me siento mareada, y me sujeto con fuerza de su brazo. Hombres y mujeres esperan en el pasillo, a algunos los conozco y a otros no. Algunos están heridos, aunque hay muchos que parecen estar bien. El aire está espeso con el aceite de las lámparas, el sudor y la sangre. Hacen reverencias a medida que pasamos.

—Guau —susurro a Jake—. Realmente has llevado este asunto de ser príncipe al siguiente nivel.

—No —responde—. Tú lo has hecho.

Levanto la mirada hacia él, sorprendida.

—Es por ti, Harper. —Sus ojos oscuros bajan de golpe a encontrar los míos —. De lo único que todos hablan es de cómo tú, por tu propia cuenta, luchaste contra los soldados de Syhl Shallow. Cómo domaste a la bestia salvaje y la hiciste ir contra el enemigo. Cómo salvaste a su país.

—Pero... pero yo no... no fue...

—*Shh*. —Se lleva un dedo a los labios—. Aquí no.

—Pero ¿ha funcionado? —Mi corazón da un salto—. ¿El ejército se retiró?

—Así es. —Hace una mueca—. Fue brutal, Harp… y tú sabes las cosas que he visto.

Sus ojos encuentran los míos otra vez. Sé lo que ha visto.

Tras la batalla en ese campo, yo también las he visto.

—Huyeron —cuenta—. Todos los que podían luchar siguieron cabalgando para bloquear el paso. Trajimos a los heridos aquí. Noah los ha estado tratando tan rápido como sus *enfermeras* pueden limpiarlos.

—Guau. —No tengo ni idea de si esto resistirá, de si los soldados serán capaces de evitar que el ejército de Karis Luran nos invada. Pero por ahora, hemos conseguido un alivio temporal.

Creo que nos estamos dirigiendo a mis habitaciones, pero Jake me lleva por el castillo hasta que encontramos las puertas del Gran Salón que llevan al patio trasero y los establos.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunto.

—La mayor parte del día.

—Realmente te has familiarizado con el lugar.

—He recibido un curso intensivo, supongo. —Hace una pausa—. Es de mucha ayuda que todos crean que mi hermana salvó el mundo.

No sé bien qué responder a eso y, de todos modos, ya está abriéndose paso por la entrada, tras la que atardece. El aire otoñal está fresco y sabe a madera encendida y hojas secas. Hay antorchas llameando a lo largo de la toda la parte trasera del castillo, y arrojan largas sombras sobre el patio.

Largas sombras que pintan rayas sobre la monstruosa criatura parada cerca de los árboles, sus escamas destellan bajo la luz del fuego.

Emberfall está a salvo, pero él no ha cambiado.

Grey también está aquí fuera. Armadura nueva. Armas limpias. Está al pie de los escalones y se vuelve cuando Jake empuja la puerta para abrirla. Su expresión es sombría.

—Milady —dice—. Estás despierta.

—Así es. —Sostengo mi brazo herido contra mi cuerpo. Las vendas hacen que todo se sienta tenso y rígido—. Noah me ha echado.

—Tu *doctor* es feroz a su manera.

Jake ríe por la nariz y se apoya contra la puerta, haciendo que la quietud del patio se cierre alrededor de nosotros.

—No dejes que él te escuche decir eso.

Trago.

—¿Vais… a regresar a casa? ¿Estabais esperando a que me despertara?

—Aún no. —Jake patea la arenilla que hay sobre los escalones de piedra—. Noah no quiere irse hasta que estén todos estables.

—Eso es maravilloso.

Jake encoge los hombros, aunque parece resignado.

—No está muy contento. —Una pausa—. Sus padres se preocuparán. Su hermana. No sabe qué podría suceder si la policía fue al apartamento. Su móvil estaba sobre la mesa.

Hago que mi cerebro recorra con rapidez las posibles ramificaciones de eso, y mis pensamientos van en una decena de direcciones distintas. No hay demasiadas que terminen bien para Noah. Si ocurrió algo con los hombres de Lawrence y Noah está implicado… podría arruinar su carrera. Su familia.

—Lo siento, Jake —susurro.

Vuelve a encoger los hombros.

—Voy a ayudarlo. —Echa un vistazo a Grey y después a Rhen, cuyos grandes ojos negros nos observan desde el otro lado del patio—. ¿Tú estás bien?

—Sí. Claro que sí.

Me da un abrazo suave, pero antes de apartarse, me mira y dice:

—Realmente has estado increíble.

Mi boca se abre, pero él niega con la cabeza.

—No fue solamente él. No podría haberlo hecho sin ti. Mereces el respeto. —Luego sonríe, una sombra del viejo Jake, antes de que la vida nos golpeara—.

Nuestra madre estaría realmente orgullosa de ti, princesa Harper. —Besa mi frente y atraviesa las puertas de vuelta al castillo.

Bajo los escalones con cuidado, aferrada con fuerza al pasamanos mientras apoyo el brazo herido contra mi cuerpo.

Grey se mueve para quedar delante de mí.

—Probablemente no deberías estar bajando escalones. —Desabrocha el cinturón con su daga, después desliza el arma para liberarla—. Probablemente no deberías estar caminando en absoluto. —Con la correa de cuero, envuelve mi brazo dos veces, y luego la pasa por detrás de mi cuello para ajustar ahí la hebilla.

Con el cabestrillo improvisado, puedo relajar el brazo por primera vez desde que me desperté. Es un alivio que no sabía que necesitaba.

—Gracias, Grey.

Asiente con la cabeza.

—¿No se te volvieron a abrir los puntos? —pregunto.

—Oh. Sí. El médico dice que, si vuelvo a hacerlo, me hará el honor de amputarme el brazo.

—Entonces probablemente no esté muy contento de que estés parado aquí afuera, completamente armado.

—Probablemente no.

Soy muy consciente de mi respiración. De la suya. De la criatura maldita en el fondo de este patio.

—¿Estás protegiendo al castillo de Rhen? —pregunto en voz baja—. ¿O a la inversa?

Sus ojos son oscuros e inescrutables en la oscuridad del crepúsculo.

—Las dos cosas, milady.

—Tenía la esperanza… —Suspiro y miro mis manos. No puedo echarle un vistazo a Rhen ahora.

—Creo que él también.

Un gruñido bajo llega desde el otro lado del claro. La oscuridad parece abrirse. No veo nada, pero Grey desenfunda su espada.

Entonces, a mi lado, una voz femenina dice:

—Vaya, vaya, vaya.

Capítulo cincuenta y seis

Monstruo

Destruir.

Capítulo cincuenta y siete

Harper

Rhen arremete desde el otro lado del claro cuando Lilith aparece. Su chillido hace eco contra los muros del castillo.

Lilith se coloca a mi lado.

—No, no, príncipe Rhen —dice en voz baja—. Odiaría hacer daño a esta bella criatura.

Rhen patina para detenerse frente a nosotras y mueve su resplandeciente cuello de un lado a otro de manera amenazante. Tira un mordisco que hace sonar sus colmillos frente al rostro de la hechicera.

—Mátala —le pido a Rhen—. No me importa si ella me quita la vida. Hazlo.

Él gruñe, con ese sonido bajo y amenazante que hace que mis vísceras se retuerzan, pero no ataca.

—Sí que le importa si yo te mato —responde ella, contenta—. Bastante, diría yo.

—Dije que lo quería —le espeto—. Lo besé. Arriesgué mi vida por él. ¿Qué más quieres para romper la maldición?

—Arriesgaste tu vida por Emberfall. No por él. —Suspira—. Si lo quisieras, la maldición estaría rota. No es algo que deba hacer yo. Es algo que tú debes hacer, o no hacer, según sea el caso. El amor verdadero no se trata de romance. El amor verdadero requiere sacrificio. La voluntad de poner la vida de otro por encima de la propia.

—Entonces Grey debería haber roto la maldición —respondo—. Ha estado haciendo eso una y otra y otra vez.

—Grey estaba obligado por un juramento a hacerlo. ¿No es cierto, Comandante?

A mi lado, Grey está muy quieto y muy callado.

—¿Sabes? —comenta Lilith—. He ido a ver a Karis Luran. Ella necesitaba saber qué les estabas haciendo a sus soldados. —Hace muecas—. Está realmente muy enfadada. La pude consolar, y averigüé muchas cosas sobre el difunto rey de Emberfall.

Rhen vuelve a gruñir.

—Ah, sí —dice la hechicera. Acaricia con la yema de un dedo la cara de Rhen y él se estremece. Es aterrador ver a una criatura como él estremecerse—. Me contó muchísimas cosas —agrega suavemente—. Resulta que busqué al príncipe equivocado todo este tiempo. Pero me serás mucho más útil así.

—Déjalo en paz. —Mi corazón ruge en mi pecho—. ¿Qué quieres?

—Nuestro querido príncipe sabe lo que quiero. Puede someterse o te destruiré. Ni siquiera necesito una correa. —Estira una mano para tocar mi mejilla.

Un fuego estalla en mi rostro. Estoy de rodillas, con mi mano sana presionada contra mi mejilla. Estoy llorando, y ni siquiera sé qué ha sucedido.

No estoy sangrando. No ha roto la piel.

Rhen gruñe... pero se aparta. Un consentimiento.

—No —imploro—. Rhen. Por favor. No lo hagas. —Tiene que haber una forma. Puede que yo haya ayudado a vencer a los soldados de Syhl Shallow, pero él movilizó a su pueblo. Formó su ejército. Él es el gobernante aquí, no yo.

Lilith da otro paso hacia Rhen y él rehúye, como un perro golpeado.

—Piensa en lo que podríamos hacer.

—¡Basta! —exclama Grey. Tiene su espada en la mano, pero no ha pasado a la acción.

Lilith sonríe y gira hacia él.

—No puedes matarme, Comandante. Lo sabes. —Se acerca, y Grey da un paso atrás, con la espalda en alto.

La sonrisa de la hechicera se amplía.

—Puedo usarla en tu contra, también. Lo sabes.

Mi cabeza da vueltas.

—No. Grey. No. Mátame. Hazlo. No la dejes hacer esto.

La respiración de Grey se acelera, pero no dice nada. Su mirada va de mí a Rhen y de nuevo a Lilith.

—¡Hazlo! —le grito—. Dijiste que podía usar todas las armas que llevas. ¡Saca un cuchillo y hazlo!

No lo hace.

Lilith se vuelve hacia mí. Por primera vez, todo rastro de diversión abandona su rostro.

—¿Qué es lo que tienes que inspira tanta lealtad? —Estira una mano y me tropiezo hacia atrás—. En serio, Harper. Lo encuentro desconcertante. —Su voz se oscurece, se retuerce en algo que me oprime el pecho—. Y, francamente, bastante irritante, joven maltrecha, insignificante, pequeña...

—Llévame a mí en su lugar —propone Grey.

Ella se detiene y lo mira.

—Ya no tengo deber alguno. No tengo juramentos con nadie.

—No —exclamo, al darme cuenta de lo que está diciendo—. No. Grey, no...

Grey habla como si yo no estuviera aquí.

—El príncipe es una criatura poderosa, pero dependerías de su devoción hacia Harper, que seguramente disminuya con el tiempo. Un día se volverá en tu contra.

—¿Y tú no?

—Una vez que doy mi palabra, la cumplo. —Hace una pausa—. Como tú, ¿no es así?

La criatura gruñe una vez más.

Grey no mira a Rhen.

—Solo soy un hombre, pero puedo ir a donde la bestia no puede. Puedo seguir órdenes. Puedo hacer lo que pidas.

—Encuentro intrigante tu oferta, Comandante. Creo que no sabes lo que estás ofreciendo.

Grey respira hondo.

—Creo que lo sé.

Se arrodilla.

Apoya su espada sobre sus manos abiertas.

Se la ofrece a la hechicera.

—¡No! —suplico—. ¡No! ¡Grey! ¡No puedes! —Me muevo para salir corriendo a detenerlo, pero Lilith atrapa mi trenza con un puño bien cerrado y tira de mí para detenerme.

Rhen gruñe de nuevo.

Grey no dice nada.

Lilith ríe.

—El gran Comandante Grey, de rodillas a mis pies. Saben que todavía puedo matarte, niña. No he aceptado su oferta.

La espada aún está posada en las manos de Grey, sólida y firme.

—¿Aceptas? —pregunta él.

—Acepto. —La hechicera levanta el arma. Suelta mi pelo. Trastabillo hacia atrás.

Rhen ruge, y se encabrita para estrellar sus patas en el suelo.

Lilith da media vuelta con la espada en su mano.

—Si lo tengo a él, ya no te necesito. —Entonces da un paso adelante, lista para clavar la espada en su flanco. Justo debajo de su ala.

«Es ahí donde es vulnerable», dijo una vez Grey. «Las alas».

No pienso. Me arrojo hacia ella. Hacia la espada. No sé qué estoy haciendo. Solo que no puedo verlo morir.

No tengo armadura. No tengo armas. La espada de Grey es afiladísima. La cuchilla atraviesa mi piel como un millón de esquirlas de cristal. Caigo, pero Lilith también cae. Donde nuestra piel se toca, un fuego arrasa mi cuerpo. El rugido de Rhen se funde en un chillido infinito.

Grey arrastra a Lilith lejos de mí y la arroja al suelo. Tiene su daga en la mano.

La mano de la hechicera serpentea para ceñir la garganta de Grey.

—Lo has jurado.

—No lo he hecho. —Grey clava su daga en el pecho de la hechicera. Mana sangre de alrededor de la mano que Lilith tiene en su cuello. Grey suelta un quejido de dolor, pero empuja la cuchilla hacia más abajo.

El cuerpo de Lilith tiembla.

—No puedes… matarme…

—No puedo matarte *aquí*. Pero *puedo* matarte…

Desaparecen.

Me quedo jadeando. El dolor en mi costado es inimaginable. Desolador. El tiempo pasa. Una hora. Un año. Un segundo. Una eternidad.

Una mano toca mi cara. Un aliento cálido acaricia mis mejillas.

Antes de perder la consciencia, una voz masculina habla.

—Harper. Ay, Harper, ¿qué has hecho?

Capítulo cincuenta y ocho

Rhen

Esta vez, no estoy solo manteniendo la vigilia. Zo está conmigo. El hermano de Harper está conmigo. El sanador Noah ha pasado horas cosiendo las heridas de Harper.

Cuando terminó, con voz seria dijo: «No lo sé. No lo sé».

Le han dado una dosis de éter somnífero para que descanse, pero eso también hizo que Noah pusiera mala cara y se preocupara por la dosis y por algo llamado «coma».

Así es que estamos sentados. Y esperamos.

Hay muchas cosas que no sé.

No sé si rompió la maldición con su acción, o si Grey logró matar a Lilith y eso me liberó.

No sé si Lilith lo mató a él.

Han pasado horas y Grey no ha regresado.

Harper quizás no sobreviva.

Como siempre, mi vida parece destinada a terminar en tragedia.

Jake habla en la silenciosa oscuridad de mis aposentos, en las primeras horas de la mañana.

—Si muere, te mataré.

Son las primeras palabras que me ha dicho en horas. Desde que ayudó a traer a Harper a esta habitación, de hecho.

Espero que Zo lo contradiga. No lo hace.

Suspiro, después asiento con la cabeza.

—Te daré mi espada.

Capítulo cincuenta y nueve

Harper

Esta vez, no recupero la consciencia de forma gradual. Me despierto sacudida por un grito y un llanto.

El dolor se sujeta con fuerza por todos lados, y casi me enrosco sobre mí misma. La luz del sol hace que mis ojos ardan. Estoy acostada sobre sábanas empapadas de sudor.

—*Shh*, milady. —La voz de Rhen. Su mano toca mi mejilla—. Otra pesadilla. Tranquila.

Parpadeo, y sus ojos cálidos inundan mi visión. Se vuelve borroso cuando las lágrimas se acumulan en los míos.

—Estás aquí. —El dolor me quita el aliento, pero no puedo dejar de mirarlo—. Estás aquí.

—Sí, estoy aquí. —Usa su pulgar para limpiar las lágrimas de mi cara—. Zo y Jacob estarán muy aliviados al oír tu voz. —Su mano se apoya plana sobre mi mejilla, después sobre mi frente—. Y tu sanador se sentirá bastante aliviado de que haya bajado la fiebre.

—Pero... la maldición...

—Está rota.

—Rota —susurro.

—Sí. —Aparta un mechón de pelo errante de mi frente—. Es bastante agradable verte otra vez con estos ojos.

Trago.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Seis días.

—¡Seis días! —Me esfuerzo por sentarme y me arrepiento instantáneamente.

—Tranquila. —Me empuja despacio para que vuelva a acostarme—. Tienes muchas semanas de curación por delante.

—¿Qué hay de Grey? ¿Está bien? —Me percato de lo que ha dicho sobre Jake y Noah—. ¿No ha llevado a mi hermano y a Noah de vuelta a casa?

Algo en los ojos de Rhen se rompe.

—Grey no regresó.

—¿Qué?

—Grey no regresó. Desapareció con Lilith y no volvió.

—Ay, Rhen. —Las lágrimas encuentran mis ojos otra vez—. ¿Crees que...?

—No sé qué creer. —Hace una pausa—. Quizás esté muerto. Quizás juró obedecer a Lilith. Quizás esté atrapado en tu lado si la mató allí. No lo sé.

Encuentro su mano y la sujeto con la mía. Observo cómo sus ojos destellan con sorpresa.

Alza mi mano y roza mis nudillos con un beso.

—Siento que he ganado y perdido al mismo tiempo.

—Yo también —digo.

Rhen frunce el ceño, después vuelve a besar mi mano.

—Mandaré a llamar a tu hermano. Imagino que tienen muchas cosas para decirse.

Los días pasan.

Grey no regresa.

Los rumores sobre la hechicera malvada y la destrucción del ejército de Karis Luran vuelan por todas partes. Escucho rumores sobre un niño mestizo que quizás esté languideciendo en algún lado; pero mucha gente se ha reído de esto al considerar que es demasiado descabellado. Rhen no hace nada para apaciguar ningún murmullo. Él se ha vuelto demasiado popular. Su alianza con

Dese es vista como una victoria que ha protegido a su pueblo. Ha recuperado el respeto y el apoyo de Emberfall.

Jake y Noah está atrapados aquí. Han encontrado una especie de rutina y parecen bastante felices, aunque he escuchado a Jake reconfortando a un sentimental Noah de madrugada, cuando la oscuridad era total y no había pacientes que tratar y la realidad parece más profunda.

Rhen está siempre ocupado. Siempre es necesario en algún lado. Me visita mucho, pero los que lo hacen con más frecuencia son Zo y Freya y los niños. Incluso de noche, Rhen me da espacio y privacidad, concediéndome tiempo para curarme.

Una semana después de que me despertara, Noah me da permiso para hacer una caminata corta al aire libre, bajo el sol. Rhen no se mueve de mi lado, y Dustan y Zo nos siguen detrás.

Me duele el abdomen, pero el aire fresco me sienta muy bien. Estamos nuevamente en el patio trasero, cerca de los establos. Las espalderas están llenas de rosas vibrantes.

—¡Están floreciendo las enredaderas! —exclamo.

—Sí. —Rhen sonríe—. Cuando se rompió la maldición, el otoño dio paso a la primavera. De la noche a la mañana, las hojas secas se retorcieron y brotaron nuevos capullos en los árboles. —Una pausa y la sonrisa se va de su cara—. Aunque sufrimos muchas pérdidas, nuestra victoria sobre Lilith y Karis Luran es percibida como algo bastante impresionante.

Una victoria que significó la pérdida de Grey.

—Lo siento —digo en voz baja—. Yo también lo echo de menos.

Niega lentamente con la cabeza.

—Debería haber sido un amigo. Siento que, igualmente, he fallado de muchas formas.

Quizás vuelva, pienso, pero no lo digo.

Si Grey pudiera volver, ya lo habría hecho.

—No has fallado —sostengo—. Salvaste a tu pueblo.

—Fallé —insiste Rhen—. No los salvé a tiempo. No evité que esto sucediera.

Me quedo callada un momento.

—Cuando Lilith me contó que mi familia estaba en peligro, dijo que Grey fue quien la dejó entrar a tus aposentos. Esa primera noche. Ella lo sobornó para que le diera acceso. Nunca lo mencionaste. —Hago una pausa—. Pero lo sabías, ¿no es cierto? Tienes que haberlo sabido.

Asiente.

—Así es.

—Una vez, Grey me dijo que no estaba libre de culpas con respecto a la maldición.

—Quizás no, pero yo permití que Lilith se quedara. Podría haberle dicho que se fuera. —Hace una pausa—. La responsabilidad fue mía. La maldición fue mía.

—¿Recuerdas cuando jugamos a las cartas y me contaste que tu padre solía decir que a todos nos tocan unas cartas y que debemos jugar con las que nos da el destino?

—Sí.

—Creo que estaba equivocado. Creo que nos tocan cartas y las jugamos, pero después recibimos más cartas. No creo que todo esté predestinado desde el principio. A lo largo del camino, podrías haber hecho una elección diferente, y todo esto podría haber terminado de otra manera. —Hago una pausa—. El fracaso no es un absoluto. Que no hayas podido salvar a todos no significa que no hayas salvado a nadie.

Su expresión se ha vuelto sombría. El sol arroja sus rayos sobre nosotros, y caminamos en silencio. Después de un rato, me estiro y sujeto su mano. Sus pasos flaquean, como si se hubiese sorprendido, pero entrelazo mis dedos con los suyos y sigo caminando.

—Hay una cuestión en la que aún no sé si fracasé o tuve éxito —dice Rhen.

—¿Cuál?

Me detiene y da media vuelta para quedar delante de mí. Bajo el sol, su pelo es dorado. Sus ojos miran con intensidad los míos.

—No sé si tú rompiste la maldición… o si fue Grey al matar a Lilith.

Lo observo. No ha hecho una pregunta, pero su voz es medida.

De pronto me doy cuenta de que me está preguntando si lo quiero.

Dejo caer la mirada.

—No lo sé.

Lo que, supongo, es la respuesta equivocada en todos los casos.

—Ah. —No se mueve, pero siento una nueva distancia entre nosotros, como si hubiese dado un paso atrás. Sus dedos se separan de los míos.

Pienso en las noches que pasamos compartiendo secretos. En cómo nos mecimos al ritmo de la música.

Pienso en Grey de rodillas, ofreciéndose para salvarme. Para salvar a Rhen.

Pienso en las escamas iridiscentes y en las noches silenciosas y en los lanzamientos de cuchillo y en mi madre.

Pienso en las elecciones.

Pienso en quien está delante de mí y en quien quizás nunca regrese.

Rhen se está alejando. No va a presionarme. Ese nunca fue su estilo.

Alcanzo su mano.

—Su Alteza.

Es la primera vez que lo digo sin ningún dejo de desdén, y le llama la atención. Vuelve a mirarme.

—Milady.

Estiro una mano y toco su cara. Atraigo su boca a la mía.

—Me gustaría averiguarlo.

Epílogo

Grey

El mismo sueño atormenta mis noches durante semanas.

Lilith en el áspero y mojado pavimento debajo de mí. Luces de neón por encima de nosotros.

—No puedes matarme —dice—. Karis Luran me contó la verdad. Quieres la verdad, ¿no es cierto, Comandante Grey? ¿Sobre Rhen? ¿Sobre ti? ¿Sobre el verdadero heredero del trono? ¿Sobre la sangre que corre por tus venas? —Sorbe aire por la boca cuando presiono mi espada contra su garganta—. ¿No quieres saber por qué fuiste el único guardia que sobrevivió?

—No —respondo.

Y entonces le rebano el cuello.

Una mujer me sacude para despertarme.

—Grey. Grey. Es otra pesadilla. Despierta.

Abro lentamente los ojos. Los de mi madre me miran con preocupación. Han estado así desde que me encontró medio muerto en los establos, con el cuello ensangrentado tras el último intento de Lilith por quitarme la vida, y con los puntos abiertos debajo de mi armadura. Besa sus dedos y los apoya sobre mi frente, algo que hacía cuando era niño y que había olvidado por completo.

—Ahí está —sostiene—. Eso la ahuyentará.

Atrapo su mano.

—No le has dicho a nadie que estoy aquí.

—Tú mismo lo harás si sigues gritando así en sueños.

—Madre. —Suspiro. La suelto.

Si lo que dijo Lilith era verdad, esta mujer no es mi madre en absoluto.

—Cuánta seriedad. —Su mano acaricia mi mejilla y yo me aparto sobresaltado. Recuerdo su contacto. Pensar que podría no ser nada mío me causa más dolor que cuando renuncié a todos ellos—. Se llevaron a mi dulce niño a ese castillo y de vuelta enviaron un guerrero. —Su voz se entrecorta—. Durante mucho tiempo, creí que estabas muerto.

—Nadie puede saber que estoy aquí. —Trago, y las heridas que aún sanan en mi garganta tiran y duelen—. Le dirás a la gente que soy tu sobrino. Herido en combate contra las fuerzas de Syhl Shallow en el norte.

—¿Por qué? —Su voz es susurrante—. ¿Qué has hecho?

—No es lo que he hecho. Es lo que sé.

Y lo que recuerdo. Los ojos de Harper en la oscuridad.

La mano del príncipe sujetando la mía antes de arrojarse desde el parapeto del castillo.

Las palabras de Lilith: «Karis Luran me dijo la verdad».

Mi espada fue certera. Estoy seguro de que la hechicera murió.

La verdad, no estoy seguro de nada. No esperé a estar seguro. No tenía magia al otro lado que la salvara.

Pero hui antes de estar seguro.

—¿Qué sabes? —susurra mi madre. Toca mi mano. La envuelve con las suyas.

Me quedo helado. Retiro mi mano. Abro los ojos para mirarla.

—No, madre. ¿*Tú* qué sabes? ¿Qué sabes sobre mi padre?

—¿Grey? —susurra.

—¿Qué sabes sobre mi madre? —pregunto—. Mi *verdadera* madre.

Su expresión se hiela. No es una respuesta, pero es respuesta suficiente.

Se estira para tocar mi mano otra vez.

—No importa, Grey. No importa. Te crie como mi hijo. Te *quiero* como mi hijo. Nadie lo sabe. Nadie. Tú no debías saberlo.

Pienso en Karis Luran.

—Alguien conoce la verdad.

Su cara palidece.

—El propio rey te puso en mis brazos. Serví en el castillo. Perdí un niño al dar a luz. Dijo que él y yo éramos las únicas personas que lo sabíamos, y que si se lo contaba a alguien, él sabría que había sido yo quien lo había divulgado. Nunca dije una sola palabra. Nunca jamás, Grey.

—Permitiste que me postulara a la Guardia Real. Me *alentaste* a que lo hiciera.

—No teníamos nada. Después de que tu padre se hiciera tanto daño… —Su voz se rompe y sé que está recordando los meses, los *años*, en que mi familia debió luchar para sobrevivir—. Sabía que el rey no te reconocería. No te había visto nunca más desde ese día. Ni siquiera sabía tu nombre. Estabas tan entusiasmado por postularte… No podía quitarte eso.

Estábamos desesperados. Yo *estaba* entusiasmado. También lo recuerdo.

—El príncipe es el heredero —afirmo—. No yo. —Juré por mi vida porque creía eso, no puedo dejar de creerlo tan fácilmente. Quién sea mi padre no hace la diferencia.

—Pero Grey…

Suelto su mano.

—No puedo quedarme aquí. —Me muevo para ponerme de pie—. Se han dicho demasiadas cosas para levantar sospechas. Ya hay dudas sobre la legitimidad del príncipe. Si alguien descubre mi verdadero derecho de nacimiento, vendrán a buscarme.

No tengo deseo alguno de gobernar, pero he pasado suficiente tiempo en la corte para saber que lo que yo deseo es insignificante. Mi existencia misma cuestiona la línea de sucesión.

Si alguien me busca, solo busca mi cabeza.

Mi madre debe darse cuenta de eso en este mismo instante.

—Nadie lo sabe. —Traga—. No se lo he dicho a nadie. Puedes ser mi sobrino, como has dicho…

—No puedo. —Ya estoy lamentando haber venido aquí. La he puesto en peligro.

—Pero… ¿A dónde irás? —Se pone de pie, como para detenerme.

La rodeo. Han pasado semanas y mis heridas se han atenuado a un mero dolor. Mis armas están apiladas junto a la puerta, pero están todas marcadas con el escudo dorado y rojo de la realeza.

—Entierra esas —le digo—. Debajo del abrevadero o de una pila de estiércol. En algún sitio donde no las puedan encontrar.

—Pero Grey…

—Me he quedado aquí demasiado tiempo.

—¿A dónde irás?

—No lo sé.

Aunque lo supiera, no se lo diría. Si la interrogan —y probablemente sea cuestión de *cuando* más que de *si*—, cuanto menos sepa, mejor.

—Pero no tienes nada.

—Si algo he aprendido mientras servía en la Guardia Real, es a mantenerme invisible y sobrevivir.

Traga saliva.

—Grey, por favor.

Me dirijo a la puerta.

—Grey está muerto, madre. Es todo lo que necesitas saber.

Nota de la autora

En *Una maldición oscura y solitaria*, la protagonista, Harper, tiene parálisis cerebral. Tal como sucede con las personas en el mundo real que tienen PC, esta condición no la define; más bien, es parte de su vida diaria. Me he esforzado por crear una chica fuerte, resistente y capaz, no pese a los desafíos físicos que podría encarar, sino más allá de ellos. Como Harper le dice a Rhen, la parálisis cerebral afecta a cada persona de forma diferente. Las capacidades varían de persona a persona, así que su historia es solo eso: una historia. La experiencia de Harper tal vez no refleje a todas las personas con PC, pero espero que su determinación y su tenacidad sean algo con lo que todos puedan identificarse. Aliento a los lectores a aprender más sobre la parálisis cerebral en www.cerebralpalsy.org.

Agradecimientos

Si ya has leído alguno de mis libros, quizás estés acostumbrado a que los agradecimientos se extiendan en dos o tres páginas, y estoy aquí para decirte que esta vez no será diferente. Este libro ha sido un proyecto enorme para mí. Comencé a escribir *Una maldición oscura y solitaria* hace años, y he contado con la colaboración de tantas personas que es muy posible (muy *probable*) que me olvide de mencionar a alguien. Si he olvidado incluirte aquí, por favor, debes saber que mi corazón no lo ha hecho, y que estoy muy agradecida por tu ayuda. Además, por favor, recuérdame que te compre un café. Te lo debo.

Bueno, aquí vamos.

Primero y principal: mi marido, Michael. Cuando estaba en mis peores años, Mike me preguntó: «¿Cuándo fue la última vez que escribiste algo por diversión? No por contrato, sino algo que realmente hayas escrito para ti». Y tenía razón: había pasado demasiado tiempo. Así que me senté, saqué mis apuntes sobre esta idea de un príncipe maldito que con el tiempo se convierte en una bestia, y comencé a escribir. Unas semanas después, se lo mostré a mi agente. Unos meses más tarde, estaba firmado el contrato. Con frecuencia vuelvo a pensar en ese momento con mi marido. Es un buen recordatorio de que, para mí, contar una historia es la mejor parte, y no debo perder eso de vista. Tengo suerte de que mi marido me acompañe en este viaje.

Mi madre, como siempre, es una inspiración constante. No estarías leyendo estas palabras si no fuera por su incansable aliento cuando era niña, e incluso ahora. No lee mucho de mis libros, y quizás no esté al tanto de lo que escribo en la sección de agradecimientos, pero sabe que la quiero, y espero que sepa la profunda influencia que su positividad ha tenido en mi vida.

Bobbie Goettler es mi mejor amiga y ha leído casi todas las palabras que he escrito, desde mis comienzos, cuando escribía sobre tontos vampiros que correteaban por los suburbios. Gracias, Bobbie, por ser una amiga tan

maravillosa. Tu apoyo a lo largo de los años ha significado todo para mí. Me encanta que mis hijos te digan «tía Bobbie», y que, cuando hablan de sus «primos», incluyen a tus hijos. Para una amistad que empezó en un foro sobre escritura, creo que eso muy fuerte.

Mi maravillosa agente, Mandy Hubbard, es *perfecta* en orientar mi escritura y mi carrera. Por sus mensajes de texto de apoyo, sus increíbles e-mails llenos de GIF y los chats de Google en los que hasta he llorado —más todo el verdadero trabajo de negocios que hace una agente—, Mandy es incomparable. Uno de estos días voy a hacer una estatua de Mandy y la pondré en mi jardín delantero.

Tendré que ponerla al lado de la futura estatua de Mary Kate Castellani, mi audaz editora en Bloomsbury. No sé si puedo poner en palabras —hola, soy escritora— cuánto valoro la influencia de Kate en mi escritura. Cuando creo que algo es lo bastante bueno, ella me empuja a mejorarlo. Cuando lo he mejorado, me empuja a perfeccionarlo. Mary Kate tiene una visión increíble, y siempre encuentra la historia que yo no sabía que buscaba. Gracias por todo, Mary Kate.

Hablando de Bloomsbury, voy a tener que hacer estatuas para Cindy Loh, Claire Stetzer, Lizzy Mason, Courtney Griffin, Erica Barmash, Barmash, Cristina Gilbert, Anna Bernard, Brittany Mitchell, Phoebe Dyer, Emily Ritter, Beth Eller, Melissa Kavonic, así como para Diane Aronson y el equipo de corrección —mi jardín va a estar realmente atestado, pero no pasa nada— y a todos aquellos en Bloomsbury que ayudaron a que este libro llegue a tus manos. Quisiera saber el nombre de todos para daros las gracias individualmente. Por favor, sabed que mi gratitud es infinita, y que no puedo dejar de deciros cuánto valoro vuestros esfuerzos.

Este libro requirió de muchísima investigación, desde la parálisis cerebral de Harper a la formación médica de Noah y la habilidad de Grey para lanzar cuchillos. Un agradecimiento tremendamente grande para Erin Kanner, mi

amiga de toda la vida, por darme su perspectiva sobre lo que Harper podía o no podía hacer en una situación desafiante. Creo que mi intercambio de mensajes favoritos fue cuando pregunté: «¿Podrías saltar de un caballo que va galopando para derribar a un hombre si estuvieras intentando salvar a alguien?» y Erin respondió con entusiasmo: «¡Sí, podría!». Erin, estoy tan agradecida por nuestros años de amistad y aunque tengamos cuarenta (¡!) y vivamos en extremos opuestos del país ahora, espero que tengamos otra oportunidad para salir a cabalgar como cuando éramos jóvenes. Pero no se lo cuentes a mi marido, porque se preocuparía.

Muchas gracias a mi buena amiga, la Dra. Maegan Chaney-Bouis, por sus conocimientos sobre lo que Noah podía hacer para que Grey volviera a estar en una sola pieza, así como lo que podía hacer cuando se encontraba atrapado en Emberfall sin las facilidades de una sala de Urgencias. Te debo una copa. ¿Qué tal Bonefish Grill la próxima semana?

Gracias adicionales para Claerie Kavanagh, por hacer una lectura de susceptibilidad impresionantemente rigurosa, y por ofrecer excelentes sugerencias sobre dónde podía agregar claridad sobre la parálisis cerebral de Harper y sus aptitudes. Me alegra mucho haber podido trabajar juntas. Tus comentarios fueron invaluables.

Madre mía. He llegado a la cuarta página y aún hay personas a las que dar las gracias. ¡Respira hondo!

Muchas personas leyeron mis primeros borradores (o los segundos) de este manuscrito, y me hicieron comentarios, dieron su opinión y brindaron su perspectiva. Bromeo con que escribí 300.000 palabras para que este libro llegara a tus manos, pero en realidad es verdad. Quizás hayan sido más. Un agradecimiento especial a Bobbie Goettler, Nicole Choiniere-Kroeker, Joy George, Michelle Mac-Whirter, Alison Kemper Beard, Lee Bross, Shyla Stokes, Steph Messa, Sarah Fine, Tracy Houghton, Nicole Mooney, Sarah Maas, Jim Hilderbrandt, Jen Fisher, Anna Bright, Lea Nolan, Amy Martin y Rae Chang. No

podría haber llegado hasta aquí sin todos vosotros. Gracias.

Un enorme gracias a los blogueros literarios, los *booksagrammers* y *booktubers*. Valoro a todo aquel que se toma el tiempo de hablar sobre mis libros en las redes sociales. Aún recuerdo a los primeros blogueros que hablaron sobre mi primera novela, y no olvidaré a ninguno desde entonces. Vuestro apoyo significa todo para mí. Gracias.

También tengo una deuda de gratitud con Steve y Allison Horrigan de Stone Forge Crossfit. El crossfit me ayudó a encontrar una forma de descargar el estrés que no sabía que necesitaba, y una confianza que no sabía que me faltaba. Soy más fuerte y estoy en mejor forma de lo que jamás pensé posible, y pude conocer a una comunidad maravillosa. Cuando digo que el crossfit cambió mi vida, realmente quiero decir que lo ha hecho. Soy mejor persona y mejor escritora gracias él. Steve y Allison, gracias.

Finalmente, un gracias enorme a los chicos Kemmerer: Jonathan, Nick, Sam y el no tan pequeño Zach. Gracias por ser hijos maravillosos, y por dejar que vuestra madre siga sus sueños. No puedo esperar a veros volar cuando persigáis los vuestros.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed

LATINOAMÉRICA /PackLatam

/PackEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK